

narrativas

revista de narrativa contemporánea en castellano

Número 14
Julio-Septiembre 2009

ISSN 1886-2519
Depósito Legal: Z-729-2006

• Ensayo

- "Lo anterior"* de Cristina Rivera Garza: *novela como inquisición ficcionalizada*, por Carmen Dolores Carrillo Juárez
- Revisiones a las narraciones históricas mexicanas en "Duerme" (1994) e "Isabel" (2000)* de Carmen Boullosa, por Rosana Blanco-Cano
- La destrucción del idilio en la novela "El padre de Blancanieves" de Belén Gopegui: tiempo y espacio en el idilio moderno*, por Nerea Marco Reus
- Los errores históricos de "Ivanhoe"*, por Enrique García Díaz
- Simbología animal en "La Celestina"*, por Adrián Flor Martínez

• Relato

- Adrianes y tristezas*, por Ana Pérez Cañamares
- Batir de alas*, por Rosa Lozano Durán
- El crimen*, por Rosa Silverio
- Dos Microrrelatos*, por Adolfo Marchena/Luis Amézaga
- El octavo día*, por Jennifer Díaz Ruiz
- Sombras chinas*, por Horacio Lobos Luna
- Malo*, por Paul Medrano
- Los días de ayer*, por María Aixa Sanz
- Film*, por Luis Emel Topogenario
- Menos los martes*, por Arnoldo Rosas
- Aurora de fuego*, por Carlos Montuenga
- Presentimiento*, por Julio Blanco García
- Tres cuentos donde aparece Dios*, por Ricardo Bernal
- Los libros y la noche*, por Gabriel Urbina
- Un fusil en la hojarasca*, por Óscar Bribián
- ¡A escena, actores!*, por Rolando Revagliatti
- Crisis de fe*, por Marc R. Soto
- El éxodo final*, por Sara Martínez
- Estados opresivos*, por Emilio Jio Gil
- La pequeña*, por Laura López Alfranca
- Las casas se nos abrieron*, por Carlos Santi
- Miedo*, por Pedro Bosqued
- El puntal de la vida*, por José María Morales
- Dios es un trompetista negro*, por José A. Lozano
- Macedonia de frutas*, por Marina Cano
- En busca de la luz*, por Blanca del Cerro
- El asesino*, por Pepe Perezza
- La extraña*, por Sergio Borao Llop
- Constelaciones*, por Ramiro Sanchiz
- Correspondencia nicaragüense (II)*, por Berenice Noir
- El desquite*, por John Cuéllar
- Monólogo de un mitómano*, por Manuel Fons
- Romance de dos vidas en puntos suspensivos*, por Héctor Sánchez Minguillán
- Amazonia*, por Camilo Pequeño Silva

• Narradores

Miguel Mena

• Reseñas

- "Anónimos"* de Miguel Sanfeliú, por Rodolfo Notivol
- "Stradivarius Rex"* de Román Piña, por Carlos Manzano
- "Los depravados príncipes de la vieja corte"* de Mateiu E. Caragiale, por Pablo Lorente Muñoz
- "Haz de luz"* de Adriana Serlik, por Antonia de J. Corrales
- "Balada de la guerra hermosa"* de Eugenio Suárez-Galbán Guerra, por Gilmar Simoes
- "Mirar al agua"* de Javier Sáez de Ibarra, por Pablo Lorente Muñoz
- "En días idénticos a nubes"* de Ana Pérez Cañamares, por Carlos Manzano
- "Mapa mudo"* de Hilario J. Rodríguez, por Miguel Sanfeliu
- "Papeles dispersos"* de Carlos Castán, por Luis Borrás
- "Yo, lo superfluo y el error"* de Jorge Wagensberg, por Pablo Lorente Muñoz
- "Aeropuerto de Funchal"* de Ignacio Martínez de Pisón, por Luis Borrás
- "Cómo hablar de los libros que no se han leído"* de Pierre Bayard, por Pablo Lorente Muñoz

• Novedades editoriales

Narrativas es una revista electrónica que nace como un proyecto abierto y participativo, con vocación heterodoxa y una única pretensión: dejar constancia de la diversidad y la fecundidad de la narrativa contemporánea en castellano. Surge al amparo de las nuevas tecnologías digitales que, sin querer suplantar en ningún momento los formatos tradicionales y la numerosa obra editada en papel, abren innumerables posibilidades a la publicación de nuevas revistas y libros al abaratar considerablemente los costes y facilitar la distribución de los ejemplares. En este sentido, hemos optado por editar la revista en formato PDF, ya que permite aplicar técnicas de diseño y maquetación propias de la edición tradicional y a la vez facilita su lectura, ya sea desde la propia pantalla o una vez impresa en papel.

Envío de colaboraciones:

La revista Narrativas versa sobre diversos aspectos de la narrativa en español. Está estructurada en tres bloques fundamentales: ensayo, relatos y reseñas literarias. En cualquiera de estos campos, toda colaboración es bien recibida. Las colaboraciones deberán enviarse por correo electrónico como archivo adjunto y en formato Word. En su momento, los órganos de selección de la revista decidirán sobre la publicación o no de los originales recibidos. No se fija ninguna extensión máxima ni mínima para las colaboraciones, aunque se valorará la concisión y el estilo. Se acusará recibo de cada envío y se informará de la aceptación o no del mismo. Los autores son siempre los titulares de la propiedad intelectual de cada texto; únicamente ceden a la revista Narrativas el derecho a publicar los textos en el número correspondiente.

SUMARIO - núm. 14

<i>“Lo anterior” de Cristina Rivera Garza: novela como adquisición ficcionalizada</i> , por Carmen D Carrillo Juárez 3	<i>Macedonia de frutas</i> , por Marina Cano 107
<i>Revisiones a las narraciones históricas mexicanas en “Duerme” (1994) e “Isabel” (2000) de Carmen Boulosa</i> , por Rosana Blanco-Cano 13	<i>En busca de la luz</i> , por Blanca del Cerro 112
<i>La destrucción del idilio en la novela “El padre de Blancanieves” de Belén Gopegui: tiempo y espacio en el idilio moderno</i> , por Nerea Marco Reus 21	<i>El asesino</i> , por Pepe Perez 116
<i>Los errores históricos de “Ivanhoe”</i> , por E. García Díaz 24	<i>La extraña</i> , por Sergio Borao Llop 117
<i>Simbología animal en “La Celestina”</i> , por Adrián Flor 33	<i>Constelaciones</i> , por Ramiro Sanchiz 118
<i>Adrianes y tristezas</i> , por Ana Pérez Cañamares 45	<i>Correspondencia nicaragüense (II)</i> , por Berenice Noir 120
<i>Batir de alas</i> , por Rosa Lozano Durán 48	<i>El desquite</i> , por John Cuéllar 123
<i>El crimen</i> , por Rosa Silverio 52	<i>Monólogo de un mitómano</i> , por Manuel Fons 125
<i>Dos Microrrelatos</i> , por A. Marchena/L. Amézaga 57	<i>Romance de dos vidas en puntos suspensivos</i> , por Héctor Sánchez Minguillán 126
<i>El octavo día</i> , por Jennifer Díaz Ruiz 58	<i>Amazonia</i> , por Camilo Pequeño Silva 133
<i>Sombras chinas</i> , por Horacio Lobos Luna 59	<i>Narradores: Miguel Mena</i> 136
<i>Malo</i> , por Paul Medrano 61	<i>“Anónimos” de Miguel Sanfeliu</i> , por Rodolfo Notivol 140
<i>Los días de ayer</i> , por María Aixa Sanz 65	<i>“Stradivarius Rex” de Román Piña</i> , por C. Manzano 141
<i>Film</i> , por Luis Emel Topogenario 65	<i>“Los depravados príncipes de la vieja corte” de Mateu E. Caragiale</i> , por Pablo Lorente Muñoz 142
<i>Menos los martes</i> , por Arnoldo Rosas 69	<i>“Haz de luz” de Adriana Serlik</i> , por A. de J. Corrales 143
<i>Aurora de fuego</i> , por Carlos Montuenga 69	<i>“Balada de la guerra hermosa” de Eugenio Suárez-Galbán</i> 144
<i>Presentimiento</i> , por Julio Blanco García 72	<i>Guerra</i> , por Gilmar Simoes 144
<i>Tres cuentos donde aparece Dios</i> , por Ricardo Bernal 76	<i>“Mirar al agua” de Javier Sáez de Ibarra</i> , por Pablo Lorente Muñoz 145
<i>Los libros y la noche</i> , por Gabriel Urbina 77	<i>“En días idénticos a nubes” de Ana Pérez Cañamares</i> , por Carlos Manzano 146
<i>Un fusil en la hojarasca</i> , por Óscar Bribián 79	<i>“Mapa mudo” de Hilario J. Rodríguez</i> , por Miguel Sanfeliu 147
<i>¡A escena, actores!</i> , por Rolando Revagliatti 83	<i>“Papeles dispersos” de Carlos Castán</i> , por Luis Borrás 149
<i>Crisis de fe</i> , por Marc R. Soto 86	<i>“Yo, lo superfluo y el error. Historias de vida o muerte sobre ciencia o literatura” de Jorge Wagensberg</i> , por Pablo Lorente Muñoz 150
<i>El éxodo final</i> , por Sara Martínez 91	<i>“Aeropuerto de Funchal” de Ignacio Martínez de Pisón</i> , por Luis Borrás 151
<i>Estados opresivos</i> , por Emilio Jio Gil 92	<i>“Cómo hablar de los libros que no se han leído” de Pierre Bayard</i> , por Pablo Lorente Muñoz 152
<i>La pequeña</i> , por Laura López Alfranca 92	<i>Novedades editoriales</i> 154
<i>Las casas se nos abrieron</i> , por Carlos Santi 99	
<i>Miedo</i> , por Pedro Bosqued 100	
<i>El puntal de la vida</i> , por José María Morales 101	
<i>Dios es un trompetista negro</i> , por José A Lozano 104	

LO ANTERIOR DE CRISTINA RIVERA GARZA: NOVELA COMO INQUISICIÓN FICCIONALIZADA

por Carmen Dolores Carrillo Juárez

[...] y escribo viéndome escribir que recuerdo haberme visto escribir que recordaba haberme visto escribir que escribía.

Salvador Elizondo. *El grafógrafo*

Cristina Rivera Garza, escritora mexicana, afirma desde el inicio de *Lo anterior*: «Todo empieza en realidad por querer saber más», frase que se repite en el último capítulo con el verbo conjugado en tres personas gramaticales: *yo quise saber más, ella quiso saber más, tú quisiste saber más*. Si parece que la necesidad de saber hace referencia a la pregunta sobre cómo es que inicia el amor; en realidad, da pie a indagar cómo, cuándo y dónde comienza la escritura. El amor es sólo el pretexto. La acción de la novela se desarrolla como un intento de autorreconocimiento en el que un autor –o autora– ficcionalizado funge como un observador extrañado de sí mismo.

Rivera Garza establece en esta novela publicada en 2004 una conexión entre amor, escritura y reflexión y, por ello, vuelve recurrente a la frase anotada en un papel arrugado: «El amor siempre ocurre después, en retrospectiva. El amor es siempre una reflexión». Así, segura de que el amor es una construcción, indaga en el momento previo a que comience a hilarse una historia de amor. Se propone detenerse en acciones aparentemente insulsas a partir de las cuales se suscita una narración. En este trabajo me interesa indagar la autorreferencialidad y el espacio abismado, la problematización de las relaciones entre realidad y ficción, la polifonía y el juego de focalizaciones y, finalmente, esbozar su genealogía en la narrativa mexicana metaficcional.

AUTORREFERENCIALIDAD Y ESPACIO ABISMADO

La novela avanza sobre la línea de la inestabilidad de identidades que llevan a preguntar: ¿quién escribió el mensaje que contiene el papel arrugado?, ¿quién habla?, ¿quién escucha?, ¿quién escribe?, ¿quién pregunta?, ¿qué fue lo que comenzó en el desierto? Las preguntas remiten al texto mismo y no a un referente exterior. La opción es hurgar en la misma narración, que describe a una mujer siempre preguntándose, un médico que la cuestiona y un hombre que imagina que tiene que recordar algo que ha olvidado. Pero la narración no se teje con una historia única. Una, con la que comienza, es la historia de una mujer que lleva a su casa a un hombre moribundo que encontró en el desierto y, con quien ella cree, coincide en saber que el amor es una reflexión. Dos, la del hombre que imagina a una mujer de *otro planeta* y a la Mujer enamorada. Tres, la del Hombre del Restaurante y la mujer que escribe lo que él dice. Cuatro, la de una mujer y un hombre en una terraza vistos por otro hombre. Éstas son, en realidad, las posibles historias con las que sopesa la autora implícita:

«–Éste es el inicio –le murmura al oído–. Hoy, el hombre del desierto me ha contado el inicio.
[...]

–¿Estás segura?

–¿De qué?

–De que éste es el inicio. [...]

–No –susurra–. En realidad no estoy segura de eso.»¹

En el intento de los propios personajes por entender y articular su situación se imita el de una autora por construir su texto. Los personajes de *Lo anterior* no son sino actantes que están desvinculados de rasgos individuales –con excepción de las señas particulares del hombre del desierto– cumplen con la función que permite a la autora implícita expandir las posibilidades. Son, en todo caso, personajes esgrimidos sólo como posibilidades.² Funcionan como hipótesis de la autora ficcional y perceptiblemente se desenvuelven de una manera extraña en un espacio casi sin determinaciones: el desierto, una habitación, una terraza, un restaurante, una ciudad que decide llamar Nueva Orleans.

Estos lugares se convierten, no en puntos de referencia externa, sino en espacios casi abstractos de interacción de los personajes como se confirma al leer:

«La urgencia la llevaba siempre ahí, a la orilla de la orilla, ahí donde la tierra adquiriría la faz de otro planeta. Pensaba en Urano. Pensaba en Saturno. Pensaba en lugares que no conocía y se los imaginaba en todo detalle. Luego cerraba los ojos y los veía. Los creaba. Se iba a vivir a ellos. Se confirmaba a sí misma. Presenciaba la develación de su propia hipótesis. Su propia posibilidad.» (Rivera Garza, 2004: p. 15)

Si la acción que desarrolla en cada historia es una hipótesis especular que le permite mirar en diversas circunstancias la acción de escribir, entonces necesita crear el espacio adecuado –¿verosímil?– para situarla. La descripción de cada espacio es mínima, sólo está esbozado en tanto posibilita la acción o, aún más, en tanto sugiere o metaforiza una acción. Si en cualquier novela hay que elegir el espacio acorde a la acción, en ésta se percibe de inmediato porque todo los elementos narrativos están dispuestos con gran economía.

Desde el inicio del primer capítulo el desierto queda marcado como el espacio adecuado para percibir, observar o encontrar algo diferente:

«Al inicio, cuando ya se encontraba en su campo de visión pero no en el de su conciencia, supuso que se trataba únicamente de la sombra de una roca. Se aproximó poco a poco, con el rostro detrás de la cámara, apretando el disparador una y otra vez. Sin saber.» (Rivera Garza, 2004: p.13)

En toda la novela se propone llevar ciertas imágenes *fotografiadas* a la conciencia para comprender cómo inicia la historia amorosa. De hecho, retoma esto mismo en el quinto capítulo de la novela –consta sólo de seis–, pero ahora recordado por la narradora-personaje y no por un narrador objetivo:

«Al inicio, cuando ya se encontraba en mi campo de visión pero no en el de su conciencia, supuse que se trataba únicamente de la sombra de una roca.» (Rivera Garza, 2004: p. 159)

Adelante, en este mismo capítulo titulado «Antefuturo», insiste en esta misma acción, pero ahora contada por otro narrador-personaje, el hombre del desierto:

«Al inicio, cuando ya me encontraba en su campo de visión pero no en el de su conciencia, supuso que se trataba únicamente de la sombra de una roca.» (Rivera Garza, 2004: p. 162)

Una vez más vuelve al comienzo de todo pero desde la voz de un narrador aparentemente omnisciente –quizá la narradora-autora– que habla directamente a la mujer de la fotografía:

«Al inicio, cuando ya se encontraba en tu campo de visión pero no en el de tu conciencia, supusiste que se trataba únicamente de la sombra de una roca.» (Rivera Garza, 2004: p. 165)

Por último, se convierte en una conclusión que recoge la experiencia de haberla observado desde dife-

¹ Rivera Garza, Cristina (2004): *Lo anterior*, Tusquets, México, p. 15. En adelante todas las notas de la novela se incluyen arriba.

² Noé Jitrik advierte sobre una construcción diferente de los personajes que ya se viene haciendo en la nueva literatura latinoamericana en su texto Jitrik; Noé (1975): *El no existente caballero*. Megalópolis, Buenos Aires.

rentes focalizaciones que ha hecho del relato:

«Al inicio, sólo estás tú solo, en su campo de visión, en su campo de conciencia, deseando saber más.» (Rivera Garza, 2004: p. 167)

Para este momento lo que ve y aquello de lo que tiene conciencia forman el único campo de entendimiento de la fotógrafa, después de que ha vuelto sobre las *imágenes* escogidas para observarlas una y otra vez. Es decir, se lleva a cabo un proceso de reflexión y reconocimiento mediante imágenes que responden a un mismo intento de conocimiento.

Las acciones se corresponden: fotografiar se corresponde con la acción de elegir imágenes o inicios posibles de una historia, buscar respuestas a las preguntas básicas de un autor se corresponde, a su vez, con la acción de un especialista que busca en la conciencia. El tercer actante en la historia de la fotógrafa y el hombre del desierto es un médico –tenía que serlo– que la obliga a preguntarse por su acción, el que la pone frente a una pared en blanco para definir identidades e intenciones. Es el actante que le permite cuestionarse frente a la hoja en blanco mientras escribe:

«El médico le pregunta si quien habla es una mujer o un hombre. [...]

–¿Quién está detrás de la tercera persona? –vuelve a preguntar–. ¿Es una mujer o un hombre?

La mujer flexiona los codos y coloca la barbilla sobre sus palmas abiertas. Piensa. Ve hacia la pared. El color blanco. Tiene cara de estar evaluando opciones de vida o muerte.

–Es un hombre –susurra primero. La voz dentro del trance de sí misma–. O una mujer.» (Rivera Garza, 2004: p. 38)

Así como la hoja en blanco es espacio para reflexionar, incuestionablemente la mente también es un espacio para ello:

«–Supongo –le susurra–, que el hombre está tratando de salirse de ahí.

–¿Del desierto?

Los dos callan apenas unos segundos mientras imaginan la silueta rocosa del desierto.

–De dentro de su cabeza –murmura con cierta pesadez en la voz.» (Rivera Garza, 2004: p. 64)

El desierto es un espacio de la realidad ficcional del texto, la mente del hombre es un espacio de su imaginación, tan ficcional como la realidad del desierto textual o la hoja escrita. Hay que recordar que la ficción es un discurso mimético que construye un universo de experiencia mediante el lenguaje y en el que se guarda una relación de verosimilitud con el referente.

¿Cómo construye Rivera Garza el espacio de *Lo anterior*? Puesto que son varias historias, los lugares varían pero conforman un espacio abismado. Unas están incluidas en otras:

Ésta es la historia de cómo una mujer está siendo tocada por la muerte.

Y la historia de una mujer que visita otro planeta.

Y la historia de una mujer contando la historia de un hombre que es sólo una mujer.

Esta historia contiene a las tres anteriores.

Es la historia de una terraza (que es el comienzo).

La historia diminutiva de la resolana (que es otra manera de decir tu muerte).

Esta historia contiene a las cinco anteriores. (Rivera Garza, 2004: p. 161)

La historia formada por varias historias las contiene en tanto espacio verbal en el que se incluyen historias que responden al mismo intento de concretar el inicio de la historia. Podría parecer que se trata

de la llamada estructura de *cajas chinas*; sin embargo, como propone representaciones diferentes de una misma acción que casi llegan a identificarse es mejor precizarla como una estructura en abismo. La historia del hombre de la carretera que siempre pregunta para establecer la identidad de la Mujer de otro Planeta, se relaciona estrechamente con la del médico y la fotógrafa. Como se advierte, preguntarse para establecer identidades se convierte en la constante de las historias ubicadas en un espacio abismado, es decir, el espacio se vuelve un recurso especular íntimamente conectado con la búsqueda ficcionalizada de una autora.

De hecho, en varias ocasiones metaforiza sobre el relato identificándolo con una habitación y lo llama «recámara fresca de la conversación», «habitación de las palabras», «cuarto de la conversación» y hacia el final de la novela afirma:

«Pero el hombre imaginado por mí ha seguido a la mujer que, después de un intercambio parco de palabras, lo ha invitado a ver el atardecer desde la terraza de su casa. (Todo esto dentro de mi imaginación, que es o puede ser un cuarto, cuando no tengo más, ninguna otra cosa por hacer.)» (Rivera Garza, 2004: p. 148)

Sin lugar a dudas, el lenguaje se convierte en la posibilidad de crear un espacio ficticio en el que ocurren acciones imaginadas que remiten a la acción fundamental de crear una historia que, finalmente, muestra la re-creación de un autor ficcional. En una entrevista a Rivera Garza, Jorge Luis Espinosa le pregunta si el amor ha sido una de sus «búsquedas por explorar lo inexorable» y como parte de la respuesta dice:

[...] en *Lo anterior* el fenómeno amoroso se convierte en el terreno mismo de la pregunta de la escritura. Esta no es una novela que se ubique dentro de la narrativa amorosa. Mi libro no pretende explicar nada del amor.³

La estructura de la novela crea un espacio que fuerza a la historia a apresar los momentos iniciales de creación que son escurridizos a la narración. Para forzar al lenguaje a contar una historia que se resiste a ser contada como historia, Rivera Garza detiene con recurrencia la consecución de la acción y al volcarla sobre ella misma enfatiza el espacio sobre el tiempo. El tiempo describe una espiral al detener voluntariamente el avance hacia otro momento de la acción que no sea el cuestionamiento por ella misma. Por esta razón, la escritora mexicana afirma: «Creo en un lector que guste de aventarse a las palabras como si fueran abismos, un lector que tenga tolerancia por la incertidumbre, un lector con capacidad de asombro, que no necesita saber o asirse de... para lograr entrar en la historia».⁴

Las palabras se vuelven extensión, espacio para tocar en su superficie y para entrar en ellas. Insisto, *Lo anterior* es una reflexión sobre las posibilidades creativas del lenguaje. No sólo se detiene en imágenes iniciales, también reflexiona y conjetura sobre ciertas palabras: resolana, sargazo, nada, boca y hoyar. No resulta inverosímil que afirme en la enumeración que di arriba de las historias: «*Es la historia de una terraza (que es el comienzo). / Es la historia diminutiva de la resolana (que es otra manera de decir tu muerte)*». (Rivera Garza, 2004: p. 161)

Ciertas palabras se convierten en abismos en los que hay que entrar para descubrir algo más:

«—¿Y qué cuentas de la alienígena bípeda?

—Nada —decía con voz baja, acentuando la atmósfera enrarecida de su relato—, ya sabes que con ella sólo pasa eso, nada. La Nada.» (Rivera Garza, 2004: p. 40)

Más adelante vuelve sobre la palabra *nada*, después de relatar que el «hombre hace el recuento de las historias, los puntos de partida y los puntos de llegada»:

³ Entrevista realizada por Jorge Luis Espinosa, "Cuestiona el discurso violento del amor: La nueva obra de Cristina Rivera Garza, *Lo anterior*, indaga qué pasa antes del enamoramiento", en *El Universal*, martes 20 de abril de 2004, Sección Cultura, p. 3.

⁴ Cristina Rivera Garza en entrevista citada.

«Nada. Lo acontecido entre ellos cabía dentro de la palabra nada; desaparecía y cobraba forma dentro de los linderos de la palabra nada. Ahora, de cara al mar, con más conocimiento sobre los mecanismos del planeta ajeno, se lo podría decir. Ahora, después de nada, con esa respiración pausada de alguien que se encuentra, por fin, fuera de la nada, sí sería capaz de contárselo. Le diría: un ente (masculino, femenino, neutro, polimorfo) identifica a otro (masculino, femenino, neutro, polimorfo) y deciden (basados en datos apenas existentes) conocer lo que serían con la intromisión del otro. [...] Si se da, si ocurre el proceso sólo podría ser descrito cabalmente con la palabra nada. Si se da, si ocurre, el proceso sólo puede existir después.» (Rivera Garza, 2004: p. 109)

La palabra *nada* es la que concentra, en apariencia, la idea de que sólo están puestos los elementos narrativos y no hay ninguna acción aún. Sin embargo, lo que Rivera Garza se ha esforzado por construir es un pre-proceso de un texto en el que la actividad fundamental es hacer un relato del relato. Hay un doble movimiento: entrar en las palabras, por una parte, y, por otra, tender relaciones que hilen frases quebradas y les den un sentido. Porque de lo que se trata es de poner en palabras los silencios y las intuiciones, por ello el hombre que observa al hombre del desierto y a la mujer en la terraza se pregunta:

«¿Qué sucede en las cabezas de los dos cuando callan? ¿Cómo es que el silencio no aparece en las historias que oye después? Ese vacío, la aglomeración de todas esas palabras no dichas entre los dos, entre los tres, lo desasosiega. Un sobresalto. La duda. Atosigado por la duda vuelve a repetir la palabra resolana y, bajo su eco, vuelve a cerrar los ojos.» (Rivera Garza, 2004: p. 87)

Las palabras, las frases, las historias insinúan el inicio de algo en la anécdota de *Lo anterior* y, en última instancia, conforman una narración abismada de los esfuerzos por crear una historia.

Lo anterior está formada por historias discontinuas que tienen como centro no una historia sino un intento, una búsqueda de articulación.

POLIFONÍA Y JUEGO DE FOCALIZACIONES

La novela metaficcional se caracteriza por introducir como ente ficcional al autor del texto, quien se pregunta por los mecanismos de construcción de la novela, incluyendo la tematización de la acción de los personajes. En la revisión que hace John Stubbs Brushwood de la metaficción en algunas novelas mexicanas dice:

«[...] probablemente existen dos clases de identidad inestable, una que se aprecia en novelas que ponen en duda la realidad de lo que ordinariamente aceptamos como real, y una segunda que remite al problema existencialista de la crisis de identidad.» (Brushwood, 1985: p. 83)

En *Lo anterior*, el intento de estabilizar las identidades de los personajes e, incluso, del propio autor se vuelve punto central de la reflexión. Empieza por suponer que no hay una esencia de la autora-personaje que, por momentos, se asume en la posibilidad de ser varón. En el capítulo «Ventreloquist looking at a double interior, 1988» busca identificarse. La mujer es la que oye al Hombre del Restaurante y escribe lo que él dice. El autor es un él y no una ella, él es ahora el hombre de otro planeta, el que crea sonidos. «El sonido de un hombre que hace sonidos frente a una mujer que guarda silencio» (Rivera Garza, 2004: p. 119), es decir, él es el que produce ecos, ruidos y eufonías. La autora ficcional cede su puesto a un él, que todo lleva a identificarlo con el hombre del Restaurante de la Esquina que, a su vez, parece identificarse por momentos con el Hombre de la carretera:

«El hombre hace el recuento de las historias, los puntos de partida y los puntos de llegada, pero por más que busca, por más que lo intenta de la manera más consciente posible, no se encuentra a sí mismo en ninguna de ellas.» (Rivera Garza, 2004: p. 164)

La multiplicidad de voces que le permite a la autora ficcional focalizar el relato desde diversos ángulos

la conduce, en el fondo, a saber algo más de ella como autora. En el proceso ella va descubriendo más de sí misma.

La autora ficcional experimenta preguntando sobre las identidades: ¿qué tal si el Hombre del Restaurante fuera el de otro planeta?, ¿qué implicaría que él fuera ahora la boca que pronuncia?, ¿si su doble interior fuera un hombre? Si es así, el hombre también está intentando entender, por eso:

«Dice que todo tiene que ver con una habitación. Y una mujer. Y eso es lo único que me queda claro un poco después del inicio: todo aquello se lleva a cabo en una habitación y, dentro de ella, *ella* habla. Y ella puede ser la habitación o la mujer, da lo mismo.» (Rivera Garza, 2004: pp. 130-131)

No importa si la habitación habla o la mujer porque ambas son imaginadas como un espacio de discurso. Y así, continúa:

«La boca de una mujer. O esa pieza que actúa como la boca de algo. La entrada. El agujero original. La cavidad. El hombre del restaurante de la esquina pronuncia la palabra “boca” una y otra vez.» (Rivera Garza, 2004: p. 132)

El que declare que «la voz traiciona a la escritura» propone que los personajes se están formando allí mismo en el proceso de la escritura sobrepasando la intención inicial de la que les está dando la palabra y, con ello, el ser, de alguna manera. Incluso los personajes son capaces de observar a la autora ficcional –aunque sin estar conscientes de su propia entidad ficcional–, como se lee en:

«Dice que la mujer actuaba como la boca de alguien más. Luego se queda callado, observando a una mujer que habla sola del otro lado de la ventana del restaurante. La esquina del mal. La esquina donde los fantasmas del mundo deletrean el cuerpo de lo que no está.» (Rivera Garza, 2004: p. 140)

Con esta puesta en abismo crea de nuevo esta sensación de implicación del ser: el hombre le cuenta a la Mujer que Escribe la historia de una mujer que crea entes inexistentes. A final de cuentas, ella está sola, pero, en una metalepsis, el personaje es capaz de verla a ella en la realidad ficcional. La autora quiere hacerse pasar por la voz de otro. Ahora se entiende mejor la afirmación de que es «la historia de una mujer que está contando la historia de un hombre que es sólo una mujer». Rivera Garza crea una autora que está hurgando en la posibilidad de que la voz que ella imagina y oye sea la de un hombre.

La autora ficcional se concibe como una ventrílocua porque da voz a otro en su escritura. Ese otro surge de ella como voz rescatada del olvido, del que viene surgiendo desde hace dieciséis años. Supone, en su despliegue de posibilidades, que sea un autor el que está recordando y dando voz, el que sigue el ritmo de las palabras para desde ellas invocar las voces. Intercambia la función autoral con el Hombre del Restaurante, quien pronuncia la palabra boca, deja correr imágenes; pero al final de ese fragmento, la autora parece llegar a la idea de que es una mujer la que tiene esa función: «Esto es lo que pienso: una mujer. Por fin. Una mujer». (Rivera Garza, 2004: p. 132) Ha llegado a una certeza sobre quién es la que habla en voz de otros.

Rivera Garza hace confluír la identidad inestable que caracteriza a la metaficción con la identidad inestable de los estudios género en los que no solamente se quedan en la afirmación de que en todo ser humano hay una parte femenina y una masculina sino que reconocen también el juego de la performatividad del género. Usa la metaficción y la teoría de género para cuestionar hasta dónde llega la construcción de una identidad. Sin pretender una proclama sobre algún asunto de género, Rivera Garza tematiza el asunto de elegir quién es la voz que narra como uno de los problemas de la escritura. Rivera Garza se reconoce en esa mujer que escribe lo que las voces le dicen. Supone una historia en libertad:

«The writer is playing –when structuring narrative or when narrative is structuring itself– with life and death.» (Rivera Garza, 2004: p. 156)

Cuando la autora ficcional imagina al otro como el ventrílocuo, el hombre explica: «Una voz que,

siendo propia, se hacía pasar como de otro –dice y cierra la boca inmediatamente después. El sonido de la clausura de un libro», (Rivera Garza, 2004: p. 151) un libro como boca de la cual emergen voces. El hombre comienza a experimentar lo que le cabe en la boca, lo que la palabra *boca* connota. La boca asociada a lo que cabe, como orificio, también en su capacidad de saborear y de allí concluye que es el espacio original del que emerge todo. Insinúa que el autor es una autora. Casi toda la novela se mueve en la insinuación, en el inicio del descubrimiento y de la articulación.

Muestra a los personajes en una confusión *anterior* a la definición de una historia. El proceso de aclaración produce la escritura misma. Rivera Garza ficcionaliza la dificultad de precisar una historia, determinar al narrador, de reordenar el tiempo y el espacio en la fragmentación y el cambio de miradas.

REALIDAD Y FICCIÓN

Entre las otras preguntas ¿qué es la realidad? y ¿cómo es que se sabe que algo es cierto? se vuelven centrales. Puesto que la característica fundamental de una metaficción es la conciencia de su carácter ficcional, es decir, al mostrar su carácter autorrepresentacional y asumir que la realidad que representa es la inventada de acuerdo a ciertas posibilidades está cuestionando la relación entre la ficción y la realidad. Si otro tipo de novela establece su campo de referencias acorde a las referencias externas jugando con la idea de que es una representación de la realidad, en este tipo se crea un campo de referencias que exhibe su re-creación.

Si no hay certeza de una realidad accesible al entendimiento, entonces hay que revisar la posibilidad de que la haya en la ficción. La metaficción implica que se han minado los fundamentos del conocimiento. Rompe la relación ingenua entre realidad y ficción y, así, se compromete con la idea de que la mimesis es radicalmente una re-presentación y que el autor lo sabe y está comprometido en esa manera de articular el mundo que muestra.

En el caso de *Lo anterior*, se da por sentado que la única realidad es la textual. Lo que le interesa es su capacidad de nombrarla –nuevamente el interés está en las palabras–: «Si algún día te veo allá afuera, en la realidad, me gustaría saber como llamarte», (Rivera Garza, 2004: p. 72) dice el Hombre que Imagina refiriéndose al afuera de la habitación de las palabras. Una manera de entender la realidad ficcional del personaje es entendiendo que hay un afuera del cuarto de las palabras, que correspondería a aquella en la que ha olvidado algo que recuerda. De la misma manera que en la realidad, la realidad ficcional también se distingue del sueño y de la imaginación.

Otra manera de referirse a la *realidad*, a la que distingue del espacio de la imaginación en la novela, es contraponiéndola con la vida normal:

«Hay una vida en la cual no existe el hombre del Restaurante de la Esquina. A esa vida de vigiliadas, sueños, conversaciones, trabajos, deportes, calles la llamo Mi Vida Normal. Nada en ella se ha transformado desde que hablo y me encuentro con el hombre que avanza siempre en contra de sí mismo [...] Su presencia es un agujero a penas en el mapa de esa vida normal.» (Rivera Garza, 2004: p. 145)

Para la narradora-autora la ficción se distingue, no tanto de la realidad, sino de la vida concebida como el conjunto de actividades cotidianas. No niega que la ficción forme parte de la vida, sino de la vida normal. Además de ésta, hay una realidad que es un espacio recreado a partir de las palabras, la que se compromete con el lenguaje y con la literatura. Es un espacio alternativo en el que inquiriere algunas convenciones narrativas. El hecho de que la novela se ponga a ella misma al centro de su narración cuestiona sus procedimientos y las certezas narrativas del realismo literario.

Para la autora implícita la realidad exterior es en la que se realizan unas actividades y la realidad ficcional es en la que se imagina, se sueña, se recrea con el lenguaje. «Todo esto lo dice fuera del sueño, en el escueto espacio de la vida real». La realidad es un espacio y la novela, otro: «Todo esto dentro de

mi imaginación, que es o puede ser un cuarto, cuando no tengo nada más, ninguna otra cosa por hacer», «todo relato escrito es, en realidad, una habitación». (Rivera Garza, 2004: pp. 148, 149)

Resulta entendible, entonces, que el primer capítulo de la novela se titule «Lo único cierto» y en él se pretenda establecer los elementos sobre los que se girará y con los que se responderá a preguntas como ¿qué ocurre antes? y ¿qué es lo sí empieza a suceder?; sin embargo, como ya se comentó, la novela propone otros inicios de historias que resultan ambiguas y, de repente, parecen que son la misma.

Sobre lo cierto y la credibilidad, ella dice al médico que lo que le dice es sólo una historia que no tiene por qué ser cierta ni tiene por qué creerla. El hombre se pregunta: «¿En qué momento lo que ocurre afuera de esa habitación oscura y fresca se vuelve menos creíble que lo que ocurre dentro de ella?» (Rivera Garza, 2004: p. 67), se pregunta, pues, por el momento en que la verosimilitud hace más creíble la ficción que la realidad. Todavía más, parece que llega el momento en que no importa la credibilidad sino el disfrute de narrar e oír:

«Está contento. Sí. Jovial. Debe tratarse de algo peligroso. La intimidad de las palabras. El acto singular de una voz. De repente, de lo único que tiene ganas es de sentir la frescura de ese cuarto umbroso donde una mujer sin nombre lo deja tocar el lenguaje de una historia que le pertenece a un hombre del desierto. Se ve las manos. Las dirige después a los oídos. Tocar las palabras. Entrar en ellas. Hoyarlas. Estar dentro de ellas.» (Rivera Garza, 2004: p. 78)

La apuesta ya no está por la verosimilitud de la historia, sino por la complacencia del lenguaje creador. La *cadencia interna de las palabras* se convierte en voces [p. 83]. La importancia que concede al lenguaje lleva a marcar también como importante el silencio y el reto de articular con palabras. En la novela se entiende por oposición lo articulado –la realidad– y su búsqueda –literatura–.

GENEALOGÍA EN LA TRADICIÓN NARRATIVA MEXICANA

Preguntar por aquello que cimienta su condición vuelve a *Lo anterior* una novela que exige un lector atento a la técnica y dispuesto a jugar con la fragmentación, la discontinuidad y la ambigüedad. Como en *Morirás lejos*, novela de José Emilio Pacheco, también se le da al lector signos iniciales de capítulos que suponen otros elementos para considerar.⁵ En *Morirás lejos* aparece una serie de ideogramas que presiden junto con un subtítulo cada segmento, en *Lo anterior* se trata de los palos de la baraja, números y símbolos matemáticos. El requerimiento que hace al lector para aventurarse en las posibilidades de desciframiento que lo conducen, no a una verdad, sino a una lectura posible que emparenta *Lo anterior* con *Morirás lejos*, novela que da al lector enumeraciones de posibilidades que se le presentan al autor ficcionalizado, al personaje acorralado y al propio lector.⁶

En ambas, las historias se contienen y se reflejan. En *Lo anterior*:

«Cuando ya he cruzado el umbral del restaurante y me vuelvo a verlo del otro lado de la ventana, detenida a un lado de la mujer que sigue hablando sola en la esquina de lo que no está, el hombre alza la mano derecha para despedirse una vez más. En ese momento estoy segura de que alguien, en algún otro lado del mundo, pela una naranja (el sonido quebradizo de lo que se despega, lentamente, de las cosas sin remedio) y de que el hombre cree, con una convicción difícil de encontrar en otro lado, que tengo, efectivamente, poderes especiales.» (Rivera Garza, 2004: p. 141)

Morirás lejos es autorreferencial con un discurso ético-histórico, a diferencia de ésta *Lo anterior* incluye un discurso de género sobre el amor y las identidades genéricas. Se pregunta por los roles de los personajes y, al hacerlo, por lo femenino y lo masculino. De esta manera, en la historia relacionada

⁵ Pacheco, José Emilio (1967): Joaquín Mortiz, México.

⁶ Cf. Carrillo Juárez, Carmen: «*Morirás lejos*: reconstrucción de un testimonio ficcional», *Tema y Variaciones de Literatura* (Revista de la Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, 2003, núm. 20, pp. 441-462.

con el hombre que no entiende a la mujer que pregunta, aquél la piensa como una Mujer de otro Planeta porque escapa a la imagen de la Mujer Enamorada que no pregunta ni imagina y acepta lo que él diga. Este relato se puede encuadrar en diferentes posibilidades de lectura y una de ellas es, evidentemente, el discurso cultural del comportamiento femenino.

Otra novela que tiene la metaficción como técnica y como tema es *Farabeuf*, con la que tiene puntos coincidentes.⁷ Fundamentalmente pienso en la importancia que le dan a las imágenes fotográficas. En *Farabeuf* todo se mueve alrededor de una fotografía que propicia reconstruir un instante; *Lo anterior* comienza con la historia de la mujer del desierto que estaba fotografiando lo que se encontraba. En ambas novelas el espacio cobra mucha mayor importancia que el tiempo porque lo que se narra fundamentalmente no es un proceso de acciones sino un regreso constante al instante detenido. Las acciones apuntan a la observación y reflexión de un momento. La acción se contiene y da vueltas sobre ella misma deteniendo el tiempo lineal, que es el generalmente caracteriza a la narrativa. El tiempo lineal implica avance y desarrollo, el tiempo en espiral sugiere densidad y acercamiento concéntrico. Ambas novelas se detienen una y otra vez en una imagen o en un instante que desean redondear, de aquí la especularidad.

La filiación con *El hipogeo secreto* es clara. En esta novela Salvador Elizondo incluye un autor-personaje que sueña con los personajes que se esfuerzan por identificar quién es el que escribe y quiénes son ellos. Hay un juego recurrente «en el cual él, ese personaje que soy yo, habla de un álbum». (Elizondo, 1994: p. 41) En *El hipogeo secreto* se declara que lo que hace es inventar un relato de la creación literaria pura. La metaficción es estrategia y tema de la novela, por eso el autor ficcional escribe: «Retomemos la idea del plan original de *El Hipogeo Secreto*. Se trata allí de una novela de aventuras, de aventuras metafísicas, sagradas». (Elizondo, 1994: p. 57)

De esta manera, en *El hipogeo secreto* el autor es consciente de que da las máscaras a los personajes y que su narración es un juego. En esta novela los personajes saben que son entes ficcionales y que su realidad es la textual. Elizondo recurre a la metalepsis logrando el efecto de ambigüedad correspondiente a las dudas de los personajes y para involucrar al lector en el descubrimiento de identidades.

Principalmente, la novela de Rivera Garza tiene un punto esencial de coincidencia con las novelas anteriores: la tematización de su preocupación por el lenguaje y la escritura. En todas las novelas mencionadas está la necesidad del escritor por entender su propio quehacer y hacer. Esta escritura *metafísica*, como la califica Elizondo, más que un juego artificioso del escritor para un lector ingenioso, es la manifestación de una búsqueda real del escritor por comprender. Creo que no es un mero narcisismo de su parte,⁸ sino que llega al voyeurismo en el que no es tanto que el escritor esté enamorado de la imagen de sí mismo sino que quiere reconocerse en esa actividad que, por alguna razón, le parece ajena al convertirse en realidad textual.

La investigadora Catalina Gaspar considera que los textos metaficcionales ponen en duda la legitimidad de un discurso, los fundamentos del conocimiento, del sujeto que lo elabora y vehiculiza así como del objeto indagado.⁹ Desde esta perspectiva, es que supongo que las novelas que hacen de la metaficción tema y técnica quieren reconocerse en su imagen y, por ello, hurgan en ella. Mientras Narciso no sabe que lo que ve es su imagen, el escritor de metaficción de nuestro tiempo tiene plena conciencia, pero su intención es indagar en ella. La pérdida de certidumbre de que realidad objetiva es accesible, indica Rolf Breuer, corresponde a la etapa de autorreflexión en la narrativa.¹⁰ Ahora, el escritor explora la posibilidad de certidumbre al interior de su texto. En *Lo anterior* la certeza se vuelve importante para obtener los puntos de inicio para la historia que, supuestamente, comenzaría. La certeza de que el amor siempre ocurre después, es la que mueve a la narradora ficcional y la conduce a crear ini-

⁷ Elizondo, Salvador (1965): *Farabeuf o crónica de un instante*, Joaquín Mortiz, México.

⁸ Linda Hutcheon es la investigadora que califica como narcisista a este tipo de novelas en su libro Hutcheon, Linda (1984): *Narcissistic Narrative. The Metafictional Paradox*. Methuen, New York/ London.

⁹ Cf. Gaspar, Catalina (1996): *Escritura y metaficción*. La Casa de Bello, Caracas.

¹⁰ Rolf Breuer, "La autorreflexividad en la literatura ejemplificada en la trilogía novelística de Samuel Beckett", incluido en Paul Watzlawich (1988): *La realidad inventada*. Gedisa, Barcelona.

cios de las historias que se tocan y se distancian entre sí, se reflejan entre sí de manera transformada. La «no-realización es una imagen metaficcional ambivalente, que nos habla de aquello que la productividad textual niega, al tiempo que parecería decirnos que todo texto es justamente una no-realización». (Gaspar, 1996: p. 182) A una época en la que la realidad no mantiene un único discurso y toda explicación se sabe parcial, correspondería, mejor que ninguna otra, una narración que lleva sus dudas a la realidad de su texto.

La dificultad estructural y la preocupación por las posibilidades del lenguaje afilian a *Lo anterior* con *Morirás lejos*, *Farabeuf* y *El hipogeo secreto*. Juntas, trazan momentos importantes de una tradición narrativa en la literatura mexicana.

© Carmen Dolores Carrillo Juárez

* * *

BIBLIOGRAFÍA

BREUER, Rolf, “La autorreflexividad en la literatura ejemplificada en la trilogía novelística de Samuel Beckett”, en el libro coordinado por Paul Watzlawich (1988.): *La realidad inventada*. Gedisa, Barcelona

BRUSHWOOD, John Stubbs (1985): *La novela mexicana (1967-1982)*. Grijalbo, México.

CARRILLO JUÁREZ, Carmen: “*Morirás lejos*: reconstrucción de un testimonio ficcional”, *Tema y Variaciones de Literatura* (Revista de la Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco), 2003, núm. 20, pp. 441-462.

ELIZONDO, Salvador (1965): *Farabeuf o crónica de un instante*. Joaquín Mortiz, México.

_____ (1994): *El hipogeo secreto* en su libro *Obras*, T. I. El Colegio Nacional, México. [1ª ed. 1971]

ESPINOSA, Jorge Luis, “Cuestiona el discurso violento del amor: La nueva obra de Cristina Rivera Garza, *Lo anterior*, indaga qué pasa antes del enamoramiento”, en *El Universal*, martes 20 de abril de 2004, Sección Cultura, p. 3.

GASPAR, Catalina (1996): *Escritura y metaficción*, La Casa de Bello, Caracas.

HUTCHEON, Linda (1984): *Narcissistic Narrative. The Metafictional Paradox*. Methuen, New York/ London.

JITRIK, Noé (1975): *El no existente caballero*. Megalópolis, Buenos Aires.

PACHECO, José Emilio (1967): *Morirás lejos*. Joaquín Mortiz, México.

RIVERA GARZA, Cristina (2004): *Lo anterior*. Tusquets, México

WATZLAWICK, Paul (1988), *La realidad inventada*. Gedisa, Barcelona.

La autora:

Carmen Dolores Carrillo Juárez es doctora en Literatura Hispánica por El Colegio de México. Funge como Directora de Investigación y Posgrado de la Universidad del Claustro de Sor Juana.

REVISIONES A LAS NARRACIONES HISTÓRICAS MEXICANAS EN *DUERME* (1994) E “ISABEL” (2000) DE CARMEN BOULLOSA¹

por Rosana Blanco-Cano

«La mejor posición del historiador es [colocarse] en los márgenes del Estado, allí es donde tendrá relativamente mayor libertad de pensamiento».

(Ortiz Monasterio 2004, 18)

De las escritoras mexicanas más obsesionadas por la historia como material de producción literaria resalta Carmen Boulosa (1954), quien alcanzó su auge de producción durante la década de los noventa. Originaria de la Ciudad de México, esta autora se ha colocado en la lista de escritoras mexicanas más reconocidas a través de una obra que, diversa en géneros, difícilmente puede ser clasificada en un estilo o temática. En los medios culturales fuera de México, sorprende su capacidad lúdica y su manejo de la lengua y de la ironía, sobre todo en aquellas obras que reflejan la condición postmoderna y convulsa de los sujetos contemporáneos. En México, por otra parte, su obra ha sido acogida por un selecto público –entre los que destacan Carlos Fuentes y el medio intelectual mexicano– que, aún aclamando su novedoso estilo narrativo, también se ha encargado de generar críticas negativas hacia la narrativa de Boulosa que se niega a reproducir el heroísmo de los mitos e historia nacional.

Este trabajo se dirige a analizar dos obras de Carmen Boulosa que han desarticulado la rigidez característica de cánones históricos constituyentes de lo mexicano, exponiendo, al mismo tiempo, la violencia implícita en la formulación de una supuesta cohesión nacional fundada en la creación de un relato histórico homogeneizante. La obra de Boulosa construye diálogos con la historia que, ante todo, cuestionan su linealidad y su sentido de progreso. Tanto en *Duerme* (1994) como en «Isabel» (2000) la narración interviene sobre conceptos como la linealidad de la historia y los grandes proyectos políticos posrevolucionarios deseosos de llevar al México moderno hacia la racionalidad europea metaforizada en el progreso. En *Duerme*, Boulosa cuestiona intensamente el carácter conciliador que la versión oficial de la historia mexicana ha impreso sobre el periodo colonial. Al mismo tiempo, discute el fenómeno del mestizaje al construir una historia que se desarrolla durante las primeras décadas de la colonia española en las que se formaron los discursos delimitadores de la posición social partir de la sangre o el tipo racial de los individuos. Por otro lado, Boulosa inscribe a «Isabel» directamente a la época contemporánea para mostrar que la modernidad, como proceso aparentemente logrado en el final del milenio, sigue siendo el privilegio de unos cuantos. A partir de la construcción de una historia de vampiros, la autora parodia lo anacrónico al retomar el género rosa-gótico para evocar y desplazar varios de los discursos románticos con los que se formuló la identidad mexicana, especialmente en la segunda mitad del siglo XIX. Ambas obras se caracterizan por construirse a partir de un juego con las estructuras narrativas resultante de la inclusión de narradores irónicos y reflexivos que desplazan los esquemas de verosimilitud de la novela realista a través de sus intervenciones. Lo que destaca en la obra de esta autora es su oposición a seguir con los lineamientos clásicos de los géneros narrativos y con las prescripciones dictadas por las narrativas de la propia historia nacional mexicana. A través de sus obras Boulosa se convierte, como propone Pirott-Quintero (2001, s/p), en una crítica cultural que expone la constitución de los cuerpos a partir de la sutura proveniente de diferentes matrices de significado; logra de este modo crear personajes que salen de los sistemas binarios que estabilizan cuerpos e identidades: ya sea de lo genérico, lo racial, e inclusive, como se discute más adelante, de lo humano con la introducción del vampiro como personaje principal.

Las intervenciones de Boulosa se dirigen, casi obsesivamente, a dislocar la idea de coherencia y unidad en la tradición literaria, el concepto de nación, e inclusive de instituciones como el género, la fa-

¹ Publicado en la Revista Espéculo. No. 40, Nov. 2008/2009. Año XIV.

milia y la autoridad patriarcal. En sus revisiones de la historia, se visitan los diversos momentos de la historia oficial y se deconstruye la armonía de la cohesión histórica para colocarse en una suerte de panorámica que, más que una línea recta, parece responder a un empalme de discursos, categorizaciones y contradicciones impresas sobre los cuerpos de los individuos. Boullosa problematiza, con especial eficacia, la división entre la experiencia subjetiva y las versiones de la historia proveniente y promovida por los canales oficiales: para esta narradora escritura e historia se entrecruzan para reconfigurar las estructuras de poder que han dado forma a los proyectos hegemónicos de gobierno en México. Su proyecto literario será dislocar la alegoría nacional patriarcal y evidenciar la cuestionable consolidación de estereotipos de lo mexicano proveniente de las épicas nacionales, bien presentes a lo largo de la historia latinoamericana. Si durante la época de consolidación nacional las épicas naciones se determinaron en extremo a partir de los «romances irresistibles» como propone Doris Sommer a lo largo de su trabajo *Irresistible Romance: The Foundational Fictions of Latin America* (1991) –tales como *María* (1867) del colombiano Jorge Isaacs; o *El Zarco* (1901) del mexicano Manuel Altamirano– Boullosa aprovecha para romper con la idea de la conciliación histórica a partir de personajes e historias que rompen con la fantasía de unidad nacional. Sus historias serán romances truncos, protagonizados por mujeres que se niegan a seguir el papel pasivo y de objeto de amor, convirtiéndose en principales dislocadoras del orden social.

Para lograr el desplazamiento de las épicas nacionales, Boullosa reflexiona sobre momentos cumbres en la formación de la identidad nacional, mismos que son desentrañados a partir de la relación intrínseca que se ha formulado sobre la tipificación de los sujetos genéricos como operativos de ciertos rasgos que han de darles un sitio en el texto nacional. Como sugiere Pirott-Quintero, la obra de Boullosa «se realiza con constante cuestionamiento de los parámetros externos –específicamente la historia oficial y los discursos promulgados por ella– que delimitan el sujeto y lo fijan dentro de un contexto histórico-cultural específico» (776). El cuerpo, así, será un lugar en donde se negocien la identidad nacional y el género de los sujetos: dos identidades muy importantes para la consolidación del discurso oficial y que son continuamente re-semantizadas por la escritora en cuestión.

CUERPOS HISTÓRICOS MÚLTIPLES Y FRAGMENTADOS

Boullosa reinventa en *Duerme* (1994) el periodo colonial en México para cuestionar desde este siglo las prácticas sociales que, provenientes de la colonia española, parecen vigentes en los comienzos del nuevo milenio. Destaca en la conformación de su historia la obsesión por reflexionar sobre un sistema de clasificación a partir de la cual no sólo quedaría justificada la diferencia supuestamente natural con *el otro* (el indígena), sino la desigualdad y el maltrato como monedas comunes para los vencidos en la conquista, mismos que han seguido en una posición de marginalidad por más de quinientos años. Como señala Ute Seydel: «Al fusionar los siglos XVI y XVII, da la impresión de que, desde la perspectiva del siglo XX, toda la época colonial es un sólo tiempo de desigualdad, de injusticia, de violencia, de luchas armadas y de arbitrariedades» (2001, 215). La estrategia de Boullosa no se fundamenta únicamente en narrar eventos o situaciones durante esas épocas, sino que crea personajes inestables capaces de trascender los índices clasificatorios.

En *Duerme* tres categorías son continuamente subvertidas a partir de la posición y vestuario de la protagonista Marie Claire: el género, la raza y la clase social. La historia comienza cuando esta joven francesa es robada de una identidad previamente falsa. Al llegar disfrazada de hombre-pirata luterano a la Nueva España, ella es despojada de sus ropas para recibir el atuendo de un español que ha sido condenado a muerte por traicionar a la corona española. En su reflexión sobre la sociedad colonial donde hubo una marcada diferenciación por estamento, Boullosa muestra cómo cada grupo étnico estaba protegido por una legislación que dificultó la movilidad social y determinó su permanencia en posiciones sociales específicas. La marca de diferenciación radicaba, sobre todo, en las vestiduras de los propios cuerpos: los novohispanos tenían jurisdicciones especiales que reglamentaban desde su forma de vestir hasta sus derechos políticos. En una época en la que las clasificaciones sociales eran tan significativas a partir del atuendo, la protagonista de *Duerme* resulta en sí misma una mujer negada a aceptar los comportamientos que a su diferencia sexual y racial se exige representar. Al incorporar el travestismo de Marie Claire, Boullosa dialoga también con las propuestas Judith Butler (*Gender Trou-*

ble, 1990 y *Bodies that Matter: On the Discursive Limits of «Sex»* 1993) quien ha concebido la idea de que el género, al tratarse de una categoría performática-en tanto que se representa-y performativa-en tanto que se repite a través de las prácticas cotidianas-puede desequilibrarse al evidenciar su carácter cultural y no esencial. De aquí que este personaje femenino ofrezca la oportunidad para la autora de desnaturalizar discursos relacionados con la autenticidad no sólo genérica, sino también de la representación de algunos atributos identificados con la mexicanidad esencial como el mestizaje.

Por otra parte, resalta un aparente diálogo con la mujer varonil del Siglo de Oro español, que fuera emblemática por la famosa «Rosaura» de *La vida es sueño* de Calderón de la Barca. Sin embargo, Boullosa rebasa la propuesta de la mujer varonil del Siglo de Oro español pues sus protagonistas, como Marie Claire, no son un elemento ordenador del caos previsto ya en la obra, sino un medio de rebeldía aun mayor hacia los órdenes establecidos. Al ser atrapada y descubierta en su identidad genérica Marie Claire arguye: «Sí soy mujer, ya lo viste. Yo me siento humillada así expuesta. Creí que ya lo había vencido, que nunca más volvería a ser ésta mi desgracia, el cuerpo expuesto, ofrecido (como si él fuera mi persona) al mundo. ¡Yo no soy lo que tú ves! Quiero gritarle» (Boullosa 1994, 19). Las apariencias, como sugiere esta cita del libro, serán espejismos que conformen las identidades obligatorias desde el discurso público. Sin embargo, Boullosa se encarga, como también Calderón de la Barca, de hacer evidentes los mecanismos que conforman *el gran teatro del mundo*. Para reforzar esta idea, Boullosa emplea en *Duerme*, y a lo largo de gran parte de su obra literaria, la primera persona como narrador con lo que imprime una intensa descripción de la subjetividad de los personajes. Al mismo tiempo, instala al relato en un constante tiempo presente, haciendo que los personajes dirijan la palabra al propio lector (como en la cita anteriormente incluida), quien queda involucrado en una narración que se mueve al ritmo de las acciones del cuerpo de los personajes: al lector se le coloca como testigo de un cuerpo, o varios, en pleno movimiento.

El disfraz y la inestabilidad categórica entran como hilos conductores de la trama cuando Marie Claire es salvada de la horca, después de recibir la identidad del Conde Urquiza (enemigo de la Corona), por una mujer india. Es precisamente por esa falta de definición en su identidad que la mujer indígena, quien juega con su nombre verdadero a lo largo de la narración, decide salvar a esta mujer europea con su intervención quirúrgica a la usanza de los antiguos pobladores de Tenochtitlan. La mujer de «manos tibias» hace una herida en el pecho de la joven, misma que ha de transformarla radicalmente, inclusive en su calidad de humana mortal. Marie Claire es vaciada de su sangre europea –dejando un pecho abierto pero no sangrante– y en su lugar, la india coloca el agua del entonces ya casi extinto lago de Tenochtitlan: «Estas son aguas purísimas, no tocadas por las costumbres de los españoles, ni por sus caballos, ni por su basura. Usted que no es mujer ni hombre, que no es nahua ni español ni mestizo, ni conde ni encomendado, no merece la muerte» (Boullosa 1994, 28). En su condición de des-identificada, Marie Claire representa una posibilidad para la trascendencia y transformación del sistema social al que se halla inscrita y que compulsivamente busca suscribir en una categoría definida. Como afirma Judith Butler en *Bodies that matter*:

Although the political discourses that mobilize identity categories tend to cultivate identifications in the service of a political goal, it may be that the persistence of disidentification is equally crucial to the rearticulation of democratic contestation. Indeed, it may be precisely through practices which underscore disidentification with those regulatory norms by which sexual difference is materialized that both feminists and queer politics are mobilized. (1993, 4)

Al perder su sangre, Marie Claire adquiere un mestizaje *otro* al que se ha concebido como la semilla de la nación: se convierte una «cosa partida» (29), elemento que irrumpe disidencia en los planteamientos coloniales y contemporáneos sobre la identidad mexicana. Como sugiere Pirott-Quintero:

El mestizaje reconfigurado en pluralidad de la novela, sirve para re-vitalizar el imaginario corporal mexicano [...] la transfusión de Claire crea una narrativa que rompe con el simbolismo de la sangre y el desorden semiótico que suscita la retórica de la «mezcla de sangres,» los cuales forman parte de muchos discursos de la identidad mexicana. (2001, s/p)

Boullosa disloca el papel central y naturalizante del mestizaje (siempre identificado a partir de su mezcla sanguínea vs. pureza de sangre) y coloca a su personaje como un ser capaz de adoptar identi-

dades múltiples para evidenciar la artificialidad y el carácter coercitivo de la división genérica y racial en el México colonial. Para sobrevivir, Marie Claire viste ropas de india que le hacen experimentar corporalmente una constante violencia, descubriendo así la posición desventajosa impresa a lo considerado como el último escalafón social desde la Colonia hasta el nuevo milenio: las mujeres indígenas. Esto es confirmado cuando se narra la violación sexual (y pública) que sufre al estar vestida de india y ser descubierta como mujer por el hombre español que se cuenta es el Conde Urquiza. Al exponer gráficamente esa violación, Boullosa explicita tal vez el acto más representativo del proceso de mestizaje y que ha sido constantemente conciliado o explotado por el imaginario mexicano: la imposición forzada emblemática en la ocupación que alcanzó todas las esferas de la vida indígena, al menos en lo que era la antigua Tenochtitlan. Al reflexionar y proponer un sincretismo/mestizaje alternativo Boullosa introduce uno de los aspectos más significativos de su obra: la obsesión por evidenciar la compulsión binaria en la organización de la vida y subversión que la autora formula a través de la escritura. Si en la novela *La milagrosa* (1993) Boullosa construye un personaje femenino que mantiene obsesivamente su identidad individual, en *Duerme* se explora la artificialidad de la división entre indios y españoles, entre mestizos y españoles y otras complejas castas como cambujo, lobo, zambo, saltatrás, entre muchas otras².

Tras un enfrentamiento en plena calle con un oficial de la corona, Marie Claire tiene oportunidad de convencer al virrey de que ella es hija de un caballero francés servidor de la corte española. Este hecho le permite adoptar una nueva identidad que le reinserta al mundo europeo y a su atuendo de hombre, eventos que aprovecha para empuñar nuevamente las armas. Lo particular de esta reinsertión identitaria es que volver a la categoría genérica y racial supuestamente original no impide a Marie Claire seguir ejecutando performances subversivos cuando el virrey, al saber de sus dotes de mando y combate, la comisiona para ir a derrotar al indio Yaguey que está arrasando con las tierras cercanas a la capital y también con comunidades indígenas. Como hace en la novela *La Milagrosa* y como se verá más adelante en «Isabel,» Boullosa inviste a sus personajes femeninos de soldados alternativos con estrategias propias, pues son individuos capaces de entrar al campo de batalla con la intención de desordenar las estructuras del Estado legitimado sobre la base de un sistema social de desigualdad. Boullosa reescribe así el himno nacional mexicano al evocar una nueva frase de comienzo «*Mexicanas al grito de guerra*»³. Al hacerlo disloca la ecuación de ciudadano como equivalente a sujeto masculino y otorga la posibilidad a las mujeres de jugar roles alternativos a la norma tradicional dentro del texto nacional.

Tras vencer a Yaguey, vestida de hombre, Marie Claire se aleja demasiado de la capital y cae en un estado de sueño que sólo ha de repararse con la vuelta a la ciudad. Nuevamente lleva una herida que no sangra, convirtiéndose en una emblemática figura que los indios reconocen como una fuente de vida eterna. Boullosa transforma a su personaje femenino en un individuo que ha rebasado no sólo la nacionalidad, el género y la raza sino la categoría de humano. Cuando la cabeza de Marie Claire es solicitada por algunos indígenas que la consideran una fuerza inusitada y vital para su supervivencia, ella y su amigo Pedro de Ocejo tienen que huir de los límites de la Ciudad de México. A partir de la salida forzada la joven cae en el sueño que vaticinara la india de las manos tibias pues su energía vital

² En *La Milagrosa* (1993) Boullosa emite directamente su visión sobre el ambiente electoral de 1993, un año antes de la salida de Carlos Salinas de Gortari como presidente. En su afán de reimaginar a la comunidad nacional, Boullosa introduce un personaje femenino que busca trascender cualquier categoría binaria o estratificante. En *Duerme*, asimismo, Boullosa propone a Marie Claire que rebasa lo binario y racial desde el mestizaje alternativo. Claire no puede ser lo que se definió como “casta,” ni siquiera la denominada “no te entiendo.” Como se definían las castas:

De español e indígena - mestizo/ De Indio con negra - zambo/ De negro con zamba - zambo prieto/
De blanco con negra - mulato/ De mulata con blanco - morisco/ De español con morisca - albino/
De albino con blanco - saltatrás/ De indio con mestizo - coyote/ De blanco con coyote - harnizo/
De coyote con indio - chamizo/ De chino con india - cambujo/ De cambujo con india - tente en el aire
De tente en el aire con china - no te entiendo/ De mulato con tente en el aire - albarasado

³ El 12 de noviembre de 1853 –bajo el mandato de Santa Anna– se convoca a escribir el Himno Nacional Mexicano. El resultado respeta la fórmula de concebir una nación en la que los “hijos varones” serán los agentes políticos, sociales y militares. Como se confirma desde el coro y la primera estrofa: Mexicanos, al grito de guerra/ el acero aprestad y el bridón/ y retiemble en sus centros la tierra/ al sonoro rugir del cañón [...] Mas si osare un extraño enemigo/ profanar con sus plantas tu suelo,/ piensa ¡Oh Patria querida! Que el cielo/ un soldado en cada hijo te dio

depende de su cercanía a las aguas de Tenochtitlan que corren por sus venas. Es a partir de este punto que lo onírico invade también propia la narración. La historia alcanza la fantasía utópica cuando la autora propone el despertar de una Marie Claire lista para asumir el mando de la rebelión temprana contra los españoles. Es la voz del poeta Pedro de Ocejo quien se encarga de narrar un final fuera de los límites de la verosimilitud. Este narrador propone que Marie Claire ha organizado a un grupo de rebeldes indígenas y se ha decidido a dar un revés al curso de la historia colonial. Ella se ha convertido, a partir de las aguas que corren por sus venas y por el atuendo que fue obligada a llevar, en «una más de ellos»: «¿no soy acaso también hija de la raza? La única francesa que lleva agua en las venas, la mujer de la vida artificial, la que sólo puede vivir en la tierra de México?» (Boullosa 1994, 125). El propio Pedro de Ocejo también acaba por rebasar los límites de su identidad pues él, siempre apegado a la escritura de la poesía, decide asumir la escritura de un relato que también rebese los límites de la historia oficial; esto es, rebasa la intención de dar vida a una narración moralizante y cohesionadora pues: «Escribir historias sí sirve, no digo que no, pero sirve demasiado, es una manera de conquistar y vencer, y yo no tengo por que conquistar el mundo» (Boullosa 1994, 77).

La trama de *Duerme* finaliza sin acabar de responder por el paradero de la inmortal Marie Claire quien, al no poder morir, es un símbolo de fuerza política latente lista para despertar en la mejor oportunidad. La no sangrante Marie Claire, entonces, metaforiza una eternidad bien distinta de la propuesta por el discurso oficial como la esencia de lo mexicano: un cuerpo que es muchos cuerpos, un cuerpo partido, fragmentado por la herida no sangrante primordial que le ha transformado; un ser con identidades múltiples que está dispuesta a dislocar el destino trágico que socialmente se le ha impuesto a partir de la estabilidad de categorías como mujer, mestiza, india, europea, o eterna.

CUERPOS HISTÓRICOS ROTOS, SIN LÍMITE

Publicada en el libro de cuentos o novelas cortas *Prosa rota* (2000), «Isabel» es una historia que, como *Duerme*, reflexiona sobre el curso de la historia y sus mitos a partir de la idea de la subversión a la ley de la sangre cuando logra un mestizaje posmoderno, en plena era del sida, a través de sus prácticas sexuales y vampirescas. Una nueva peste se apodera de la Ciudad de México en el fin del milenio. Ya no será el régimen colonial el que produzca un sistema de estratificación, sino los regímenes resultantes del largo proceso de independencia, consolidación nacional y entrada a la modernidad. Textos como «Isabel» hacen evidentes lo que Boullosa define como continuidad histórica, misma que aparece como leitmotiv a lo largo de su prolífica obra: el caos y la injusta distribución de los recursos y del poder.

Como otros trabajos de la autora, «Isabel» discute la inscripción de los individuos en un contexto fragmentado donde la discontinuidad de los discursos y comportamientos se apodera para dislocar las mitologías reforzadas por la historia. Esta noveleta puede ser leída, en primera instancia, como la cartografía del deseo de una mujer que repentinamente deja de lado su condición humana/femenina y se convierte en una hambrienta vampiro que busca víctimas para saciar su sed sexual y de sangre. La propuesta de una mujer vampiro en plena Ciudad de México, nos recuerda a la hecha por Carlos Fuentes en su libro *Aura* (1962) a la que Jean Franco definiese en *Las conspiradoras* como «una fábula que refleja el temor de varón a perderse» (1993, 220) o a perder el mando del orden de significado que ha impuesto, inclusive, en el ámbito cultural y nacional. Pues la muerte y la sexualidad implícitas al vampiro han representado el inicio de un proceso de desintegración de la propia vida y la identidad, que su vez alcanza a los contextos en los cuales el vampiro se halla inscrito. La incidencia de una mujer vampiro, por tanto, implica también la ruptura de la gran *Historia*, pues «La Historia, que al mismo tiempo constituye la inmortalidad de la sociedad y la del individuo, se ve amenazada tanto por la rutina sin sentido como por el ciclo eterno del sexo y la muerte, encarnado por la mujer vampiro» (Franco 1993, 220).

Boullosa presenta la obra con la descripción lúdica «roja noveleta rosa en que se cuenta / lo que ocurrió a un vampiro» (2000, s/p). En su dislocación de los géneros literarios juega, asimismo, con el planteamiento de un universo que ha sido dislocado de sus significantes tradicionales: si la noveleta rosa es clásicamente identificada con el ámbito de lo femenino, el rojo añadido a su descripción nos devuelve a un universo neo-gótico en el que se «hablaba de lobos, de cuervos y de sangre» (2000, s/p).

Al evocar la novela rosa *Boullosa* también dialoga con el romanticismo literario como género de las novelas fundacionales del siglo XIX latinoamericano; por otra parte la autora devuelve la vista al romanticismo alemán e inglés en donde las historias de vampiros fueron una manifestación singular de este movimiento literario. La vuelta hacia un mundo en el que destaca el placer por la sangre y la carne disloca la imagen ideal de la mujer pasiva y asexual propuesta por la República Liberal en el México del siglo XIX. El deseo sexual explícito en la mujer vampiro, quien es sujeto deseante capaz de exponer su cuerpo y placer, provocan la dislocación de su género a partir de su inmersión al mundo del goce. La posesión del otro se convertirá entonces en meta principal de la protagonista quien encuentra por la boca, como si se tratara de una mística en la llaga del cuerpo de Cristo, la puerta hacia un mundo inefable.

Habiendo mordido al amante que por años la mantuvo en una sed emocional, la protagonista rompe con la imagen tradicional del encuentro sexual heterosexual al convertirse en una mujer insaciable que no respeta modelos de relación monogámica. Isabel despierta un día con el sabor de la sangre en su boca. Desde entonces su sexualidad, placer y actividad de vampiro quedan hechas una: «empezó a desear que quien fuera acariciara su cuerpo y la penetrara, y la habitara con paciencia, creyendo que eso de acoplarse debía ser en el siempre jamás» (Boullosa 2000,180). Al sustituir el «siempre jamás» por una práctica de placer y no de institución matrimonial, Isabel trasciende la idea de cuerpos sexuales con límite. Ella busca llevar a su cama a un ser diferente cada noche; uno que represente un aspecto totalmente diferente del espectro social. Su deseo trasciende las categorías de género, la raza y la clase rompiendo, de esta manera, con los cercos que socialmente posicionan a los individuos en una posición más o menos favorable en la escala social. Un narrador por demás inestable (que se pasa gran parte del relato dudando de la veracidad de la historia) comenta: «Isabel no ha repetido en ninguno el tono de piel, como si tuviera gusto de pintor en la elección de los muchachos, en la paleta de su cama va recorriendo todos los tonos que la piel puede tener» (Boullosa 2000, 190). Por otra parte, el erotismo llevado al límite trastoca los guiones restringidos y previamente ensayados del encuentro sexual y se propone formular un encuentro circular, siendo capaz de enunciar el placer de Isabel en un espacio subjetivo y corporal que trasciende la diferencia sexual: «Los cuerpos, entonces, son más amplios que el mundo. La pulgada del clitoris no tiene márgenes, la boca más honda que el océano, no hay palabras, ni nalgas, ni culo, ni labios, ni espalda, ni pechos, sino el tirón del gozo, la marea del gozo» (Boullosa 2000, 188).

En la descripción de su deseo y performance sexual, la protagonista reflexiona sobre la educación o el aprendizaje de los comportamientos genéricos culturalmente aprendidos, básicamente insertos en la mitología histórica transmitida como un valor de carácter nacional: para la protagonista el placer sobrepasa la idea de «hacer patria» a través de la relación sexual heterosexual y su consecuente maternidad. Como Isabel define, nuevamente desde la narración teatral en primera persona y en presente: «A los hombres se les enseña a despreciar la carne y a las mujeres a contener su gusto hasta que la carne aguante. La mayoría de los varones no saben gozar, y no les interesa. Un pequeño mareo y un océano de semen. Pura aburrición carnal» (Boullosa 2000, 191). Boullosa rompe, de este modo, con el rictus de decencia sexual y dignidad tradicionalmente impuesta a los cuerpos femeninos en el texto nacional. Como propone Debra Castillo en su libro *Easy Women*, las mujeres que expresan deseo sexual en la cultura mexicana han sido calificadas de anormales: «step outside such dominant culture codings of female behavior and thus enter into a sliding category: loose women, easy women, public women, locas, prostitutes» (1998, 4). Isabel deja a un lado su normalidad femenina y se convierte en lo que Federico Gamboa es incapaz de escribir sobre Santa (*Santa* 1903), la emblemática prostituta del naturalismo mexicano que al adentrarse en el mundo del sexo pierde su estabilidad genérica para convertirse en lo que impreso puede leerse apenas como «puntos suspensivos.» Lo que sí es, una mujer que expresa abiertamente su sexualidad, no tiene cabida en el discurso de Gamboa: «¡No era una mujer, no; era una...!» (1979, 7).

Lo innombrable para la cultura nacional, una «no mujer» que rebasa su género y los valores nacionales a través del sexo, se reproduce a lo largo de la noveleta hasta provocar un ambiente en el que prima el caos. Es desde la desestabilización del cuerpo femenino que Boullosa propone una dislocación del ambiente y de las narraciones históricas contemporáneas. Con la preferencia sexual indiferenciada que mantiene Isabel –quien practica su sexualidad sin límite de tiempo y sin límite de género– y sus

hábitos de vampiro es que los confines del orden social y del cerco profiláctico de la modernidad también acaban por caer, exponiendo el caos escondido tras la fachada de un «México en la era del progreso», frase que paradójicamente fue el slogan de diversos discursos presidenciales del presidente mexicano Carlos Salinas de Gortari (1988-1994).

Tradicionalmente asociado con la transmisión de la peste, el vampiro representó la alegoría de la premodernidad sanitaria. Al introducir a una mujer vampiro en pleno siglo XX, Boullosa desequilibra la noción de modernidad en un escenario en el que la peste aparece como una ventana hacia las fronteras del mundo marginado histórica y socialmente: la pobreza y la falta de recursos, tan presentes hoy en día en países como México. Los primeros en morir por la peste serán aquellos que estén directamente expuestos al espacio público como residencia, pues son esos pobres que conviven cotidianamente con las ratas, antiguas transmisoras de la peste: «Por decenas caían, como moscas se morían los rostros anónimos, lastimados desde su nacimiento por la carcajada imbécil de la miseria» (Boullosa 2000, 211). Con su presencia en el mundo ciudadano, Isabel subvierte cualquier orden y denuncia la desigualdad y corrupción de los gobiernos. La ley de la muerte se instala para dar cabida a una venganza por parte de las clases mayoritarias, presentes desde la etapa colonial hasta los comienzos del milenio: «¡Qué rico se vengaron entonces del silencio al que les habían sometido! La ciudad era de los miserables, de los que vivían en condiciones indignas, porque era su ley la que imperaba. Su ley era de la muerte» (Boullosa 2000, 7).

De este modo, la mordida mortal y sexual de Isabel se convierte en la sinécdoque de la heroína de los olvidados del progreso: lo indigno no será su sexualidad sino la sistemática manutención de la pobreza que los diversos sistemas gubernamentales han perpetuado como moneda común para la mayor parte de los ciudadanos. Ella, como inmortal, es la única capaz de acabar con lo que sigue marcando la clasificación de entidades aceptables. Se convierte, de alguna manera, en la protagonista de la novela *Duerme* que años después ha despertado de su largo sueño para continuar con su proyecto de justicia. Con su mordida Isabel también desenmascara a la elite que consolidara a la nación, evidenciándola como un ente productor de discursos coercitivos y clasificadores de los individuos que se mantiene intacta, incluso de la peste, gracias a su alta posición social: «¡Muerde, muere más Isabel! ¡Súmame a su venganza! ¡Mata a aquellos que perdona la peste!» (Boullosa 2000, 213). Al dar lugar al caos, e inclusive borrar los límites entre la vida y la muerte, la ciudad de México es protagonista de la debacle de un orden social. Cuando la peste ha matado a la mayor parte de los pobladores, Isabel huye hacia otros países buscando saciar su sed de sangre.

El final de la noveleta adquiere un tono irónico y romántico en el que la mujer vampiro se enamora hasta buscar extinguir su vampirismo, pues aparentemente busca volver a regularse como una mujer: mortal y definida genéricamente. El juego narrativo alcanza límites insospechados pues la historia termina escapando del poder del narrador principal: la propia Carmen Boullosa. Introducida como un personaje más, la escritora pide ayuda a los expertos para intentar dar un cauce *congruente y verosímil* a la historia. Esta ruptura de la prosa (que evoca al título del libro que incluye esta historia) termina siendo un juego retórico introducido por la autora para exponer su obsesión por la pérdida de límites entre lo ficticio y lo verdadero. Decapitándose como única salida a su existencia de vampiro, Isabel y la autora ofrecen un posible final trágico a la historia. En segundo término, Boullosa se burla desdiciendo la primera versión del final para introducir el romanticismo llevado a la parodia: el amor logra salvar a Isabel de su vampirismo. Siendo Isabel y la escritora residentes de Nueva York, la primera narra que en el presente-dentro del tiempo de la novela-puede encontrársela en los cafés o parques de la ciudad. Respondiendo a la obsesión de dislocar las cualidades que aparentemente busca Boullosa en los «asesores externos» (verosimilitud y coherencia) el final de «Isabel» se inscribe en una de las constantes la obra de esta escritora: proponer un orden alternativo que sólo parece visible a partir de la extinción total de los actuales órdenes: ya sea la norma heterosexual, el rictus genérico, los órdenes económicos, científicos, históricos, nacionales o literarios.

En las obras aquí analizadas Boullosa emplea el cuerpo como medio de subversión a los discursos investidos sobre el mismo, haciendo evidente su producción que compulsivamente busca insertarlo en categorías de segregación social. Esta singular escritora incide sobre las narrativas enfocadas en elementos y periodos hegemónicos de la historia mexicana para de este modo evidenciar la incoherencia del proyecto lineal de nación que se ha propuesto como evolutivo. Al focalizar su atención sobre el

mestizaje como discurso de cohesión nacional Boullosa visibiliza que, gracias al espíritu conciliador de la gran historia producida en el siglo XIX, la desigualdad que se imprimió en el periodo colonial como estructura básica social quedó justificada en la premisa de ser el sitio de nacimiento del espíritu nacional. A través de sus propuestas artísticas se evidencia que si hay una constante en la historia oficial es haber establecido una sola línea de acción política y social: la condenación de los diversos grupos indígenas y las subjetividades no masculinas que todavía al final del milenio siguen luchando por ser reconocidos como agentes sociales en la vida nacional.

© Rosana Blanco-Cano

* * *

BIBLIOGRAFÍA

- Boullosa, Carmen (2000). "Isabel." *Prosa Rota*. Madrid: Librusa/CIMAC.
- (1994). *Duerme*. Madrid: Alfaguara.
- (1993). *La milagrosa*. México: Era.
- Butler, Judith (2003). "Variaciones sobre sexo y género: Beauvoir, Wittig y Foucault." *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual*. México: UNAM/PUEG.
- (1993). *Bodies that Matter: On the Discursive Limits of "Sex."* New York: Routledge.
- (1990). *Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity*. New York: Routledge.
- Castillo Debra (1998). *Easy Women: Sex and Gender in Modern Mexican Fiction*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Florescano, Enrique (2002). *Espejo Mexicano*. México: FCE/ CONACULTA/Fundación Miguel Alemán.
- (2000). *Historia de las historias de la nación mexicana*. México: Taurus.
- Franco, Jean (1993). *Las conspiradoras: la representación de la mujer en México*. México: FCE.
- Gamboa, Federico (1979). *Santa*. México: Grijalbo.
- Hind, Emily. "Historical Arguments: Carlos Salinas and Mexican Women Writers." Discourse 23.2 <http://muse.jhu.edu/>
- Ortiz Monasterio, José (2004). *México eternamente: Vicente Riva Palacio ante la escritura de la historia*. México: FCE/ Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.
- Pirott-Quintero, Laura E. "Strategic Hybridity in Carmen Boullosa's *Duerme*". *CiberLetras*, 2001, 5, s/p <http://www.lehman.cuny.edu/ciberletras/>
- Riva Palacio, Vicente (1956). *México a través de los siglos: historia general y completa del desenvolvimiento social, político, religioso, militar, artístico, científico y literario de México desde la antigüedad más remota hasta la época actual; obra única en su género V. II*. México: Cumbre.
- Seydel, Ute (2001). "La destrucción del cuerpo." *Territorio de leonas: cartografía de narradoras mexicanas en los noventa*. Coord. Ana Rosa Domenella. México: UAM, Casa Juan Pablos Centro Cultural, pp. 215-27.
- (2007). *Narrar historia(s). La ficcionalización de temas históricos por las escritoras mexicanas Elena Garro, Rosa Beltrán y Carmen Boullosa (un acercamiento transdisciplinario a la ficción histórica)*. Madrid-Frankfurt: Iberoamericana-Vervuert.
- Sommers, Doris (1990). "Irresistible Romance: The Foundational Fictions of Latin America." *Nation and Narration*. Ed. Homi Bhabha. New York: Routledge, pp. 71-98

La autora:

Rosana Blanco-Cano trabaja como profesora-investigadora de tiempo completo en Trinity University, San Antonio, Texas. Obtuvo su doctorado en estudios culturales y una maestría en literatura latinoamericana en Tulane University. Ha publicado artículos diversos en las áreas de estudios culturales del México contemporáneo, estudios de género en América Latina, performance latinoamericano, cine latinoamericano, cine español, feminismo chicano, feminismos indígenas, entre otros temas. Actualmente se encuentra preparando el libro *Cuerpos disidentes del México imaginado: Cultura, género, etnia y nación más allá del proyecto posrevolucionario*.

LA DESTRUCCIÓN DEL IDILIO EN LA NOVELA *EL PADRE DE BLANCANIEVES* DE BELÉN GOPEGUI: TIEMPO Y ESPACIO EN EL IDILIO MODERNO

por Nerea Marco Reus

idilio.

(Del lat. *idyllium*, y este del gr. εἰδύλλιον, poema breve).

1. m. Coloquio amoroso, y, por ext., relaciones entre enamorados.
2. m. Composición poética que suele caracterizarse por lo tierno y delicado, y tener como asuntos las cosas del campo y los afectos amorosos de los pastores.

Según esta definición, no podríamos clasificar esta novela de Belén Gopegui como idílica, o como destrucción de ese idilio, pues no aparece tal y como se nos define en el Diccionario de la Real Academia Española. Pero es que no debemos pensar en el idilio tal y como se define en los diccionarios.

Debemos pensar en el idilio como una estética literaria. El idilio como una esfera específica del patetismo, la esfera reservada a los valores familiares. Por esos valores familiares se entiende la constitución de una pareja o el crecimiento de los hijos, pero no sólo eso, también el respeto, la buena educación, el honor... Estos valores familiares son los tradicionales, los pertenecientes al mundo de las tradiciones, al mundo de la perfecta estabilidad familiar.

¿Hay estabilidad familiar en la novela de Belén Gopegui? ¿Hay estabilidad en el seno familiar, hay transmisión de los valores tradicionales de padres a hijos? La propia idea de transmisión de generación en generación, durante un tiempo cíclico inalterable, es problemática y conflictiva y así lo podemos ver en *El padre de Blancanieves*. Sólo en un mundo quimérico, utópico, podrían darse las condiciones necesarias en las cuales podría desarrollarse ese idilio donde encontrar la perfecta estabilidad familiar.

Pero Belén Gopegui no narra eso, ni se acerca a la estética del patetismo, del idilio, sino que se acerca a la ruptura del idilio, a la destrucción de esa estética literaria en particular.

Los valores familiares pueden permanecer puros cuando las generaciones son idénticas entre sí, pero esto es imposible fuera del mundo quimérico. El mundo es desigual, cambiante y el tiempo no es cíclico, sino lineal, e influye en la pervivencia y transmisión de esos valores familiares.

Así, las ideas de los padres no son las mismas que las de los hijos, ni sus aspiraciones, ni sus valores, ni el mundo donde defenderse con esos valores que les han transmitido sus padres. Los valores no permanecen inalterables, se renuevan porque las condiciones externas, fuera de ese mundo familiar idílico, han cambiado.

Y eso provoca ese choque de mentalidades, de ideas, de proyectos, de fuerzas entre padres e hijos. Así aparece el conflicto intergeneracional. Así comienza la ruptura del idilio, su destrucción. En el realismo moderno, esta conflictividad es compleja e interesante.

¿Por qué cambian los valores familiares? ¿Por qué no sirven los mismos valores de padres a hijos? El idilio es una estética que actualmente se ha acercado al realismo moderno. En la modernidad, se premia la individualidad por encima de la colectividad. La individualidad (Enrique) es quien rompe la colectividad (rompe los tubos en las azoteas), aunque al desaparecer esa colectividad nos avisa de que no es sólo la suma de sus individuos, sino que es algo más. Ahí se entiende la conflictividad.

La estructura familiar patriarcal es una estructura básica en la estética del idilio. Pero no es idilio *El padre de Blancanieves*, sino destrucción de ese idilio. Supone la destrucción de la estructura familiar y la desaparición de esa transmisión de valores generacionales. ¿Quién destruye el idilio? ¿Cómo se

destruye esa estructura familiar?

Dos elementos importantes en la estética del idilio son el tiempo y el espacio.

El tiempo, en un mundo quimérico donde el idilio no fuera problemático, sería cíclico. Los valores tradicionales pasarían de generación en generación sin que nada interrumpiera esa transmisión. Pero el tiempo no es cíclico, sino lineal. No es estático, sino que avanza hacia delante, es cambiante. El mundo funciona de izquierda a derecha y el tiempo avanza hacia el futuro. Nuevos valores implican esa ruptura del idilio.

El espacio, el lugar, es también un elemento importante en la estética del idilio. En el idilio, en el seno de esa perfecta estabilidad familiar, la familia se establece en un lugar, en su hogar, y allí nacen los hijos, allí crecen los nietos con los abuelos; la foto de familia con el mismo fondo todos los años...

La estabilidad del hogar es importante para el idilio. Pero no tenemos estabilidad del hogar en *El padre de Blancanieves*. El hogar es puesto en peligro, el idilio se rompe, la estabilidad familiar no funciona correctamente.

Si no tenemos un tiempo cíclico, si no lineal y en avance; si no tenemos estabilidad de lugar, sino que el espacio familiar está en un serio peligro, ¿cómo es posible tener idilio? Imposible, por eso tenemos destrucción de ese idilio.

Los valores familiares patriarcales no sirven a los hijos. El mundo moderno es egoísta; las personas están encerradas en sí mismas. El mundo se ha vuelto egoísta, individualista y las personas no ven más allá de los límites que ellas mismas se han impuesto.

Por eso, cuando algo traspasa esos límites, salta la alarma. Salta la alarma de ese individualismo cuando el despedido que llama al timbre de casa de Manuela. Se rompe la burbuja y a partir de ahí se rompe el idilio. Se rompe la ilusión idílica del mundo familiar que mantenían: los hijos ya no escuchan a los mayores, no les sirven. El mundo es cambiante, confuso. Las relaciones no son tan cercanas ni tan amables. Las personas ya no se relacionan con la naturaleza, la atacan.

El individualismo premia y sobresale por encima del colectivismo, del idilio, de las condiciones para que se cumpla esa estética del patetismo.

En *El padre de Blancanieves*, tenemos un «colectivo» que intenta cambiar estos nuevos valores del mundo moderno. El colectivo intenta acercarse de nuevo a la naturaleza, con esos tubos y algas en las azoteas. Intenta acercarse a las personas con ese movimiento para ayudar, esa idea surgida del timbre que rompió la burbuja idílica en el hogar familiar.

Se rompe el idilio familiar, las relaciones entre personas son individualistas, el colectivo intenta acercarse a estos valores del mundo moderno para cambiarlo... ¿y lo consigue? Un individuo (Enrique) rompe los tubos. Un individuo contra el colectivo. ¿Qué intenta ese individuo, solo, ante un colectivo cómo ese? Volver al idilio, volver al estadio, a las condiciones en las que se sentía seguro, en las que todo estaba controlado, cada persona ocupaba su lugar y su función. Aunque Belén Gopegui planteé la destrucción del idilio en esta novela, sus personajes, al menos Enrique, intenta volver a ese idilio del que le obligaron a salir cuando sonó el timbre. Se intenta volver a esa estabilidad perfecta familiar, los padres siguen intentando transmitir esos valores familiares aunque a los hijos no les sirvan en absoluto.

Belén Gopegui plantea la destrucción del idilio desde la primera página. Un acontecimiento no cotidiano rompe la rutina de esa estructura familiar.

Se rompe la rutina, falla el tiempo cotidiano, cíclico. Algo se sale del tiempo y lugar. Algo no planeado entra en el idilio cerrado y cíclico de esa familia. Se rompen esas condiciones necesarias básicas para la estética patética del idilio.

También el lugar. Belén Gopegui nos habla de un colectivo. A veces incluso ese mismo colectivo apela a los lectores, habla e interactúa con ellos en la medida que puede. En la novela tenemos diferentes espacios, públicos y privados, diferentes estructuras jerárquicas, de familia o de colectivo, diferentes idilios y diferentes espacios, pero ¿cuál es el tiempo y el espacio de ese colectivo? ¿Puede un elemento como el colectivo, que no tiene ni tiempo ni espacio propio, estar dentro de una estética del

idilio? ¿Entra dentro de las normas o no? ¿Contribuye esto a romper ese idilio o no?

La destrucción del idilio tiene pasos. No viene de golpe. Algo la provoca, sí, pero el idilio no se desmorona rápidamente, tiene fases. Esa ruptura del idilio va afectando poco a poco a cada una de las diferentes personas que integran esa estructura familiar. Nadie queda sin ser afectado por esa conflictividad que plantea un cambio de valores en la edad moderna.

El lugar cambia, el idilio rompe su cotidianeidad. El espacio familiar se pone en peligro, ya no se rige por los valores patriarcales de liderazgo (el padre cede los derechos del espacio familiar a la madre y la hija), la madre sale del lugar familiar, de ese espacio idílico necesario. Se rompen o disgregan los valores necesarios para cumplir las condiciones del idilio.

Aparecen nuevos lugares importantes (las azoteas), nuevos individuos que llaman a la puerta, a diferentes puertas, que rompen la cotidianeidad de los personajes de la estructura familiar.

La crisis del idilio moderno es siempre un conflicto generacional. El idilio es imposible en un mundo moderno. Los valores del mundo moderno no son válidos ya con esa transmisión de generación en generación. La conflictividad y la problemática de una estructura familiar estable y perfecta está presente a lo largo de toda la novela. El idilio se tambalea, los pilares del poder patriarcal, del espacio idílico, del tiempo cíclico van desapareciendo y el idilio tiene cada vez menos bases en las que apoyarse. Tanto los padres como los hijos están desorientados en este espacio y tiempo, no saben reaccionar ante estas nuevas situaciones que se les plantean por primera vez. Ni los padres pueden transmitir sus conocimientos, ni les sirven a los hijos, pues las condiciones externas para aplicar esos conocimientos han cambiado por completo.

Poco a poco, nos damos cuenta de que el idilio es absolutamente imposible en *El padre de Blancanieves*, que la estética que predomina en esta novela es la de la destrucción del idilio. ¿Cómo o dónde lo encontramos? En la contraportada de la novela, podemos leer: «Belén Gopegui prosigue su certera indagación en las fronteras que unen y separan las habitaciones privadas y los espacios públicos». Hablando de los lugares, de los espacios, aparecen públicos y privados. Eso sería impensable en un idilio familiar, en una forma de la estética del patetismo.

El idilio familiar tiene sólo un espacio, y ese espacio en esta novela está en constante peligro, ya que puede cambiar de manos, varía su estabilidad y los integrantes que viven en él, etc. Hay personajes nuevos, tiempos nuevos y espacios nuevos que interrumpen en lo que debería ser ese espacio propio del idilio familiar, sin interrupciones ni de tiempo ni de espacio.

Por ello, por esas intromisiones, por esa llamada al timbre y esa ruptura en la cotidianeidad, podemos pensar en *El padre de Blancanieves* como una novela dentro de la estética del patetismo, de la destrucción del idilio familiar.

© Nerea Marco Reus

* * *

BIBLIOGRAFÍA

- Bajtín, M., *Teoría y estética de la novela*, Madrid, Taurus, 1989, pp. 375-386
- Beltrán, L., *La imaginación literaria*, Montesinos, D.L., 2002, pp. 125-130.
- Gopegui, B., *El padre de Blancanieves*, Barcelona, Anagrama, 2007.

La autora:

Nerea Marco Reus. es estudiante de Filología Hispánica en la Universidad de Zaragoza. Mantiene su blog personal www.elculturaldenerea.com y coordina la sección cultural de un periódico digital www.zaragozame.com/elculturaldenerea, además de colaborar en otros blogs de literatura. A sus veinte años le encanta viajar al extranjero, leer todo lo que caiga en sus manos, salir de juerga los jueves como buena estudiante universitaria y asistir, cuando el estudio lo permite, a los actos culturales de su ciudad.

LOS ERRORES HISTÓRICOS DE *IVANHOE*

por Enrique García Díaz

0. INTRODUCCIÓN.

Tras sus éxitos con las novelas sobre Escocia, Walter Scott decide dar un nuevo rumbo a su creación literaria y decide cambiar de escenario. De este modo, traslada la acción hasta Inglaterra. En parte se debía al hecho de que sus lectores pudieran estar algo cansados de sus novelas sobre Escocia. Por otra parte, Scott sentía la necesidad de escribir una novela sobre Inglaterra y así lo expresa en la *Dedicatory Epistle to the Rev. Dr Dryasdust* que aparece en la introducción a *Ivanhoe*: «...a work designed to illustrate the domestic antiquities of England, and particularly of our Saxon forefathers» (Scott 2000: 5). Al mismo tiempo, el propio Scott explica que *Ivanhoe* «...is based on an “Anglo-Norman” manuscript which Sir Arthur Wardour preserves with such jealous care in the third drawer of his oaken cabinet» (Scott 2000: 12).

La decisión de escribir la novela basándose en un supuesto manuscrito fue de lo más acertada, puesto que *Ivanhoe* ha gozado de un éxito literario sin precedentes. Sin embargo, pese a ser una de las novelas más leídas del escritor escocés, no podemos catalogarla como una de sus mejores novelas históricas. Y el hecho de no hacerlo se debe principalmente a su desconocimiento de la historia de Inglaterra en el siglo XII. La novela está destinada más a un público juvenil que a un estudioso de la historia de Inglaterra. Las inexactitudes y falta de rigor histórico en la novela así lo atestiguan. Ello se debe simple y llanamente a que la Inglaterra del siglo XII es un período difícil para documentarse. Scott se basó principalmente, como hemos señalado, en la oposición entre sajones y normandos. Pero, además, influyó en él la obra de Jonh Logan *Runnamede* que trata este tema. Hay que decir en favor de Scott que sí poseía un denso y amplio conocimiento de su tierra natal, Escocia, puesto que sus novelas datan del siglo anterior y para escribirlas se basó en algunos casos en testimonios reales, contados por personas que los vivieron. Por ese motivo, Scott fracasa en cierto modo con esta novela al querer escribir *Ivanhoe* al estilo de *Waverley* o *Rob Roy*. Tal vez sea por ello por lo que Scott no firmó la novela con su verdadero nombre, si no que empleó el de Lawrence Templeton. Es posible que Scott pensara que podía fracasar a la hora de reflejar la sociedad inglesa del siglo XII y por ello prefiriera escribirla bajo seudónimo.

De todas maneras, no era la primera vez que Scott lo hacía ¹.

Lo que sí es *Ivanhoe* si duda alguna es el paradigma de la clásica novela de aventuras en la Edad Media con héroes, villanos, doncellas desamparadas, torneos y asaltos a castillos. Scott no refleja la teoría del feudalismo, pero sí su práctica mediante el reflejo de una sociedad violenta. En *Ivanhoe*, como señalaremos, Scott se muestra más interesado por crear una buena novela de aventuras basada en una trama interesante que en ofrecer un novela histórica al estilo de *The Talisman*. *Ivanhoe* se parece más a una novela destinada al público juvenil que a una novela histórica destinada a un público más estudioso, ya que algunos de los datos históricos que se aportan son erróneos, como veremos al contrastarlos con las fuentes históricas acerca de la época posterior a la conquista normanda.

Para este estudio de la Historia de Inglaterra en *Ivanhoe* nos ceñiremos a tres puntos como son:

- el marco histórico: Inglaterra en el siglo XII
- los hechos históricos: el reinado de Juan; el retorno de Ricardo; o las luchas entre sajones y normandos
- los personajes históricos más relevantes de la novela.

¹ La serie *Tales of My Landlord* están supuestamente escritas por un tal Peter Pattieson y recopiladas y publicadas por el maestro de escuela de la localidad de Gandercleug, Jedediah Cleishbotham. Así mismo *Waverley, or 'tis Sixty Years Since* fue publicada simplemente con “the Author of Waverley”, apelativo con el que fue conocido Scott hasta que reveló su identidad.

1. EL MARCO HISTÓRICO

Scott sitúa al lector en la región del condado Yorkshire, y más concretamente, entre las ciudades de Sheffield, Doncaster o Rotherham. Dicha zona se encuentra limitada al sur por la ciudad de Ashby-de-la-Zouche y al norte por York. Toda esta región está comprendida en lo que se denominan las llanuras orientales al sur de la Cadena Penina, lo que constituye una zona de gran belleza y fertilidad destinada principalmente a pastos. En dicha entorno se encuadra el famoso bosque de Sherwood, célebre por dar cobijo al legendario proscrito Robin Hood y su cuadrilla. En aquella época Sheffield era famosa y lo sigue siendo hoy en día por la fabricación de cuchillos. Esto lo explica Scott cuando nos describe al porquerizo de Cedric al comienzo de la obra: «In the same belt was stuck one of those long, broad, sharp pointed and two edges knives, with a buck's horn handle, which were fabricated in the neighbourhood, and bore even at this early period the name of Sheffield whittle.» (Scott 1994: 11)

Scott no menciona ninguna cualidad interesante de la ciudad de Doncaster, también dentro del condado de York. La que sí fue conocida es Rotherham pues en sus cercanías se encontraba el castillo de Connisburgh que Scott cita en la novela. Después de situar al lector en el espacio donde se desarrollará la trama de la historia, Scott elige la Inglaterra medieval del siglo XII y, en concreto, las luchas entre sajones y normandos. Expresa con toda claridad que esa lucha es ante todo la de los «siervos» sajones y la de los «señores feudales» normandos: el conquistado y el conquistador. Las fuentes históricas sobre Inglaterra dejan clara la diferencia entre unos y otros en el momento en el que Guillermo es coronado como nuevo señor de Inglaterra. Desde ese momento queda claro que Inglaterra es un país conquistado. Los normandos pasan a ser dueños y señores, mientras los sajones se convierten en sus siervos. Y es precisamente esta oposición por parte de los ingleses la que refleja Scott en *Ivanhoe*, mediante los personajes de Cedric y Robin Locksley principalmente. Y para defenderse contra estas revueltas los normandos van a introducir en Inglaterra los castillos en ciudades estratégicas como Exeter, Lincoln, Shrewsbury y York. En *Ivanhoe*, aparecen dos castillos: Torquilstone y Connisburgh. Pero Scott no se detiene solamente en esa problemática. Sabe que parte de la nobleza sajona, aunque materialmente limitada y desprovista de su poder político, continúa poseyendo sus privilegios de nobleza (Cedric o Athelstane of Connisburgh)² y que precisamente aquí reside el centro ideológico y político de la resistencia nacional de los sajones contra los normandos. La historia nos dice a favor de los normandos que Guillermo intentó desde un principio reinar en paz sobre sajones y normandos. Pero en la novela eso no es cierto. No hay una buena comunión entre ambos bandos.

Sin embargo, debemos señalar que Scott cometió un grave error al elegir el marco histórico de la Inglaterra medieval del rey Ricardo y colocar dentro de ella las luchas entre sajones y normandos, luchas que, por otra parte, según la Historia, terminaron en el año 1072. No obstante, pese a que en los años en los que se desarrolla *Ivanhoe* tales luchas ya habían cesado, Scott recogió el tema de la tragedia *Runnemedede*, de Logan, como ya hemos mencionado, quien presenta a los sajones como raza existente todavía en el 1215, y decidió seguir con su idea. Pero en realidad los años en los que se desarrolla *Ivanhoe* se corresponden en la Historia de Inglaterra con el período Angevino, más conocido como la dinastía Plantagenet, iniciada por Enrique II, padre de Ricardo y Juan. Esto demuestra la falta de rigor histórico una vez más de Walter Scott, al confundir épocas, reyes y años.

La dominación normanda había comenzado en el año 1066 con la batalla de Hastings en la que Guillermo duque de Normandía había invadido y conquistado Inglaterra reclamando su derecho al trono inglés. Y las diferencias entre ambos pueblos habían concluido en torno al siglo XII dando lugar a una sociedad anglo-normanda. Por lo tanto, volvemos a insistir sobre el hecho de que en los años en los que Scott sitúa la novela, ya no existía esa diferencia entre sajones y normandos, sino todo lo contrario. Este error histórico en la novela demuestra dos cosas: primero, un mayor interés en la trama que en la propia Historia por parte de Scott, quien siempre había deseado escribir una novela de corte medieval. Para llevar a cabo su deseo, eligió las luchas entre sajones y normandos con Richard *Coeur de Lion* como trasfondo. Y segundo, un desconocimiento por parte de Scott de la historia de Inglaterra, que queda demostrado en varios puntos de la novela. Hay que señalar que Scott

² Cuando hagamos referencia a la novela emplearemos el original inglés.

también recurre a una fuente histórica como es Froissart, un cronista del siglo XIV, para recrear el ambiente de la Inglaterra del siglo XII. Y es por ello quizás que hay ciertos datos que se le escapan o los mal interpreta.

Como ejemplo de ese error traemos aquí el pasaje en el que Cedric quien se lamenta por la situación de sometimiento por la que pasan los sajones: «“But our bards are no more” he said; “our deeds are lost in those of another race; our language –our very name– is hastening to decay, and noon mourns for it save one solitary old man”».» (Scott 1994: 53). Como bien señala el propio Scott, su relato se centra en los últimos años del reinado del rey Richard. Scott sitúa al lector dentro de un período determinado de la historia de Inglaterra: el siglo XII. Este período coincide ciertamente con los últimos años de reinado de Richard, pese a que se encuentra ausente de su patria: «...the date of our story refers to a period towards the end of the reign of Richard I, when his return from his long captivity had become an event rather wished than hoped for by his despairing subjects, who were [...] subjected to every species of subordinate oppression.» (Scott 1994: 7).

Pero como nos narra Scott, Richard está preso y su pueblo anhela su vuelta, pues cree que éste los liberará de los normandos. Podríamos considerar *Ivanhoe* como la continuación de *The Talisman*, la cual concluía con la tregua entre Richard y Saladin cuando el primero se disponía a partir de regreso a Inglaterra alertado en parte por las noticias que llegaban de la isla. Y es justo este tiempo que tarda Richard en regresar a Inglaterra, debido al cautiverio, al que dedicaremos unas reflexiones posteriores en el apartado de hechos históricos, lo que le sirve a Scott para desarrollar la trama de *Ivanhoe*. Y lo primero que uno se encuentra en *Ivanhoe* es la división de la sociedad que habita Inglaterra en el siglo XII. Por un lado, los partidarios de Richard: el pueblo inglés que anhela la vuelta del monarca con gran impaciencia. En la novela aparecen representados en la figuras de Cedric *the Saxon*, Athelstane of Connisburgh y Lady Rowena entre otros y, por otro, los adversarios del monarca inglés que impiden su regreso: su hermano John y los caballeros normandos. Ya hemos señalado que en aquellos años en los que se desarrolla la trama de *Ivanhoe*, tal división ya no existía, sino que había una sociedad integrada por sajones, normandos y judíos representados en la novela por Isaac of York y su hija Rebecca. Como más adelante veremos, los judíos estaban mal considerados tanto por los sajones como por los normandos, por su mala fama de usureros y nigromantes.

Como resumen del análisis realizado en este apartado diremos que Scott se equivocó en la época de la novela realizando una fusión de años y reyes que en poco o nada guardan relación con la historiografía.

2. LOS HECHOS HISTÓRICOS

Uno de los principales acontecimientos históricos, como hemos mencionado anteriormente y en torno al que gira la obra, es el regreso de King Richard a Inglaterra. Sin embargo, Scott no ofrece mucha información al respecto de dicho retorno, elemento importante para entender lo que pasa en *Ivanhoe*. A lo más que llega Scott es a hacer un pequeño resumen de porqué el príncipe John se encuentra reinando en Inglaterra ante la ausencia del verdadero monarca, Richard.

«King Richard was absent a prisoner and in the power of the perfidious and cruel Duke of Austria. [...] Prince John, in league with Philip of France, Coeur de lion’s mortal enemy, was using every specie of influence with the Duke of Austria to prolong his captivity of his brother Richard, to whom he stood indebted for so many favours.» (Scott 1994: 74).

Quizás algunos echemos en falta una tercera obra por parte de Scott que sirva de unión entre *The Talisman* e *Ivanhoe*: un relato sobre los años que transcurrieron desde la tregua con Saladino y el retorno del monarca inglés a Inglaterra, que nos sirva para comprender mejor la situación de la Inglaterra del siglo XII de *Ivanhoe*. Y en relación a la liberación y regreso del monarca inglés es donde Scott comete uno de los errores históricos más importantes de la novela: el regreso de Richard. Sabemos que el monarca inglés regresó a su país en el año 1194 al frente de su ejército tras haber sido liberado al pagar 150.000 marcos de plata.

El otro aspecto histórico que cabe destacar es el reinado del Prince John, hermano de Richard. John había sido nombrado Lord de Irlanda en un intento por evitar que permaneciera en Inglaterra. Al

partir para la cruzada Richard dejó el gobierno en manos de su canciller Walter Longchamp, obispo de Ely. Sin embargo, la nobleza no comulgaba con los dictados del canciller y comenzó a mostrarse en desacuerdo con todo lo que hacía. John, siempre expectante desde Irlanda, tuvo conocimiento de la situación que había en Inglaterra y decidió pasar a Inglaterra. Se rodeó de la nobleza contraria a Longchamp y solicitó la corona frente a Arturo de Bretaña, heredero legítimo de Richard, pero que contaba con tan solo tres años. John consiguió ceñirse la corona en el año 1191 y reinó hasta la vuelta de su hermano en 1194. Durante estos años de los cuales la novela abarca el último, John reinó sobre los sajones con ayuda de los nobles normandos a quienes había entregado las posesiones de la nobleza sajona ausente en la cruzada con el propósito de tenerlos a su favor. En *Ivanhoe* vemos cómo Torquilstone, el castillo que pertenecía a Wilfred Ivanhoe, se encuentra ahora en manos de un noble normando como es Reginald Front-de-Boeuf. Pero no sólo los nobles normandos obtuvieron grandes posesiones en Inglaterra; el propio John se adueñó de ciertas propiedades para su propio disfrute. Así, al comienzo del capítulo XIV nos encontramos a John tomando posesión del castillo y las tierras de Roger de Quincy, conde de Winchester, que en aquellos días se encontraba en Tierra Santa:

«Prince John held his high festival in the Castle of Ashby. [...] The castle and the town of Ashby, at this time, belonged to Roger de Quincy, Earl of Winchester, who during the period of our history was absent in the Holy Land. Prince John, meanwhile, occupied his castle and disposed of his domains without scruple.» (Scott 1994: 155).

Anteriormente decíamos que Scott nos situaba en los últimos años del rey Richard al comienzo de la novela, lo cual no es del todo exacto ya que hemos visto que éste se encuentra preso, y quien gobierna en Inglaterra es su hermano John pese a que el propio Richard había nombrado a William Longchamp como regente en su ausencia evitando por todos los medios que su hermano John accediera al trono, pues era conocedor de su codicia y ambición. En *Ivanhoe* vemos cómo Prince John se siente seguro por una parte con el apoyo de la nobleza normanda y por otro porque no espera que su hermano Richard regrese. Sin embargo, la situación comienza a cambiar cuando en el torneo de Ashby-de-la Zouche, recibe un mensaje que confirma que su hermano ha sido liberado y puede hallarse en Inglaterra: «Prince John proceeded thus far, [...] when a small billet was put into his hand. [...] then opened the billet with apparent agitation, which visibly and greatly increased when he had perused the contents, which were expressed in these words– “Take heed to yourself, for the Devil is unchained!”» (Scott 1994: 147-8).

En lo que respecta al retorno de Richard a Inglaterra y a la advertencia que Waldermar Fitzurse le hace a Prince John sobre lo que su hermano hará si regresa, sí forma parte de la Historia de Inglaterra. Pero no ocurre en la forma y la manera en la que Scott lo narra. Este es tal vez el error histórico más importante de la novela. Richard aparece en *Ivanhoe* transformado en un misterioso caballero negro que participa en el torneo de Ashby para luchar al lado de los sajones contra los normandos. Scott recurre una vez más a su recurrente elemento del disfraz tan expandido en sus novelas. Ya mencionamos anteriormente que el monarca inglés regresó al frente de su ejército y sus seguidores una vez que hubo alcanzado la libertad. Como vemos, nada que ver con lo que cuenta Scott en *Ivanhoe*.

Esto nos viene a demostrar una vez más el interés de Scott por crear una trama interesante en lugar de un rigor histórico. Y pese a que el lector puede intuir la identidad del caballero negro, ésta no se desvela hasta casi al final cuando el propio Richard da a conocerse a los habitantes del bosque de Sherwood, con quienes ha convivido desde su regreso a Inglaterra, y a los cuales ayudó en la toma de Torquilstone: «“Thou bearest an English heart, Locksley” said the Black Knight, “and well dost judge thou art the more bound to obey my behest: I am Richard of England”.» (Scott 1994: 464).

En este caso debemos dejar patente el error histórico cometido por Scott. Queda demostrado su interés en crear una buena novela de aventuras en vez de una novela histórica. La forma en la que hace aparecer a Richard es totalmente contraria a la Historiografía de la época.

4. LOS PERSONAJES HISTÓRICOS.

Por lo que respecta a los personajes que aparecen en la novela, ya hemos mencionado algunos datos relacionados con Richard *Coeur du Lion* o Prince John. Por lo que respecta a este último Scott cometió un error importante al concederle el título de Prince, que por otro lado nunca obtuvo. El hecho de que fuera nombrado Lord de Irlanda se debe a que su padre Enrique II repartió sus posesiones entre sus hijos, pero para John no había nada. Más tarde en 1185 su padre le concedió Irlanda pasando a ser nombrado como *Lord* de Irlanda. Según esta información histórica Scott no debió otorgar a John el título de *Prince* sino el de *Lord*. Pero el error de Scott es mayúsculo cuando lo sitúa en el propio trono de Inglaterra en detrimento de su hermano ausente en Tierra Santa. Por otra parte, Scott no menciona ni hace aparecer en la novela al regente nombrado por Ricardo, Walter Longchamp. En *Ivanhoe* el único que gobierna es Prince John en alianza con los normandos. Tal vez Scott considerara que lo más natural era que ante la ausencia de Ricardo, el que más derecho tenía a ocupar el trono era su hermano y no el regente. Posiblemente también se le pasara por la cabeza alterar a propósito el desarrollo de los acontecimientos históricos a favor de dotar a la novela de una trama de mayor interés. Presentar a Prince John como un usurpador y un traidor a su hermano el rey de Inglaterra. Prince John encaja a la perfección en el modelo de villano: usurpa el trono a su hermano ausente, se confabula con Philip of France y Leopold of Austria para retener a Richard preso, concede posesiones y títulos a la nobleza normanda en detrimento del pueblo sajón, al cual exprime con sus impuestos, en un intento por impedir que se reúna el rescate de Richard. Para concluir el análisis de Prince John hay que especificar que Scott no mencionó las buenas cualidades de este personaje como fueron su interés por los asuntos del gobierno y de las leyes.

El personaje de Richard es complejo y a la vez contradictorio. En un principio lo vemos participando en las lizas de Ashby junto a los sajones y al propio Ivanhoe, pero de una manera tan poco activa que el público lo termina apodando «Black Sluggard». Solamente entra en liza cuando ve que Ivanhoe corre peligro. Hay que decir insistir en el hecho de que Richard se marchó de Inglaterra a su cruzada dejando el país completamente arruinado. Posteriormente, Scott lo hace volver a su propio país como si fuera un caballero errante en busca de aventuras, y convive en el bosque de Sherwood con los proscritos de Robin Hood. Lo más importante del personaje de Richard es que representa la unidad nacional. Así lo proclama él mismo cuando revela su identidad a todos los presentes en el castillo de Cedric, quien por otra parte se muestra molesto al saberlo. Cedric ve en Richard a un normando:

«“Richard of Anjou!” exclaimed Cedric, stepping backwards with the utmost astonishment.

“No, noble Cedric – Richard of England whose deepest wish is to see her sons united with each other.» (Scott 1994: 485)

Pero Scott lo hace aparecer como el unificador de los dos pueblos en luchas: sajones y normandos. Simboliza la unidad y el nacimiento de una nueva nación Inglaterra y de un nuevo pueblo que no es normando o sajón sino inglés. Así mismo aparecer como un personaje valiente, aguerrido y misericordioso cuando ha de perdonar a su hermano todos sus desmanes con su pueblo. La imagen ideal del paladín de la cristiandad en aquella época que poco o nada tiene que ver con el Ricardo histórico, pendenciero, déspota o ruin. Estos rasgos de la personalidad del monarca inglés pasaron desapercibidos para Scott a la hora de crear el personaje.

En cuanto al personaje de Cedric hay que señalar que Scott cometió cierto error espacio temporal. Cedric conoce muy bien la historia de Inglaterra, puesto que estando preso en el castillo de Torquilstone junto a Athelstane le cuenta lo que sucedió en ese mismo lugar cuando el enviado de Tostig, hermano de Harold, le pidió una parte de Inglaterra a cambio de retirarse del norte: «It was in this hall that Harold returned the magnanimous answer ambassador of his rebel brother.» (Scott 1994: 220).

Se deduce por estas palabras que Cedric estuvo presente en ese momento con lo que Scott habría vuelto a adaptar la Historia de Inglaterra a su gusto. Cedric no podía haber vivido aquella experiencia puesto que había acontecido hacía ya más de cien años. Y Cedric, según cuenta Scott en la novela, tiene más de sesenta. Pero el problema queda resuelto cuando el propio Cedric explica cómo conoce este pasaje: «I heard my father kindle as he told the tale» (Scott 1994: 220). Cedric conoce

lo que ocurrió en el castillo porque su padre se lo contó. Y en torno a la figura de su padre nos dice también que dio un banquete en el castillo a Torquil de Wolfgang, cuando alojó al valiente y desgraciado Harold que entonces avanzaba hacia el norte contra los noruegos aliados de su hermano Tostig. Esto no es cierto del todo, ya que en la historia de Inglaterra no aparece reflejado que Harold se detuviera en ningún castillo cuando avanzaba hacia el norte. Lo único que nos cuenta es que Harold no se puso en marcha hasta que recibió las noticias de que los noruegos habían desembarcado en Ricall. Otro aspecto que nos llama la atención es que el propio Cedric dice ser el hijo de Hereward cuando perdona a su propio hijo Wilfred Ivanhoe por haberse marchado con Richard a Tierra Santa en vez de permanecer al lado de su padre.

«My father! –my father! “said Ivanhoe, prostrating himself at Cedric’s feet, “grant me thy forgiveness!”

“Thou hast it, my son,” said Cedric, raising him up, “The son of Hereward knows how to keep his word, even when it has been passed to a Norman”.» (Scott 1994: 486).

Hereward, el supuesto padre de Cedric, fue un noble sajón que luchó contra los normandos. Fue conocido como Hereward the Wake, tal vez por que estaba emparentado con una contemporánea de ese nombre. Hereward se había unido a los daneses en ayuda de la rebelión, y cuando éstos se marcharon él siguió la lucha que no era más que una guerra de guerrillas. Se estableció en la Isla de Ely, una región pantanosa al norte de Inglaterra. Los normandos acudieron allí dispuestos a acabar con la rebelión que dirigía. Pero una y otra vez fracasaron. Finalmente Guillermo puso cerco a toda la región y lentamente fue apretando el lazo sobre el cerco. Cuando el hambre fue extrema los monjes del monasterio de Ely se ofrecieron voluntarios para mostrarle a William el camino hacia el corazón de la resistencia. Finalmente las fuerzas guerrilleras hubieron de rendirse. No se sabe que ocurrió con Hereward. Parece ser que falleció en torno al 1087. Se le apodó con el sobre nombre de «el último de los sajones» tejiéndose leyendas en torno a su figura. En una de estas se dice William le devolvió sus tierras y el perdón a cambio de un juramento de fidelidad. Cronológicamente podemos deducir que Cedric no pudo ser hijo de Hereward, puesto que éste último vivió en los años de la conquista normanda. Además, ya hemos señalado que participó en la resistencia sajona contra Guillermo allá por el año 1070. Pero, Scott sitúa a Cedric en el año en el que regresó Ricardo a Inglaterra, año 1194, con más de sesenta años. Luego fácilmente deducimos que cuando Cedric nació, en torno al 1133-4, Hereward, ya había fallecido. La otra posibilidad es que descienda de la línea de Hereward, pero que no sea su hijo pese a lo que manifiesta cuando perdona a Ivanhoe.

Para el personaje de Athelstane Scott bien pudo basarse en los Athelstan históricos. Así, si buscamos en la historia de Inglaterra vemos que existieron varios. Tal vez de entre todos ellos el más relevante sea Athelstan, hijo de Edward the Elder y nieto de Alfredo el Grande que se convirtió en rey de Wessex y de Mercia en el año 925. Cedric le comenta a Athelstane que descende de Harold, el que fuera rey de Inglaterra en el 1066 a la muerte de Eduardo el Confesor, y que se enfrentó a Guillermo en Hastings. Así se lo recuerda Cedric al propio Athelstane cuando ambos están presos: «Who would have thought that you noble Athelstane –that you descend of Harold’s blood.» (Scott 1994: 221).

Athelstane of Coningsburgh hace referencia al castillo que lleva el mismo nombre y que perteneció a Harold. Lo cual podría indicarnos que entre ambos pudieron existir lazos familiares. Y así parece indicarlo Scott en la novela cuando describe a Athelstane en el torneo de Ashby-de-la-Zouche.

«Athelstane of Conningsburgh, a personage who, on account of his descent from the last Saxon monarchs of England, was held in the highest respect by all the Saxons natives of the north of England. [...] He was comely in countenance, bulky and strong person, a in the flower of his age ; yet inanimate in expression, dull-eyed, heavy-browed, inactive and sluggish in all his motion, and so slow in resolution that the soubriquet of one of his ancestors was conferred upon him, and he was generally called Athelstane, the Unready.» (Scott 1994: 84).

Y es aquí en las lizas de Ashby que descubrimos la contradicción en el personaje de Athelstane. El primero sería la falta de valor por no participar defendiendo la causa sajona. Y el segundo es el uso de la palabra normanda *melée*. Estos dos aspectos disgustan a Cedric. Por un lado Scott vuelve a incidir

en el hecho de que Athelstane descende de los reyes sajones. Por otra, Athelstane era apodado *The Unready* por ser demasiado lento a la hora de tomar decisiones. Este dato es importante pues hubo un rey sajón llamado Ethelred *the Unready* que reinó entre los años 978-1016 y que se caracterizaba por no estar preparado para hacer frente a todas las crisis de su reino. Y es la palabra «Unready» la que nos lleva a equívoco ya que la palabra «ready» procede del *Old English* : *rede* o *raedan* «to advise, suggest» y por lo tanto *Unrade* significaría «lack of counselor wisdom». Luego deducimos que Ethelred sería «el mal aconsejado». La siguiente cuestión que surge en torno a la figura de Athelstan es su madre. Scott nos dice en *Ivanhoe* que: «Athelstane's spirit of revenge, [...] what through the prayers of his mother Edith.» (Scott 1994: 513). Si buscamos en la historia de las dinastías de los reyes sajones nos aparece Edith esposa de Eduardo el confesor. También sabemos que murió sin descendencia. Luego se desprende que Athelstane no pudo ser hijo de Edith y Edward. Antes Scott nos ha dicho que Athelstane descende del rey sajón Harold II, hijo de Godwin de Wessex y hermano de Edith. Ahora bien, surge el problema de saber exactamente si descendía en línea directa o indirecta.

Otro de los personajes sobre los que merece la atención centrarnos es el de Locksley, más conocido como Robin Hood, y forma parte del folclore y las leyendas de Inglaterra. Sus hazañas eran cantadas en torno a los siglos XII y XV con lo que se encontraría dentro del marco histórico en el que lo incluye Scott. Su imagen de forajido que robaba a los ricos para dárselo a los pobres, o que vivía con su banda en el bosque de Sherwood, aparecen relatadas en el libro *Original Chronicle of Scotland* escrita en el año 1420 por Andrew de Wyntoun y sus hazañas pasan a formar parte del acervo literario popular inglés al menos en una treintena de baladas. Muchos han sido los escritores que lo han empleado en su obras como Thierry en *The Norman Conquest*, o como en el caso que nos atañe, *Ivanhoe*. En cuanto al período en el que vivió algunos estudiosos lo colocan en el reinado de Eduardo II, o en el del propio Richard enfrentado, como vemos en la novela, a John. Si la figura del arquero existió o no, forma parte de la leyenda y el mito. Su mismo nombre de Robin Hood bien pudiera ser un invento. *Hood* podría ser una transformación de *wood*, o bien podría derivar de «Robin in the hoo», «robber in the hood», «Robin o' the wood» o «robber o' the wood». Sin embargo, ninguno de estos nombres aparece en las antiguas baladas. Un hipótesis sostiene que Robin Hood pudo haber sido Robert Hod de York, fugitivo en 1225. En cualquier caso la figura de Robin Hood ha sido y será el prototipo de héroe que luchaba contra la injusticia.

De entre los demás personajes pertenecientes a la nobleza normanda habría que destacarlo, ya que Scott se inspiró en el supuesto hijo de uno de los principales consejeros de Enrique II, llamado Reginald Fitzurse. Aquí lo vemos convertido en el principal valedor de Juan y con cierto ánimo vengativo hacia Ricardo. Venganza que le lleva a intentar matarlo por el simple hecho de que Ricardo había despreciado como esposa a su hija. Scott pudo basarse para esta escena en el desplante que Ricardo hizo a la hermana de Felipe, Aelis, cuando conoció a Berengaria de Navarra. Esto sucedió en el año 1190 en Sicilia camino de la tercera cruzada. Este hecho provocó la ira de Felipe que posteriormente también se vengó, como sabemos, de ésta y otra afrentas sufridas. El otro hecho por el que es importante la figura de Fitzurse es por que su padre fue uno de los cuatro nobles de la corte de Henry II que participaron en el asesinato del arzobispo Thomas Becket en la catedral de Canterbury. Sobre los templarios basta señalar que el personaje del Grand Master no es real, ya que el Gran Maestre Robert de Sablé falleció entre 1192 y 1193 dejando un vacío de poder hasta 1194 en que fue sucedido por Gilbert Erail.

5. CONCLUSIÓN

Walter Scott alcanzó con *Ivanhoe* una fama y un prestigio en Inglaterra como antes lo había obtenido en Escocia con *Waverley or' Tis Sixty Years Since*. Sin embargo, sus apreciaciones sobre la historia de la Inglaterra del siglo XII no fueron tan acertadas como sobre Escocia. Ello se debe a varios motivos. El primero de ellos haría referencia al hecho de que la documentación que Scott poseía sobre esa época se basaba en las crónicas medievales de Froissart, y en la obra de Logan. Además, baste señalar que no es fácil recopilar manuscritos que datan del siglo XII. La otra posibilidad si cabe más convincente será la de alterar la trama histórica en beneficio de una buena

novela. De este modo se comprenderían mejor los desajustes históricos. Otra posibilidad sería el hecho de que Scott tenía saldar las cuentas de su mansión de Abbotsford lo que significaba una escritura rápida y sin a penas revisión. En cualquiera de los casos *Ivanhoe* es una novela que ha gozado y goza en la actualidad de una fama sin parangón. Sólo en España se han realizado más de ochenta ediciones distintas. No cabe la menor duda que la obra del bardo del norte sigue siendo una de la más prolijas a la hora de su lectura.

© Enrique García Díaz

* * *

BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez Rodríguez, R; (1983): *Origen y Evolución de la novela histórica inglesa* Salamanca, Ed. Universidad de Salamanca.
- (1998): “De la novela gótica a la novela histórica (1760-1840)” en *Historia crítica de la novela inglesa*. Salamanca, Colegio de España.
- Asimov, I.; (1995): *La formación de Inglaterra*, Madrid, Alianza.
- Bladé, R.; (2004 a): “El rey cruzado. La batalla por Tierra Santa”. *Historia y vida*, 432 : 48-57.
- (2004 b): “Los Plantagenet”. *Historia y Vida*, 432 : 34-40.
- Blair, J.; (2001): “The Anglo-Saxon Period (c, 440-1066)”, en Kenneth Morgan (ed).
- (2001): *The Oxford History of Britain*, Oxford, OUP. 60-120.
- Brossard-Dandré, M. ; Gisèle B. ; (1991): *Ricardo Corazón de León, Historia y Leyenda*, Madrid, Siruela, 1991.
- Culligan, M. (1978): “History and Language in Scott’s *Redgauntlet*”, *Studies in English Literature*, 18: 659-75.
- García Berrio, A. ; Huerta Calvo J.; (1995): “Los géneros épico-narrativos” , *Los géneros literarios: Sistema e Historia*. Madrid, Cátedra.
- García Díaz, E.; (2007), *Ficción e Historia en la obra de Walter Scott. Las “Scottish Novels”, o novelas de tema escocés*, Tesis Doctoral, Universidad de Salamanca. (Sin publicar)
- (2007 a), “Walter Scott and Spain: The Influence of the Waverley Novels in the Spanish Historical Novel during the Nineteenth Century”, (edited by Bridget Falconer-Salked), *The Edinburgh Sir Walter Scott Club Web Bulletin*, July, 2007. < [http:// www.eswsc.com/Webulletin.htm](http://www.eswsc.com/Webulletin.htm) >
- (2007 b), Ficción e historia en la obra de Walter Scott: The Scottish Novels, o novelas de tema escocés, Tesis Doctoral, Universidad de Salamanca.
- (2006 a): “La novela histórica inglesa: Walter Scott”, en *Adamar: revista de creación*, 23,Septiembre. <[http:// www.adamar.org.htm](http://www.adamar.org.htm)>.
- (2006 b): “La influencia de las novelas de Walter Scott en la novela histórica española *El señor de Bembibre*,” *Revista de estudios literarios Espéculo*, 33, julio-octubre < [http:// www.ucm.es/info/especulo/numero33/index.htm](http://www.ucm.es/info/especulo/numero33/index.htm).>
- (2006 c) “Las novelas de Walter Scott: “The Scottish Novels”, en *El coloquio de los perros*, 13. < [http:// www.elcoloquiodelosperros.net/curioso13.htm](http://www.elcoloquiodelosperros.net/curioso13.htm) >
- (2006 d): “Fiction and History in the Tales of my Landlord (3rd Series). *The Bride of Lammermoor*”, Fraser Elgin (ed.), *The Edinburgh Sir Walter Scott Club Web Bulletin*, 21 de junio 2006 < [http:// www.eswsc.com/Webulletin.htm](http://www.eswsc.com/Webulletin.htm) >
- (2006e): *Ivanhoe*, *Cometariodelibros.com*, Málaga, <<http://www.comentariodelibros.com>.>
- (2005 f): Ficción e historia en las obras de Walter Scott. Sus obras sobre Inglaterra. *The Talisman, Ivanhoe, Woodstock, y Kenilworth*. Trabajo de Grado presentado en la Universidad de Salamanca.
- García Gual, C.; (2002): *Apología de la novela histórica*. Barcelona, Península.

- Devlin, D.; (1969): "Scott and History" en Alexander Jeffares (ed.) (1969): *Scott's Mind and Art Essays*, Edinburgh, Oliver & Boyd. 72-92.
- Eco, U.; (1984): *Apostillas al Nombre de la Rosa*. Barcelona, Lumen. 78-81.
- Fleishman, A.; (1971): *The English Historical Novel: Walter Scott to Virginia Woolf*. Johns Hopkins University Press, Baltimore.
- Flori, J., (2001): *Caballeros y caballería en la Edad Media*, Barcelona, Paidós.
- Forster, Edward M.; (1987): *Aspects of the novel*. Great Britain, Penguin.
- Gillinham, J.; (2001): "The Early Middle Ages (1066-1290)", en Kenneth Morgan (ed.)
 — (2001): *The Oxford History of Britain*, Oxford, OUP. 120-91.
- Halliday, E.F.; (1974): *A Concise History of England*, London: Thames and Hudson.
- Hillhouse, James Th.; (1970): "Scott's Treatment of History", en *The Waverley Novels and Their Critics*, New York, Octagon. 316-28.
- Johnson, E.; (1970): *Sir Walter Scott: The Great Unknown*, 2 vol. London, Hamish Hamilton.
- Lukács, G.; (1989 a): "Novela histórica y drama histórico" en *Sociología de la Literatura* Barcelona, Península, 169-91.
 — (1989 b) "Walter Scott", en *Sociología de la Literatura*, Barcelona: Península.401-30
- McEwan, N.; (1987): *Perspective in British Historical Fiction Today*, London, McMillan.1-28.
- Millgate, J.; (1984): *Walter Scott: The Making of a Novelist*. Toronto, Toronto University Press.
- Mitchell, B.; (1996): *An Invitation to Old English & Anglo-Saxon England*, Oxford, Blackwell.
- Pujals, E.; (1988): *Historia de la Literatura inglesa*. Madrid, Gredos.
- Phillips, G.; Keatman M.; (1995): *Robin Hood, la historia del hombre que dio vida al mito*. Madrid, Temas de hoy.
- Romero, B.; (2004): "Un rey legendario", *Historia y Vida*, 432: 40-48.
- Scott, W.; (2000 a) *Ivanhoe*, Graham Tulloch (ed.), London, Penguin Popular Classics.
 — (1994 b): *Ivanhoe*, London, Penguin Popular Classics.
 — (1988 c): *El corazón de Mid-Lothian*. Román Álvarez (ed.). Trad. Fernando Toda, Madrid, Cátedra.
- Sawyer, P.H. ; (1979): *From Roman Britain to Norman England*. London.
- Shaw, Harry E.; (1983): *The Forms of Historical Fiction: Sir Walter Scott and His Successors*, EE.UU., Cornell University Press.
- Stenton, F.M.; (1975): *Anglo-Saxon England*, Oxford, Clarendon Press.
- Stevens A.; (2001): "A Survey of British Historical Fiction, 1770-1812.", Cardiff Corvey: Reading the Romantic Texts 7.
- Trevelyan, G.M.; (1972): *History of England*. London, Longman.
- Turner R.; Heiser, R.; (2000): *The Reign of Richard Lionheart. Ruler of the Angevine Empire, 1189-1199*, England, Pearson.
- Usandizaga, A.; (1988): "La novela inglesa del siglo XIX" en *Historia de la literatura inglesa II*, Madrid, Taurus, 421-6.
- Walker, J. F.; (1936): "Sir Walter Scott as a Popularizer of History" en *Aberdeen University Review*, 212-25.
- Watson, G.; (1979): "History in its Place" en *The Story of the Novel*. London, Macmillan, 97-106.

El autor:

Enrique García Díaz. Doctor en Filología inglesa por la Universidad de Salamanca (Especialidad: Origen y evolución de la novela histórica inglesa: Las obras de Walter Scott)

SIMBOLOGÍA ANIMAL EN *LA CELESTINA*

por Adrián Flor Martínez

1. INTRODUCCIÓN

La tradición simbólica

Desde las composiciones poéticas descubiertas por Stern en 1948, las Jarchas, pasando por la tradición literaria galaico-portuguesa, la castellana e influencias de otros lugares (como la tradición provenzal) se comienza una tradición simbólica que, como toda tradición, llega hasta nuestros días.

En esta tradición podemos encontrar símbolos de todo tipo que han ido transmitiéndose continuamente (sobre todo de forma oral), donde sobre todo destaca la simbología animal, siendo ésta la más prolífica y en la que se va a centrar el trabajo.

Sin embargo, no es hasta los escritos castellanos como el villancico donde encontramos una mayor constancia de símbolos, sobre todo por su mayor complejidad literaria. Ya encontramos en estos textos numerosos símbolos; símiles de partes del cuerpo de la mujer; referencias a festividades (Las fiestas de abril y mayo, «renacer de la primavera y del amor», y las fiestas de San Juan con el solsticio de verano, contienen una gran carga mágica y poética; una noche mágica en la que se creía que ocurrían milagros y misterios); y sobre todo el simbolismo por antonomasia, el animal.

Destacaban entre los animales con carga simbólica, todos aquellos que remitían al folclore, al mito. Además de numerosas referencias al amor y a la sexualidad mediante elementos como el agua, la vegetación u otras expresiones, los que más misterio y complejidad contenían eran los símbolos animales; animales que solían estar relacionados con la caza (momento en el que sucede la relación). Encontramos así aves cuando se habla de la cetrería, como el halcón o la garza; y animales como el ciervo o cierva en la montería.

Muestra de esto podemos verla en un fragmento de *Halcón que se atreve* de Gil Vicente (1470-1536):

Halcón que se atreve
con garza guerrera,
peligros espera.

Aunque podemos encontrar estos códigos simbólicos en numerosas fuentes literarias de la edad media (y de cualquier otra época), solían destacar ante todo en la lírica, donde las sensaciones y la condensación de mensajes son parte fundamental para transmitir el mensaje de la obra en un espacio menor que obras épicas o prosaicas.

Todo este conjunto de códigos y referencias simbólicas se han ido manteniendo a lo largo del tiempo, alimentándose de la cultura y costumbres de cada momento histórico, hasta llegar a tener detrás de sí una gran carga poética y de connotaciones que se ven reflejadas con una gran elaboración en obras como *La Celestina* de Rojas.¹ En dicha obra la simbología, en concreto la animal, que es de la que vamos a hablar, forma un cuadro que recoge todos los aspectos de la tradición anterior, asimismo con una gran importancia dentro del mismo argumento.

En este texto se podrán encontrar descritos algunos de los animales que surgen en *La Celestina*, los más relevantes o con mayor simbolismo dentro de la obra, una visión general de ellos, dejando atrás algunos que carecen de importancia o que no hay constancia de ellos en los libros de simbología de la época.

¹ Hablaremos de la decimosexta edición de Dorothy S. Severin de Cátedra, notas en colaboración con Maite Cabello y traducción de María Luisa Cerrón (2007), cada vez que se mencione la obra de *La Celestina*.

2. ANIMALES AÉREOS

Cartas y Prólogo

Los animales aéreos componen, sin lugar a dudas, el conjunto simbólico más importante y fuerte a lo largo de la tradición literaria, y en concreto en *La Celestina*, cargados de connotaciones sobre el cautiverio del amor, y «las heridas» causadas por él. Podemos ver ya referencias de esta importancia en la misma obra, donde el autor se excusa al público (p.71):

«{...} Como [la] hormiga² que dexa de yr
Holgando por iterra con la provisión,
Jactóse con alas de su perdición;
Lleváronla en alto, no sabe dónde yr.»

Podemos ver en este fragmento cómo una hormiga, anclada a la tierra por su naturaleza³, intenta volar con unas alas que no son normales en su raza, y superar al resto de hormigas; lo que, finalmente acaba en tragedia (viendo así ya el aspecto trágico de esta tragicomedia).

Pero dejando atrás a este «precedente» de los numerosos seres voladores que son mencionados en la obra, pasamos a la pág. 72, donde leemos que la hormiga de la página anterior «{...} rapina es ya hecha de aves que vuelan; / fuerte más que ella, por cevo la llevan;». Finalmente la ambición de esta hormiga se cobra su vida; podremos ver a lo largo de la obra varias referencias a situaciones en las que un ser mayor vence a otro que es inferior a él.

En el mismo prólogo de la obra volvemos a encontrarnos presencia animal, en esta ocasión mucho mayor. En las páginas 78-79 podremos ver sucesiones de animales, entre ellos varios son aéreos:

«pesces, fieras, *aves*, serpientes, {...}; y el aire cría de aves y animalias
{...}; Las más biven de rapina, como halcones y águilas y gavilanes;
{...} los domésticos pollos {...}. De una ave llamada Rocho {...}.»

Vemos en el texto que mantiene durante todo el prólogo el leitmotiv de que incluso los animales no se salvan de la guerra y la lucha. Muestra las relaciones de depredador y presa de algunos de estos animales, y al final menciona un último ave al que llama Rocho (nacido en oriente), que incluso ataca al hombre, coge con el pico a los navíos y en el aire los suelta, dejándolos así morir. El ejemplo del Rocho es bastante similar al de la hormiga que es hecha presa y un ave acaba con ella.

Es curiosa la información que se puede ver en ciertos documentos sobre el águila, que lo asemeja incluso al fénix, vemos en el *Bestiario Medieval* las siguientes palabras:

«cuando empieza a envejecer, su Vuelo se hace pesado y su vista turbia. ¿Qué es lo que hace el águila? Busca en primer lugar un manantial de agua pura y vuela allá arriba, al cielo del sol, y quema todas sus viejas plumas, hace que se desprenda la película que cubría sus ojos, y desciende volando hacia la fuente, en la que se sumerge tres veces, renovándose y volviendo a ser joven.»

Fijémonos concretamente en este fragmento: «en la que se sumerge tres veces, renovándose y volviendo a ser joven». Esto inmediatamente nos debería poner en la idea de que el águila es la representación cristiana de Dios y Jesucristo, que al tercer día de su muerte resucitó y nadie le reconocía (porque se renovó, volvió a ser joven), digamos que se sumergió tres veces en la maravillosa fuente. Y cómo el fénix quema su plumaje anterior para volver a ser un ave vigorosa

Acabado ya el prólogo, pasamos al cuerpo de la tragicomedia, donde a diferencia de estas dos primeras partes, los animales van a ser analizados individualmente (o de forma colectiva), mostrando su repercusión simbólica o real en el transcurso de la obra, dándoles más importancia que a

² En el bestiario medieval de *El Fisiólogo*, edición de Nilda Guglielmi, Eneida 2002, podemos ver una breve referencia a la hormiga como un insecto “perezoso” y al cual hay que imitar sus costumbres. Podría interpretarse así que el autor intenta dar un ejemplo con este caso de la hormiga que pretende volar; dando a entender, quizás, la peligrosidad de la ambición del ser humano.

³ Incluyo a modo de introducción en los animales aéreos a esta hormiga en concreto, puesto que es peculiar la transformación que sufre al tener “alas de perdición”.

los antes mencionados.

Halcón

Sin lugar a dudas, uno de los símbolos animales más importantes tanto en la tradición literaria como en *La Celestina* (a pesar de sus escasas apariciones). Este animal da comienzo a todo el argumento, siendo quizás el desencadenante de todo: «Entrando Calisto una huerta empos dun falcon⁴ suyo, halló y⁵ a Melibea,».

Ave rapaz tal como el quebrantahuesos, por lo tanto de mal carácter, pero podemos ver a lo largo de los textos que, a pesar de ser rapaz, es un animal muy fiel y que sirve ante todo al amo. Es un animal muy solemne que tiene tras de sí grandes precedentes; ya en la cultura egipcia, donde podemos ver que estaba relacionado con las deidades. Podemos ver en el *Bestiario de Cristo*⁶ la profunda relación del halcón con Jesucristo⁷ y con el Espíritu Santo, lo cual, probablemente en la edad media, le hiciera destacar frente al resto de aves rapaces, las cuales suelen estar a veces identificadas con Satán y lo demoníaco.

Sin embargo, este animal no parece tener una gran constancia en libros de simbología animal del medievo, lo que podría llegar a hacer sospechar que sus connotaciones provienen de la cultura egipcia, que mediante la cristianización se adaptó en toda la cultura occidental desde los inicios de la edad media en adelante. Durante la obra podemos ver algunas menciones de este animal, sobre todo de Sempronio y Pármeneo. Por ejemplo, en la página 134, vemos como Pármeneo, en la conversación con Calisto, parece afirmar que el causante de todo el mal de su amo no es otro que el Neblí (halcón):

«Señor, porque perderse el otro día el neblí fue causa de tu entrada en la huerta de Melibea {...}, la habla engendró amor, el amor parió tu pena; {...}».

Afirmando así la importancia de este animal para el desarrollo de la trama, aunque sólo se trate de un pretexto para que se de la situación. Son pocas las apariciones de este animal, pero tan sólo la primera aparición ya le da a este animal una gran carga dentro de la estructura de la obra, que luego se reitera en la mención de Pármeneo. Era muy común en la edad media, por influencia del cristianismo, darle más importancia a algunos de los seres voladores, ya que estos aparte de representar la divinidad, estaban considerados más dignos que otros animales condenados a vagar por la Tierra, e incluso arrastrarse por ella.⁸

Podemos ver una peculiar mención al halcón mediante el nombre de «girifalte» en la página 87, en boca de Sempronio cuando Calisto le pregunta:

«¡Sempronio, Sempronio, Sempronio! ¿Dónde está este maldicto?» –refiriéndose al mismo halcón que se le escapa momentos antes. Cabe decir que esta relación entre el halcón y Calisto es similar a la que se podría hacer con el águila, por ese carácter orgulloso que tiene.

El Gallo y la Gallina

Es curiosa la continua repetición de estos dos animales en *La Celestina*, puesto que la mención simbólica en libros, textos o páginas sobre el tema es escasísima. Sin embargo no se puede obviar su

⁴ Vemos la importancia de este animal, en concreto en este momento, ya que da lugar al enamoramiento inmediato de Calisto por la belleza de Melibea. Recoge así la tradición anterior del halcón (o neblí) como símbolo del hombre que va por una mujer.

⁵ *aý-ahí

⁶ L. Charbonneau-Lassay, *El Bestiario de Cristo*, Barcelona, 1996.

⁷ Muchos defienden la postura de que Jesucristo no es si no la figura cristiana de Horus, a raíz de toda la simbología tradicional que les asemeja.

⁸ La serpiente, máximo exponente de animales malignos, está destinado a verse arrastrado por el suelo eternamente. Lo que le convierte en el ser más indigno y sucio de todos, al cual incluso se le solía mostrar apaleado en muchas ocasiones, en otras tentado al ser humano (por su relación con el Diablo).

aparición. La primera sucede en una conversación entre Calisto y Sempronio acerca de Celestina, éste le cuenta a su amo la mala fama que tiene la alcahueta (ciertas referencias a misas negras y brujería), menciona así las misas del Gallo. Lo cual nos puede parecer que no tenga importancia, pero no si nos fijamos en el folclore, o en ciertas citas indirectas de bestiarios. Es sabido por todos, que el Gallo siempre se relaciona con el amanecer, y que es el primero en anunciarlo, esto no es sino símbolo del segundo advenimiento y resurrección de Jesucristo, del cual el gallo fue el primer animal en presenciarlo, y (al igual que el amanecer) en anunciarlo a todos con su grito. No esta constatado esto, pero probablemente esta connotación del gallo provenga de la tradición pagana en sus cultos al inicio del invierno y el verano. Por lo tanto leer en un texto de ésta época cualquier mención al gallo debe advertirnos que probablemente haga mención a la resurrección de Jesucristo, o a su nacimiento, pero también puede estar relacionado con la alquimia o brujería, ya que ambas pretendían hallar formas de encontrar la vida eterna, o la resurrección de muertos. El gallo y la gallina son animales cargados de una gran simbología cristiana: Juan 18:27: «Pedro volvió a negar, y al instante cantó un gallo.⁹»

La gallina, lejos del tópico popular de cobardía, en la edad media, por influencia del cristianismo, significaba todo lo contrario: la valentía y la entereza, tal y como Jesucristo hacía, la gallina era valiente y da su vida por defender a sus hijos: «¡Jerusalén, Jerusalén, la que mata a los profetas y apedrea a los que le son enviados! ¡Cuántas veces he querido reunir a tus hijos, como una gallina reúne a sus pollos bajo las alas, y no habéis querido!» (Mateo 23:37). Asimismo podíamos ver en el prólogo este fragmento, sustituyendo la gallina por el pollo (p. 79):

«Hasta los groseros milanos insultan dentro en nuestras moradas los domésticos pollos y debaxo las alas de sus madres los vienen a caçar.»

Dejando la simbología cristiana, que será retomada más adelante con el Basilisco, hay que indicar la connotación pagana, puramente sexual. El gallo representado como un ser altivo y curvo, siempre relacionado con los objetos fálicos¹⁰. Podía tener otras connotaciones sexuales, como las que indica Severin en «Animals in Celestina»:

«However, it also had some positive connotations: courage, the courtly lover, the constant husband; representing resurrection and eternal life{...}»

«Sin embargo, esto también tiene connotaciones positivas: coraje, el amante cortés, el marido constante; representando la resurrección y la vida eterna{...}»

Podría relacionarse con la mayoría de los personajes masculinos, en los momentos de la obra que son rodeados por un halo de erotismo, o en los que Calisto es un claro exponente del amor cortés (llegando a límites de comedia).

El Murciélago

Denominado así por su parecido con los ratones, como las Musarañas; proviene del latín, y además de una evolución de la palabra mur-ciega-lo. El murciélago se aleja totalmente de las anteriores aves (tanto que ni lo es)¹¹. Vemos su primera aparición en un contexto que ya nos indica en cierto modo su naturaleza, «hallarás un papel escrito con sangre de murciélago» (p. 146). Considerado en el folclore como un animal maligno, impío y relacionado con la brujería (y actualmente con el vampirismo). Simbolizaba frecuentemente el castigo de Dios a las bestias de Satán, esta creencia está ba-

⁹ *Bestiario Medieval*, ed. Ignacio Malaxecheverría, Madrid. Hace una gran mención indirecta el bestiario sobre el gallo. En el apartado del basilisco podemos ver que indica que nace del gallo, esto simboliza la antítesis Vida-Muerte, del mismo modo que Dios-Diablo; dando a entender que sin la vida no hay muerte, y que sin Dios no hay Diablo. En otros fragmentos podemos ver que el gallo, cuando está viejo puede gestar en su interior algunos animales considerados indeseables, como anfibios o serpientes, pero distintos al basilisco. La eterna lucha entre el bien y el mal, herencia de la dualidad Platónica.

¹⁰ Podemos ver esto claramente en otras culturas: Gallo en inglés es Cock, homófono y homógrafo del aparato reproductor masculino en inglés (cock).

¹¹ Puede resultar extraño esta clasificación del murciélago junto con aves, a pesar de ser mamífero, pero es conveniente ya que en la edad media se desconocía esto y lo consideraban un ave.

sada en su supuesta ceguera (como si fuera un castigo divino), además esta «extraña ave» tenía la fama de comerse los huevos de otros animales para mantenerse joven, además de poder beberse y crear su propia leche, lo cual resultaba raro e imposible considerándolo un ave.

En las escasas apariciones en *La Celestina*, siempre guarda relación con la alcahueta («ave nocturna»), además en un contexto del que se hace mención sobre su supuesto interés en la brujería. Su mención en estas ocasiones afirma la afinidad de Celestina a la brujería, a los aquelarres e incluso con el diablo.

El cuervo

Este ave, símbolo del mal agüero incluso en nuestros días, sigue manteniendo características similares en cuanto a su significación. Podemos ver su aparición junto con el murciélago, página 150; Celestina va hablando sola por la calle y enumera una serie de símbolos de mala fortuna, queriendo decir que no se ha encontrado con ninguno de ellos, lo cual es buena señal; parece estar protegida, aunque muchos piensan que esa protección no es otra sino la de Satanás, a raíz del aquelarre que realiza sobre la madeja de hilo para cautivar a Melibea.

La segunda la encontramos en la página 289: «¿Por qué quisiste que dixiesen del monte sale con que se arde, y que crié cuervo que me sacasse el ojo?».

Este dicho que se sigue manteniendo en la actualidad, lo dice Calisto poco después de la muerte de sus dos criados, se lamenta lo ocurrido y de haber podido disfrutar de Melibea tan poco tiempo ese mismo día. En el imaginario y en la tradición, el cuervo tenía una obsesión de arrancar los ojos a los cadáveres, probablemente de ahí que se les cerraran tras su muerte. Sólo podemos ver mencionado a este animal dos veces en la obra, y pese a toda su carga negativa, su función parece ser la de relacionar a Celestina con el mal y la brujería.

La Garza

Este ave, junto con el halcón, es uno de los más importantes en la simbología de la edad media, y aún más a raíz del amor cortés. Símbolo de la feminidad, y de la mujer en una relación. Con la influencia cristiana podía significar el papel de la mujer sumisa que está junto al marido y que le corresponde; por otro lado en textos donde podemos ver la influencia cortesana, la garza cobra nuevos matices, representando a una mujer más aguerrida, violenta y pasional, «Halcón que se atreve / con garza guerrera/».

En algunos bestiarios definen a la garza como un ave que:

«Tiene un solo nido y una sola morada: no busca muchos nidos, sino que, allá donde construye el suyo, allá se alimenta y duerme; no come cuerpos muertos, ni vuela a muchos lugares: su nido y su comida están en un solo lugar.»¹²

Mostrando así la visión de la mujer sedentaria, que ocupa un lugar al lado de su marido y allí es donde tiene que estar, una fuerte misoginia que se repite muchas veces en textos medievales por influencia del cristianismo. Vemos que esta cita del bestiario de Malaxecheverría, se repite en el del *Fisiólogo* (p.97), además añade unas palabras que muestran el mensaje de esta parábola, dando a entender que la Iglesia es la morada del hombre y que sólo debe haber una.

Sólo podemos encontrar una aparición significativa de la garza en *La Celestina*, al igual que el águila que sólo se muestra en el prólogo y sin apenas importancia (por lo que no será mencionado aquí)¹³; Pármemo está dialogando con su señor Calisto, advirtiéndole de Celestina, le desvela que la conoce por su infancia y le narra cómo era una cámara que tenía a modo de laboratorio, donde guardaba numerosos «untes y mantecas», entre los muchos que nombra vemos que destaca el nombre de

¹² *Bestiario Medieval*, ed. Ignacio Malaxecheverría

¹³ Es curioso ver la escasez de apariciones de estas dos aves, a pesar de su gran importancia simbólica en la tradición literaria de la edad media.

la garza, frente al resto que no son aves.

Es posible interpretar esto como un adelanto de que Celestina con sus pócimas ya ha mediado como alcahueta en anteriores ocasiones, o quizás avise al lector de que conseguirá cautivar a Melibea, aunque como se puede leer más adelante vemos que los supuestos poderes de la bruja son puestos en duda, y que Melibea podía estar enamorada de Calisto ya desde un principio.

En lo que sí se podría estar casi de acuerdo, es en la estrecha relación halcón-Calisto, garza-Melibea.

La cigüeña

Aparece por primera y única vez en el acto cuarto (p. 162), en el coloquio de Celestina y Melibea. Este animal es muy peculiar ya que puede tener dos representaciones, tanto la dualidad entre cielo y tierra o como el ave del paraíso (junto con el pavo real). Enemigas acérrimas de la serpiente (el diablo), este ave se compone de una mitad superior de color blanco (el Cielo), y una de inferior negra (la Tierra), representa así la dualidad entre lo puro y lo impuro, lo inmortal y lo mortal, y la cigüeña imagen de Dios que a las dos partes engloba. Dice el *Bestiario Medieval* de Malaxecheverría: «La cigüeña es un ave que ama su nido y a sus polluelos.» Y «pues los ángeles lo veían solamente desde arriba, y los hombres únicamente desde abajo.» Vemos el símil con Dios que ama su creación y a su prole, y cómo describe el edén (por eso la cigüeña fue considerada ave de paraíso) que los ángeles lo ven desde el cielo y los humanos desde abajo. Además vemos esta representación de la cigüeña como divina, en que mantenía una lucha continua con las serpientes a las cual mataba con su pico, defendiendo así a sus crías, como Dios defiende según el cristianismo al ser humano de la tentación del demonio. Forma la cigüeña un grupo trino junto con la tórtola y la golondrina, entre las tres representan la trinidad divina, y enemigas de Satán. Es irónico el uso que hace Melibea de la cigüeña, que se considera un animal que honra a su padre y madre.¹⁴

La tórtola

Es curiosa la única aparición de esta ave en *La Celestina* (p. 236). La alcahueta está hablando con Pármeno acerca de la clerecía, el cual se muestra asombrado cuando ella le afirma que a su burdel entraban de todo tipo: «pollos y gallinas, anserones, anadones, perdizes, tórtolas, perniles de toçino, tortas de trigo, lechones». Define así a todos los anteriores como animales, de todo tipo, pero fijándonos en la tórtola hay que decir que se refieren probablemente a buenas personas. La tórtola es en la tradición un animal solitario, que huye de la vida mundana. En el *Fisiólogo* (p. 113) la definen así:

«Dijo Salomón: Se ha oído en nuestra región la voz de la tórtola. La tórtola habita en los desiertos, retirada en la soledad, pues no gusta estar en medio de la multitud. {...} Cristóforos se llama a quienes, habiéndose compenetrado con Cristo, imitan a la tórtola, que es Nuestro Señor Jesucristo.»

Tal y como Dios y Jesucristo, la tórtola es representada en el desierto, lejos de los pecados de la sociedad, es un ave limpia y pura. Puede ser que la mención de este animal en un acto mal visto para el cristianismo, como es ir a un burdel, choque; aún más ya que lo menciona junto a la perdiz, que es su antítesis.

La Perdiz

Como se ha dicho antes, este ave representa todo lo contrario a la tórtola. Se las suele mencionar a la vez, por su oposición. Esta ave representa el pecado, y cómo el Diablo aleja a los discípulos de Dios de su camino, igual que la perdiz que roba los huevos que no son suyos.

Al igual que la tórtola es un ave solitaria, pero porque rehúsan de ella al ver su demoníaca figura.

¹⁴ Vemos que con su suicidio Melibea, provoca un gran sufrimiento a sus padres y además a Dios; el suicidio era una abominación para la Iglesia.

Asimismo, además de la relación de este animal con el Diablo, era común la semejanza con la homosexualidad, ya que se decía que en esta especie «el macho montaba al macho», lo cual era algo perverso para el cristianismo. Por eso este animal recoge, en sí mismo, gran parte de la simbología del Diablo mediante el pecado de la carne en el macho, y el del robo en la hembra. Puede leerse en los bestiarios que la madre tiene dentro de sí un gran apetito sexual, representa a la lujuria, lo cual encaja si vemos este animal en el contexto del burdel; lo que podemos entender como que también van eclesiásticos lujuriosos en busca de Celestina. El fragmento de la perdiz en el bestiario acaba así: «Y por eso se llaman perdices, por todo cuanto pierden, pues una pierde los huevos, y la otra los polluelos».¹⁵

El Cisne

Por último en este breve listado de símbolos animales aéreos, cabe destacar el cisne. El cisne perfectamente puede relacionarse con todo lo dicho antes de la cigüeña, de hecho también podría ser considerada ave del paraíso, aún así la información acerca de este animal en bestiarios suele ser escasa o nula; pero, entre la información casi marginal que se encuentra de este animal, la que más se repite es acerca del canto del cisne, que justo antes de la muerte es dulce y bello. No cabe decir que Rojas seguramente tenía un gran conocimiento acerca de esto, e incluso se podría afirmar que en la edad media era algo que estaría en el folclore; asimismo Rojas hace un uso espléndido de este ave, cuando tras realizar su canto Melibea descubre a Calisto y le dice: «¿Por qué me dexavas echar palabras sin seso al ayre con mi ronca boz de cisne? Todo se goza este huerto con tu venida:» Sin duda alguna, en esas dos oraciones Melibea augura el momento trágico de la obra, dando a entender que ese canto es su último grito de cisne antes de la muerte, además de la curiosa mención del huerto que acrecienta esta idea, «con tu venida» dice Melibea, e irónicamente esa sentencia se hace realidad, ya que con la venida y muerte de Calisto, ella toma la opción del suicidio.

3. ANIMALES TERRESTRES

En el Prólogo

Con quizás una menor carga simbólica que las aves, los animales terráneos aparecen con mayor frecuencia en *La Celestina*, teniendo en global una mayor trascendencia en la estructura interna y en la significación de diálogos.

Respecto al prólogo, puede verse que en la página 78, a diferencia de la 79, el listado de animales que están «en guerra» se centra en animales terrestres:

«El león al lobo, el lobo la cabra, el perro la liebre y, si no pareciese conseja de tras el fuego, yo llegaría más al cabo esta cuenta. El elefante, animal tan poderoso y fuerte, se espanta y huye de la vista de un suziuelo ratón, {...} Entre las serpientes el vajarisco crió la natura tan ponçoñoso y conquistador de todas las otras, que con su silvo las asombra y con su venida las ahuyenta y disparze, con su vista las mata.»

Vemos mencionados aquí la mayor parte de animales que luego van a formar el conjunto de símbolos en el resto de la obra, desde el León, símbolo de la deidad (rey de los animales), hasta las serpientes, seguidoras de Satán y su líder el Vajarisco¹⁶, encarnando la figura del propio Diablo¹⁷. Prescindiendo de algunos que quizás no tengan gran relevancia en el texto, o que no haya información simbólica recopilada de ellos.

¹⁵ Todas estas notas pueden ser corroboradas en el Bestiario de Malaxecheverría.

¹⁶ *Basilisco.

¹⁷ Curiosamente ninguna de las dos figuras máximas representantes tanto de Dios como de Satán, no son mencionadas en ningún momento del texto más que en el prólogo.

El toro

Es el primer animal terrestre mencionado en el cuerpo de la obra (p.93), que es mencionado alguna otra vez más adelante. Este animal puede traer problemas de interpretación, principalmente por la escasez de información acerca de él y segundo por la ambigüedad. Encontramos la respuesta a su significado en el *Bestiario de Cristo* (p. 62). A través de una herencia de tradiciones paganas, egipcias y griegas, en la liturgia cristiana el toro tenía dos vertientes simbólicas: Por un lado era una de las cuatro visiones bíblicas de Ezequiel y San Juan, e incluso una imagen de Cristo, por ser el jefe del rebaño, esposo (de la Iglesia) y padre (de la humanidad), además de un claro signo de fecundidad y de amor; pero por otro lado el toro fue interpretado como un monstruo que «prestó sus formas a Satán»; a veces era relacionado con el Basilisco o con monstruos de todo tipo, como la antítesis simbólica del primer toro mencionado, el minotauro al que derrotó Teseo, comparado por los cristianos con Jesucristo vencedor sobre Satán. Vemos muestras de esto en las palabras de Sempronio (p. 96), argumentando misóginamente la inferioridad de la mujer que, según él, «se sometieron a los pechos y resollos de viles azemileros, y otras a brutos animales. ¿No has leýdo de Pasife con el toro,».¹⁸

En la pág. 231 leemos otra vez de Sempronio: «poniendo cada día la vida al tablero, esperando toros». Parece aquí, Sempronio, querer mostrar que se ha estado jugando la vida, yendo de aquí para allá, «esperando toros» por su fama de fuertes, aunque aquí quizás le dé una connotación del toro maligno.

Finalmente, vemos aparecer al toro en un soliloquio de Melibea (p. 305), volvemos a ver la figura de la mujer lujuriosa que tiene relaciones incluso con animales, dando lugar al Minotauro, parece que se refiere al toro aquí, como un hijo de la aberración del Diablo.

El Perro

En igualdad con el anterior, vemos su primera aparición en un ejemplo de relación sexual con un animal, aunque según las notas del editor esto podría tratarse de una errata, y la relaciona no fuera con un can sino con Vulcán. Vemos otra aparición del perro en la página 150, junto con las aves de mal agüero como el murciélago y el cuervo; según esto hemos de entender el perro en este fragmento desde su significado diabólico, es decir, el perro del diablo.

En muchas ocasiones este animal que ahora es considerado «el amigo del hombre», en la edad media, era considerado un animal de poca confianza, que vagaba por las calles en plena noche y rondaba los sepulcros; sus caras parecen recordar a las de las representaciones en pintura de los demonios.

En *La Celestina* el perro sigue el leitmotiv de perro infernal, augurador de tragedias y compañero del Diablo; vemos en la página 209 como ante la llegada de Celestina, Elicia dice: «El perro ladra, ¿si viene este diablo de vieja?».

Claramente hace una referencia a la relación de la vieja con el Diablo, además su llegada por la noche es advertida por un perro, que solían ser considerados además compañeros de las brujas.

Entre las apariciones del perro encontramos una al final del acto doceavo: «los gozques ladradores a los pobres peregrinos aquexan con mayor ímpetu».¹⁹

La comparación que hace Celestina de Sempronio y Pármeno anticipa la muerte que instantáneamente ellos le van a dar, podría considerarse que ella desafía a esos perros (los dos criados), pregoneros de la muerte, y muerte le dan. Otra de sus apariciones se produce en el acto catorceavo, cada

¹⁸ Es curioso que después de esto, Sempronio insinúa a Calisto, a modo de burla, la relación entre su abuela con un simio, animal que representa el pecado carnal y la lujuria del hombre, pero del cual no vamos a hablar, ya que es un caso aislado, residual y sin más importancia.

¹⁹ Gozque o perro era un mal signo para los peregrinos o viajeros, sobre todo si se los encontraban en sus viajes por la noche, lo cual significaba una señal de mala suerte, que podría interpretarse con la muerte próxima de uno de ellos.

vez más cerca del trágico final; Melibea al insinuar que a Calisto quizás le han atacado los perros en la noche, es un claro adelanto de la muerte que va a sufrir, además en una de las visitas, la imagen de la muerte se va haciendo más constante conforme llega el final de la obra. En las últimas apariciones destaca que una de ellas es casi cómica (p. 310)²⁰, sin embargo la última de ellas (p. 333) vuelve a cobrar ese sentido trágico, cuando Melibea dice a su padre: «este alarido de gentes, este aullido de canes». Esta frase sentenciosa perfectamente puede entenderse como un aviso de que las puertas del infierno (guardadas por un perro según la mitología) han sido abiertas por la muerte de Calisto²¹, y que esos perros vienen próximamente a por Melibea, que va a suicidarse, lo cual es considerado un pecado grave.

El Asno

Uno de los animales más interesantes en *La Celestina* en cuanto al número de apariciones en la obra. Parece ser una constante dentro del texto, que se repite varias veces. Quizás hoy en día un animal no muy importante en el imaginario, pero en la edad media parece ser que era una de las imágenes cristianas más usuales (como hemos podido ver con el Toro, estos animales de campo parecían ser símbolos del cristianismo). Es posible ver a este animal en los bestiarios denominado como Onagro, y es muy variada la opinión que se tiene de este animal, es distinta entre oriente y occidente y también cambia con el tiempo. En *El bestiario de Cristo* vemos cómo indica que culturas orientales, como la egipcia o incluso en la Biblia, el onagro o asno es considerado un animal de prestigio, humilde pero respetado, pues hemos de saber que Jesús en la Biblia hace su entrada a Jerusalén a lomos de una burra. Sin embargo, pasados los primeros siglos de expansión del cristianismo vemos una derivación de este animal, que pasó a ser imagen de Jesucristo a ser imagen blasfema²². El asno con el tiempo pasó a ser representado sobre todos por los artistas como un emblema del mal, lo que llegó a extenderse y se empezó a ver al asno como un símbolo de aquel que no quiere creer en Dios, que no quiere saber la verdad, además como un ser perezoso. Teniendo en cuenta la fecha de *La Celestina*, probablemente sea más lógico pensar en la segunda visión del asno, puesto que es más posterior, la primera se solía dar en las primeras etapas del cristianismo.

Podemos ver en *La Celestina* numerosas referencias al asno, para dejar en evidencia a alguien. En las páginas 100-101 vemos cómo Sempronio, tras afirmar Calisto que las mujeres convierten a los hombres en piedra²³, le dice en un aparte: (¡Más en asnos!), dejando a Calisto como un loco. Vemos continuamente en el texto las referencias a personajes que son comparados con los asnos/as o burros/as, siempre a modo de burla, una de ellas sucede en la página 191, cuando Celestina le dice susurrando a Sempronio: «(Bien te entiendo, Sempronio, déxale, que él caerá de su asno y acaba)». Se refiere a Calisto, que parece encumbrado y maravillado con Melibea, Celestina en este momento parece hacer una buena mención del asno como un animal que transporta a alguien importante, pero sabiendo la significación del asno en esa época, esa frase adquiere un grado de humor al imaginarnos a Calisto cayendo de un asno. Y así vemos un leitmotiv continuo sobre este animal a modo de burla, que curiosamente se repite varias veces al hablar de Sempronio y Pármeno y de Calisto en los momentos que muestra su amor.

²⁰ En esta página Areúsa está intentando engañar a Sosia, parece intentar seducirle y le afirma: “quien quiere a Beltrán a todas sus cosas ama”, a lo que el editor añade que proviene de un refrán que decía así: “quien quiere a Beltrán, quiere a su can”. Parece que le quiera decir a Sosia que tras la muerte de Pármeno, al cual parece dejar con un nivel bajo, nada le parece malo. Parece hasta jocosa la supuesta comparación de Sosia con un can.

²¹ No sería raro pensar que Calisto tras su muerte va al infierno; vemos durante la obra numerosas veces en las que los personajes dicen que Calisto es un sacrílego, y muere sin confesión además.

²² Es posible que esto ocurriera al entrar el cristianismo en contacto con la cultura occidental. Pero *El Bestiario de Cristo* da otra solución al enigma diciendo que las otras religiones politeístas acusaban al cristianismo de tener a un Dios con cabeza de asno.

²³ Propiedad de la Medusa y del Basilisco. Esta frase le da un cariz cómico a la situación al sustituir los hombres-piedra por hombres-asno.

La Cabra y demás

Animal incluso hoy relacionado con el Diablo, que juega un papel en *La Celestina* de igual forma, siempre lo podemos ver haciendo mención a la magia negra, a lo diabólico u oscuro. Entre todas las apariciones de estos animales, destaca fundamentalmente una de las primeras, cuando Celestina está preparando el aquelarre:

Entra en la cámara de los ungüentos y en la pelleja del gato negro donde te mandé meter los ojos de la loba, le hallarás, y baxa la sangre del cabrón, y unas poquitas de las barvas que tú le cortaste.

Vemos con esta sucesión de animales, la indudable brujería de esta alcahueta, todos ellos animales relacionados con el mal, el gato negro, la cabra, e incluso menciona las barbas del chivo, simil de Satán que también se le representa con barbas de cabrito. Otra de las imágenes peculiares de este animal la vemos en el canto de Lucrecia de la página 321, el cual dice: «con las tetas, los cabritos; / Melibea con su amado».

Esta extraña imagen del lobo y los cabritos es bastante misteriosa, pero seguramente hace referencia a la corrupción del cabrito con el lobo, frente al amor puro y cortés de Calisto y Melibea, pero sólo es una suposición.

La serpiente y la víbora

Llegando ya al final de este bloque, hablamos de estos animales reptiles. Como se mencionaba antes, son la prole del Basilisco, es decir de la imagen de Satán, por lo que podrían interpretarse como sus seguidores. Son animales considerados abominables, que se arrastran totalmente por el suelo, obligados a arrastrarse por él a raíz de un castigo que Dios impone al Diablo por el pecado capital. Si nos fijamos en el prólogo del texto, o en el bestiario del Fisiólogo vemos que había una idea constante de la maldad de las víboras y serpientes. La víbora hembra, que tras tener relaciones sexuales con el macho arranca los órganos del macho y le da muerte, queda embarazada; puesto que no tiene órganos para parir, sus hijos cruelmente la desgarran y con su nacimiento la madre muere, lo que podría considerarse una venganza de su progenitor:

«Al tiempo de concebir, por la boca de la hembra la cabeça del macho y ella con el gran dulçor apriétale tanto que le mata, y quedando preñada, el primer hijo rompe los yjares de la madre, por do todos salen y ella muerta queda; él quasi como vengador de la paterna muerte.»

Respecto a la serpiente podemos ver que se hace mención en los bestiarios de su capacidad de regeneración de la piel, lo que se relaciona con la inmortalidad del Diablo, también en otros textos es posible encontrar una referencia a la vejez de estos animales, pierden la vista con el tiempo y se les nubla, queriendo advertir al cristiano de que no se le nuble la mente, y que para despejar esa niebla hay que recurrir a la luz de Dios.

Puesto que estos animales son la representación del anticristo, todos los animales relacionados con Dios son sus enemigos y son representados varias veces luchando contra serpientes. Podemos recordar que el Basilisco convertía a la gente en piedra con su mirada, del mismo modo que Medusa, que en su cabeza contenía serpientes en vez de melena. En algunos libros acerca de los monstruos y miedos de la edad media²⁴, vemos la leyenda de la vagina dentata, que era una especie de mujer-monstruo que tenía una serpiente como órgano reproductor. Cuando un hombre intentaba tener relaciones con la mujer este hombre era atacado, del mismo modo que ocurre con la víbora.

En el texto, la serpiente y víbora parecen llevar el mismo camino simbólico del carnero o el asno en su aspecto negativo. Vemos a la serpiente mencionada entre los ungüentos y restos de animales de Celestina, cuando es descrito su laboratorio. Cuando Celestina cree hacer caer en amor a Melibea (p. 239), Melibea afirma: «Madre mía, que me comen este corazón serpientes dentro de mi cuerpo». Lo que podría interpretarse una vez más como que Celestina es una falsa bruja sin poderes, y que Melibea ha tenido el mal en el corazón desde un principio, además con este ejemplo se ve la relación de

²⁴ Claude Kappler, *Monstruos, demonios y maravillas a fines de la edad media*, Akal/Universitaria.

las serpientes con la presencia (directa o indirecta) de Celestina, y una clara referencia a la muerte de la víbora madre por su descendencia que le devoran por dentro, tal y como describe Melibea que lo hacen las serpientes con su corazón.

Tras la muerte de Sempronio y Pármeno, Elicia maldice el amor de Calisto y Melibea de esta forma:

«O Calisto y Melibea, causadores de tantas muertes, mal fin ayan vuestros amores, en mal sabor se conviertan vuestros dulces placeres; tórnese lloro vuestra gloria, trabajo vuestro descanso; las yerbas en culebras; {...}».

Esta maldición de Elicia a los enamorados parece ser una invocación al mismo Diablo (las culebras), que luego realmente se produce cuando llegan las muertes de los enamorados y dadas las circunstancias se da a entender que probablemente vayan al infierno, un campo de culebras en vez de hierba.

Casi al final, en el lamento de Pleberio por la muerte de su hija, vemos que maldice y protesta al mundo, al cual define como «un prado lleno de serpientes», repitiendo así la imagen anteriormente mencionada por Elicia, que al fin se ha hecho realidad, la presencia del Diablo y el mal parece rondar por toda la obra, e incluso triunfar al final de ella.

4. ANIMALES ACUÁTICOS

Sobre los animales acuáticos

Hay muchos menos animales acuáticos que del resto de animales. Para empezar, en el prólogo apenas podemos ver mención de ellos, exceptuando la de un pequeño pez llamado «Echeneis», el cual tiene la fuerza suficiente como para parar un barco. Así el autor repite la idea del prólogo de animales en continua guerra, y que en algunas ocasiones el ser más pequeño puede derrotar a uno mucho más fuerte y mayor.²⁵

Sin embargo no hay otra especie acuática en todo el prólogo. Hasta la página 109 no volvemos a tener constancia de ningún ser acuático. En todos estos animales la información sobre su simbología suele ser muy escasa, o poco tiene que ver con el contexto en el que las nombran, por lo que estos animales no van a ser descritos individualmente sino en general a lo largo del texto.

El primero que nos encontramos después del prólogo es la rana, con la que Pármeno hace una metáfora: «¡Putá vieja!; las ranas de los charcos otra cosa no suelen mentar».

La poca información que se puede saber de la rana realmente poco tiene que ver con esta curiosa metáfora sobre Celestina. La rana sin embargo es considerado un animal especial, mitad terrestre y mitad acuático, puede cambiar de lugar donde vivir e incluso hacer una hibernación. En el fisiólogo encontramos una nota curiosa sobre las ranas acuáticas: «*Si se abstienen momentáneamente, como no soportan los rayos del sol espiritual, se lanzan hacia el camino de los primeros deseos*».

Tanto la rana acuática como la terrestre parecen tener una debilidad, vemos aquí que la acuática se esconde en las aguas para evitar, para abstenerse del Sol, que es la tentación. Podría interpretarse la situación como que las ranas desde los charcos insultan a la tentación (Celestina) y se abstienen de acercarse a ella. Continuando por estos animales acuáticos, encontramos en la página 111 a la ballena en la lista de untes de Celestina lo que hace volver a la idea de una Celestina que hace pactos con el diablo; vemos ciertas referencias sobre la ballena en algunos bestiarios²⁶, y una breve anotación en «Animals in Celestina»; ambas describen a la ballena como a una bestia pez enorme²⁷, heraldo del demonio en el mar. Una bestia que va corrompiendo a los marineros, que acuden a su lomo a atracar el barco, que creen que su lomo es una isla y entonces los devora o los hunde. Es un símbolo de la tentación del Diablo sobre el hombre, por lo que inevitablemente su aparición en el laboratorio de Celestina nos hace volver a pensar en la constante mención de la brujería de la alcahueta.

²⁵ Esto ocurre igual que en el caso de los animales terrestres, como el elefante y el ratón.

²⁶ Información sobre la ballena: <http://bestiary.ca/beasts/beast282.htm>

²⁷ A pesar de la condición de mamífero de la ballena.

5. OTROS SERES

En este apartado serán incluidos todos los seres que no se han nombrado en el cuadro de animales simbólicos anterior, ya sean terrestres, acuáticos o aéreos. Para comenzar hay que hablar de las arpías y las hidras, ambas bestias podemos verlas en el aquelarre de Celestina, lo cual nos muestra la mala connotación que tienen ambas. Las arpías, aves rapaces con aspecto de mujer eran consideradas tentadoras del hombre, mientras que la hidra podría ser interpretado de dos formas, como la maligna serpiente acuática (hydrus), un ser demoníaco con veneno; por otro lado en el Bestiario Medieval de Malaxecheverría hablan del dragón Hydra, el cual tiene varias cabezas que a cada una que se corta le surgían tres en su lugar.

Entre estas bestias hay que mencionar también a la sirena, a la que podemos ver en la conversación que mantienen Areúsa con Celestina, cuando ésta intenta convencer a la joven de que duerma con Pármeno; le dice así:

«Pues no estés asentada, acuéstate y métete debaxo de la ropa, que pareces serena». Celestina compara a Areúsa con una sirena, lo que vemos luego es que en efecto hace efecto de sirena y atrae a Pármeno para que Celestina pueda ganarse su favor.

Las sirenas eran consideradas meretrices que atraían a los hombres y les hacían caer en la lujuria mediante sus cantos, estas extrañas bestias en la iconografía han sido mostradas de dos formas, ya sean medio mujer medio pez, o mujer-ave (lo cual las asemejaría a las arpías). En la página 253 Pármeno hace mención de cómo las sirenas atraen a los marineros mientras habla con Celestina; con esto se ve la muestra de que Pármeno ha sido engatusado por los ardides de Areúsa y Celestina.

© Adrián Flor Martínez

* * *

BIBLIOGRAFÍA

De Rojas, Fernando, *La Celestina*, ed. Dorothy S. Severin, CATEDRA, Madrid (2007) – Obra de estudio.

El Fisiólogo: *Bestiario Medieval*, ed Nilda Guglielmi, Madrid, Eneida, 2002.

Kappler, Claude, *Monstruos, demonios y maravillas (a fines de la edad media)*, Madrid, Akal Universitaria, 1986.

Charbonneau-Lassay, L., *El Bestiario de Cristo*, Barcelona, 1996

S. Severin, Dorothy, “Animals in Celestina”, Papers of the Medieval Hispanic Research Seminar 18, 1999.

Cannavagio, Jean, *Historia de la literatura española, 1: La edad media*, Barcelona, Ariel, 1994.

Páginas web:

<http://bestiary.ca/index.html>

http://www.cervantesvirtual.com/bib_obra/celestina/

<http://faculty-staff.ou.edu/L/A-Robert.R.Lauer-1/BibCelestina.html>

www.wikipedia.org

El autor:

Adrián Flor Martínez es estudiante en la Universidad de Zaragoza por la licenciatura de Filología Hispánica. Escribe un blog en Blogspot (<http://surrealista.blogspot.com/>); además hace teatro en los cursos del Teatro de la Estación desde hace años y ha participado en la creación de algún cortometraje. Le gusta leer, escribir y como a cualquier joven las noches de fiesta.

ADRIANES Y TRISTEZAS *

por Ana Pérez Cañamares

Sergio es mi hermano mayor. Él tiene veinte años y yo tengo trece. Este año estamos pasando las vacaciones solos, en la casa que mamá tiene en Menorca. Sergio es pintor. Aunque él no lo diga lo digo yo, porque pasa horas y horas pintando. Casi siempre tengo que recordarle que es la hora de comer o que ha quedado con alguien en el pueblo, porque se olvida de todo cuando se encierra en su taller. El taller ocupa la parte más alta de la casa. Está lleno de botes, pinceles y lienzos (así llama Sergio a los cuadros), que se amontonan unos sobre otros. Mi hermano es muy vergonzoso con lo que pinta y casi nunca lo enseña. Yo soy la única persona en el mundo a la que le permite estar delante; me meto aquí y él me mira con aire despistado y luego me pregunta si yo también quiero pintar. Pero a mí lo que me gusta es sentarme en el suelo con la espalda apoyada en la pared, el olor de las pinturas me marea y también me marean los colores de los lienzos, los azules, los marrones, el verde. Le veo moverse de uno a otro, ensimismado, lleno de energía, mientras el sol entra por los ventanales y las sombras cruzan lentamente la habitación, empujando la luz de unos cuadros a otros.

Papá y mamá están separados. Lo digo por costumbre, porque todo el mundo nos pregunta siempre qué hacemos los dos solos aquí. Pues papá encontró un novio y mamá encontró una novia. No, qué digo, al revés. La cuestión es que querían estar solos con sus novios y me pidieron que pasara el verano con Sergio. Yo, feliz. A mí me gusta estar con él, sobre todo aquí, en la casa de Menorca. Sergio me deja a mi aire, yo creo que le gusta tenerme cerca para hablar y relajarse después de pintar. Tenemos costumbres muy parecidas: los dos somos callados, a los dos nos gusta levantarnos por la mañana muy pronto y bajar a la cala a darnos un baño, luego él sube al taller y yo me quedo leyendo junto a la piscina, o durmiendo al sol. A veces le hago visitas, le subo un zumo, o voy a comprarle tabaco al pueblo, porque me gusta hacerle recados a mi hermano, me gusta verlo contento. Otras veces cojo la bici y bajo sola a la playa y allí me encuentro con otros chicos que también están de vacaciones. Pero ninguno me parece tan interesante como Sergio. Procuero subir pronto para avisarle de la hora de comer y cocinar juntos. Comemos ensaladas muy grandes, que Sergio prepara tan concentrado como si las pintara, mezclando la zanahoria rallada, las anchoas, las aceitunas y por último un toque de color rojo con los pimientos, o el morado de la remolacha. Luego yo la aliño, revolviendo los colores, y nos comemos nuestra obra de arte en la terraza, a la sombra, refugiados del sol de mediodía.

«Pero ahora Sergio está distinto. Fue desde que llegó un amigo suyo, Adrián, un modelo que conoce de la escuela de Bellas Artes. A mí no me cae ni mal ni bien, pero creo que a Sergio le gusta mucho. Vino sólo para un fin de semana y ya lleva diez días.»

Pero ahora Sergio está distinto. Fue desde que llegó un amigo suyo, Adrián, un modelo que conoce de la escuela de Bellas Artes. A mí no me cae ni mal ni bien, pero creo que a Sergio le gusta mucho. Vino sólo para un fin de semana y ya lleva diez días. Y todo este tiempo el humor de Sergio ha ido cambiando de la alegría a la tristeza, de la tristeza a la alegría, y vuelta a empezar. Yo no quiero decirle nada, pero a mí me parece que Adrián no merece tanta preocupación. Por lo menos no merece que hayamos perdido la costumbre del primer baño de la mañana, porque ellos se quedan hablando hasta tarde, a veces en susurros que parecen cariñosos y otras a gritos contenidos, y Sergio se levanta tarde, con cara de sueño. Al taller ya no sube todos los días, aunque a veces se mete allí y no sale hasta la noche. Adrián mientras tanto toma el sol junto a la piscina, dibuja en un cuaderno –a veces me hace retratos, y dice lo mucho que me parezco a mi hermano–, o se baja al pueblo. Cuando me lo cruzo por la calle siempre anda con alguien. Le gusta mucho hablar con todo el mundo. Ahora que lo pienso, eso no me gusta nada de él; siempre tiene que estar diciendo algo. Aunque puede ser muy gracioso. El otro día, con una broma que no entendí, a mi hermano se le caían las lágrimas de la risa.

El humor de Sergio ha empeorado desde hace un par de días y parece más triste y pensativo que

* Relato perteneciente al libro *En días idénticos a nubes*, publicado por Baile del Sol (2009)

nunca. Se pasea por la casa sin hacer nada y luego se tumba en la terraza a mirar el mar. Cuando me echo en la tumbona a su lado, él me pregunta cosas, algunas de ellas muy tontas, pero le contesto porque sé que lo hace para distraerse. Me gustaría preguntarle qué le pasa, pero me da vergüenza; si no me lo cuenta, por algo será. Aunque esta tarde cuando he ido a comprar al pueblo y me he encontrado con Adrián muy contento, besándose en una terraza con una chica rubia, he sabido que eso es lo que le duele.

Esta noche, durante la cena, Adrián está muy cariñoso con Sergio, pero él sigue serio y a la defensiva. Me mira a mí o al plato, evitando mirarle de frente. Adrián, con la copa que se toma después de cenar, parece decidirse y empieza a hablar de ella. Cuenta que también es pintora –yo pienso que de dónde salen tantos pintores, estoy un poco harta de los pintores y sus problemas–, que tiene un barco y que está haciendo escala aquí. Y luego que en el pueblo no hay alojamiento, y que ella está cansada de dormir en el barco. Y al final, como si hubiera estado pensándolo todo el rato y no se hubiera atrevido a decirlo, que si puede traerla a casa. Sergio se queda pálido. Le veo dudar y luego, en voz muy baja y de golpe, dice:

–No la conocemos.

Adrián clava sus ojos en él, y como si le lanzara un hilo invisible, mi hermano levanta la cabeza y el hilo se tensa entre sus miradas.

–Pero es amiga mía, Sergio. Ya sabes, las amigas de mis amigos son mis amigas.

–No te hagas el gracioso. ¿Y dónde se va a quedar?

«Esta noche, durante la cena, Adrián está muy cariñoso con Sergio, pero él sigue serio y a la defensiva. Me mira a mí o al plato, evitando mirarle de frente. Adrián, con la copa que se toma después de cenar, parece decidirse y empieza a hablar de ella.»

No sé por qué mi hermano dice eso. Suena débil, a rendición. Me gustaría intervenir, defenderlo, ayudarlo, pero sé que no puedo. Adrián se toma unos segundos y luego suelta:

–Puede compartir mi habitación.

Sobre la cara de mi hermano se posa una sombra, una máscara de viejo. Se queda callado mirando el techo, y en un susurro dice:

–Dos días, por favor, no más de dos días. Necesito concentración.

Adrián sonríe –tiene una sonrisa grande y blanca, que relampaguea un momento en medio de su cara– dice gracias, y se va a buscarla. Sergio se queda tumbado en el sofá, con un brazo cruzado tapándole los ojos. No puedo dejar de mirarle, quiero compartir su dolor o lo que sea eso que siente y que yo, de una forma extraña, siento mío y lejano a la vez. Le miro y le miro, afuera sopla una brisa que se lleva mi atención por la ventana, y cuando vuelve removiendo las cortinas siento que ya no hay nada que compartir, que todo ha pasado. Y entonces, cuando el sueño empieza a vencerme y me acurruco en el sillón, Sergio vuelve hacia mí su mirada apagada, y dice:

–¿Crees que me sentiría menos estúpido si no estuvieras delante, adivinando lo que siento?

No contesto, no sé, no quiero saber. Vuelve a hablar, pero yo cada vez entiendo menos:

–No dejes nunca que te menosprecie.

Me encojo de hombros. Prefería nuestra cercanía silenciosa de antes. Ahora empiezo a estar ya harta de adultos, adrianes y tristezas.

–Es curioso –dice él– me duelen sobre todo los amantes que ha tenido en el pasado.

Me pongo a mirar el suelo, «concéntrate en el dibujo de las baldosas, y no le escuches», quiero correr, lanzarme a la piscina y mirar las estrellas desde debajo del agua. Parece que floten y que alargando la mano podría agarrarlas y hacerlas estallar; entonces soltarían su polvo dorado y en la piscina flotarían una lluvia de purpurina.

–¿Lo entiendes? –Pregunta Sergio.

Su voz me reclama; cierro los ojos, rebobino la conversación, vuelvo a escuchar que lo que más le

duele son los amantes que Adrián ha tenido en el pasado y, desde el fondo de mi corazón, le contesto que sí. Sergio sacude la cabeza, y su risa de loco me asusta.

—Eres una niña desesperante.

Entonces me levanto y subo a mi cuarto, tan enfadada que los escalones de madera crujen bajo mis pies como un barco en una tormenta. ¡A la mierda tú, a la mierda Adrián, a la mierda la tía ésa! Me tumbo en la cama con muchas ganas de llorar, pero no puedo. A medida que se me va pasando la rabia, el cansancio me guía hasta el sueño. No sé cuánto tiempo pasa hasta que siento la cama moverse bajo el peso de Sergio.

—¿Por qué te has enfadado?

El sí parece haber estado llorando. Me da mucha pena, pero en seguida recuerdo mi mal humor anterior al sueño. Le digo que me deje en paz.

—Yo creo que te has enfadado porque te estaba hablando como si fueras mayor y luego te he llamado niña. ¿Puede ser? —Yo digo que sí con la cabeza—. No me dejes hacerlo más, ¿vale? La próxima vez me mandas a la mierda.

—A ver si te crees que estaba esperando a que me dieras permiso.

Empieza a reírse, y yo, no sé por qué, quizás porque su risa suena de nuevo tierna, porque me gusta verle contento, porque desde hace tiempo quiero hacerlo o porque las sombras borran sus rasgos, yo me engancha a su cuello y le doy un beso largo en la boca, con la mía muy abierta, como queriendo aspirar sus secretos y dolores.

«Entonces me levanto y subo a mi cuarto, tan enfadada que los escalones de madera crujen bajo mis pies como un barco en una tormenta. ¡A la mierda tú, a la mierda Adrián, a la mierda la tía ésa!»

El también me besa. Quiero decir, que no se queda quieto recibiendo mi beso, sino que enreda sus labios en los míos, se anudan, se enfrentan, se enlazan, y por fin se separan. Sus ojos me miran, húmedos y abiertos, y yo siento mi respiración agitada.

—¿Por qué adivinas siempre lo que necesito? —Pregunta él junto a mi oído.

Estamos un rato mirándonos, y luego nos abrazamos y dejo de ver su cara, sintiendo sólo el cosquilleo de su pelo en el cuello, y el ritmo acelerado de su corazón.

—Ahora voy a irme, porque si siguiera besándote, mañana me ahogaría en un mar de culpas. Y no podría soportar tu aire de madurez y naturalidad.

Yo no contesto. Me está diciendo que no me va a besar más, y siento a la vez alivio y tristeza. Se levanta y desde la puerta, se vuelve a mirarme:

—¿Sabes lo que te digo? Que eres una listilla de mierda y no te soporto.

Y mientras avanza por el pasillo hacia su cuarto, su risa se mezcla con la mía, y como fantasmas flotan y bailan y se besan en el aire.

© Ana Pérez Cañamares

La autora:

Ana Pérez Cañamares (1968) nació en Santa Cruz de Tenerife (España); en la actualidad reside en Madrid. Es licenciada en Filología Hispánica por la Universidad Complutense de Madrid. *En días idénticos a nubes* (Editorial Miletó) fue publicado en el año 2003 y reeditado por Baile del Sol en 2009. Antes, algunos de sus cuentos habían aparecido en antologías tales como *Qué mala suerte tengo con los hombres* (Editorial Catriel, 1997), *Cuentos para leer en el metro* (Editorial Catriel, 1999), *Historias de amor y desamor* (Editorial Trivium, 2001), *Por favor, sea breve: antología de relatos hiperbreves* (Editorial Páginas de Espuma, 2001), *Lavapiés* (Editorial Ópera Prima, 2001), *Maldito amor mío* (Editorial Signo Tres, Lima, 2002), y *Escritos disconformes. Nuevos modelos de lectura* (Ediciones Universidad de Salamanca, 2004). En poesía ha publicado *La alambrada de mi boca* (Tenerife, 2007). Fue finalista en La Sonrisa Vertical, dentro del colectivo Cori Ambó, con el libro *Allegro Nada Moderato*, recientemente publicado por LCL; premio de relato hiperbreve del Ateneo de Gijón (2002) y segundo premio de relato del certamen convocado por la Fundación de Derechos Civiles, en el año 2003.

BATIR DE ALAS

por Rosa Lozano Durán

Cómo iba a saber ella que esa naranja le salvaría la vida. De haberlo sabido jamás la habría sujetado de aquella manera tan descuidada, como quien coge una goma de borrar o quien hace girar un tenedor entre sus dedos, distraído, y por supuesto nunca, bajo ningún concepto, la habría lanzado al aire mientras charlaba con sus amigas, de vuelta del gimnasio (clases del método Pilates: «para alcanzar la armonía física y mental», les habían prometido). Logró volver a cogerla sin ningún esfuerzo, porque cayó exactamente en el hueco de su mano, donde estaba planeado que lo hiciera, pero, por supuesto, podría no haber sido así: un pájaro gigante comedor de fruta podría haber aparecido en aquel preciso instante y habérsela llevado como aperitivo para sus polluelos, o quizá cientos, miles de las moléculas que componían el aire en torno a la naranja podrían haberse desplazado al unísono, haciendo que la esfera modificase su trayectoria. La naranja se habría estrellado contra el suelo, despanzurrándose, salpicando su zumo en todas direcciones, dejando una huella pegajosa. Y Sonia, con una mueca de contrariedad, la habría recogido mientras oía a sus compañeras alabar el nuevo papel que la mujer está adquiriendo en la sociedad, alabar la independencia, alabar algo que al final es más que la tan ansiada igualdad (la agresividad femenina mezclándose con la pulpa esparcida, la cáscara quebrada como representación de la preponderancia del hombre, los salpicones de jugo como gotas de saliva, saliva, saliva...). Todo a la basura; luego, borrar las huellas con ayuda de la fregona (¿no la inventó un hombre, para que a su mujer no le doliese la espalda de fregar de rodillas? A Sonia le surge esta duda y, con la conversación de fondo, casi le parece escuchar las risas enlatadas del público, los gruñidos hostiles de sus amigas; rápidamente, decide que no es el momento de aliviar su curiosidad), y al diablo la naranja, se le han quitado las ganas; el cítrico ha vencido, o quizá es sólo que el azar ha tomado un atajo, aunque es mejor fingir que uno no se da cuenta, que sencillamente se retira, casi sin haberse percatado de que existiese competición o alternativa alguna.

Pero haberlas las había: había millones de alternativas. Sin embargo, sólo una se cumplió, como suele ocurrir, y la bola que representa el destino cayó por la pendiente que llevaba hasta el cartel «Sonia se come la naranja». Y ni siquiera le supo de forma especial; a ella le gustan menos dulces. Aunque no se dejó ni un gajo, enfrascada como estaba en aquel tema en el que todas se mostraban de acuerdo, pero que no por ello dejaban de sacar de vez en cuando para enardecerse, como quien agita con ímpetu un estandarte, y disfrutar como crías que juegan a ser mayores. Ella no podía ni imaginar lo que aquella pieza de fruta haría por ella. No se le pasó por la mente entonces ni lo haría nunca, como pasa tantas veces, en que las grandes heroicidades que cambian o salvan vidas (aunque el responsable sea vegetal y no se le suponga alma) quedan en el más absoluto de los anonimatos. Lo cual no debe ser, necesariamente, algo triste; es dudoso que la naranja de Sonia tuviese siquiera un mínimo ansia de fama.

Sonia nunca lo sabría. Lo último que podía imaginar en aquel momento, en el que ella era casi invencible (tan cerca estaba el colectivo al que pertenecía de dominar el mundo), que dentro de su cuerpo su metabolismo estaba produciendo sustancias tóxicas, tal y como suele ocurrir, que se estaban acumulando a un ritmo excesivo, exactamente como no debe ocurrir. El mero batir de alas de un pájaro comedor de fruta, en aquel instante y en aquel lugar, habrían dejado que el tumor comenzase a formarse y, desgraciadamente, habría tenido la carrera ganada. Habría sido uno de éstos que se comportan como un rumor, incontrolables desde el mismo nacimiento y de evolución completamente impredecible. Un lastre, una condena. Benditos compuestos con propiedades antioxidantes que llevaba aquella naranja. Ella nunca lo sabría.

—No lo sabremos nunca. ¿Y cómo íbamos a saberlo? Podrías torturarlos hasta la muerte y jamás te lo

« No se le pasó por la mente entonces ni lo haría nunca, como pasa tantas veces, en que las grandes heroicidades que cambian o salvan vidas (aunque el responsable sea vegetal y no se le suponga alma) quedan en el más absoluto de los anonimatos.»

dirían. Sinceramente, yo pienso que lo que ocurre es que verdaderamente ni ellos mismos lo saben, no lo tienen tan claro como para poder traducirlo en palabras. Es como una tara, joder: son incapaces de expresar lo que sienten de una forma verbal. Son disminuidos, es un defecto ligado al cromosoma Y —expuso la amiga que siempre quería llevar la iniciativa. El tema de la conversación se había desviado un poco, pero era una variante que también (lo sabían porque la tenían ya igualmente manoseada) ofrecía numerosas posibilidades de regocijo: acción de desacreditar y humillar al rival.

—Estoy totalmente de acuerdo con eso —intervino otra, que llevaba un rato deseosa de hacerlo—. Pero, si nos paramos a pensarlo, en realidad es mucho más grave de lo que podría parecer en un primer momento: tened en cuenta que no se puede pensar en aquello a lo que no se le ha puesto nombre. Quiero decir que, cuando un hombre es incapaz de hablar acerca de sus sentimientos, el problema llega mucho más allá: si no puede expresar sus sentimientos con palabras, ¡éstos no pueden tampoco estar en su mente! ¿Os dais cuenta? ¡Son como animales! (murmullo de aprobación).

—Es un poco más complejo que eso... Porque se os está olvidando un detalle muy importante, ¡y es que ellos tienen otro órgano para pensar, que saben emplear mucho mejor que el cerebro! —risas, brindis con té frío, manos apoyadas en las caderas para terminar de redondear la sensación de satisfacción.

Sonia, que nunca tuvo una gran capacidad de concentración, a estas alturas de la charla está, a su vez, pensando con un órgano distinto del cerebro, o quizá con varios órganos y sistemas, algunos más difícilmente localizables de forma precisa que otros, porque el curso de la conversación a ella la ha transportado, sin remedio, a los brazos de Jorge, a un puñado de meses (se había decidido a no contarlos para demostrarse a sí misma que no le importaba) atrás. Porque sí, de acuerdo, era posible que Jorge

«Porque Jorge era un hombre, y sus compañeras de Pilates lo dejaban muy claro: los hombres son así. No hay discusión posible al respecto.»

no dijese lo que sentía, incluso que no lo supiera; estaba dispuesta a aceptar la posibilidad de que fuese un bruto, un machista, de que discriminase a las mujeres en el mundo laboral, de que en un futuro se desentendiese del cuidado de los hijos y de que en la crisis de los cuarenta (o de los cincuenta, la que fuera) se lanzase a intentar ligarse a veinteañeras de la manera más patética imaginable. Porque Jorge era un hombre, y sus compañeras de Pilates lo dejaban muy claro: los hombres son así. No hay discusión posible al respecto. Pero, a pesar de eso, a pesar de todos los efectos secundarios innegables que acarrea el

ser de sexo masculino, el hecho es que a Sonia le había gustado Jorge, le había gustado de verdad, con una intensidad agotadora. Le había gustado desde el principio, desde aquel instante en que él se agachó a recoger el paquete de pañuelos que a ella se le había escapado del bolso (como solía ocurrir) al tratar de sacar el bonobús. Y le siguió gustando hasta el final, cuando él le dijo que no estaba seguro, que sentía que aquella historia no marchaba como debía, que era mejor que dejaran de verse. (Entre principio y final, a Sonia le gustó, le gustó arrolladoramente, apasionadamente, como si no hubiese hueco para que nada más en el mundo le gustase.) El mismo día en que Jorge le comunicó su decisión, las amigas de Sonia, las del gimnasio, decidieron que había que salir a celebrarlo. Ella accedió, porque escapar de la energía de aquel pequeño grupo no era tarea fácil, y porque ellas lo veían tan claro que parecía una verdad rotunda y obvia que, por algún oscuro designio o alguna patología aún por diagnosticar, a ella se le escapaba. Pese a todo (las cervezas, las risas, los planes de conquista universal y la perfeccionada técnica de desacreditar-humillar), cuando la dejaron de vuelta en casa, con la satisfacción que da el deber cumplido, ella aún no había encontrado motivo alguno de celebración. De hecho, lo mejor de la noche fue precisamente llegar a casa, donde por fin podría tumbarse tranquila, sola y a oscuras, a llorar lágrimas tibias y silenciosas que la irían, poco a poco, limpiando por dentro.

Meses después (un número indeterminado, nadie debía molestarse en contarlos) el recuerdo de Jorge —y el calor de su abrazo, y su sonrisa amplia de un blanco cegador, y Jorge al teléfono, y Jorge en la piscina, y Jorge conduciendo, cantando, corriendo al cruzar la calle hacia ella— ya no causaba dolor, pero aún despertaba en Sonia cierta melancolía. Tal vez sólo por el modo en que terminó la relación, pensaba ella. Tal vez sólo por orgullo femenino.

Precisamente era una de las cosas a las que Jorge temía más: el orgullo femenino. Le asustaba porque, para él, era cien por cien impredecible; según su experiencia, el orgullo femenino actuaba como el

virus que le provocaba el herpes en el labio: aunque no se manifestase, estaba ahí, y el día en que decidía hacerse notar, jodía. Imposible lidiar con él y salir airoso. Además, él no entendía por qué las mujeres tenían «aquello», porque si servía para algo, al margen de volver locos a los hombres del entorno, que lo convencieran. De hecho, por más que se había esforzado, no había sido capaz de encontrar equivalente en los hombres, lo que alejaba aún más las ya de por sí exiguas probabilidades de llegar a entender el mecanismo. «Estará determinado por algún gen del cromosoma X en dosis doble», fue la única conclusión a la que llegó, inspirado por las clases de genética básica que recordaba del instituto; no valía para predecir, pero al menos era una hipótesis válida para el origen, y eso es algo que siempre da una cierta tranquilidad.

Justo en aquel instante, mientras la naranja de Sonia giraba insegura en el aire, Jorge temía al orgullo femenino. Porque lo tenía justo al lado, agazapado dentro del cuerpo de una mujer dormida, pero acechando, como siempre. Y el caso es que él estaba dispuesto a tolerar un orgullo femenino, incluso a compartir su vida con él (aunque esto era algo que nunca se planteaba en voz alta, que sólo él mismo sabía), pero uno concreto, no cualquiera, porque eso habría sido el equivalente a combinar un gran, profundo y cruel engaño con un intento (exitoso) de suicidio. Como llevaba intuyendo que sucedería desde hacía algún tiempo, acababa de tener la certeza de que aquel, el que respiraba ruidosamente a su lado, no era «el» orgullo. Sencillamente, porque el cuerpo que lo contenía no era el de «la» mujer. Tal y como solía pasar. Y no era por nada en concreto: Julia no tenía ninguna característica detestable, ni siquiera desagradable. Era una chica considerablemente guapa (el primero de sus amigos que la avistó en el bar al que solían salir la había descrito inmediatamente como «una tía tremenda que está mirando hacia aquí») y muy simpática. El problema era, como ya le había pasado lo que a él le parecía un sin-fín de veces, que no encontraba nada más que decir. «¿Cómo es esa chica con la que sales?», le preguntaban. «Es una chica muy guapa, con unos labios increíbles y unas piernas larguísimas... Y además es muy simpática, muy agradable... Te caería bien...» respondía él, sin mucha convicción y empezando a agobiarse al sentir parpadear el piloto de alarma. «Esto va a resultar otro intento fallido», se decía. «No importa», se decía a continuación, «el que la sigue la consigue. No podría ser nada especial si resultase tan fácil». Porque está claro: hay muchos millones de personas en el mundo, y sólo una, sólo una (un puntito casi insignificante en el universo) es «ella». Hay que tener paciencia.

«Justo en aquel instante, mientras la naranja de Sonia giraba insegura en el aire, Jorge temía al orgullo femenino. Porque lo tenía justo al lado, agazapado dentro del cuerpo de una mujer dormida, pero acechando, como siempre.»

Aunque la paciencia sólo puede considerarse una virtud cuando se combina con una notable capacidad resolutive; de otra manera, conduce irremisiblemente a la apatía, y eso era algo en lo que Jorge no estaba dispuesto, bajo ningún concepto, a caer. De modo que él sabía muy bien lo que tenía que hacer. Lo que, obviamente, no hacía más fácil la tarea. Por supuesto, no había en su decisión intención alguna de hacer daño a Julia; más bien al contrario: lo primordial, se decía a sí mismo, era ser sincero, ir con la verdad por delante, y ese gesto de honestidad por su parte tenía que ser, necesariamente, positivo para ambos, a la larga. Lo cual, en la práctica, tampoco hacía más sencillo el asunto.

Que aquello no era un drama él lo tenía claro; que la otra parte podía poner todo su empeño en verlo como tal, también. No sería la primera vez que ocurría. Realmente, con esa forma de manejar las cosas cotidianas que tenían las mujeres, con esa facilidad tan asombrosa para entrar en pánico, sacar las cosas de quicio, crear crisis de la nada y, en general, llenar la propia existencia del más profundo de los dramatismos (facilidad ésta que explicaba que pudiesen adoptar como heroínas a las protagonistas – siempre con vidas tortuosas– de las telenovelas), a Jorge le resultaba casi inconcebible que no se hubiesen extinguido en el curso de la evolución. Pero no: afortunadamente, aún seguían allí.

Puede que ellas tuviesen razón en algunos de los argumentos (o excusas, u ofensivas, según el caso) que exponían (o esgrimían, o lanzaban): quizá el sexo femenino estuviese dotado de una sensibilidad mayor, tanto para los colores como en general. Era una posibilidad y, en cualquier caso, él no se consideraba capacitado para juzgar la veracidad de dicha afirmación; ni era asunto suyo, ni le parecía una información esencial para asegurar el éxito de sus relaciones. Sin embargo, lo que él sí sabía con total seguridad era que aquello, aún suponiéndolo cierto, no era, ni por asomo, lo más peligroso: llegados a

este punto, el monstruo al que hay que temer por encima de todas las cosas es, sin duda, el consabido orgullo femenino.

Y el monstruo, como si intentase subrayar lo acertado de la afirmación, escoge este preciso instante para revolverse. O tal vez no sea el monstruo; quizá se trate sólo del cuerpo que lo alberga pero, sea como sea, no hay que olvidar jamás que «aquello» está ahí dentro, y guiará muchos más de los aparentemente inocentes movimientos del bello cuerpo femenino en que se aloja de los que podemos imaginar.

—Hola —dice Julia sonriendo, al tiempo que se despereza, y luego añade en lo que casi es un ronroneo—: Me gustas.

—Y tú a mí —responde Jorge con una mueca un poco triste, un poco cansada, que ella no percibe. Podría haber respondido un sinfín de cosas: podría haberse deshecho en explicaciones, podría haber dejado entrever lo que se avecinaba con un gruñido hosco, o podría haberse decantado por un elocuente silencio. Pero, en lugar de cualquiera de las opciones anteriores, la inercia le ha obsequiado con una respuesta que va destinada (de eso tratará de convencerse más tarde) a ganar algo de tiempo. Y luego, en seguida, se dice firmemente que tiene que encontrar el momento y la manera, porque sólo la honestidad tiene recompensa, y él debe (porque es casi un imperativo moral) continuar su búsqueda. Ella, despreocupada, ajena por completo a aquellos pensamientos, se levanta de un salto y se viste rápidamente para no llegar tarde a su clase de francés; nunca adivinaría que dentro de unos meses, en un día como ése y a esa misma hora, se encontrará a sí misma hablando con una chica, casi una desconocida, sobre Jorge (un Jorge que habrá quedado relegado al pasado, como una foto que va perdiendo color dentro de un cajón). Una chica, casi una desconocida: no más que una compañera de clase que no termina de pronunciar las vocales

«Julia, casi sin aliento, un poco despeinada y con la carpeta bajo el brazo, baja los escalones de dos en dos y se aleja corriendo por la acera. Él la mira a través del cristal: podría haber sido ella.»

como la fonética francesa exige, pero con la que tiene muchas más cosas en común que con ninguna otra persona con la que se haya topado hasta el momento. Poco a poco irán hablando más y más, descubriéndose la una a la otra; se sentarán juntas, Julia la ayudará con la gramática, y no tardarán mucho en llegar los cafés antes o después de clase, el ir de compras y, por supuesto, las confesiones; quién les iba a decir que, a esta edad, encontrarían finalmente a esa amiga perfecta que todo personaje de ficción femenino que se precie ha tenido en la infancia. Lo que son las cosas. Tampoco parecía demasiado probable que Sonia dejase jamás sus clases de Pilates, que tanto bien deben de hacerle, según la propaganda del gimnasio, y en las que, como complemento gratuito, ve reforzado (concienzudamente) su orgullo de mujer, pero, sin embargo, así será: Julia logrará convencerla (sin necesidad de hacer un hercúleo esfuerzo, todo hay que decirlo) de que las clases de batuka que ella frecuenta, en un gimnasio no muy lejos de la academia de idiomas, son extremadamente más divertidas y dinámicas, y de que ésa es la mejor forma de liberar tensiones: sudando, al ritmo de la música y casi sin aliento.

Julia, casi sin aliento, un poco despeinada y con la carpeta bajo el brazo, baja los escalones de dos en dos y se aleja corriendo por la acera. Él la mira a través del cristal: podría haber sido ella. Una lástima. Levanta los ojos y recorre con la mirada los tejados de la ciudad: «¿Dónde estás?», pregunta a media voz.

—Aquí. Aquí, mamá —dice Gloria, a dos manzanas de allí, tendiéndole a su madre el mando de la televisión. Luego vuelve a la mesa del comedor y, mordiendo el lápiz con fruición, frunce el ceño antes de retomar las divisiones con decimales.

© Rosa Lozano Durán

La autora:

Rosa Lozano Durán (Málaga, España, 1981) es licenciada en Biología y actualmente realiza su tesis doctoral. Ha sido finalista de algunos certámenes de relato corto y microrrelato, entre los que se podrían destacar el II Certamen de Relato Corto Universitario Booket-Ámbito Cultural y el I Concurso de relato breve Alea Iacta Est. Algunos de sus relatos han aparecido en libros colectivos o en revistas literarias.

EL CRIMEN

por Rosa Silverio

Los guardias llevaron a la mujer a la pequeña sala, en donde el fiscal la esperaba sentado en una mesa, con una carpeta llena de papeles abierta delante de él. Era un hombre cincuentón, con la piel lechosa y un espeso bigote canoso. La miró brevemente, por encima de sus gafas, con un gesto indiferente, casi de desprecio. Ella se dio cuenta de que antes de empezar el interrogatorio había sido condenada por aquellos ojos que la miraron sin detenerse, tan siquiera un instante, en sus profundas ojeras o en su rostro cansado y vulnerable.

Con una mano el fiscal le indicó que se sentara y ella lo hizo de inmediato.

—A ver, señora, ¿sabe usted por qué está aquí? —le preguntó sin levantar la cabeza. Seguía con la vista fija en los papeles que tenía ante sí.

—Sí —respondió nerviosa. Debajo de la mesa, sus largas manos se retorcían sobre su regazo.

—¿Por qué?

—Maté a mi esposo.

—¿Entonces se declara culpable? —le preguntó él mirándola directamente a los ojos por primera vez. Ella se sintió intimidada por esas pupilas oscuras que no sentían ningún tipo de compasión y que se detenían sobre ella sólo para acusarla, para señalarla sin que hiciera falta usar el dedo.

—Yo lo hice... —fue lo único que ella respondió y emitió un pequeño sollozo. Bajó la vista y las lágrimas empezaron a resbalar por su rostro. Le gustó la sensación de frescura que sintió en la piel y no le importó que aquel hombre la viera llorando. En realidad pensó que le convenía pues a lo mejor así invocaba su lástima. No se atrevió a levantar la mano para secar su cara, pero sí sacó la lengua para lamer el final de una lágrima que se empozó justo sobre su labio superior.

«Al ver la cara de incredulidad que puso el fiscal, ella se desesperó e incluso se sintió ofendida. ¿Por qué suponía él que ella tenía un amante? ¿Acaso le había visto la cara de ser una cualquiera?»

—¿Por qué? Dígame porqué lo hizo, señora Gómez —le inquirió el hombre con el mismo tono de voz: insensible y directo. Las lágrimas no habían surtido efecto. Ella lo sabía, pero no pudo evitar seguir derramando unas cuantas. Sentía que se estaba desarmando.

—Yo no quería hacerlo, se lo juro... —le dijo mirándolo con angustia y se atrevió a levantar las manos y ponerlas sobre la mesa. El fiscal desvió la mirada y se fijó en los restos de esmalte que aún conservaban aquellas uñas.

—Vamos, mujer, aquí no estamos para juegos —la interrumpió impaciente.

Al parecer él pensó que ella quería decirle uno de esos cuentos que echan todos los que han cometido un crimen, quizás imaginó que buscaba una excusa, una burda mentira que justificara su acto o talvez supuso que ella le contaría una de esas historias de enajenación mental que él de seguro estaba cansado de escuchar.

—Dígame la verdad. No tiene que inventar nada. Sabe muy bien que fue descubierta por sus propios hijos, quienes al notar que ni usted ni su esposo salían de la habitación, entraron a ver qué ocurría y la encontraron sentada junto al cadáver degollado de su marido.

—No quiero inventar nada, señor, sólo quiero decirle la verdad.

—Entonces confiese. Díganos porqué lo hizo y cuál es el nombre de su amante —le exigió él.

—¿Amante? —preguntó ella confundida—. Yo no tengo ningún amante, señor.

Al ver la cara de incredulidad que puso el fiscal, ella se desesperó e incluso se sintió ofendida. ¿Por qué suponía él que ella tenía un amante? ¿Acaso le había visto la cara de ser una cualquiera? Ella nunca le había sido infiel a su marido y estaba segura de que él tampoco le había sido infiel a ella.

—Yo no tengo ningún amante —volvió a repetirle mirándolo a los ojos y esperando vanamente que él le creyera—. Se lo juro. Nunca engañé a mi esposo. Nunca he estado con otro hombre desde que me casé. La verdad es que estaba desesperada, enloquecí, pero...

—No me venga con el mismo cuento de todas —la cortó el fiscal y luego de quitarse las gafas, agregó—: Mire, yo he tratado a muchas personas como usted. Llegan aquí y explican miles de motivos extraños, sólo haciéndome perder el tiempo, pero al final terminan confesando la verdad. ¿Sabe? Yo no quiero desperdiciar mi tiempo con este caso —hizo una breve pausa y le señaló el rostro todavía húmedo—. Se nota que está cansada, que no ha dormido, es más, está usted casi al punto de un colapso y yo no quiero retrasar esto de manera innecesaria. Hagamos las cosas más fáciles. Le contaré una historia: Hace un mes estuve en este mismo lugar frente a otra mujer casi de su misma edad. Ella también asesinó a su marido. En principio dijo que lo había matado porque él la golpeaba, que fue en defensa propia, pero al final terminó confesando que ella tenía un amante con el que había planeado todo —en ese momento se levantó del asiento y aumentando el tono de voz dijo—: Es lo mismo de siempre y estoy harto de que ustedes quieran tomarme el pelo, así que vayamos al grano, señora Gómez. Dígame cuál es el nombre de su amante y si planearon juntos este crimen.

El hombre era todo un experto en este tipo de casos, pero la estaba juzgando mal. Ella no tenía un amante y ese no había sido el motivo por el que había cometido aquella atrocidad. Ella quería decirse, sentía deseos de gritarle que estaba equivocado, que no era como las demás, que sus razones

«Ella se quedó callada. Sabía que estaba condenada. Sabía que iría a prisión por asesina, pero no imaginó que también tendría que cargar con un delito moral que ella no había cometido.»

fueron otras, que su esposo la había enloquecido. Pero no tuvo valor para gritar, sentía miedo y no tenía fuerzas suficientes. Estaba agotada, llevaba mucho tiempo sin dormir y tenía hambre.

Volvió a llorar y levantó las manos, casi en forma de súplica, para preguntarle a su interrogador: —Dígame, señor, ¿eso es lo que piensan todos? ¿Es eso lo que piensan los vecinos, mi familia... mis hijos?

—¿Qué otra cosa pueden pensar? —el hombre volvió a sentarse y reacomodándose las gafas le explicó—: Desde que nos llamaron hemos interrogado a muchas personas y todas dicen lo mismo, que su es-

poso era un hombre de bien, un hombre de familia. Incluso sus hijos la acusaron y dijeron que él sólo vivía por ustedes y que nunca levantó la mano para golpearla. Todos coinciden en que desde hace unos meses usted cambió, se mostraba diferente, huraña, nerviosa, como si estuviera ocultando algo y su hija mayor nos confesó que la sorprendió llegando a su casa a las siete de la mañana luego de pasar toda la noche fuera. También tenemos información de que en varias ocasiones alquiló la habitación de un hotel que está en el norte de la ciudad y la madre de su esposo está convencida de que usted tenía un amante desde hace aproximadamente cinco o seis meses y que si no le dijo nada a su hijo fue para no causarle un gran dolor—. El fiscal se detuvo y con su mano izquierda se acarició el canoso bigote, luego revolvió los papeles que tenía sobre la mesa y le preguntó—: ¿Cómo puede explicar todo eso?

Ella se quedó callada. Sabía que estaba condenada. Sabía que iría a prisión por asesina, pero no imaginó que también tendría que cargar con un delito moral que ella no había cometido. Le dolió mucho escuchar lo que dijo el fiscal puesto que pensó que sus hijos la defenderían, ya que a fin de cuentas ella era su madre, pero saber que ellos la acusaban, era como si la hubieran arrojado a una jaula llena de feroces leones. Nunca pensó que su cambio de comportamiento sería interpretado por todos de esa forma y le sorprendió constatar cómo las apariencias se habían convertido en un espejo que sólo mostraba el vaho o el reflejo difuso y deforme de la verdadera realidad. Le dolía mucho pensar que sus hijos la consideraban una mujer malvada que había engañado a su marido y que luego lo había matado sólo para poder estar con su amante. Ellos nunca se dieron cuenta de lo que en realidad estaba sucediendo. Nadie se dio cuenta, porque ella, la señora Gómez, nunca se lo dijo a nadie.

Quizás si en un principio le hubiera dicho a alguien lo que le estaba pasando, las cosas no habrían desembocado en aquella espantosa tragedia, pero ella no estaba acostumbrada a hablar. Por lo menos no

de aquello que le dolía o preocupaba. Recordó la ocasión en que siendo una niña tenía un fuerte dolor de estómago y su padre, un hombre déspota y violento, la había escuchado quejarse. En lugar de consolarla o de darle algún jarabe, la sacó de la cama y la metió en un gran barreño lleno de agua fría que había en el baño. Luego apagó la luz y cerró la puerta. Ahí la dejó por más de tres horas, mientras su madre lloraba en silencio afuera y rezaba para que su marido se quedara dormido y así poder sacar a su hija del baño. Ese hecho le enseñó que el silencio es el mejor aliado para quien no quiere ir a parar dentro de un barreño lleno de agua fría. Al casarse sintió que se liberaba del yugo paterno, pero luego se dio cuenta de que todo permanecía igual, pues cuando su esposo se enfadaba por algo, ella solía morderse la lengua y callarse, callarse como un caracol mudo o una caja de música que se cierra.

A veces protestaba por pequeñas cosas, pero siempre temía que él se enfadara. Incluso con sus hijos sentía lo mismo. Cuando eran pequeños era capaz de mandarlos a callar y hasta de darles una nalgada, pero cuando se convirtieron en adolescentes y el tono de su voz empezó a elevarse, ella empezó a disminuir el suyo, para evitar conflictos y golpes de puertas. Se quedaba en silencio y hundía la cabeza entre los hombros o se iba al patio trasero en donde se sentaba a llorar mientras se fumaba un cigarrillo Marlboro. A veces no lloraba y tan sólo se sentaba a fumar un cigarrillo tras otro, mientras su mirada se perdía en cualquier punto, como se perdía ahora mismo entre la pintura agrietada de las paredes grises de la habitación en la que estaba siendo interrogada.

Se dio cuenta de que en esta ocasión pocas cosas importaban y dentro de esas pocas cosas importantes estaba lo que ella sentía. Entonces abrió la boca y empezó a hablar, pero no con el fiscal, sino más bien consigo misma. Le habría gustado tener un cigarrillo en ese momento, pero ante la falta de uno, se imaginó que tenía un pitillo entre los dedos y que lo fumaba mientras hablaba sola, igual a como lo hacía en su patio.

—El día en que maté a mi esposo yo estaba desesperada, de otro modo no lo habría hecho. Cuando me casé con él me sentí contenta, pero no era una felicidad plena, más bien era una alegría conformista y moderada, limitada a lo que yo podía permitirme. La relación con Julio siempre fue buena. Él era un hombre trabajador y amoroso, aunque, al igual que mi padre, tenía un fuerte carácter que a veces se manifestaba con un grito o una mirada dura que me silenciaba o me hacía sentir como a una hormiga. Siempre lo respeté y debido a que yo evitaba cualquier tipo de conflicto, casi nunca discutíamos. Julio siempre fue un hombre considerado y llevábamos una buena vida, pero poco a poco las cosas empezaron a cambiar.

»La primera noche que dormí con mi esposo me di cuenta de que a veces roncaba; era un resoplido bajo que sólo aparecía en raras ocasiones, pero que siempre conseguía quitarme el sueño. Sin embargo, esto ocurría en contadas ocasiones, así que lo dejé pasar sin más. Con el tiempo la salud de mi marido fue mermando y el exceso de cigarrillos fue llenando sus pulmones de una flema verduzca y vieja que además de producirle un persistente catarro, le entaponaba las vías respiratorias, incluyendo la nariz, lo que aumentaba sus ronquidos. En principio yo me conformaba con darle vuelta mientras estaba dormido, ya que había descubierto que cuando él estaba boca abajo dejaba de roncar, pero seis meses atrás este método resultó infructuoso y aunque lo despertara, cada vez que él retomaba el sueño, volvía a roncar como un grillo que no puede dejar de emitir su sonido. Por suerte no todas las noches lo hacía, pero las veces en las que ocurría yo me pasaba toda la noche en vela, dando vueltas por la casa sin saber qué hacer, hasta que en la madrugada caía rendida en la cama e intentaba dormir aunque sea una hora antes de que Julio despertara y yo tuviera que prepararle el desayuno a toda la familia.

»Una mañana le comenté lo que estaba ocurriendo y accedió a echarse unas gotas por las fosas nasales que supuestamente disminuirían sus bramidos. Sin embargo, este remedio no sirvió de mucho. Yo notaba que él intentaba dormir boca abajo y si lo zarandeaba un poco mientras estábamos en la cama, de inmediato cambiaba de posición, como si aún entre sueños supiera lo que estaba ocurriendo. Incluso, antes de acostarse y echarse las gotas, siempre tosía para botar cualquier flema y se limpiaba la nariz con meticulosidad. La verdad era que estaba poniendo de su parte y yo sentía que no sólo me estaba tomando en cuenta, sino que también estaba haciendo todo lo posible por solucionar el problema.

«Se dio cuenta de que en esta ocasión pocas cosas importaban y dentro de esas pocas cosas importantes estaba lo que ella sentía. Entonces abrió la boca y empezó a hablar, pero no con el fiscal, sino más bien consigo misma.»

»Nunca le comenté nada a nadie, ni siquiera a mis hijos, quienes estaban demasiado preocupados por sí mismos como para interesarse en los problemas cotidianos de su madre. Los días pasaban y el asunto no se solucionaba. Nada impedía que mi marido roncara y me desvelara. Transcurrido un tiempo, él se fue cansando de todos esos rituales que hacía antes de acostarse y dejó de echarse las gotas y de limpiarse la nariz. Luego también se cansó de voltearse y ya no me hacía caso cuando yo lo zarandeaba con delicadeza para que cambiara de posición, procurando siempre no despertarlo por completo. Mientras Julio se descuidaba y se desligaba del problema, yo me sentía cada vez más afectada. Estaba durmiendo poco, las ojeras fueron creciendo y convirtiéndose en surcos imborrables en mi rostro. Esas noches espantosas alteraron mi humor y me volvieron una mujer nerviosa y arisca.

»Como antes contaba con la colaboración de Julio, me sentía entendida por él, quien a fin de cuentas era el responsable de mis desvelos. Sin embargo, al notar como se desinteresaba y se iba desligando de la situación, secretamente comencé a pensar que yo no le importaba, que él pensaba que yo era la culpable de mi propia desgracia por no ser como todas las mujeres que dormían sin quejas pese a los ronquidos de sus esposos. Poco a poco, dentro de mí fue creciendo una flor maligna y venenosa que fue llenándome de rencor y me hacía ver a Julio como un hombre egoísta que sólo pensaba en su propio descanso, en su propio sueño, y no era capaz de darse cuenta todo el sufrimiento que me estaba ocasionando, de la tortura a la que me estaba sometiendo sin que yo me quejara o renunciara a nada, puesto que como siempre yo permanecía inmutable y callada, soportando estoicamente sus intensos ronquidos que en muchas ocasiones resonaban hasta en la sala en donde había un sofá en el que solía tumbarme algunas noches, intentando vanamente conciliar el sueño.

«Así me fui convirtiendo en un alma en pena, en un fantasma viviente que debía dormir a ratos, mientras la ropa daba vueltas y terminaba su ciclo en la lavadora, o antes de que los muchachos llegaran de las clases e inundaran la casa con sus risas y ruidos.»

»Así me fui convirtiendo en un alma en pena, en un fantasma viviente que debía dormir a ratos, mientras la ropa daba vueltas y terminaba su ciclo en la lavadora, o antes de que los muchachos llegaran de las clases e inundaran la casa con sus risas y ruidos. Yo no hallaba descanso en rincón alguno, ni tampoco consuelo, puesto que Julio se olvidó completamente de sus ronquidos y como yo no volví a recordárselo, creo él supuso que el tema se había solucionado, pero la verdad era que yo estaba sufriendo de largas noches en vela, mientras él dormía plácidamente en nuestra gran cama matrimonial.

»Esto me provocó un insomnio crónico que no se resolvía ni siquiera con las pastillas para dormir que conseguí en la farmacia. Una noche me encontraba tan fatigada y desesperada que siguiendo un impulso me levanté de la cama, me vestí rápidamente y salí de la casa rumbo a un hotel en el que alquilé una habitación y después de beberme un vaso de vodka para relajar mis nervios, dormí plácidamente algunas horas. Al día siguiente llegué bien temprano a casa, para que nadie notara mi ausencia. La escapada funcionó y como Julio seguía roncando sin consideración alguna, yo volví a fugarme e irme a la misma habitación de hotel en donde conseguía dormir después de tomarme un vasito de vodka. Sin embargo, una mañana en la que regresaba a casa después de una de mis fugas, me encontré con mi hija mayor en la cocina quien me miró sorprendida y se quedó esperando una explicación. Me sentí tan humillada, tan avergonzada, que no supe cómo reaccionar, así que lo único que se me ocurrió fue darle la espalda y empezar a batir huevos para hacer el desayuno. Ella salió corriendo de la cocina y no sé qué pensó, pero nunca sacó a relucir el asunto. Esto hizo que yo jamás volviera a salir de la casa en la noche, lo que intensificó mi tortura diaria y poco a poco me fue desquiciando.

»Los ronquidos en la noche eran intensos y constantes, Julio ya no se preocupaba de nada y dormía a sus anchas mientras yo tenía los ojos como dos bombillas rojas y esperaba a que amaneciera. Mi tensión fue en aumento y las personas comenzaron a notarlo, me preguntaban qué me pasaba, que si estaba enferma o anémica porque estaba muy pálida. Yo no decía nada, no hablaba con nadie, pero dentro de mí sentía mucha rabia con Julio por sus malditos ronquidos que no me dejaban dormir, rabia con mis hijos porque siempre esperaban que yo los atendiera y no me daban respiro ni tiempo para descansar, rabia con la gente que me preguntaba qué me pasaba y me miraban con lástima, como si yo fuera un perro realengo o como si tuviera la culpa por no cuidarme lo suficiente y preocupar a mi familia.

»Nadie pensaba realmente en mí y sólo mostraban interés por aquello que los perjudicaba o les robara un minuto de su preciada felicidad, de esa misma felicidad que yo sólo había podido sorber un poco, casi como si la estuviera robando o mendigando, o como si no la mereciera. Sentía un odio inmenso hacia todo el mundo, en especial hacia mi marido porque mientras yo me desvelaba, mientras yo sufría cada noche y era la esclava de mi familia durante el día, él se mostraba contento, se veía cándido, insufrible, satisfecho, lleno de su flema y de su total desinterés por mis desventuras las cuales me estaban consumiendo, me estaban matando y conduciendo irremisiblemente a la locura.

»Una noche no aguanté más, estaba harta de todo. Julio no dejaba de emitir sus malditos ronquidos y yo daba vueltas por toda la casa, furiosa por todo lo que estaba ocurriendo y deseando vengarme de mi marido, deseando hacerlo sufrir un poco, darle a tomar un poco de su propia medicina. Me encontraba en un estado delirante y frenético que me hacía caminar por toda la casa mientras sentía que un río de lava caliente y espesa me subía desde las tripas y se me agolpaba en la cabeza, encegueciéndome por completo. Me preguntaba porqué, porqué Julio me hacía eso, porqué me castigaba de aquella manera cruel y perversa, porqué la vida era injusta conmigo, porqué tenía que vivir un sufrimiento tras otro, uno tras otro, siempre callada, siempre sumisa, aguantando, fumando, mordiéndome la lengua, halándome los cabellos, llorando por los rincones, amargada, vencida, pasiva, humillada por todos, en especial por aquel hombre que había jurado amarme, cuidarme y protegerme, y que justo en ese momento se encontraba dormido, roncando como nunca, mientras yo me deshacía entre las esquinas de la casa, mientras yo me hacía añicos sin tan siquiera contar con alguien que recogiera mis insignificantes pedazos. Así que totalmente descompuesta fui a la cocina, tomé el cuchillo que había utilizado para cortar la carne de la cena, me dirigí a la habitación, y sin darme tiempo para pensarlo le corté el cuello a Julio. Luego tiré el cuchillo sobre la cama, me senté en el suelo y pasadas dos horas me di cuenta de lo que había hecho. Entonces empecé a llorar. Eso fue lo que realmente sucedió, señor. El resto ya usted lo sabe.

«La señora Gómez concluyó su relato entre lágrimas, totalmente desecha. El fiscal la miraba tranquilo, sin mostrar ningún tipo de emoción.»

La señora Gómez concluyó su relato entre lágrimas, totalmente desecha. El fiscal la miraba tranquilo, sin mostrar ningún tipo de emoción. Ella, que no lo había mirado durante todo el tiempo en que estuvo hablando, fijó su vista empapada y borrosa sobre él para saber si le creía, si creía en su historia, pero no supo qué pensar. El hombre parecía otra de las paredes muertas del cuarto. No decía ni transmitía nada.

Pasaron unos cuantos minutos en silencio, luego el fiscal recogió todos los papeles, los metió en la carpeta y sin mirar a la mujer, levantó la voz y llamó al guardia. Éste apareció de inmediato, entró y esperó la orden.

—Lleve a esta mujer a la celda 28 y haga lo que usted ya sabe.

El guardia tomó a la señora Gómez por un brazo y la levantó del asiento. El fiscal se quedó sentado, sin mover un solo músculo y antes de que ellos salieran volvió a decir: —Tráigala de vuelta sólo cuando ella esté dispuesta a confesar.

En ese momento entró otro agente. Venía con prisa y agitaba una foto que traía en la mano derecha. Se detuvo frente al cuarto y con tono victorioso dijo: —Jefe, le tengo buenas noticias: hemos encontrado al amante.

© Rosa Silverio

La autora:

Rosa Silverio nació el 30 de agosto de 1978 en la ciudad de Santiago de los Caballeros, República Dominicana. Coordinó por varios años el Taller Literario Tinta Fresca. Ha recibido premios por varios de sus cuentos. Ha publicado los poemarios: *De vuelta a casa* (2002), *Desnuda* (2005) y *Rosa íntima* (2008). En 2005 fue reconocida como la Vencedora Absoluta del XXI Premio Internacional Nosside que organiza el Centro de Estudios Bosio en Reggio Calabria (Italia). Sus cuentos y poemas figuran varias antologías y han sido publicados por revistas y suplementos culturales de diversos países. Su obra ha sido traducida a varios idiomas. Blog: <http://rosasilverio.blogspot.com>

DOS MICRORRELATOS ¹

por Adolfo Marchena/Luis Amézaga

Para Poesite

MEDIA NARANJA, MEDIO LIMÓN

De burdeles. Mi camarero favorito cuando cierra el bar acopla su entrepierna a la moto, que enfila hacia las dos horas de placer que se regala todas las semanas en una ciudad vecina para evitar encuentros desagradables. Suele cambiar de chica para no tener que cambiar de discurso. Practica posturas, ejercita el masaje sensitivo y gusta de abreviar en el pilón de las muchachas con una entrega de pagador agradecido. Le pasan el Listerine antes de su bocado salivoso. Luego ellas también le dan al enjuague y al barniz de la pilastra. Alguna vez se ha enamorado por la tendencia a dejarse llevar por las terminaciones nerviosas. Pero las putas tienen muy afianzada su vocación y le han dado largas, cariños de madrecitas y suspiros de un amor allá en su tierra. Porque ellas el amor lo tienen siempre en otro sitio. Aquí sólo están para joder. Mi camarero favorito es muy servicial y experto en tallas, y a veces les regala lencería. Ellas le dan un achuchón y se ponen a cuatro patas. El empuja algo cansado de que le den la espalda. Luego me lo cuenta en el bar, a última hora, antes de barrer. Apuro el vino y le acompaño en el sentimiento. ¿Y tú qué?, me pregunta buscando la confianza. Mi soledad es más barata, le contesto mientras salgo a la calle con las manos en los bolsillos.

UNA TAPA DE ALCANTARILLA

Todas las contraportadas de los libros dicen lo mismo. Seducen con la misma pieza de encaje. La vida retratada de los treinta, los cuarenta, los cincuenta. Un resquicio entre décadas abre los espacios acotados. En ocasiones, la frase es la misma para millones de ojos. Pero no siempre sucede. La frase es inevitablemente distinta para cada ojo. Es un huracán de metralla, una tapa de alcantarilla, un Atacama sin dunas, una congelación en las manos. Destreza y apocamiento

© Adolfo Marchena/Luis Amézaga

Los autores:

Adolfo Marchena. Nace en Vitoria (Álava) en 1967. Entre 1992 y 1995 codirigió la revista *Amilamia* y entre 1996 y 1997 funda y dirige la revista *Factorum*. En 1992 escribió el prólogo de *Cadáveres exquisitos y un poema de amor*, de Leopoldo María Panero y José Luis Pasarín Aristi (Ediciones Libertarias/Prodhufi; Madrid, 1992). Entre 1997 y 1999 dirigió los programas radiofónicos *Tocando el viento* (Radio Plasencia Centro) y *Peleano a la contra* (SER Plasencia). En 1997 organizó el I Encuentro Poético Cultural Amilamia. Ha publicado los poemarios *Cartapacios de Lucerna* (Ediciones Libertarias/Prodhufi; Madrid, 1992) y *Proteo: el yo posible* (Ediciones El Sornabique; Salamanca, 1999), y textos suyos han sido incluidos en las antologías *Relatario* (Talleres de Creación Literaria Fuentesajá; Madrid, 1992), *Voces del extremo (IV). Poesía y utopía* (Fundación Juan Ramón Jiménez; Moguer, Huelva, 2002) y *Asilo (antología de poetas)* (Ediciones Sin Retorno; Barcelona, 1999).

Luis Amézaga. Nacido en el año 1965 en Vitoria (España). Mantiene habitualmente el blog literario El Poeta Mirón: <http://poetamiron.bitacorras.com>. Ha escrito artículos, colaborado en numerosas revistas literarias y participado en antologías de relatos y poesías. Es autor de tres libros de poemas: *El Caos de la Impresión*, publicado por la editorial madrileña Sinmar del grupo Vitruvio; *A Pesar de Todo... Adelante*, publicado por la editorial canaria Baile del Sol; y *Los Alrededores del Idiota*, publicado por la editorial Remolinos. También ha escrito el libro *Dualidad: onda/partícula*, que fue finalista del premio literario Café Mon. Ha publicado el libro de aforismos *El Gotero* con la revista Groenlandia.

¹ Los dos textos pertenecen al libro *La Mitad de los Cristales* (Bubok, 2008)

EL OCTAVO DÍA

por Jennifer Díaz Ruiz

Llevaba ya muchos días aguantándome. Demasiados. Hace ocho días que llueve y ocho días que me aguanto. Y aquí parece que nadie quiere ayudarme. Para cuando yo aguanto lo que necesito es que me dejen en paz. Sólo me faltaba tener que cargar también con el resto. No, eso sí que no. Ocho días. Es la primera vez que aguanto tanto. Podría haber aguantado un día más: nueve. Seguro. Pero no ha podido ser. Aunque tampoco me quejo porque en el fondo me ha ido bien dejar de aguantarme, me pesaban ya los ojos. Me pesaba todo: la infancia, lo que más. No me lo puedo creer, ocho días. Sin parar. Y veo a la gente salir con el paraguas. Y a los niños saltar encima de los charcos. Veo a Aurora mirando por la ventana con los ojos llenos de ilusión. Y al padre Julián cerrando los ojos y escuchando atentamente el sonido de las gotas en la ventana. A todo el mundo le gusta, la lluvia. Menos a mí. Pero, aún así, he sido capaz de aguantarla ocho días. Con sus ocho noches. Hasta hoy, porque de verdad que no podía más. Además el pelo se me pone como un león con la lluvia. Con la humedad. Casi no puedo atármelo en una coleta de lo mal que se pone. Y la gente cuando entra a la iglesia deja rastros de huellas mojadas en el suelo y con los abrigos ponen los bancos de madera con pequeños charcos que parece que me calen el hábito entero. Y eso que no me siento nunca.

Mi madre tenía una enfermedad en los huesos. No sabíamos el nombre porque para saberlo tenías que pagar mucho dinero. Quiero decir que necesitabas el dinero para ir a un médico bueno y que te dijera exactamente lo que tenía. En definitiva, eso. Mucho dinero para tener un nombre. Dinero que no teníamos. Pero no nos hacía falta para saber que era algo malo. Dolía. Pero no le dolía sólo a mi madre. Me dolía a mí también. A mi hermana no lo sé, me parece que no, y a mi padre de alguna manera. Pero a mí me dolían los huesos y el corazón y el cuerpo entero con su alma y todo absolutamente todo me dolía. Me atrevo a decir que me dolía más a mí que a mi madre.

Mi hermana era muy lista. Y muy guapa. Y muy apañada. Era muy todo lo bueno. Era demasiado, mi hermana. Así que, cuando cumplió la mayoría de edad, le pidió a mis padres que la mandaran a la ciudad a estudiar. Quería ser maestra. Decía que, cuando tuviera todos los estudios y pudiera dedicarse, vendría, volvería es mejor verbo, para ser la maestra del pueblo. La profesora Dani. Porque mi hermana se llama Daniela pero le gusta que le llamen Dani. Como a un niño que se llame Daniel. A lo mejor si mi hermana se hubiera quedado y mis padres no le hubieran dado todos los ahorros para que fuera profesora ahora estaríamos juntas y mi madre tendría, por lo menos, el nombre de su enfermedad. Pero no. Se fue y dijo que volvería. Eso fue lo que dijo, pero se fue y no hemos sabido nunca nada más de ella. Al principio mandaba algunas cartas. Aquí las tengo, a veces las leo. Después ya no mandaba nada. A veces pienso que se ha muerto. Sólo las veces que quiero perdonarle la ausencia. Por eso a mi hermana no le dolían los huesos como a mi madre y como a mí. Porque no estaba.

Mi padre se llama Daniel pero no le gusta que le llamen Dani, porque si le llaman así están llamando también a su hija. Y eso no lo quiere. Ha trabajado toda la vida en el campo y pasaba poco tiempo en casa. Tenía una casa de paja allí donde se iba a trabajar y alguna noche se quedaba incluso a dormir. Le gustaba estar en contacto con lo suyo. Eso le decían algunos vecinos cuando lo veían por la calle: cómo va lo tuyo. Lo suyo era su trabajo, era su casa de paja. No éramos ni mi madre ni yo ni los dolores de huesos y de absolutamente todo. Mi padre quería mucho a mi hermana. La quería incluso antes de que naciera, más que a mí, por eso le puso su nombre. Cuando mi hermana se fue a la ciudad y dejó de mandar cartas, una vez mi padre quiso ir a buscarla. Pero no pudo, porque no sabía. Él sólo sabe de lo suyo. Intentó coger el tren, pero le daba miedo. Así que se volvió a la casa de paja y durmió allí muchos días. Quizá ocho aguantó allí con su soledad, como yo aguanto con la lluvia.

A mi madre cuando más le dolían los huesos era cuando llovía. Eso es algo que nunca entenderé, pe-

ro así ocurría. Cuando llovía muchos días seguidos, como ahora, mi madre parecía que se iba a morir. Una vez sí se murió. Al principio el dolor era flojo, después más fuerte. Mi hermana no estaba. Y mi padre, cuando llovía, se iba a lo suyo, porque la lluvia, al revés que a mi madre, le gustaba. Le gustaba porque así su campo crecía y crecía. También crecía el dolor de mi madre y el mío, pero eso él nunca lo supo. Mi padre es que sólo sabe de lo suyo.

Cuando llovía y mi padre se iba al campo y mi hermana se olvidaba de todos nosotros, también de los niños que la necesitaban como profesora, cuando llovía y mi madre no soportaba el dolor de sus huesos, se volvía loca. Muy loca. Loca de atar. Y ojalá hubiera tenido una cuerda, pero nunca la tuve. La habría atado a la cama y así me habría ahorrado yo los dolores y su locura. Porque mi madre, cuando llovía, lloraba, gritaba, maldecía y hasta me pegaba. Llenaba toda la casa de su dolor, de su loco y enfermo dolor. A veces me pegaba como estando poseída por su mal. Y si hubiera servido para que su dolor mitigara, bueno, pero no. Me pegaba una vez y después otra y después otra y como yo no gritaba, gritaba ella por las dos. Me dolían también los oídos.

A mí me encanta el verano. Me gusta que todos vayamos con los brazos al aire y las piernas y a veces las rodillas. Me gusta que haga calor. Que no llueva. A mi madre el verano también le gustaba. Mi padre pasaba mucho calor en la casa de paja. Mi hermana no tengo ni idea. Pero a nosotras nos gustaba el verano porque era entonces, sólo entonces, cuando podíamos llevarnos bien. Entonces cosíamos y hablábamos y reíamos juntas. También cocinábamos. Mi madre murió un invierno que llovió y llovió y llovió. Más de ocho días, muchos más. Se murió pero no se llevó consigo su dolor. Por eso siempre digo que mi madre me ha dejado una herencia de lluvia. Porque a mí me duelen los huesos y el corazón y el cuerpo entero con su alma y todo absolutamente todo me duele cuando llueve.

Pero he estado ocho días aguantándome. Ocho días. Podría haber aguantado un día más: nueve. Hasta dos: diez. Pero ha venido Aurora con un montón de palos y los ha empezado a romper porque quería jugar a un juego de lluvia y a mí me ha recordado el ruido a cuando mi madre me daba tortazos en la cara y le crujían los huesos del codo y me he puesto a llorar y Aurora no entendía nada porque sólo quería jugar y yo sólo necesito que deje de llover. Que deje de doler.

© Jennifer Díaz Ruiz

La autora:

Jennifer Díaz Ruiz es estudiante de filología hispánica. <http://elshowdefusa.wordpress.com/>

* * *

Relato

SOMBRAS CHINAS

por Horacio Lobos Luna

Y me miré las manos, Óscar Castro. Y no vi nada. Una línea de la vida demasiado larga cuando más, y esa especie de brotes en que la piel de la palma parece resquebrajarse indefinidamente. Y una piel reseca, y unos dedos largos, grumosos, demasiado nervudos y atacados por breves explosiones de padastros. Mis manos.

Y es que aparte de los signos atávicos de una cultura pretenciosamente formalizada por la educación e idiotizada por la tecnología: el callo en el borde superior del dedo medio (huella hereditaria del lápiz presionado en horas interminables de círculos y líneas aprendiendo a escribir para seguir escribiendo toda la vida, en el sentido más lato de la palabra) y el de la esquina inferior de la palma izquierda o

derecha, según sea su cariño (de tanto buscar apoyo para arrastrar el mouse en vistas al control), ¿qué más? Ningún vestigio de nada que hable de la vida pasando, con su movimiento perpetuo, con su perpetuo padecimiento de alegrías y penas, a través de ellas. Alguna vez las yemas de mi derecha brillaron con otro tipo de callosidad, la de las cuerdas de la guitarra, antes, cuando aún dedicaba tiempo y esfuerzo, alguna que otra tarde, a ese pasatiempo; aún puedo sentir la diferencia de textura entre esas yemas y las de la otra mano, si las acaricio un poco, pero eso es todo: los vestigios de esa tardía afición no parecen haber persistido mucho más que mi entusiasmo inicial. De tarde en tarde, cuando la nostalgia me empuja y me vienen ganas (quién sabe de dónde), vuelvo a sentarme y tocar, pero la presión de las cuerdas duele un poco, como en los tiempos de aprendizaje.

Vean. Ahora son más grandes, más extrañas. Abiertas hacia mí, parecen mirarme, aquí están las señales, dicen, aquí están. ¿Las señales de qué? Yo no veo nada. *Y me miré las manos*. Claro que te las miraste, Óscar, ¿cómo no te las ibas a mirar si te sobraba tiempo? Si estaban vacías del mundo que contemplabas y que pasaba ante tus ojos. Por eso te las mirabas. Porque eran extrañas, incluso para ti. Escriben. Es lo único que hacen medianamente bien. Escribir. Y me miran. Distantes.

¿De quién serán en realidad? Ni siquiera el rastro de la pasión, o de otra piel, ni de las caricias, han logrado grabarse en ningún rincón de ellas. Casi en la línea de los cuarenta deberían ser la ruina de algo o el recuerdo de una que otra noche perdida en el tiempo. Pero no. Aunque si se las mira bien, así tal cual, casi inmaculadas de rastros vitales (esos que duelen o laceran), tal vez sean el corolario de toda una ruina, la ruina de un vacío mudo, eso, y sea esa extraña mudez la que dé cuenta de lo otro, de lo que no fue, de lo que ya no es. ¿Qué peor ruina que aquello que nunca logró siquiera ser algo? La ruina absoluta. Sí. Si se las mira con atención, si se detiene uno en su vacuidad de manos que no dicen nada. *Aquí están las señales, aquí están.*

Aquí. ¿En esta breve mancha, como una línea en forma de hoja otoñal? Una leve quemadura de hace unas semanas, nada más, que desaparecerá sin dejar rastro. ¿En su palidez, su fina rugosidad y resequedad? Pero ¿dónde están las señales de las agobiantes *quinientas horas semanales*, Nicanor? ¿Dónde están las manos que tengo que *observar*? ¿Son estas? ¿*Estas*? Los rastros de tiza no las encanecieron, demasiado breve fue su affair con ellas. Para qué hablar de las pizarras acrílicas y las manchas de plumones, demasiado endebles, fugaces, no dejan marcas de ningún tipo. Ni una zingara podría leer nada en ellas, Nicanor, date con una piedra en el pecho bufón pretencioso, estas no califican ni para un autorretrato. *Observad estas manos*. Claro. Observad.

Si olieran a algo, al menos. A algo menos mustio que su propia palidez. Decoloradas de toda sustancia olfativa, parecieran ser un residuo permanente de sí mismas y de este cuerpo, que se niega a reconocer su propio aroma. Siempre es así, en realidad. ¿Quién reconoce su propio olor al fin y al cabo? ¿El olor de un jabón, de una colonia? No. Ni siquiera ese lujo han sido capaz de darse a sí mismas. ¿Para qué? Cuando la vida pasa sin dejar rastro, la huella del propio olor es intrascendente, así, literalmente intrascendente, una vacuidad impensable. Un solo aroma se ha definido en el transcurso de los años en ellas, poderoso, inconfundible, íntimo: el olor del propio sexo. En las noches, en la soledad de las mañanas o en las calurosas tardes de verano, cuando el viento hace sonar el follaje de los árboles en el patio y la casa está casi en completo silencio, ellas han buscado ese aroma. Es el único aroma que parecen distinguir de este cuerpo. Enervante, tibio e insidioso, se abre paso hacia ellas que lo toman y se hunden en él, exprimiendo su dolorosa vitalidad con dulce cautela o furiosa desesperación para poder decir que estuvieron allí alguna vez. Y escribir que el aroma de la vida pasó por ellas, que quedó en ellas para siempre.

© Horacio Lobos Luna

El autor:

Horacio Lobos Luna. Profesor de Castellano y Filosofía, dedicado a la pedagogía y la escritura. Con residencia en Vallenar, Región de Atacama, Chile, y participación en el Concurso literario de la Macro Zona Norte, realizado por la Universidad Católica del Norte, Antofagasta, Chile, obteniendo la Tercera Mención Honrosa, años 1995 y 2000. También la obtención del Primer y Segundo Lugar en el Concurso de Cuentos organizado por la X Feria del Libro de Coquimbo, Chile, año 2001, y la publicación, durante el 2008, de los libros de cuentos *Caja Negra* y *El suave vaivén de los álamos*, además de la novela *Marea Roja*, a través de la página de autopublicación **Lulu.com**.

MALO

por Paul Medrano

0

Malo-como-carne-de-cuche se enfundó su pistola entre el cincho y el pantalón, miró la hora y salió de su cuarto. Los días de matar le sabían como el aceite quemado. No es que le desagradara del todo esa labor, pero como sucede con el alcohol o los dulces, que después de mucho habían, comenzaba a fastidiarse del trabajo de pistolero a sueldo. Además, la vida no le había enseñado otro oficio más que la matadera. Asesinar es como cuando vas a coger, le había contado a un principiante. Te pones nervioso, no de miedo, sino de la expectación que provoca el hecho de que le cortarás la respiración a un cabrón. Matar sólo es un placer más de los tantos que hay.

Con seis meses de antelación, había estudiado cada movimiento de Víctima. Día tras día, horas tras hora. Por eso sabía que los lunes por la mañana Víctima iba a correr a un parque por el centro de la ciudad. Vaya manera de perder el tiempo, pensó Carne-como-de-cuche-malo, al analizar que nunca en su vida usaría un short tan corto. Está muy aputarrado, concluyó la primera vez que vio a Víctima. Además, correr no le parecía una actividad digna. Sólo los cobardes corren, decía.

También sabía que cada viernes Víctima se reunía con su amante, Esther. Una jovencita de apariencia eminentemente violable. Pinche Víctima, qué buena vieja te traes, solía cavilar Como-cuche-carne-de-malo cuando miraba a la mujer. Víctima pasaba por ella a una oficina de gobierno y enfílaban a algún motel. Malo-como-cuche-de-carne solía rentar la habitación contigua para masturbarse mientras, previa oreja pegada a la pared, escuchaba los jadeos entrecortados de Esther. Le parecía un desperdicio que sólo cogieran una vez a la semana, pero era evidente que ese celibato semanal

«Le parecía un desperdicio que sólo cogieran una vez a la semana, pero era evidente que ese celibato semanal sólo se circunscribía a Víctima, pues estaba a punto de entrar a la senectud. La amante, en cambio, tenía toda la leche adentro.»

sólo se circunscribía a Víctima, pues estaba a punto de entrar a la senectud. La amante, en cambio, tenía toda la leche adentro. Expelía sensualidad, olía a sexo. Era de esas mujeres que incitaban a la imaginación. Un viernes esperó en la puerta de la oficina de Esther, sólo para captar su olor. Llegada la hora, llegó Víctima y detuvo su camioneta. A los pocos minutos salió Esther, con su halo de belleza soberbia y brutal. A Como-malo-carne-de-cuche ni lo fumó, pero éste guardó dentro de su mente ese fugaz encuentro, esa cercanía con su rostro, con sus caderas, con su trasero. Con la memoria, invocaría esas imágenes para masturbarse una y otra vez.

—No la chingues pinche Azpeitia. Quién pendejos te va a comprar esa historia. Está muy chafa. Cómo que cambiarle de nombre al matón en cada parpadeo. Vas a confundir a todos. No, no y no. Me parece un recurso muy chafa y además, al pistolero lo siento muy choteado. A ver, qué pinche música le voy a poner cuando entre en escena. —Me preguntó el productor.

Callamos un rato. Saqué la cajetilla guardada en la bolsa de la camisa. Encendí mi cigarro y retuve el humo por un momento. Luego expulsé una briosa humareda que se extendió por esa lujosa cafetería. Era el último productor que me quedaba por ver. Miré el cigarrillo, oxidándose poco a poco por las mordidas del fuego. Así estaba mi vida en ese instante. Sabía que con esta historia me jugaba el pellejo. Si no vendía ese guión para el viernes, amanecería encobijado el sábado. Respiré hondo y atacé de nuevo.

—Mire, yo creo que Malo-como-carne-de-cuche puede volverse un personaje de culto. Como Ichi. Como Harry el sucio. Como el Mariachi (el primerito, claro) o el Chigurh. Neta. Sólo deje contarle el nudo de la historia. Además, mire, con una buena rola como *Rock bottom*, de Ufo, o *Built for comfort*, de Juicy Lucy, y en verdad que la armamos grave. Lo volvemos ídolo. Lo vestimos de gauda elegante. Lo pintamos como un tipo bragado. Anímese.

–Vete mucho a la fregada, Azpeitia. Por quién me tomas. Este personaje no le llega ni a Mario Al-mada. No es original. Y si lo que pretendes es hacer un Romeo Dolorosa en versión Walt Disney, pos ya nos jodimos. No Azpeitia, no me convences.

–Bueno y qué quiere. ¿Que lo trepe a un Ferrari? ¿que en realidad sea un robot? ¿gay? ¿o alienígena?

–Fíjate que no estaría mal eso de alienígena. Imagina: los marcianos envían a distintos puntos del planeta a sus mejores guerreros para acabar poco a poco con la humanidad. Y cómo lo van a hacer, pos con aliens disfrazados de matones.

No mame, pensé, ahora sí se la arrancó. Pero no dije nada. Me aguanté. Debía juntar esos verdes para pagarle al Malo, al verdadero Malo-como-carne-de-cuche, al auténtico, al capo de la droga en mi ciudad.

Pese a las advertencias, terminé como distribuidor autorizado de los productos del Malo. Porque esto de ser guionista sólo deja muchos aplausos, pero poca plata. Y como las ovaciones no pagan mi renta, mi me dan de comer, opté por venderle su mercancía. Cinco mil dólares no se juntan tan fácilmente, por eso me urgía vender esa historia a clientes que habitualmente me compraban guiones. He de confesar que no era cualquier historia, sino en la que había trabajado durante ocho años. Para escribirla, había puesto más paciencia que a ninguna otra, con la ilusión de que en un futuro no muy lejano, yo fuera el director. Lo jodido es que me encontraba en graves aprietos y a nadie, absolutamente a nadie le había interesado mi obra maestra. Pos claro, pensaba, qué van a saber de un buen guión estos pinches burócratas de la pantalla; ellos lo que quieren son historias simples para contarlas a un público simple. Me tranquilicé. Ordené un poco mis ideas y hablé:

–Y en lugar de balas, los alienígenas utilizan un rayo fulminante con sonido de película de Ed Wood, y de paso lo homenajeamos. Es más, los héroes podrían ser luchadores de ahora: Místico, Perro Aguayo Jr. y Cibernético, eso nos traerá público, además de que nos dará proyección internacional. Qué dice ¿firmamos?

–Espera. No hay prisa. Lo podemos cocinar poco a poco y firmar el otro año.

–¿El otro año?

–Ni modo que mañana.

–Es que yo...

–Es que nada. Anda. Ve a tu casa, relájate y trabaja en ese guión. Cada mes me vas dando un avance. Cuando lo tengas completo, vienes y si me gusta, firmamos. Por ahora retírate que tengo asuntos por atender.

Solté un suspiro, como si fuera de los últimos. Conocía bien a los productores. Sabía que una vez que deciden algo, no hay nada en este planeta que los haga cambiar de parecer. Nada. Ni siquiera Malo-como-carne-de-cuche. Le di la última calada al cigarro. Sin sacar el humo, lo saludé y enfilé hacia la salida. Luego expulsé la humareda.

Me puse a pensar en cómo diablos conseguiría ese dinero. Y también pensé cómo chingados no pude darme cuenta de que la puta de Esther me iba a dejar y en su huida se llevaría la mercancía de todo un mes. Estúpido, pendejo, imbécil, idiota. Todo eso, junto, mil veces y al cuadrado. Ni siquiera podía ir en busca de la zorra de mi mujer porque la gente del Malo me ubicaría, ante la sospecha de una huida. Nunca me creerían que además de mandarme al carajo, Esther había huido con la coca. Con toda seguridad me acusarían de ladrón y no viviría –ni quería vivir– para contar (que además no lo iba a contar) lo que me harían.

Estaba maneado hacia atrás, con nudo ciego, y de pies y manos. No tenía alternativa. Iba a tener que asaltar un negocio. Yo tenía una pistola, un revólver Magnum .44, precioso. Autoregalo de una temporada en la que vendí cuatro guiones en un mes. El problema es que no tenía tiros y conseguir parque en esta ciudad era complicado. Por el calibre, por el precio y porque no es negocio vender balas

«Pese a las advertencias, terminé como distribuidor autorizado de los productos del Malo. Porque esto de ser guionista sólo deja muchos aplausos, pero poca plata. Y como las ovaciones no pagan mi renta, mi me dan de comer, opté por venderle su mercancía.»

al menudeo. Ni modo. Me la tendría que jugar así. De a mentiritas.

00

Despierto, mas no abro los ojos. Doy un repaso por mi cuerpo. La cefalea aún es fuerte y el estómago amaga con una rebelión gástrica. Debería dormir otro rato, sólo un poco más. Para esperar que hígado y páncreas hagan lo suyo. Pero el reloj dice lo contrario. Si quiero llegar al próximo domingo tendré que levantarme. Seguramente Malo-como-carne-de-cuche vendrá a verme por la noche. Me pondrá fecha para pagarle su dinero y eso es justo lo que no quiero: que me tenga agarrado de los tanates. O pago, o vivo. Así de simple. Generalmente las cosas importantes son simples. Por eso sé que estoy en una situación importante. Al abandonar la cama parece que lo hago en cámara lenta. Aún no me repongo del todo. El organismo no desecha alcohol así como así. Sobre todo si la maquinaria interna está muy traqueteada, como la mía.

Ayer, tras el encuentro con el productor cinematográfico la muina me sofocó. Sólo un trago, para apaciguarme, pensé al pasar por la cantina de costumbre. Pero esa copa se convirtió en guarapeta, en un afán inútil de olvidar mi desgracia. Sin embargo, el alcohol no borra nada, al contrario, remarca las penas. No supe ni cómo llegué a la casa. Amanecí mal, por la cruda y por la deuda. Recordar al Malo avivaba el dolor de cabeza.

«Pero Esther me había dejado sin cocaína y con una deuda que seguramente me costará la vida. Le doy lumbre a un cigarro. La idea del asalto se vuelve inevitable.»

Tomo dos aspirinas y disuelvo en un vaso de agua un analgésico efervescente. Por el momento servirán de algo, mas yo sé que el remedio es esnifar una línea, sólo una, para despertar de una vez por todas mis cinco sentidos.

Pero Esther me había dejado sin cocaína y con una deuda que seguramente me costará la vida. Le doy lumbre a un cigarro. La idea del asalto se vuelve inevitable. Voy a la cocina. Abro el refrigerador. Saco el bote de leche y le doy un sorbo. Siento la lactosa enfriar la incandescencia del tubo digestivo aún maltrecho por la resaca.

Alcohol y tabaco es como echar clavos, tachuelas y alambre de púas al estómago. Eructo. Bebo otros dos tragos de leche y me dirijo al baño. Le doy una calada al cigarro y lo esparzo hacia el techo. Enciendo la pequeña grabadora e intento animarme con algo. Black Dice está bien. Si en este país supieran de cine, hace tiempo que Black Dice estaría en tres bandas sonoras. Pero qué van a saber de cine en este jodido país.

Mientras orino, repaso mentalmente los negocios que considero apropiados para mi asalto. La farmacia donde me surto de analgésicos no está del todo mal. Carece de cámaras de vigilancia y de policías merodeando. El homosexual que atiende y la gorda de la caja parecen fácilmente impresionables para una mágnum sin balas. Me decidiría por esa opción si no fuera porque sé de buena fuente que el homosexual es karateca. Plan descartado. Yo no sé nada de defensa personal. Si tuviera tiempo, escribiría un guión de un karateca homosexual. Sería un hitazo. Aunque pensándolo bien, qué van a saber de cine de karate en estas tierras baldías. Además, el horno no está para mantecadas. Me sacudo el pito. Voy a la cocina por otro buche de leche. Doy una calada más al cigarro.

Otra alternativa es la pequeña casa de cambio que está en la contraesquina de la cantina donde me refugié ayer. No es muy grande y hay mucho movimiento por las remesas que envían desde Estados Unidos. El inconveniente es que los gruesos vidrios de la ventanilla disminuyen la posibilidad de que mi arma intimide a la empleada. Bastará con ignorarme, a sabiendas de que ni con una bomba – si la tuviera– podría romper el cristal que separa al cliente de la cajera. No sé cómo la gente no cuestiona la falsedad de los asaltos en las películas. Delinquir no es comer chilaquiles. Pero qué va a cuestionar la gente si el único referente son las telenovelas y los Almada. La casa de cambio tampoco es opción. Machaco el cigarro en el cenicero.

Desfilan por mi mente un camión de la empresa transportadora de valores. Una sucursal de empeño y hasta el curato de la catedral más cercana. Descarto las tres. La primera implicaría enfrentarme a hombres armados con municiones suficientes como para irse a la guerra. Si sacas una pistola es porque está cargada y la vas a usar, si no, déjala guardada. He ahí la regla básica para cualquiera que

tenga un arma. Para la segunda alternativa necesitaría de compinches: para desactivar los dispositivos de seguridad; para someter los guardias; para lidiar con clientela proclive a una crisis de nervios y para huir «con rumbo desconocido». El inconveniente es que tendría que repartir el botín. Dividido no serviría de mucho y seguramente, Carne-como-cuche-de-malo no me aceptaría abonos. Además, en última instancia, no tengo idea de quiénes podrían ser mis cómplices. Lo de la iglesia nomás no termina de animarme. No me gustaría deberle nada a Dios, porque Dios siempre cobra de más.

Me pongo los zapatos. En la vaina cinematográfica, el plan de un buen robo es traído por alguna musa. Llegan al protagonista como una revelación. Pero en la vida real son tan escasos como los tigres blancos. Si me hubieran aceptado mi obra maestra no estaría pasando por esto. Quién iba a decir que yo, Miguel Azpeitia, la joven promesa del guionismo mexicano, el novel valor de la narrativa visual, ahora es presa de un narquillo. Porque Carne-como-cuche-de-malo sólo es –menos mal– capo en esta ciudad. Él sólo manda aquí. Pero yo vivo justo aquí y ya me jodí. O le pago o me quiebra. Me visto. Me fajo la pistola entre el cincho y el pantalón y salgo. Algo se me ha de ocurrir. Algo. Enciendo un cigarro. Le doy un jalón largo, largo y luego saco el humo.

000

Las armas no hacen al asesino. Menos si el arma está descargada. Si no me creen mírenme ahora. Aquí, frente a ustedes, contándoles una historia que nunca pensé contar. Escribiendo para vivir. Realmente para vivir, no pendejadas. Quién iba a decir que todo mi potencial creativo iba a quedar embarrado en esta historia de balas, traiciones y demás clichés narrativos que jamás pensé usar. Pero cuando te cambia la suerte, se convierte en tu enemiga. Por eso no pude asaltar a nadie. Todo lo contrario, el asaltado fui yo después de comprar unos cigarros. Pinches vándalos, me dejaron sin pistola –descargada, pero al fin pistola–, sin dinero y sin cigarros. Y un hombre jamás anda por la calle sin dinero y sin cigarros. Por eso, orinándome de miedo, tuve que pedirle clemencia a Malo-como-carne-de-cuche. De rodillas imploré compasión, mientras en mis adentros me juré que si la libraba, jamás me metería una línea más. Nunca, nunca. Ni fumada, ni inhalada y menos inyectada. En un intento desesperado por vivir me ofrecí a escribir un guión en el cual Malo sería uno de los protagonistas. El héroe de la película, como si no hubiera bastantes. Sonrió y se quedó pensando un momento. Sentí que me condenaría en ese instante. Y que me sometería a algún suplicio a los que, dicen, es aficionado. «Voy a atender un asunto. No tardaré más de una hora. Al regresar quiero ver un avance», sentenció. Y aquí me tienen. Sentado frente a este monitor. ¿Huir? Ni pensarlo. Malo enviaría a sus pistoleros a buscarme debajo de cada piedra. Por eso debo acabar de escribir esta especie de corrido visual. Si Malo fuera más culto y menos impulsivo, le escribiría un guión para desbancar a *El Padrino*. Pero qué va a saber el pinche Malo del buen cine. Y además, qué voy a saber yo de narcos. Nada. Estoy condenado. Un cigarrillo no me vendría mal. Total, puede ser el último. Lo enciendo. Empieza esa antigua danza entre el fuego y la muerte. Aspiro la primera calada. La aguanto un instante largo, largo, largo. Después saco una bocanada de humo que se esparce por el techo.

«En la vaina cinematográfica, el plan de un buen robo es traído por alguna musa. Llegan al protagonista como una revelación. Pero en la vida real son tan escasos como los tigres blancos.»

© Paul Medrano

El autor:

Paul Medrano. Nació en algún lugar de Tamaulipas (no pierda su tiempo en saber dónde porque nadie lo conoce) pero ha tramitado sin éxito la nacionalidad guerrerense. Es alérgico a los políticos de cualquier partido, sufre de incontinenencia sexual, no habla inglés, no tiene televisión, es ateo y pa'cabarla, americanista recalitrante. Licenciado en AA, tiene una maestría en albures rusos y un doctorado en cambiar neumáticos. Es aficionado a las bebidas negras (coca, café o cerveza oscura) y al humor del mismo color. Suele colaborar en algunos periódicos y revistas cuando no se pone a lavar la ropa. No es pues, un escritor rescatable, pensador lúcido, ni ejemplo a seguir para triunfar en la vida. Léalo bajo su propio riesgo.

LOS DÍAS DE AYER

por María Aixa Sanz

Ella está sentada en una esquina del salón, la han dejado allí junto a la ventana para que mire al exterior. Está sentada en una esquina del salón, sola, como un mueble obsoleto o un estorbo. ¿Cuándo se rompió su vida? ¿Cuándo se rompió su memoria? Nadie la escucha puesto que para todos sus frases no son coherentes, ella solo habla de los días de ayer. Todavía conserva en su rostro la mirada dulce de la niña que fue, la piel de la cara se mantiene tersa, pura, suave. En cambio, la piel de sus manos y de sus brazos se han convertido en algo tan frágil como un papiro guardado en la Biblioteca de Alejandría. Dicen que no habla, pero no es cierto, dicen que habla sola o que le habla al aire y no es cierto: ella le habla algún ser de su pasado alojado en su memoria, esa que ha olvidado el presente y se ha refugiado en los días de ayer. Ella está más a gusto, agazapada en la realidad que no partió, en esa realidad que se quedó immaculada y detenida entre su infancia y su última juventud madura. Ella habla de cómo corría por las calles de polvo, de cómo bebía del agua fresca que discurría por el arroyo del bosque, ella habla de lobos y de príncipes pastores, de almas muertas y de niños con la rodillas destrozadas, de hambre, de leche en polvo, de escasas onzas de chocolate, de lazos en el cabello, de muñecas de cartón, de veranos de trasiego... Dicen que no habla y no es cierto, su memoria ha escogido su tiempo porque tal vez no le gustaba lo que estaban viendo sus ojos o tal vez porque para que siga existiendo el mundo, algunos seres deben dejar de recordar los días de hoy, para dejar espacio a los recuerdos jóvenes. Quizás el Universo sólo tenga una capacidad limitada de memoria, y sea ley de vida o indispensable que haya gente como ella que olvide, quizás en el Universo se inventaron los libros donde se escriben y se cuentan historias con ese mismo fin: el de dejar memoria libre para que el resto pueda seguir con sus vidas y pensar que el *Alzheimer* es una enfermedad caprichosa. Pero ella sigue siendo la mujer de siempre: suave, ligera como el algodón, ella no es un estorbo, ella es una mujer a la que a veces se le enciende una luz en su cabecita y reconoce un rostro, recuerda un nombre o formula un pregunta sincera y «coherente». Ella es la misma mujer de siempre, que quizás solo le está haciendo un favor al Universo. ¿Quién sabe?

© María Aixa Sanz

La autora:

María Aixa Sanz (España, 1973). Escritora valenciana. Tiene publicadas las novelas *El pasado es un regalo* (2000), *La escena* (2001), *Antes del último suspiro* (2006) y *Fragmentos de Carlota G.* (2008). En mayo del 2008 publica el ensayo *El peligro de releer*, recopilatorio de los artículos literarios, con los que colabora en diversas revistas de España y Latinoamérica. Ganadora de varios premios de narrativa breve, relato y cuento en distintos idiomas. <http://mariaaixasanz.blogspot.com>

* * *

FILM

por Luis Emel Topogenario

Aún no sé presentarme contra las adversidades. Debo hablar. Sé hablar. Sé que debo hablar. Si puedo hablar, entonces sé que debo hacerlo. Si debo hablar, entonces sé que quiero hacerlo. Estoy obligado. Me permito. Debo iniciarme. Las adversidades me han encontrado, ¿y yo qué he hecho? ¿Qué he

hecho? Reptar por las calles. Lancetear con mi rabo y mis cejas las palabras perversas que se me aventaron. Guardando silencio, sí, callando, y demasiado, como si yo tuviese ya derecho a callar. Como si yo fuese ya un ser luminoso por el que todos, tomándose sus turnos, ya han hablado. El derecho a callar hay que ganárselo. Está bien, entraré en detalles, sí. Entraré en los detalles. Recuerdo varias veces haberme encontrado en el semáforo electrónico equivocado y haber detenido al transeúnte correcto sobre la acera ortogonal, y haberle interrogado con estas palabras: Oiga, usted, perfecto imbécil ignorante, ¿por qué me ha estado siguiendo? Y como respuesta se me golpeó con un bate en mis dos cejas. Mi rabo se cortó con un alicate hasta hacerse sangrar. Otros rabos idénticos han vuelto a salirme en sitios distintos del cuerpo. Abrí mi intento de boca para decir algo y el resultado se catapultó de mi cuerpo con tanta violencia, y a tanta velocidad, que mis palabras parecían haber sido conseguidas a contra natura. Creo que dije Oye, déjame hablar y no me pegues más, no dije Cabrón. Sé que no lo dije, y la ciudad lo sabe. Luego de la golpiza, el transeúnte se ha alejado, y a tanta velocidad, por la misma calle de donde yo había emergido. Los dos estábamos muy alarmados. Yo, por los batazos y la amputación, y ella, por el esfuerzo físico de habérmelos propinado. A mí me dolían mis cejas. Aunque el ambiente de la calle estaba un poco chillante por el sol, y el dibujo de las avenidas a la distancia era borroso, la vi con nitidez cómo blandía su bate en el aire, como practicando que todavía continuaba golpeándome, aunque sus movimientos no generaban sombra. Creo que aún continúa alejándose. Allí fue que pensé: Mis palabras perversas me profanaron, sí, fue así que me salió. Sé que es lo que pensé, estoy seguro, sí, y la ciudad lo sabe, aunque lo nieguen sus habitantes. Mis palabras me avergüenzan. Sí, ¿cuántas veces he llegado a la misma conclusión? ¿Cuántas veces he retirado de mi cabeza este pensamiento para volver a encontrármelo, entre ceja y ceja, como dolor, como sangrado, como jaqueca, úlcera de aspirina, como golpe despertador?, sí, ¿cuántas veces? Me dije Este semáforo electrónico ha sido el equivocado, debo de caminar un poco más en busca de otro. Y a mí me gusta caminar. Me encanta. Todo en derredor me celebra. Si doy un paso, las calles tiemblan emocionadas. Si resto un paso de mis zapatos, si debito una hazaña de mis haberes, los ojos del pueblo se azoran, se paralizan y se calcifican de conturbación e incertidumbre. Yo soy la respuesta a toda incertidumbre. A todo ojo vigilador. Si mi paso cae sobre la huella de otro, este otro se desintegra. Por eso, todos aquellos que sientan que me les estoy acercando, deben alarmarse. Si salto, las calles no aplauden. Si saltare hacia donde se han lanzado todos los otros anteriores, caería en el abismo que sus propios saltos me tienen preparado. Si me rindo de rodillas sobre la hierba, o si mis pezuñas pisotean la grama, cauterizándola, allí no volverán a crecer los hunos. Lo que no me toque no florecerá, solamente se convertirá en oro, algunas veces en graffiti. Si alguien se yerque sobre mis hombros, lo morderá el horizonte y lo estacará el subsuelo. Quien me palpe recogerá un muñón. Y hablará de eso. Así de ancho soy. Aún no sé reconocer la importancia de mi maletín, sí, quizá debí haber empezado por allí, sí. Estoy de acuerdo conmigo. He comenzado mal. He comenzado por las adversidades, por el principio. He llegado a otro semáforo, y me he cruzado con otro transeúnte equivocado, y le he dicho No porque me hayas castigado, y le mostré mis dos cejas reventadas, Te dejaré arrebatar me mi maletín, y he blandido mi maletín en el aire para mostrárselo. He caminado por todos los caminos con gran entusiasmo y fervor y excitación, como quien busca la sed antes de encontrar el agua. En mi maletín me han metido todo lo imprescindible. Reconozco que, cuando fui asaltado con los batazos, no supe atinar a interponer los brazos y defenderme. Sí, lo acepto: no me gusta defenderme. Soy culpable de mis gustos. Pero soy inocente de los medios para satisfacerlos. ¿Y entonces quién tomará mi culpa para redondearme? Y hacerme perfecto, imperfectible. ¿Quién lanzará mi cadáver bajo los automóviles? ¿Quién se comerá a mis hijos, si es que aún soy capaz de salir de mí? Sin hijos, ¿cómo es que pude extenderme en toda la tierra? ¿Qué órgano vacío en mi cuerpo, lleno de cruces y cicatrices, se me infartará antes de poder decirlo todo? ¿Qué membrana estomacal se cerrará y me torcerá de hambre, y yo sin poder bajarme de mi crucifixión? Si te cruzas conmigo, ¿pulsarás en tus ropas tu botón de pánico e iluminarás la ciudad con el miedo, el deseo, que nos tenemos? ¿Quién acelerará su automóvil al verme caminando, campeonamente, con mi maletín en mi mano, por su zebra? ¿Quién me alargará toda la noche para no despertar? ¿Quién publicará mis secretos más íntimos en su graffiti? ¿Quién demolerá mi casa para construir mi plaza y enrejarla, de principio a fin, con sus poemas? Aquí. Acá. Allí. Allá. Todo suena familiar. Alguien más es el que ocupa mi sitio. ¿Cómo puedo ser culpable y para qué? ¿Para qué voy a serlo? ¿De qué culpa, de qué enemigo, soy dueño? No soy yo. Repito: no soy yo. Alguien más debe ocuparse de mí. Alguien más debe apostarse en un semáforo y aguardar por mí. Se me reconocerá por mi maletín de

cuero, colgado de mi mano hábil, y por mis ropas oscuras, ennegrecidas como el azul profundo, y porque por lo general produzco sombra, azulada como la nigritud del mar. Este alguien debe tomarme y luego debe abandonarme. Es así como me embellezco. El transeúnte ha dicho ¡Defiéndete, cobarde!, mientras blandía su bate en mi cara para asestarme los golpes. ¿Y yo qué he hecho? ¿Yo qué podía hacer? Nada. Sólo conseguí decir Pero y cómo quieres que meta las manos y me defienda si me golpeas tan rápido, ¡perfecto imbécil ignorante!, e hice mi pausa habitual, y continué con ¡Tienes que ser más despacio! Por último creo que añadí ¿Por qué no te alejas, como el otro transeúnte, y te pierdes en la oscuridad, así te dejas de molestarme? Pero no funcionó. No ha funcionado. Continuaba pegándome, como si le gustase. Comprendí, entonces, que si podía huir, debía hacerlo, y que si debía huir, quería hacerlo. Así que luego he caminado, a tanta velocidad, hacia otro semáforo, intentando alejarme de él para poder escapar. Mi maletín en todo me ha acompañado. Nunca se me ha soltado de mis dedos izquierdos. Yo ya estaba algo cansado, así que me detuve para poder descansar y para poder reflexionar y hablarme. Mis palabras se desenvainaron cuando me senté en una cuneta gris y contemplé que estaba solo, sí, ¡Qué espectáculo!, dije. Repito: ¡Qué espectáculo!, dije. Hablé hacia nadie y me gustó, sí. Soy culpable de mis gustos. Soy inocente de mí. Yo estaba solo entre dos cunetas de cemento, equidistante de dos semáforos electrónicos, de dos golpizas distintas, azotadas sobre el mismo padre pero por distinto hijo, sí. Como la ciudad estaba miope, había semáforos electrónicos por todas partes. Todos podían vigilarse entre sí. Reflexioné. Me gusta reflexionar para sentarme. Hablé como si yo fuese el estuche viejo que contiene el secreto que otro olvidó muriéndose. Nadie me oyó ni me observó hablar, así que mi estuche aún no está liberado. A cierta distancia, los kilómetros palidecían entre la tierra seca. La cal que me embellecería se filtraba por las ranuras imperfectas de mi maletín. Los semáforos me repasaban, una y otra vez, en sus filmaciones monocromas hasta aburrirse. Creo que incluso hasta alguna fotografía congelada de mí fue enviada hasta mi casa, junto con una multa en un sobre sin membretes. El ojo vigilador, incapaz de cerrarse, no sabe estar satisfecho. ¿No te aburres de ver siempre lo mismo? Pero permanecí sentado en la cuneta sin responderme. ¿Cómo es que puedo estar aquí sentado, tan tranquilamente, sin hacer nada, cuando todas mis américas me necesitan? Si la palma de la mano se abre en son de tregua, ¿quién acudirá velozmente a cerrarla en puño? Si el ojo vigilador se duerme, ¿quién se atreverá a abrir la boca y cerrar la glotis y despertarlo con las detonaciones resultantes? Si alguien decide callar y escuchar, ¿quién se escabullirá hasta su costado y le puyará para invitarlo a que grite sobre las mesas de negociaciones? ¿Cómo es que me he permitido estar aquí sentado, tan campeonamente, sin hacer nada, cuando todas mis américas me han clamado entre sus gritos? ¿Y yo qué hago? ¿Caminar y responder con mis hemorragias, comentar cada golpe de bate que hundió mi cráneo? No puede ser. Debo sentarme y descansar para poder pensar. Se acercó otro hombre, cargando su bolsa negra, sus manos y sus brazos estaban sucios y también parecían de plástico. Yo no lo había percibido a la distancia, por eso me asombré tanto al percatarme de que uno de éstos, con una bolsa negra colgada de una mano, se acercaba tan rápido y con la cara tan preocupada y la facies tóxica de nerviosismo. Estaba muy nervioso, lo pude identificar casi al instante. Se acercó muy rápido. Movía las piernas, un poco estrábicas, con viciosa agilidad, aunque no corría. ¿Qué te preocupa así, tan tóxicamente? ¿Qué llevas en esa bolsa negra? ¿Ése es tu botín?, y ¿Por qué te mueves con tanto apuro, como escapando de algo?, ésas son algunas de las preguntas que fácilmente hubiese verbalizado, si tan sólo cupiese en mí el valor de decir lo que debo. Reconozco cuando algo es importante si al enfrentarlo carezco del valor para decirlo. Entonces callo. Todo lo otro, todo lo que me resta, es simplemente hábito de hablar. Si se le otorgase la facultad, mi maletín me comprendería. El hombre cruzó mi ubicación en la cuneta. La bolsa negra, gorda de contenido, no se le abrió ni se le cayó. No se podía adivinar lo que albergaba. Si tan sólo me hubiese hecho de mi puñal para rasgársela y averiguar qué cargaba, o para amenazarlo e intimarlo a que me la entregase. No pasó nada. El hombre cruzó por enfrente de mi cuneta y de mí. No volteó a observar mi maletín, o a mí, en última instancia. Se alejó. No dijo nada. ¿Ya sería él también un cobarde? No hizo nada inusual, sólo se alejó nervioso. Quizá yo era su transeúnte correcto en la cuneta equivocada. Pero ¿qué debo esperar? Un momento. ¿Qué debo aguardar? Y si se devuelve y me interroga y me confronta, mostrándome en mi cara su bolsa negra, ¿cómo podré golpearlo y asaltarlo si todavía no cargo ningún bate? Yo no lo he estado siguiendo, no como el otro a mí, sí. No me gusta seguir a los transeúntes, sí. Mi maletín es muy valioso. Mis palabras me han repasado sin encontrar nada del otro mundo. Me reconozco en las mismas cosas, eso es bueno y placentero. Me relleno con poco, algo de la misma carroña, eso es placentero. Con la misma cara, ves-

tida de uniforme y llaves gruesas, que pongo para amenazar al transeúnte correcto, extraerle información verdadera y publicarla en sus propias narices, estampándola en mis graffitis, así también con otra cara idéntica recibo los batazos en mis cejas y la amputación de mi rabo con alicate, y esto es bueno. Esto es muy bueno y me gusta. Me facilito las cosas al sentarme aquí. Es mucho más fácil vivir conociendo de antemano las palabras que me eligen y cuáles son las que me renuncian. Así es. La elección y la renuncia así son, lo atestigua mi cuerpo, hermoso entre cuerpos. Lo que no conozco sólo debe ser sepultado. Así como otros me han sepultado sólo porque no lograron conocerme, claro, es muy fácil blandir un bate en una ciudad. Sólo hay que conseguirlo. ¿Pero y los graffitis? Un bate se rompe contra un muro, un graffiti arranca de las manos un bate, cierra la válvula bucal, abre la glotis, e igual detona. Así es como he llegado aquí, escapando de las calles para refugiarme en mi cuneta: las cejas reventadas por los batazos y el rabo cercenado por cada alicate. ¿Y quién me escogió? ¿Quién me canceló de sus ojos sólo porque se sentía incómodo? El que me renunció hizo que otro me escogiese. Quien me escogió me arrebató de otro, sin preguntárselo. Debo proteger mi maletín. Éste es mi objeto, mi momento, máspreciado. ¿Estoy de acuerdo conmigo? ¿Estás de acuerdo contigo? ¿Estás, tú, ey, tú, estás de acuerdo conmigo? ¿O todavía te faltan pruebas elementales? Yo estoy de acuerdo conmigo. Mete tus dedos en los hoyos de mis cejas. Palpa el muñón de mi rabo para ver si ya se hizo costra. Toma tu alicate y ábreme. Pero cree. Cree, como si tú fueses mi cuerpo, hermoso entre tantas decepciones. Debo encontrar una pared lo suficientemente ancha como para poder refrendar todo esto. Así es. La elección y la renuncia así son, sin necesidad de testigos. Las palabras que me eligieron me sobrevivirán. Las que me renunciaron sobrevivirán a las que me eligieron. Mi maletín, si se le otorgase la facultad, me comprendería. Esto sólo ya lo hace más valioso que yo, infinitas veces, así de ancho soy. La cal que me embellecerá se filtra por las ranuras imperfectibles de mi maletín. No importa. Sobrará suficiente polvo como para contenerme todo. ¿Aún debo permanecer sentado en la cuneta, lejos del semáforo electrónico? A mí me gusta caminar. Me gusta, y mucho. Quiero levantarme y acercarme al semáforo para ver quién pasa. ¿Quién pasa? ¿Quién se queda? ¿Quién sigue de largo? ¿Quién se detiene ahora y me enfrenta en éste para poder darse el lujo de esquivarme en el próximo? ¿Quién no me aguantará y se irá? ¿Quién se quedará y tendrá el estómago de permanecer hasta el fin? Sí, lo siento, todo ha sido una cuestión de estómagos. Muchos cambiaron de trayectoria y caminaron por calles sin detenciones, sin semáforos, sin ojos vigiladores. Sin cunetas, porque sabían que en esas calles yo no puedo sentarme. ¡Cómo me gustaría tener la fuerza de conseguirme un bate para blandírselo a éstos! Debo conservar mi maletín de cuero. Yo soy tan delicado. De la nada se me puede atacar el estómago. Yo soy muy delicado. Me conozco de antemano. Es fácil. Es todo mucho más fácil y llevadero. Así que ya no puedo asombrarme como antes. No debo sorprenderme, o podría olvidarlo todo. Incluso mi maletín de cuero y mis gustos, que tanto me ha costado conseguírmelos. Sé continuar, eso es fácil. ¿Ahora sí ya tengo derecho a callar? ¿Ya me gané el derecho a ser atravesado por las flores? ¿Incinerado por el griterío? ¿Degollado por los automóviles? ¿Aplastado por el frenesí del sol? ¿Ahogado por la plenitud lunar? ¿Ya tengo derecho a callar? Qué bella es la luna cuando uno la espera de día. He sido suturado a la cola de cada nombre de la ciudad, y me gustó. Me gustó, seré sincero, sin engañarme, está bien. Está bien. No me engaño, sé que casi todo surge de un hábito, y nada más. Nada más. Sé reptar por las calles. Sé combatir mi espera excitándome, como quien busca la sed antes de encontrar el agua, como quien pierde el agua antes de hallar la sed. Sé lancetear con mi rabo y mis cejas las palabras que me han abandonado para ir a blandir los bates en mi contra. Sé ser perverso. Debo decirlo todo antes de continuar, ¿o no? Si muero por un golpe mal encajado, o por una daga mal ensartada, no me gustaría permanecer olvidado en el estuche viejo de otro. No me gustaría para nada. No toleraría otro rabo y otro par de cejas. No sé hablar como si ya hubiese bebido agua y estuviese satisfecho. No sé estar satisfecho. Las adversidades me han encontrado y debo responderme ante ellas. ¿Y yo qué he hecho al respecto? ¿Qué he hecho? ¿Qué te han hecho? ¿Qué me he hecho? ¿Qué? ¿Qué? ¿Quién? ¿Tú?

© Luis Emel Topogenario

El autor:

Luis Emel Topogenario. Escritor nicaragüense (Managua, 1980). Actualmente reside en Montevideo, Uruguay. Ha publicado varios relatos, tanto en papel como en revistas digitales especializadas en literatura. *La Codorniz*, su tercera novela, es su proyecto narrativo más ambicioso.

MENOS LOS MARTES

por Arnoldo Rosas

A Israel Centeno

Tras tantos años como cuidadora de las salas 6-C, 6-D y 6-E, en el segundo piso del Museo Reina Sofía, ya no tiene interés alguno por el «Guernica» de Picasso. No le impresiona el grito desestabilizante de la madre con el niño muerto. No la conmueve el dolor de la mujer que llora, bajo las bombas, la destrucción de su casa. No se pregunta por la simbología de la paloma herida; ni la del toro imponente que pareciera confrontar a quien lo observa; ni la de la bombilla eléctrica que alumbraba todos los tonos de grises sin regir la luz en el conjunto; ni la del caballo que se retuerce por la lanza que lo traspasa; ni, mucho menos, por la de esa herradura que, sin sentido, se ve de frente como si fuera desde abajo; ni la del candil que lleva la mujer que huye por la ventana. No la afecta el brazo suelto, presuntamente del soldado que yace desmembrado en la base de la pintura, que sujeta una espada de donde surge la flor. Ya no se maravilla por la variedad de bocetos y estudios que realizó el artista para afrontar, con pericia y seguridad, el cuadro final. No le dicen nada las fotos de Dora Maar, amante del pintor por aquellos días, que plasman, en gelatinobromuro sobre papel, el proceso complejo y lento del desarrollo de una obra maestra. Lo único que conserva de sus inicios, y cada día es más intensa y conciente y angustiante, es esta incertidumbre, este desconcierto, que le provocan estos seres volumétricos, simples, sin deconstrucción, sin biseles, sin cortes o ángulos, imposibles de visualizar globalmente con un inmediato golpe de ojo; que recurrentemente vienen por oleadas continuas y, al final del día, desaparecen para volver mañana a las diez; menos los martes, cuando el Museo cierra por mantenimiento.

© Arnoldo Rosas

El autor:

Arnoldo Rosas (Porlamar, Venezuela 1960). Perteneció al Taller de Narrativa del Centro Latinoamericano "Rómulo Gallegos" (1981-1982). Sus trabajos han merecido los siguientes reconocimientos: Premio de Narrativa "Régulo Guerra Salcedo" 1987. Premio de Narrativa "Rosaura Rosa Acosta" 1988. Mención especial concurso literario "Andrés Silva" 1991. Primer finalista Bienal Literaria Nueva Esparta "Chevige Guayke" 1991. Mención de Honor Bienal Latinoamericana de Literatura "José Rafael Pocaterra" 2000. Ha publicado: *Para Enterrar al Puerto* (1985), *Igual* (1990), *Olvidate del Tango* (1992), *La Muerte No Mata a Nadie* (2003), *Nombre de Mujer* (2005). Textos suyos están presentes en las siguientes antologías: *Antología de Narradores Neoespartanos* (1993), *Antología de Narratistas Orientales* (1994), *Recuento*, *Antología del Cuento Breve Venezolano* (1994), *Quince que Cuentan* (2008).

* * *

AURORA DE FUEGO

por Carlos Montuenga

...como os decía, aquello ocurrió en febrero de 1945 y recuerdo muy bien que era martes de Carnaval. Yo acababa de cumplir los dieciséis y vivía con mi madre en un barrio extremo de Dresde próximo al Elba. Aquel día, mi madre había ido a Meissen para hacer una visita a los abuelos y me dijo que estaría un par de días con ellos. Mamá era enfermera y se pasaba el día en el Hospital Central. Desde luego, trabajo no le faltaba; en los últimos meses, centenares de miles de refugiados habían llegado a la

ciudad y las autoridades los alojaban donde podían. Los trenes iban abarrotados y en las carreteras proseguía el trasiego de multitudes que se trasladaban a pie, en carros o en camiones. Muchos habían sido distribuidos en edificios públicos, escuelas, hospitales y hasta en los parques, a pesar de las bajas temperaturas. Mamá decía que las cosas se estaban poniendo muy mal, y quería que nos fuéramos de Dresde en cuanto se presentara una oportunidad. Me hablaba a menudo de la tía Ketty, una hermana suya que vivía en una aldea próxima a Nienburg, en la Baja Sajonia. Si fuera posible llegar hasta allí, tal vez estaríamos a salvo hasta el final de la guerra.

Recuerdo que aquel martes estuve con Emil, aquel chico pelirrojo que vivía al lado de la plaza del Ayuntamiento, en una casa vieja con chimeneas negras y muy altas, parecidas a las almenas de un castillo. Emil tenía dos hermanas más pequeñas y, como era Carnaval, las dos se habían disfrazado para celebrar la fiesta con algunos niños de la vecindad. El salón estaba lleno de serpentinas y la madre de Emil entraba y salía con fuentes de buñuelos, esforzándose en atender a todos y evitar que los niños hicieran algún destrozo. Al marcharme de allí para volver a casa, decidí dar un rodeo y cruzar el Grosser Garten antes de coger el tranvía. Hacía tiempo que no pasaba por aquel lugar y me quedé sorprendido al ver el parque transformado en un enorme campamento. Miles de personas se hacinaban en tiendas de campaña. Había gente de todas las edades y familias enteras que, por el momento, no habían podido encontrar mejor acomodo.

Después de atravesar media ciudad en el tranvía de Löbtau, llegué a casa de noche. Me tendí sobre la cama y estuve ojeando algunas revistas, mientras escuchaba un programa de radio que transmitían la noche de los martes. Empezaba a quedarme dormido, cuando el programa se interrumpió y empezaron a emitir una señal muy aguda. Me incorporé sobresaltado y, al cabo de unos segundos, escuché la voz del locutor alertando a los oyentes ante la inminencia de un ataque aéreo. No me importa confesaros que sentí mucho miedo. Salí a la escalera temblando como un flan y llamé a casa de Röeder, un mecánico que vivía en el piso contiguo al nuestro. Röeder trabajaba en los ferrocarriles y era un tipo amable, siempre dispuesto a echarnos una mano. Él también había oído la alarma, pero parecía tranquilo y dijo que lo mejor era bajar al sótano de la casa, aunque me aseguró que no tenía motivos para estar asustado; nos encontrábamos alejados de cualquier zona que pudiera ser objetivo militar, no existían fábricas en los alrededores, y la estación de ferrocarril se hallaba a más de diez kilómetros hacia el sur de la ciudad. Pasé a su casa, mientras él cogía unas mantas, y ya íbamos a salir cuando el cuarto se iluminó súbitamente, como si en un momento se hubiera hecho de día. Me acerqué sorprendido a la ventana y pude contemplar un espectáculo que nunca olvidaré; era... bueno, la verdad es que no sé cómo explicarlo... tuve la sensación de volver a estar en Navidad. Sobre los tejados caían cascadas de luz, una luz muy blanca que brotaba del cielo oscuro de la noche, envolviéndolo todo en un resplandor maravilloso. Allí estaba yo, embobado, con la cara pegada a los cristales, pero el mecánico me cogió por un brazo y dijo que teníamos que bajar enseguida al sótano. En la escalera se había congregado ya mucha gente; algunos, a medio vestir, iban de un lado para otro en medio de una gran agitación. Recuerdo a una anciana del tercero, que nos miraba aturdida sin decidirse a salir de su casa, y al señor Schultz, el empleado de Correos, corriendo en bata y zapatillas escaleras abajo. Según dijo Röeder, la aviación inglesa estaba lanzando bengalas de luz blanca para situar los objetivos. Seguro que las bombas no se harían esperar.

Ya en el sótano, oímos las primeras explosiones. Al principio, eran como truenos lejanos que retumbaban a intervalos regulares, pero pronto comenzaron a fundirse en un bramido sordo, cada vez más potente, que hacía temblar los muros. Empezaron a caer del techo trozos de ladrillo, llenando el aire de polvo. La gente gritaba y yo me quedé encogido en un rincón, más muerto que vivo, casi sin atreverme a respirar. No sé cuánto tiempo duró aquello. Poco a poco las explosiones se fueron espaciando, y cuando nos decidimos a salir del sótano vi que Röeder tenía el pantalón manchado de sangre; se dolía de una rodilla y andaba con dificultad. Ninguna bomba había alcanzado nuestra casa, pero al final de la calle podía verse un gran cráter por donde el agua salía a borbotones, sacudiendo los cables del tranvía que colgaban entre montones de escombros. A lo lejos se oían sirenas de ambulancias y una gran columna de humo ascendía desde el centro de la ciudad. Alguien nos dijo que en una sala de cine junto a la Bremenplatz se había improvisado un hospital de campaña para atender a los heridos, así que me encaminé hacia allá con el mecánico, quien avanzaba a duras penas apoyándose en mí. Las calles estaban llenas de gente que huía hacia los distritos del norte, donde no había llegado el bombar-

deo. En el cine había cientos de heridos y pasó mucho tiempo hasta que un médico se acercó para examinar la pierna del mecánico. Después de desinfectar y vendar la herida, le dijo que no debía moverse durante unas horas. Röeder estaba agotado; le ayudé a tenderse en un rincón y decidí quedarme allí el tiempo que fuera necesario.

Serían la una o las dos de la madrugada, cuando se oyeron varias explosiones muy cercanas, a las que siguió una tremenda sacudida. Los cristales saltaron en pedazos y se derrumbó parte de la techumbre. La confusión era indescriptible. Algunos heridos intentaban alcanzar la salida del cine, arrastrándose entre trozos de vidrio y columnas carbonizadas. Busqué a Röeder, pero había desaparecido bajo un amasijo de hierros. Salí de allí como pude. Enfrente del cine se veía una casa en llamas a la que le faltaban los últimos pisos; me produjo la impresión de que algún gigante enfurecido la había partido de un hachazo. Hacia el sur se oía un borboteo ronco, como si un inmenso caldero hirviese con violencia. La ciudad estaba sufriendo otro ataque aéreo.

No sé bien lo que pasó después. Recuerdo vagamente a la gente que huía hacia el norte, tratando de alcanzar el río. Surgían incendios por todas partes, el calor era espantoso y soplaban ráfagas de un viento abrasador que me impedía abrir los ojos, obligándome a avanzar a tientas entre los escombros. Tuve la sensación de que todo aquello no era real, como si me viera a mí mismo dentro de un sueño huyendo entre jirones de niebla viscosa, mientras cientos de aviones zumbaban sobre la ciudad en llamas. En mi imaginación, los pilotos ingleses apenas conservaban apariencia humana. No tenían rostro y sus movimientos sugerían una precisión propia de máquinas. Máquinas capaces de destruir sin la menor vacilación todo lo que estuviera a su alcance, autómatas implacables de quienes no era posible escapar.

Ignoro cómo pude conseguirlo, pero al fin me encontré cruzando el Elba por uno de los puentes que no habían alcanzado las bombas, y después alguien me subió a un camión lleno de heridos en el que llegué hasta Neustadt in Sachsen, a unos 30 Kilómetros hacia el norte. Estaba amaneciendo y sobre el pueblo caía una lluvia de cenizas procedente del lejano incendio. En las horas siguientes, Dresde todavía sufrió dos ataques más...

Han pasado muchos años de aquello, pero la huella del horror no se borra de mi memoria. Mil veces me he repetido que el bombardeo de Dresde fue un episodio más de la guerra, una de tantas calamidades que marcaron una época dominada por el odio y la violencia, algo ya lejano que querría dejar enterrado en lo más profundo de mi ser. Pero ¿cómo olvidar lo que ocurrió aquella noche? La aviación británica atacó sin tregua, lanzando sobre nosotros miles de bombas incendiarias, hasta que la ciudad desapareció envuelta en llamas, y el cielo se tiñó de rojo como si una aurora fatídica se adelantara para anunciar el triunfo de la muerte. Las altísimas temperaturas provocaron un huracán de fuego, con vientos que giraban a más de doscientos kilómetros por hora, y aquel monstruoso remolino succionó hacia su interior todo lo que encontraba, ya fueran automóviles, restos de edificios, árboles o seres humanos. En el perímetro central de Dresde, el agua hirvió en los estanques y grandes estructuras metálicas se derritieron como si fueran de cera. Más de cien mil personas perecieron en aquella orgía de fuego, abrasadas, reducidas a manchas de grasa sobre el pavimento ardiente, asfixiadas en los refugios por los gases tóxicos y la falta de oxígeno.

Soy ya viejo y sé que sólo el olvido podría aliviar mi carga. El mundo va cambiando, pero los hombres seguimos siendo incapaces de renunciar a la violencia; parece como si nunca nos faltaran razones para justificar las mayores infamias, los actos más odiosos. Razones, palabras... estoy cansado de ellas, ninguna tiene el poder de ahuyentar mis recuerdos. El horror nada sabe de razones, nos ahoga con su abrazo y susurra al oído preguntas sin respuesta. No, las palabras no me sirven. Ya sólo espero el olvido, el silencio.

© Carlos Montuenga

El autor:

Carlos Montuenga (Madrid, 1947). Doctor en ciencias. Colabora con artículos y relatos en publicaciones de comunicación social, tales como *ETC Magazine* (Buenos Aires) en espacios literarios como *Vorem*, *Margen Cero*, *Ariadna* (Asociación de Revistas Electrónicas de España), *Revista Amalgama*, *Revista Voces* y en portales de la red dedicados a la difusión de la filosofía y el humanismo como *La Caverna de Platón* y *Liceus*.

PRESENTIMIENTO

por Julio Blanco García

A mi hija

Para mí no tenían razón de existir la cristolamancia, la libanomancia o la oliomancia: los espejos pulidos negros, el incienso o los ladridos prolongados de los perros no me decían nada, absolutamente nada. Ni siquiera conocía los principios de la hipomancia, el arte celta de adivinar el futuro a partir de los relinchos y escarceos de unos caballos blanquísimos, criados con esmero y veneración en los bosques sagrados irlandeses.

¿Existen fuerzas, dentro o fuera de nosotros, que nos advierten de las desgracias? En este plomizo día de verano, cuando desalentada y con los ojos enrojecidos por el llanto contemplo la blanca lápida de mármol que protege los restos de Rebeca, confieso tener mis dudas.

Aquella tarde, lo recuerdo muy bien, sucedieron cosas extrañas. Me encontraba tumbada encima de mi cama leyendo «El corazón delator» de Poe. Frente a mí, sobre la pared, los amantes de «El beso» recreaban, incansables, sus caricias de pan de oro. En el aire flotaba el humo de incienso y la minicadena reproducía una jubilosa canción de Milladoiro. La música colorista de este grupo gallego me suena diferente cada vez que la escucho, por eso no me extrañó oír por primera vez, mezclado con sus notas, el apacible relincho de unos caballos.

Aún era temprano para que, como todos los viernes, Rebeca montara en el coche que su padre le había regalado al ingresar en la universidad y recogiera a Silvia en Las Casetas, un pueblecito situado a diez kilómetros de Zaragoza. Desde allí, alrededor de las nueve de la noche, vendrían a buscarme y juntas iríamos a escuchar música y a bailar a un nuevo garito del Casco.

Rebeca y Silvia eran mis mejores amigas, mis cómplices de los años de infancia y adolescencia, y ese afecto se prolongaba a nuestras respectivas familias. A mis padres les caían especialmente bien los de Silvia y apreciaban mucho a los de Rebeca.

«De pronto, como respondiendo a sus palabras, se abrió la puerta con un tétrico chirrido y por el hueco penetró un tremendo alarido que nos taladró el alma. Como por encanto apareció en el umbral, flotando, la oscilante llama de un grueso velón seguida de una siniestra figura blanca.»

La desventurada Rebeca difícilmente se tomaba algo en serio. Sin embargo, una de sus mayores aficiones era la literatura de terror. Le chiflaban, por ejemplo, las inquietantes novelas de Stephen King. Su contradictorio carácter era una simbiosis de ambas aficciones. Recuerdo el día que cumplió nueve años. Al terminar la clase nos reunimos en su casa, ella, dos primas suyas, una vecinita llamada Vanesa, Silvia y yo. Dueñas las seis de la espaciosa cocina bebimos naranjada, comimos ganchitos y patatas fritas y devoramos unos montaditos deliciosos de crema de chocolate, mientras reíamos hasta soltar lágrimas, gritábamos como energúmenas y nos encorríamos alrededor de la mesa y entre las sillas. Al rato, agotadas por el ajeteo, nos dejamos caer en el suelo como sacos de grava. Después, a más tranquilas, Rebeca entonó nuestra canción. Silvia y yo la seguimos, luego todas las demás...

Puede decirse que nos lo estábamos pasando en grande. Inesperadamente nos quedamos a oscuras. Muertas de miedo, quisimos salir de la cocina en busca de nuestros padres y la puerta se cerró de golpe delante de nuestras narices. No sabíamos qué hacer. Entonces advertimos que faltaba Rebeca. «¡La han raptado!», gritó una de sus primas. De pronto, como respondiendo a sus palabras, se abrió la puerta con un tétrico chirrido y por el hueco penetró un tremendo alarido que nos taladró el alma. Como por encanto apareció en el umbral, flotando, la oscilante llama de un grueso velón seguida de una siniestra figura blanca. No habíamos reaccionado, cuando la aparición se dirigió hacia nosotras

ululando tenebrosamente y esparciendo una desagradable pestilencia. No me cabía duda: allí, delante de nosotras, teníamos a un enviado del Infierno. Pensarlo y comenzar a hipar como una condenada fue todo uno. Silvia, por su parte, había roto a llorar; las primas, incrédulas, se frotaban los ojos frenéticamente; y Vanesa, en cuclillas, soltaba un imparable pis que se filtraba sin dificultades por su rosada braguita de algodón mojando el dibujo de Snoopy.

La aparición comenzó a dar vueltas y más vueltas a nuestro alrededor, vociferando palabras mágicas ininteligibles. Tan espantadas estábamos que las cinco nos abrazamos en un ovillo. Ni siquiera nos atrevíamos a movernos por temor a que aquel avieso fantasma nos remitiera al inconmensurable fuego eterno. De repente volvió la luz y el especto comenzó a reír con la cantarina risa de Rebeca. Al quitarse la sábana de encima y mostrarnos, burlona, la caja de las bombas fétidas, comprendimos. ¡Cuántas de ésas me gastó, la desdichada!

Aquella tarde, la tarde de Poe, cuando esperaba que vinieran a recogerme, sucedieron hechos significativos. Sin embargo, no me llamaron la atención ni mucho menos los horribles aullidos del violento mastín de nuestro vecino ni que coincidieran justamente con el repentino silencio de la música de Milladoiro. Se había terminado la última canción del disco compacto deduje, así que le di la vuelta y me dispuse a continuar la audición. Entonces los instrumentos comenzaron a sonar con inarmónica estridencia, mientras se escuchaban relinchos desaforados. Aquella estrambótica titiritaina me hizo pensar que el disco se había estropeado y paré el aparato. Entonces reparé en que la barrita de incienso no ardía. Me dispuse a encenderla, pero en ese instante sonó el teléfono.

«Un escalofrío sacudió mi cuerpo y el auricular, como una anguila, se me escurrió de la mano. El suelo, el techo, las paredes y los muebles, comenzaron a moverse a mi alrededor...»

Me levanté rezongando, entré en el salón y descolgué el auricular.

–Laura, soy yo: Rebeca –era la misma voz de aquellos días del pasado otoño en que fue asaltada por una fiebre de elefante, aunque no tenía aquel acento lastimero–. ¿Me escuchas...?

–¿Qué quieres? Falta poco para vernos.

–De eso quería hablarte... –una intensa resonancia, como un extraño eco, daba a su voz una gravedad recóndita; así no sonaba su voz desde el teléfono de su casa; tal vez se encontraba en el escenario del nuevo garito, cerca de algún micrófono–. Lo siento, pero no puedo ir a recogerte, Laura.

–¡No fastidies! El taxi me va a costar más de seis euros...

–No me vas a ver más –lo dijo con el mismo tono sombrío e imperturbable de antes–. Estoy muerta.

Un escalofrío sacudió mi cuerpo y el auricular, como una anguila, se me escurrió de la mano. El suelo, el techo, las paredes y los muebles, comenzaron a moverse a mi alrededor...

–Laura: ¿sigues ahí?

–Sí, Rebeca, sí... –logré responder a duras penas–. Por favor, no me gastes estas bromas...

–Desgraciadamente no es una broma. ¿Sabes que tenía que ir a Las Casetas a recoger a Silvia? Pues bien, de camino, al llegar a la altura del desvío de Monzalbarba, un camión que iba a acceder a la autovía se ha saltado la parada obligatoria y se ha echado sobre mi coche, lo ha aplastado y lo ha convertido en una gigantesca hoguera. Pero no te preocupes: no he sufrido. He muerto instantáneamente y el fuego no ha hecho más que convertir mi cuerpo en cenizas. Te llamo para despedirme. ¡Adiós, Laura, hasta siempre!

–¡Rebeca, por favor...!

Conseguido su objetivo de sobrecogerme había llegado el momento de soportar sus ruidosas carcajadas, su risa loca. Pero en esa ocasión sólo escuché el clic del auricular al ser colgado.

Cuando volví en mí me encontré mirando el aparato telefónico como una tonta. Solté un taco y me rebelé contra mi propia ingenuidad. ¡Otra vez había conseguido asustarme, la muy...!

En la cocina, entre sollozos de rabia, relaté a mi madre la conversación que acababa de mantener.

–No seas infantil, cariño. Sólo es una broma. No debes ponerte así.

–¡Esa tía está como una cabra! ¡Y yo estoy harta! De sus bromas y de mi incapacidad para mandarla a hacer puñetas cuando se pone así. Pero, ¿y si lo que me ha contado hubiera sucedido realmente?

–¿Desde cuándo los muertos llaman por teléfono? –aseveró mi madre mientras ponía algo de orden en mi alborotado cabello–. No obstante, ¿quieres salir de dudas...?

–¡Claro que sí!

–Llámalas por teléfono.

–¿Y si lo coge...?

–Fantástico: es que está viva.

–¿No lo entiendes? Se burlará de mí.

–Eso no tiene importancia.

–¿Y si cogen el teléfono su padre o su madre? No voy a soltarles la tontería de que su hija ha llamado diciendo que ha muerto. Les podría dar algo.

–En ese caso haz lo de siempre: salúdales y pregunta por ella.

Era una buena idea, así que marqué su número de teléfono. Sonó cuatro interminables veces antes de que alguien descolgara el auricular.

–Diga... –era la voz de Rebeca, su voz de siempre...–. ¡Diga! –gritó impaciente–. ¿Quién puñetas llama?

–Soy Laura. ¿Estás bien...?

–¡Claro! Pero, ¿por qué gimoteas...?

–No es nada... Dime la verdad, por favor: ¿me has llamado por teléfono hace un momento?

–¿Para qué iba a llamarte, si nos vamos a ver dentro de un rato?

–¡Júralo!

–Eres una pesada, joder.

–¡Júralo por Dios!

–Bueno, lo juro. ¿Pero a qué viene todo esto?

–Luego te contaré. Alguien me ha gastado una broma de mal gusto, pero cuando lo descubra se va a enterar –lo remaché con intención, para darle a entender que si había sido ella y le daba por reírse de mí no iba a salir de rositas.

–Enseguida estamos ahí. ¡Hasta luego!

Colgué el auricular carialegre mientras mi madre, arqueadas las cejas y ladeada la cabeza, esperaba complacida mi reacción. No abrí la boca, pero deposité en su mejilla el beso más sonoro que he dado en mi vida. Luego me metí en mi habitación y quise encender la barrita de incienso. Mis intentos resultaron inútiles: la barra se había vuelto refractaria al fuego. ¿Qué podía pensar? Nada especial: que había cogido humedad. Me olvidé del incienso y puse en marcha otra vez la minicadena sin recordar que, poco antes, el disco compacto sonaba fatal. Enseguida caí en la cuenta e iba a pararlo cuando la música de Milladoiro comenzó a sonar, esta vez evocadora y luminosa. ¿Qué había pasado? No lo sabía, pero tampoco le di mayor importancia porque nunca me había sentido tan bien como en aquel momento. De un salto me eché sobre la cama. Quería a todo el mundo: a la puñetera de Rebeca, a Rocío, a mi madre, a mi padre, a las monjas, sí, también a las monjas, a todas, no sólo a las que me caían bien, sino también a sor Inés. Quería hasta al portero de casa, un tío antipático y poco complaciente, licenciado en incultura, que me trataba con el mismo afecto que a una cucaracha. Reconfortada con estos pensamientos y acunada por la música me quedé dormida.

Al despertar me di una ducha y me encaré con el espejo. Lo vi más negro, más profundo y más bru-

«Colgué el auricular carialegre mientras mi madre, arqueadas las cejas y ladeada la cabeza, esperaba complacida mi reacción. No abrí la boca, pero deposité en su mejilla el beso más sonoro que he dado en mi vida.»

ñido que nunca. Mirando a su través mi habitación parecía más profunda y más oscura, el techo se había elevado y a izquierda y derecha las paredes se inclinaban peligrosamente. Entonces creí distinguir un bulto con forma humana que se movía, que se me acercaba y trataba de decirme algo. Me volví asustada, sin saber si gritar o echarme a correr, pero enseguida salí del error: aquel bulto era mi bata, moviéndose Dios sabe por qué extraña corriente de aire. Esto, tal vez por efecto de mi incredulidad, tampoco mereció mi consideración en aquel momento. Me retoqué la pintura de los ojos, puse algo de color en mis mejillas y perfilé de oscuro mis labios, todo ello a tono con el vestido fucsia que iba a lucir. Terminé de arreglarme a las nueve menos cinco, justo a tiempo. De un momento a otro sonarían los tres timbrazos del portero electrónico y, sin contestar, bajaría de dos en dos los peldaños que me separaban de la calle y me metería en el coche de Rebeca, rumbo a unas horas de felicidad.

Cuando pasaban algunos minutos de las nueve de la noche, el timbre todavía no había sonado. Como estaba impaciente por convertirme en la reina de la noche, paré la música y sin recoger las cosas –mañana mi padre me echará la cantada, pensé–, besé fugazmente la frente de mi madre y me dispuse a esperar en la calle a mis amigas. Por la calzada no circulaba ningún vehículo y las aceras estaban solitarias. Transcurrieron los minutos y todo seguía igual, parecía que yo era la única habitante del planeta. Ese pensamiento me estremeció sin saber por qué... ¡Y el coche de Rebeca no venía! ¡Entre unas cosas y otras estaba hasta el moño de ella! ¡Me iba a oír!

«Mirando a su través mi habitación parecía más profunda y más oscura, el techo se había elevado y a izquierda y derecha las paredes se inclinaban peligrosamente. Entonces creí distinguir un bulto con forma humana que se movía, que se me acercaba y trataba de decirme algo.»

Cuando eran las nueve y media en el reloj de la caja de ahorros, alguien posó su mano en mi hombro. Al volverme no vi a nadie, pero una fuerza intensa y apenas perceptible me obligó a caminar hacia el escaparte de la librería. Detrás del cristal, reposando sobre un magnífico atril de madera de caoba, descansaba un gran libro, un hermoso libro, encuadernado con tapas de cuero. Estaba abierto por su mitad y recogía los mitos y leyendas de la cultura celta. A pesar de la deficiente iluminación pude contemplar, magníficamente fotografiado a doble página, el gigantesco caballo blanco de Uffington, tallado sobre el suelo de creta y rodeado de brillante verdor. En ese instante me deslumbró la blanquísima luz de un flash de origen desconocido, mientras envolvía mi cuerpo un soplo de gélido viento y un relincho so-

segado y lejano buscaba acomodo en mis oídos. Presa de indescriptible desasosiego penetré corriendo en el patio, subí deprisa las escaleras y ya en el salón, marqué el número de teléfono de Rebeca. Sonó hasta seis veces. ¿Qué coño pasaba en aquella casa que nadie se dignaba coger el teléfono? Desesperaba ya, cuando escuché tremendamente cansada, la voz del padre de Rebeca.

–Sí...

–Soy Laura.

Zenón dejó escapar un sollozo.

–¿Qué ha pasado? –susurré, mientras dos gruesas lágrimas resbalaban lentamente por mis mejillas.

–Rebeca ha tenido un accidente. Una furgoneta ha embestido a su coche por detrás...

–¿Y cómo se encuentra? –pregunté, anhelante, deseando equivocarme.

–Ha muerto desnucada....

© Julio Blanco García

El autor:

Julio Blanco García (Barcelona, 1945), reside en Zaragoza desde hace muchos años. Ensayista e historiador, ha obtenido el Premio de Ensayo e Investigación de la Delegación del Gobierno en Aragón (2003). Dramaturgo, escritor de relatos y articulista, colabora en diarios y revistas impresas y digitales, y en emisoras de radio y cadenas de televisión. También es conferenciante y recientemente se ha iniciado en la edición de libros.

TRES CUENTOS DONDE APARECE DIOS

por Ricardo Bernal

NAUFRAGIO

Hasta donde alcanza la vista, el océano está cubierto de cajas oblongas, baúles, cofres herrumbrosos; todos cerrados con llave o con cadenas y candados de bronce. Las olas los mueven en una alucinante danza, y la luna, amarilla y menguante, vierte una líquida telaraña de luz sobre la escena. Nosotros permanecemos en la isla, hablamos poco, nunca nos miramos: sabemos que ningún barco vendrá a recogernos. La única salida: caminar de baúl en baúl, brincar de caja en caja con el miedo revoloteando alrededor de nuestras cabezas y el hambre como un cangrejo destrozándonos las tripas. Entonces la mano de Dios, brutal, incandescente, surge de entre las nubes y nos arroja un racimo de llaves.

RELOJERÍA

En la parte superior del reloj de arena: ciudades milenarias rodeadas por desiertos de lumbre sólida, soles agudos que calcinan huesos de estegosaurios, caravanas de camellos sedientos y esclavas vendidas mil veces. En el centro: un hoyo de arenas movedizas que arrastra hacia el infierno a todo aquel que osa acercarse demasiado...

En medio del reloj de arena: granos que caen, cada grano una vida, un planeta, una galaxia que muere para reencarnar en otro plano.

En la parte inferior del reloj de arena: océanos sin islas ni continentes, monstruos marinos devorando monstruos marinos, un esquizoide barco fantasma bailando al compás de mareas abstractas. Dentro del barco: un camarote, dentro del camarote: una mesa, encima de la mesa: un mapa carcomido y la única foto de Dios: sonriente, barbado, sudoroso y enrojecido, mirando de frente a la cámara y saludando desde la entrada de la relojería.

CUERDAS

Todos los gurús, hierofantes y monjes están de acuerdo: para alcanzar el Reino de los Cielos hay que trepar por las cuerdas que cuelgan desde lo alto. Una cuerda para cada quien, personal, intransferible. Sin embargo, desde hace varias semanas numerosos monstruos bajan por las cuerdas e invaden los bosques, las islas, las ciudades. Se alimentan de carne humana, beben sangre fresca directamente de las venas, nunca duermen. En la desesperación, hombres temerarios encuentran algunas cuerdas libres, pero al trepar pronto descubren, a veces a varios kilómetros del suelo, que un nuevo monstruo baja, hambriento, vertiginoso, apocalíptico. Nadie hubiera imaginado este final... la luz del sol es más tenue cada día; la enorme luna madre pare nuevas lunas cada noche: por cada ser humano hay ahora veinte monstruos.

Arriba, en las praderas del Cielo, Dios también corre de un lado a otro buscando una cuerda libre.

© Ricardo Bernal

El autor:

Ricardo Bernal. Nació en la ciudad de México, 1962. Es egresado de la Escuela de Escritores de la SOGEM. Ha sido becario del FONCA y del Instituto Quintanarroense de Cultura. Ha ganado diversos premios literarios, entre ellos el Premio Nacional de Poesía "Sor Juana Inés de la Cruz", y el Premio Nacional de Cuento "Salvador Gallardo Dávalos". Imparte cursos de literatura fantástica, horror y ciencia ficción desde 1993. Es director del consejo editorial de la revista La Mandrágora. Es asesor del Instituto Mexicano de Psicología Profunda. Actualmente coordina el Diplomado de Literatura Fantástica y Ciencia Ficción en la Universidad del Claustro de Sor Juana, y el Laboratorio de Cuento Fantástico en la Casa de Cultura "Jaime Sabines". Entre sus publicaciones se encuentran *Ciudad de telarañas*, *Lucas muere*, *Torniquete de avestruces* y *Lady Clic*.

LOS LIBROS Y LA NOCHE

por Gabriel Urbina

La segunda mañana de agosto comenzaba calurosa. Una insólita asociación de ideas hizo que el tacto suave de los anaqueles de aquella biblioteca laberíntica le acercara a la memoria el Liceo Calvino de Ginebra. Era temprano, pero la noche se alojaba entre sus recuerdos como un sol negro entre nubes luminosas. Inspiró con fuerza, inhalando el perfume de las palabras que dormían en hileras interminables de libros, y continuó paseando, despacio, por las galerías de su paraíso cerrado.

Habían pasado varios minutos cuando se acercó con determinación a uno de los estantes y tomó un libro. Era un tomo reciente, amplio, de encuadernación esmerada, cuyo tacto flexible denotaba su frecuente lectura. Caminó con paso celoso hacia uno de los extensos escritorios que cruzaban la sala central y se sentó, dejando el libro sobre la mesa vacía. Lo abrió sin mirarlo, al azar, y comenzó a pasar las páginas hacia delante y hacia atrás, sin bajar la mirada, declinando su lectura.

Abría y cerraba el libro una y otra vez, sin premeditación, y dejaba que su mano se detuviera en una página cualquiera, para acariciarla con los dedos. El aire, agitado por el movimiento de las hojas, se llenaba de olores y añoranzas.

Recordó, primero, una habitación espaciosa en la que un niño, de bruces en el suelo, jugaba a construir castillos con libros ingleses. Entonces, el silencio de la inmensa biblioteca dejó entrar, como un sonoro destello, la voz melodiosa de su padre, y esta segunda evocación lo mantuvo inmóvil, cauteloso, durante unos segundos. De pronto, el respaldo de la silla crujió un instante, y la voz del padre se desvaneció, ahogándose en el inoportuno quejido del asiento. Volvió a la realidad del tiempo y el espacio, a la sala apagada y silenciosa, al libro abultado que le revelaba recuerdos en lugar de palabras.

«Abría y cerraba el libro una y otra vez, sin premeditación, y dejaba que su mano se detuviera en una página cualquiera, para acariciarla con los dedos. El aire, agitado por el movimiento de las hojas, se llenaba de olores y añoranzas.»

Comenzó a reflexionar sobre la irracional voluntad de la memoria, que saltaba, incongruente y absurda, entre recuerdos desordenados, aferrándose a unos y excluyendo a otros. Sonrió, comprendiendo que su memoria y sus dedos actuaban movidos por la misma incoherencia extraordinaria. La memoria saltaba entre los recuerdos como los dedos entre las páginas del libro, sin ningún propósito comprensible. Después, dedujo que si memoria y dedos estaban relacionados, sus recuerdos serían como las páginas de aquel libro: eternos, pues podía volver a ellos un número ilimitado de veces, como infinitas veces podía señalar su dedo la misma página del libro. Tenía que existir alguna ley sobrenatural, metódica y exacta, que guiara los caprichos secretos de la memoria y coordinara los movimientos aparentemente insensatos de sus dedos.

La meditación desembocó en aquel momento en una visión inquietante: interminables galerías simétricas, todas idénticas y repetidas, repletas de libros en blanco. Libros y más libros de diversa forma y tamaño, sin letra impresa, sin historias, sin sentido. Pero, ¿por qué su mente los definía como libros?, ¿qué era un libro?, ¿no necesitaba letras, palabras, ideas? Si todo libro conduce a su fin, que no es otro que el espacio en blanco que aparece después de la última palabra, aquellos libros de su visión no conducían a su fin, eran su propio fin.

En ese preciso instante descubrió que el libro que estaba entre sus manos podía estar vacío también, pues él no lo leía, y sin embargo, no le hacía falta leerlo para intuir sus palabras. Disipó esta incómoda ofuscación con un leve movimiento de cabeza y buscó refugio en otras imágenes más claras.

No tardó en encontrarlas: al principio, una enrevesada calle de Italia; después, el rostro pálido y

hermoso de Leonor, su madre; más tarde, llegaron a su mente los días en que su padre le hablaba de Conrad, de Wells y de una isla repleta de piratas y peligros. Casi con torpeza, su imaginación tropezó con una confitería en la que estaban reunidos quince o veinte congresales, alrededor de una larga mesa. Intentó recordar el preciso momento en que había vivido aquella escena. No lo consiguió. Pensó entonces que su memoria retenía con la misma fuerza las experiencias vividas y las soñadas, y que sería imposible, con el paso del tiempo, diferenciarlas.

Continuó abriendo y cerrando el libro con movimientos mecánicos, pero seguía sin mirarlo. Intentaba absorber sus palabras mediante métodos inconcebibles: quería respirarlas, tocarlas; deseaba oírlas, beberlas, soñarlas.

El delirante esfuerzo le llevó a otros lugares, a otros momentos, pero esta vez las formas dibujadas por su intelecto eran excepcionales: una casa sin puertas, sin techo, donde moraba un ser maravilloso de doble naturaleza; un rey de fuego y un caballo cambiante; seres primitivos que habían alcanzado la inmortalidad; una serpiente de dos cabezas; un espejo de tinta donde se proyectaban todos los sueños y deseos; un punto, al fin, en el que cabían la aurora y el mar, los laberintos y las pirámides...

Sonreía. Comprendió que no eran muchos los seres que habían vivido esos milagros invisibles, ocultos en las palabras. Se sabía privilegiado, diferente. Resonó su reloj con un eco perturbador y se acordó entonces de que era el director de la biblioteca. El tiempo no se detenía, ni siquiera en aquel edén silencioso, y ya era la hora de abrir la Biblioteca Nacional de Buenos Aires.

«Había heredado de su padre los libros y la noche, la luz y la ceguera. Por esta herencia contradictoria, jamás sus palabras estuvieron más llenas de luz como en medio de su noche interminable, bajo el negro sol que se posaba entre sus recuerdos luminosos.»

Jorge Luis Borges se levantó del asiento y tomó el libro que su propia imaginación había forjado, colocándolo en su sitio, entre *La historia de la eternidad* y *El libro de arena*. Con el cuidado al que le obligaba su ceguera, tomó el bastón y desahizo el camino que antes había recorrido. La noche volvió a sustituir sus pensamientos luminosos. Entonces, se dirigió, lentamente, hacia la puerta.

Pronto ocuparían la sala susurros y movimientos. Estudiantes cansados, eruditos y lectores llenarían aquel espacio de suspiros y tropiezos, pero él había podido disfrutar, una mañana más, de la quietud imperturbable de una biblioteca cerrada en la que se materializaban todos sus recuerdos. Volvió a evocar por un instante el Liceo Calvino y pensó antes de abrir que algún día, pronto, regresaría a Ginebra. Quería morir allí.

Había heredado de su padre los libros y la noche, la luz y la ceguera. Por esta herencia contradictoria, jamás sus palabras estuvieron más llenas de luz como en medio de su noche interminable, bajo el negro sol que se posaba entre sus recuerdos luminosos.

No necesitaba leer las palabras de un libro, todos los libros estaban en él. El universo, el sentido de la vida, la continua erosión del tiempo, eran misterios incomprensibles; su ceguera no: si un alma resplandece en toda su plenitud, el mundo exterior se eclipsa irremediabilmente.

© Gabriel Urbina

El autor:

Gabriel Urbina Sánchez (San Fernando, Cádiz, 1979). Licenciado en Filología Hispánica y Filología Francesa por la Universidad de Cádiz. Es profesor de Lengua castellana y Literatura en la Enseñanza Secundaria. Como escritor, su obra ha sido premiada y publicada en certámenes como el Certamen Internacional de relatos cortos «El Fungible» (Ayuntamiento de Alcobendas, Madrid, 2003) o el Certamen Internacional de relatos cortos «Letras del Sur» (Ayuntamiento de San Roque, Cádiz, 2005). Uno de sus relatos ha sido traducido al lituano y publicado por la revista semanal cultural lituana «Nemunas» (Número 76, Artículo 1336) también disponible en versión digital.

UN FUSIL EN LA HOJARASCA *

por Óscar Bribián

El muchachito Rubén Mosquera esperaba, quieto como un demonio expectante, escondido tras los bejucos y los pequeños helechos, igual que una serpiente encañonando con la mirada al grupo de militares. Pero el veneno de Mosquera era distinto, su veneno olía a pólvora, y con la pólvora en los cartuchos de su vieja M-16 el joven se mantenía enérgico, con ganas de que le pasase toda una tropa por el frente para aniquilarla. Sabía que los enemigos no lo distinguirían allí, acostado en lo alto del terraplén, con la mirilla de su fusil asomando oculto entre la hojarasca como una espina de muerte. Sentía cómo las raíces de los árboles y las plantas se confundían con su uniforme camuflado, y ni siquiera los pájaros delataban su posición.

La enorme cicatriz que exhibía en la mejilla se le irritaba con la humedad, recuerdo del mismo machete que había segado la vida de sus padres y su hermana. Hacía un año había descrito en una carta cómo había llegado a aquella situación, con letra indescifrable y parco lenguaje. Apenas sabía escribir correctamente cuando la redactó, aunque era más de lo que podría saber ahora, porque él ya no rondaba la escuela hace mucho y no practicaba con las letras o los números más allá de leer algún cartel publicitario, o tal vez tachar los días en el calendario para recordarse a sí mismo y en secreto los días que faltaban para su próximo cumpleaños. El manejo del bolígrafo o el lapicero no le resultaba ahora más fácil que aprender a manejar una nueva arma. Todas funcionaban de una forma semejante, y Rubén las adoptaba con una habilidad innata, instintiva. Recordaba que de niño había leído y escuchado algunos cuentos, pero de eso hacía ya muchas lluvias. Ahora sólo escuchaba la radio en el campamento, las canciones de Shakira y Baute que siempre le recordaban a su hermana bailando en una niñez arrebatada.

Todavía guardaba aquél manuscrito en su zurrón, plegado y humedecido con la tinta algo corrida, que le servía para recordar sus orígenes. Hacía más de un año que había decidido ir a la ciudad de Santa Marta, sobre el Mar Caribe, para buscar al único tío que le quedaba sobreviviente de las masacres que arrasaron con su familia. Pero el hermano de su padre había cambiado de domicilio y nadie supo decirle a dónde se marchó exactamente. Estuvo también en Barranquilla, otra ciudad de la costa atlántica, buscando en balde después de una azarosa travesía en una caravana de lanchones por el río Sinú. Al cuarto día de salir de Barranquilla el grupo de viajeros con el que recorría la costa norte colombiana fue atacado por la guerrilla. Rubén tuvo nuevamente suerte y salió ileso de la emboscada, aunque fue hecho prisionero. No hubo recompensa posible por él porque ningún familiar iba a responder ante el secuestro. Entonces los oficiales atacantes le ofrecieron adiestrarlo en el uso de las armas y pagarle un salario quincenal si se les unía, y el muchachito Mosquera, con la mirada huidiza y el pelo salvaje, pensó: «Con doce años ya estoy en edad de ganar algún dinero».

Desde su posición podía volver la vista y escudriñar a través de la fronda cómo la niebla matinal que nacía del páramo se adhería a la montaña. Volvió a concentrarse en su objetivo. El grupo de soldados avanzaba raudo sobre la hojarasca, apartando el ramaje con sus fusiles y machacando el suelo con sus botas militares como ganado pesado. Sin duda no esperaban una emboscada. Mientras Rubén Mosquera los acechaba oía a los pájaros graznar nerviosos, como si quisieran advertir al enemigo de su presencia. Eran seis en total, pocos para ser descubiertos en la inmensidad de la selva, pero el joven guerrillero había recibido el aviso de que pasarían tarde o temprano por aquella senda,

«La enorme cicatriz que exhibía en la mejilla se le irritaba con la humedad, recuerdo del mismo machete que había segado la vida de sus padres y su hermana. Hacía un año había descrito en una carta cómo había llegado a aquella situación, con letra indescifrable y parco lenguaje.»

* Finalista II Certamen Domingo García 2003 (Barcelona).

y debía emboscarlos con su M-16. El muchacho los había esperado durante dos días y dos noches, sin apenas variar su posición. Dos días a base de pan y legumbres enlatadas, padeciendo sudores y fríos nocturnos, defecando y meando sobre los troncos más cercanos, soportando mosquitos y alimañas. Ni siquiera había llenado su cantimplora en una cascada cercana, por si cualquier despiste provocaba el fracaso de su misión. Tenía la boca seca y al tragar saliva el paladar le rasgaba el cuello. Le alegró que el grupo frenara en seco a una orden del oficial; aquello le pondría la labor más fácil. Era tan sencillo clavar una bala en el cráneo del sargento como dispararle a una lata a menos de tres metros de distancia. Tenía la cabeza gorda como un melón maduro en verano y las cejas tan espesas que desde la distancia parecía que sus ojos se escondían bajo un tupido bigote.

Desde la altura el muchachito Mosquera acechaba a los soldados como un niño observa a las inquietas hormigas antes de comenzar a aplastarlas con el dedo. El oficial que iba a la cabeza se quitó la gorra para secarse el sudor de la frente y mandó un descanso. Los cinco soldados rasos se derrumbaron en el suelo agotados. Aquello le puso las cosas mucho más fáciles al muchachito Mosquera, que acariciaba extasiado el gatillo del arma, tratando de mantener firme el pulso mordiendo los labios hasta sangrar. «Hey, man, este chico vale. Tiene huevos y buena puntería», le habían recomendado de esta guisa a su jefe para la misión. Para aquellas tareas siempre empleaban a niños. Decían que los adultos eran incapaces de atreverse solos frente a todo un grupo de militares, porque eran conscientes de la realidad; los niños lo tomaban más como un juego, un juego con el que mataban enemigos pero en el que eran inmortales, así que actuaban

«Pocos días más tarde su aprendiz moría a manos del enemigo cuando trataba de emboscar un camión militar junto a otros compañeros. Y ahora Rubén Mosquera sentía algo ante las circunstancias, sin distinguir si era venganza o temor.»

como kamikazes. Pero Rubén Mosquera no pensaba así. Él no era un niño bobo. Sabía que un error podría costarle la vida, pero también iba a morir tarde o temprano, pensaba, y si lo hacía pronto mejor, porque sufriría menos. Entendía que era víctima de algo superior a él, superior incluso a sus jefes de guerrilla, y acataba las órdenes como soldado que era, consciente de que aquella cabeza gorda con forma de melón no era la de un muñeco lejano, sino la de un sargento con familia e hijos esperándole.

Una vez un chiquillo recién reclutado, aún menor que él, le había preguntado si mató a alguien alguna vez.

–Claro, man –contestó el muchachito Mosquera, y notó cómo a su colega se le entornaban los ojos de asombro y respeto.

–¿Pero cómo lo hiciste? –le inquirió el niño. Lo recordaba como si hubiera sucedido dos días atrás, aunque en realidad hacía ya varios meses de aquella charla en el campamento. Se llamaba Juanito y era negro como la pez, con el cuerpo rechoncho igual que una abeja gorda. Había llegado allí como otros muchos, sentenciado por una guerra invisible, y a Rubén Mosquera le había tocado enseñarle.

–Ay, man, no es algo que a uno le nazca de la cabeza –recordaba Rubén al pie de la letra sus explicaciones al aprendiz–. Si a uno le dicen: mate a Fulano, pues ha de hacerlo no más, porque si no lo hace los demás le tienen desconfianza. Y a uno lo pueden quebrar las desconfianzas, pues es como si estuviera colaborando con el enemigo, ¿entiendes? Sólo hay que obedecer. Pienso que con el diálogo es como uno arregla mejor las vainas, pero aquí no gustarás si no obedeces.

Pocos días más tarde su aprendiz moría a manos del enemigo cuando trataba de emboscar un camión militar junto a otros compañeros. Y ahora Rubén Mosquera sentía algo ante las circunstancias, sin distinguir si era venganza o temor. Seguía mordiendo los labios para mantener firme el pulso sobre el gatillo. Viró la mirilla suavemente para apuntar a uno de los soldados que acababa de quitarse las botas y descansaba tumbado. Mejor dejarlo para después, pensó. Acabaría con los que llevaban las botas calzadas, porque podrían perseguirlo si trataba de huir después de disparar. Volvió a apuntar al sargento. Eso les crearía mayor confusión. ¡Bam!, un disparo al jefe y los otros temblarían. ¿Quién sería el segundo en el mando?

Observó que uno se alejaba del grupo y se escondía tras unos helechos para defecar. Sería su segunda víctima. Decidió concentrarse en el oficial. Apuntó con firmeza, justo en el centro del bigote que coronaba la mirada adusta, entre las dos cejas. Apretó el gatillo accionando el instrumento mor-

tífero y el hombre cayó como un saco de patatas. El estruendo provocó que decenas de pájaros huyeran en desbandada del lugar. Uno de los militares gritó mientras los demás aferraban sus armas y miraban a su alrededor, confundidos por el revolotear de las aves. Rubén apuntó ahora al hombre que estaba separado del grupo. El desdichado intentaba correr hacia los demás con los pantalones aún bajados y dominado por el pánico. Trastabilló una vez cayendo de bruces al suelo. Rubén aprovechó para apuntar a la espalda y apretar el gatillo de nuevo. Dos balas atravesaron el cuerpo del militar, quedando tendido en el suelo con los pantalones bajados, una mano sujetando el cinto y la otra intentando alcanzar un tronco para erguirse. Rubén Mosquera volvió la mirada hacia el grupo y observó cómo se replegaban con rapidez, ocultándose tras la maleza y los troncos de las palmeras. Le gritaron insultos que no pudo entender.

Decidió esperar sus próximos movimientos. Los trajes militares se confundían con el follaje, y al principio pensó que se movían a su izquierda, pero luego comprendió que sólo era una estrategia; Los soldados lanzaban piedras a lo lejos entre los helechos para confundirle, aunque permanecían escondidos en el mismo sitio, esperando que el muchacho delatara su posición con un movimiento en falso. No lo consiguieron. Rubén Mosquera mantuvo la calma y esperó durante varios minutos, hasta que uno de los soldados, el que andaba descalzo, decidió adelantarse para recoger sus botas.

El hombre se acercó muy lentamente, agazapado como una serpiente, y cuando estuvo cerca de su objetivo trató de alargar la mano para coger las botas por los cordones y tirar de ellos hasta recuperarlas. Aún no las tenía en sus manos cuando recibió un disparo que le perforó la garganta. Otro de los soldados trató de escapar saltando sobre unos troncos derribados y corriendo pendiente abajo, disparando a discreción su ametralladora. El muchachito Mosquera volvió a abrir fuego. Pulsó el gatillo y lo mantuvo en esa posición hasta que la tormenta de balas barrió el sendero y tiñó de sangre al desgraciado. Disparó hasta que dejaron de saltar casquillos vacíos de su arma y comprobó que necesitaba recargarla.

La última ráfaga de disparos había delatado su posición y los dos soldados sobrevivientes comenzaron a disparar apuntando a lo alto del terraplén donde el pequeño guerrillero se escondía. Las balas silbaban muy cerca de Rubén Mosquera y se perdían a lo lejos. El muchacho trató de retrasar su posición y buscó un nuevo cartucho de munición en su mochila. Antes de cargar el arma decidió asomar la cabeza y mirar cuesta abajo. Los dos soldados ascendían la pendiente rodeándolo en círculo, amparándose tras el grosor de los troncos, mientras se aferraban a piedras y raíces que se asomaban como venas entre la hojarasca, los musgos y los hongos. El guerrillero comprendió que no tenía tiempo de recargar su fusil y optó por huir. Se levantó ágil como un felino, echándose el arma y la mochila al hombro, y corrió en dirección contraria a sus enemigos. Salvó un repecho y descendió a un valle frondoso tropezando con ramas y hoyos en el suelo. Tras él corrían los soldados, disparando sus armas cuando lo tenían a tiro. El denso follaje hizo que se diera de bruces con un tronco que lo doblaba en anchura. Apenas distinguió el obstáculo cuando corría pendiente abajo, y el golpe en la cabeza lo dejó aturdido unos segundos.

Por su mente circularon raudos los escasos recuerdos de su niñez, arrinconados en un hermético extremo de su memoria, de esa niñez verdadera e inocente que tuvo alguna vez. Su hermana Claudia bailando sobre la cama, sobre las mesas, o delante del televisor, siempre con la sonrisa blanca como los terrones de azúcar que su madre les servía en los tazones de chocolate. Rememoró los abrazos de su madre. Era una imagen lejana. La recordaba trabajadora y religiosa como pocas, con el rosario colgando de su fino cuello de cisne abotargado. Se acordó de su padre. Un hombre de manos férreas y enjutas, cuidando de las aves en el corral detrás de la casa, justo antes de ser ajusticiado mientras veía horrorizado cómo violaban a su esposa. Por primera vez desde que decidió ser adulto Rubén tuvo miedo, y comprendió que hasta el más fuerte puede temer a la muerte. Entendió que una vida vale más que mil dólares y sus pupilas se volvieron más negras y profundas de lo que nunca habían sido.

Miró hacia lo alto y distinguió entre las copas un mono equilibrista que lo miraba curioso, mientras

«La última ráfaga de disparos había delatado su posición y los dos soldados sobrevivientes comenzaron a disparar apuntando a lo alto del terraplén donde el pequeño guerrillero se escondía. Las balas silbaban muy cerca de Rubén Mosquera y se perdían a lo lejos.»

se balanceaba colgado de una rama con la cola. Trató de recobrar las fuerzas cuando oyó muy cerca de él las voces de sus perseguidores, los cuales discutían entre sí sobre el paradero del muchacho. Su frente sangraba y notó cómo un hilillo caliente le recorría la mejilla. Continuó corriendo, extasiado por el miedo que se había apoderado de él. «Hey, man, este chico tiene huevos», recordó que alguien había hablado una vez así de él. Pero ahora el corazón le latía como si sufriera la cuenta atrás de un artefacto, sentía cómo sus pulmones iban a explotarle de un momento a otro.

Por fin, tras apartar las hojas de unos inmensos helechos, hizo aparición ante él el principio de una enorme catarata que caía resbalando por las rocas hasta despeñarse en el último tramo sobre las aguas de una laguna. El muchacho midió la caída y supo que desde aquella altura se rompería el cuello golpeándose con las rocas del fondo. Prefirió descender por la vertiente derecha, donde la pared era más escarpada y con más bordes a los que aferrarse. Además, allí el agua salpicaba menos y las rocas no estaban resbaladizas. Fue descendiendo mientras el rugido del agua le impedía oír si sus perseguidores estaban cerca. Cuando estuvo en el último tramo de la cascada se lanzó a la laguna doblando

*«Por su mente circularon
raudos los escasos
recuerdos de su niñez,
arrinconados en un
hermético extremo de su
memoria, de esa niñez
verdadera e inocente
que tuvo alguna vez.»*

las piernas, seguro de que no hubiera rocas en los primeros metros bajo la superficie del agua. Se hundió como un pesado saco en la fría laguna, lo suficiente para que sus pies rozaran levemente las rocas del fondo y pudiera coger impulso para subir y respirar. Tardó bastante en llegar a nado hasta la orilla porque el fusil y la mochila dificultaban el movimiento de sus brazos. Seguidamente llegó a pisar la tierra enlodada y permaneció allí tumbado unos segundos, creyendo que había despistado a los soldados. Comenzaba a reír nerviosamente cuando detrás de él, entre el follaje, oyó el chasquido de una raíz pisoteada.

Ágil como un jaguar, Rubén Mosquera rodó por el suelo soltando su mochila y echándose a correr con su vieja M-16 bajo el hombro. A su lado vio aparecer a uno de los soldados sujetando un fusil con ambas manos.

–Suelta el fierro, muchacho, o disparo –le oyó decir al hombre.

El jovencito Mosquera soltó el arma con un acto reflejo mientras huía, pero no tuvo oportunidad de oír una nueva advertencia. Cuando apenas se había internado en la espesura, sus piernas se paralizaron con el estruendo de un disparo y cayó al suelo de bruces descansando sus exánimes labios sobre la hojarasca. Sintió cómo alguien se acercaba a sus espaldas y las botas militares se posaban junto a su oreja. «Eso es todo», pensó el muchacho. «Aquí acabó todo. Me vencieron. No tuve huevas y salí corriendo. Por eso Dios me castigó.»

Notó cómo apretaban contra su cráneo el cañón de un fusil mientras los dos hombres proferían insultos. Recibió varios puntapiés en un costado que lo hicieron revolverse como una lombriz de tierra, mientras lentas lenguas de fuego y dolor barrenaban sus ojos como un cuchillo desgarrar el estómago. Luego uno de los soldados ordenó que acabaran de una vez. Volvieron a apuntarle con el arma y esta vez no hubo más patadas.

Allí quedó Rubén Mosquera, desnudo bajo el manto que los recortes de cielo tendían sobre el difunto a través de las copas de los palmerales, fruto de una hombría que no entendía y un país que le había dado la espalda.

© Óscar Bribián

El autor:

Óscar Bribián nació en 1979 en Huesca, aunque reside actualmente en Zaragoza. Tras colaborar con artículos, relatos y poesías en varios números de una treintena de revistas literarias electrónicas e impresas, tanto españolas como latinoamericanas (Luces y Sombras, EOM., Rampa, Tántalo, Nitecuento, etc.), dirigió la revista literaria Oxigen (www.revistaoxigen.com) durante cinco años. Ha sido finalista y premiado en varios certámenes literarios en la modalidad de narrativa breve, participando en otros como jurado. Siempre implicado en la literatura con altas dosis psicológicas, abordando todo tipo de géneros y temáticas, en noviembre de 2009 verá la luz su libro de relatos *Mentes Perversas* con Mira Editores, y a principios de 2010 su novela *Raazbal*, con la editorial Grupo Ajec.

¡A ESCENA, ACTORES!

por Rolando Revagliatti

Helia Pérez Murillo, mi compañerita en las clases de *interpretación*, así como en las de *expresión corporal*, enseñaba literatura inglesa en un colegio religioso. Religiosa ella, rara avis, buen humor y mal aliento, no respondía a los cánones usuales de quien se prepara para ejercer de actor. Se anexaba a los grupúsculos más laburadores sin desestimar a los que apuntaban hacia un destino de reviente. No todos la querían (nunca ocurre) y menos aún, la comprendían. Detalles simpáticos la adornaban: en substancioso revoltijo portabas tijerita, carreteles de hilo blanco e hilo negro, dedal, aguja, alfileres de gancho. Costurera ambulante, un botón me cosiste apenas nos conocimos. Por años trazamos un mismo derrotero estudiantil. Realizamos, a propuesta mía, los seminarios de *maquillaje* y de *foniatria*. Hicimos «de pueblo» (categoría «figurante»), bajo contrato, en la tragedia campestre «Donde la muerte clava sus banderas» de Omar del Carlo, en el Cervantes. Vos, como «mujer ribereña»; yo, detrás de una decena de ursos también disfrazados de montoneros, en un cuadro secundábamos a Venancio Soria (Alfredo Duarte) peleando a facón con su padre, el general Dalmiro Soria (Fernando Labat), en el segundo acto. Se te veía en el escenario. A mí, en cambio, como dije, cubriendo las espaldas del pelotón, con barba y gorro, el más bajo, sólo se me hubiera distinguido con la perspicacia de la que mi padre y su primo Boche carecieron cuando recibíamos los aplausos. De ese saludo en la función del estreno, conservo una foto: allí estamos: vos, sobre la derecha, empollerada y con pañuelo en la cabeza; yo, en el otro lateral, inclinado, con poncho y lanza, respetuosamente.

Nunca olvidaré aquella friega entusiasta que me propinaras con linimento Sloan, antes de irnos a comer Traviatas al barcito de la galería de la Sala Planeta. Ese calambre fue de lo más genuino, y por mí la pantorrilla hubiera podido quedarse agarrotada. Me dulcificaste. De qué buen grado te habría ofrecido todo mi territorio recontracontracturado. Te deseé con continuidad. Me enfebrecitabas al cerrarte el sacón de vizcacha o cuando te instilabas el colirio. Virginidad agazapada, Helia, vos, transida y amagante con tus treinta y cuatro años en ristra, mientras yo, con ocho menos, te alcanzaba mis versos esotéricos, mis silvas a la metalurgia y a la agricultura, mi única lectora, siempre una palabra amable, como una novia. También siempre tuviste hermanos mayores, todos machitos, y siempre confundía yo la voz de tu mamá con la tuya, por teléfono. Tu padre, *siempre*, además, fue un anciano delicado de salud. Vivías en una mansión de ésas que emputecen a un pequeño burgués que como yo la otearía desde afuera y de noche, a bordo de su Ami a dos tonos de colorado, bien de chapa, con vos sin terminar de despedirse ni de nada, en una callejuela de Adrogué, mucho árbol y parejo empedrado, mucho, muchísimo parque alrededor de la casona. Yo te dejaba, Helia, precisamente en el portón que se abría a toda esa manzana lóbrega y rodeada por ligustro.

Estuve casado durante los dos primeros años de tratarnos. La conociste a Viviana. Te amedrentaba su independentismo enérgico, y su desconcertante labilidad. Por entonces, con Antonieta y Alejandro concurríamos a los café-concert, previa presentación de nuestros modestos carnés de la Asociación de Estudiantes de Teatro. Sucesos que acontecían cuando te mandaste con Samuel Gomara esa atrevida improvisación en clase, incorporando los diálogos de Ionesco en «Delirio a dúo». No te notamos más que ligeramente turbada cuando tu ducho *partenaire* te lamía a través de la malla amarronada y te besuqueaba en la nuca y se entretenía en tus nalgas y hasta en el perineo con los avispados dedos de su pie derecho, el mocosito. Nos quedamos boquiabiertos, y encima el texto no molestaba, abstrusas líneas que habían logrado justificar, ustedes, el adolescente aventurado y la ex-catequista. El recuerdo de tus desmandadas acrobacias me impulsó a la paja, admito, las nítidas imágenes de aquel recíproco adobe juguetón. Durante un tiempillo disfrutaste de popularidad, pero tus remilgos, opiniones y falta de swing te remitieron a tu primitiva ubicación.

María Palacini me informó de tu presencia en una velada de gala en el Teatro Colón con un joven británico, alto y rubio, con el que platicabas en su idioma. Al salir, con levedad, él te había tomado del brazo, según la chismosa que los siguiera hasta una parada de taxis.

Nos extasiabas recitando en inglés los sonetos de Shakespeare. Y no te hacías rogar. Ya más naciona-

les (Dragún, Gambaro, Monti), nos divertíamos memorizando escenas, tirándonos almohadones, para automatizar la incorporación de la letra.

No me gustaba ni medio que te trataras con un psiquiatra, que fueras a recibir consejos y medicación de ese vetusto chanta catolicón, amigo de tu padre. Te costaba dormirte, tenías sacudidas en la cama, súbita sudoración, lipotimia y taquicardia de origen emocional. Circulabas también con la farmacia auestas, y el kiosco: pastillas de menta y mandarina, Genioles *por las dudas*, Efortil, antiespasmódico, Curitas, terrones de azúcar, saquitos de té. ¿Qué no he visto salir de tus carterones? ¡Ah, y el asma! El asma que habías superado tratándote con ese doctor, lo que hacía que sintieras por él una gratitud incondicional. Eras, en cierto modo, su cautiva. ¿Nunca de una pasión descontrolada?... En tus jornadas de retiro espiritual te imaginaba incandescente, aunque fuera por el divino Jesús, y después retornando a mí, aún sin el alivio procurado. Retornando, digo, vos, la no siempre macilenta. Cada tanto algo ocurría y tu cabellera lucía limpia y alborotada, vestías una ropa fantástica, calzabas zapatos acordes y todo así.

Remanida en *expresión corporal*, tus progresos fueron magros al principio. Allí se expuso ejemplarmente tu confusión. El profesor soslayó la calentura larvada que resumabas. No por tus pies planos y jirones de pintoresquismo, menos eras un volcán. Gocé cuando me embadurnabas y desembadurnabas mientras realizabas las prácticas cosmetológicas y de caracterización: Ratón Mickey, villano, mariquita; cíclope, linyera, marciano, bucanero. Jamás desprovista de ahínco deslizabas tus algodones por mi cara.

Cuando en pleno auge grotowskiano, Guido y Jorge se desnudaron recreando las circunstancias de un cuento originariamente infantil, vos eras observada al menos por mí: impávida, simulando, negándote al impacto visual. Retaceaste, luego, el imprescindible comentario.

Vivía solo cuando me insinué y me disuadiste: nada cambiaría entre nosotros. Yo, en broma atropellaba: «Soy el hombre de tus...» Y apelabas a mi compostura. Me descubriste besando a un minón por el obelisco; y ciñendo de la cintura a una espi-gada pendejita del Bellas Artes, en la esquina de Quintana y Libertad. Y de esos encontrones, ni una palabra.

«Ensayaríamos en mi departamento una vez por semana. Con el texto nos meteríamos cuando la etapa de improvisaciones estuviera avanzada. En los dos primeros sábados estuvimos trabados. En el tercero ubiqué mi cabeza en tu regazo y me amparaste.»

Astuto, te sugerí preparar para el fin del cuarto año lectivo una pieza corta de Tennessee Williams: «Háblame como la lluvia y déjame escuchar...» Aceptaste de inmediato, conmovida. «*La mujer alarga el brazo, un brazo delgado que sale de la deshilachada manga de su kimono de seda rosa y coge el vaso de agua, cuyo peso parece inclinarla un poco hacia adelante. Desde la cama el Hombre la observa con ternura mientras ella bebe agua.*» Ensayaríamos en mi departamento una vez por semana. Con el texto nos meteríamos cuando la etapa de improvisaciones estuviera avanzada. En los dos primeros sábados estuvimos trabados. En el tercero ubiqué mi cabeza en tu regazo y me amparaste. «*En la ciudad le hacen a uno cosas terribles cuando está inconsciente. Me duele todo el cuerpo, como si me hubieran tirado a puntapiés por una escalera. No como si me hubiera caído, sino como si me hubieran dado puntapiés.*» En el siguiente sábado me acariciaste, no sin algún grado de entrega, breve, claro está. En el quinto, te retrajiste: previsible. «*Me metieron en un cubo de basura que había en un callejón, y salí de allí con cortes y quemaduras en todo el cuerpo. La gente depravada abusa de uno cuando se está inconsciente. Cuando desperté estaba desnudo en una bañera llena de cubitos de hielo medio derretidos.*» En el sexto sábado, como había mucho ruido en el palier, nos mudamos al dormitorio. Incluimos el borde de la cama (matrimonial). En el séptimo, y habiendo adoptado ya ese ambiente, apagué la luz y susurré, mi voz entrecortada, la tuya opaca, neutra. «*Recorreré mi cuerpo con las manos y percibiré lo asombrosamente delgada e ingravida que me he quedado. ¡Oh, Dios mío, qué delgada estaré! Casi transparente. Apenas real, ya.*» En el otro fin de semana nos reunimos, además, el domingo. Vos arderías subrepticamente, y yo, agitado sufría y cerraba la puerta, te invitaba a trastornarte con el auténtico temporal que zarandeaba la persiana, apagaba la luz y en completa oscuridad intercalaba frases de Williams, mientras con impericia me libraba del gastado pantalón de corde-roy (de bastones anchos) y de la polera. Algo se me anunciaba desde la médula, al tantearte; sofrenado

me encimé y desgarré de indeseado semen, todo mi ser ridículo y perentorio, me ofrendé al slip de nailon. Destemplado justifiqué el recule, atiné a desdecirme y vos te adaptabas, Helia querida, módica, en lo tuyo. Me fui vistiendo con ocultado desdoro, encendí la luz, alegué desconcentración y desánimo, tomamos mate con bizcochitos de anís en la cocina.

Durante los días subsiguientes recobré ímpetus. Un tropezón no es caída. Mis antecedentes de eyacuación precoz habían sido aislados y en circunstancias atípicas o calamitosas. El ensayo de la obra, no obstante lo viciado del procedimiento, nos conformaba. Y fuimos consubstanciándonos con el texto. *«Tendré una habitación grande, con postigos en las ventanas. Habrá una temporada de lluvia, lluvia, lluvia. Y me sentiré tan agotada después de mi vida en la ciudad, que no me importará estar sin hacer nada, simplemente oyendo caer la lluvia. Estaré tan tranquila. Las arrugas desaparecerán de mi cara. No se me inflamarán nunca los ojos. No tendré amigos. No tendré ni siquiera conocidos»*: tu largo monólogo final, el poético y enrarecido clima de la pieza. El punto era cómo enajenarte, cómo enajenarte y mandar, mandar la escena al carajo. *«Sus dedos recorren la frente y los ojos de ella. Ella cierra los ojos y levanta una mano como para tocarle. El le coge la mano y la mira volviéndola, y después oprime los dedos contra sus labios. Cuando se la suelta ella le roza con los dedos. Acaricia su pecho delgado y liso, como el de un niño, y luego sus labios. El levanta la mano y desliza sus dedos por el cuello y el escote de su kimono a medida que se afirma el sonido de la mandolina.»* Creadas las condiciones de río revuelto, pescar, arrebatar los numerosos peces, los peces de tu soterrada lujuria. Y así, otra vez a oscuras la escena, impregnado, mórbido, con suavidad te bordeo, nictálope, busco tu boca con mis dedos, rozo tu nariz, beso tus párpados con alevosía, me desvaso de las incordiosas prendas, doy contra tus dientes interceptando mi lengua, sin arredrarme aplasto tu mano con mi sexo, te aplasto, tenaz y corroído, te encepto los pies, girás la cabeza como que te dispararías, pero yo te sigo en el giro sin separarme, y resistís también con las piernas, aunque tu mano no pugna por zafarse de mi aplastamiento. Es más: me siento aferrado; advertirlo me nutre de renovadas ínfulas, no cejo, y tu boca y tus piernas algo se distienden; yo confío, me arrellano, tu lengua soliviantada no atina a organizarse; ¿qué es esto?: esto es mi nobilísimo tironeo de tu ropa, la cual desparramo, te quito las medias, te dejo en aros y en crucecita. ¿Y quién piensa en el inmenso dramaturgo norteamericano, si hiendo tus pezones y debajo te tenemos, transpirada y silenciosa?; *«...el viento limpiísimo que sopla desde el confín del mundo, desde más lejos aun, desde los fríos límites del espacio ultraterrestre, desde más allá de lo que haya más allá de los confines del espacio»*; y tus brazos a los lados, como desmembrada, y a no distraerme, que esto en cualquier momento se quema, ya adviene lo superlativo, y se quemó cuando subiste las rodillas. Costó un poquito pero percibí que me alentabas. Respirabas mejor, acordáte, después de los espasmos.

Aún hoy, años después, *ensayamos* de vez en cuando la escena. Nunca presentamos en el curso nuestra versión libérrima. Nunca toleraste que encendiera la luz ni que subiera la persiana. Nunca me permitiste pasar a los papeles sin el ritual de *«el suelo de aquel departamento junto al río...cosas, ropas... esparcidas... Sostenes... pantalones... camisas, corbatas, calcetines... y muchas cosas más...»* Nunca te permitiste fuera de contexto un ademán extra-compañeril. Nunca aludimos al diafragma que aportarás a nuestros encuentros. Nunca me dejaste ni un mísero recado en la mensajería, en fin, ni un mísero recado de tinte *qué ganas que tengo*, y siempre arreglaste con prontitud para reunirte conmigo a *ensayar* cuando, como hasta ahora, te lo propongo.

Helia: siento urgencia por descristalizar esta trama. No te amo. Todo es perfecto. Quiero más con vos. Ansío secuestrarte. Variados argumentos. El epitalamio, el epitalamio. Pronto me mudo. *Ensayemos* otra obra. Proponé vos: Beckett, Jean Genet, Arrabal, Harold Pinter, Sartre, Schiller, García Lorca, Osborne, Ibsen, Armando Discépolo, Strinberg, Pirandello, Eurípides, Valle-Inclán, Racine, Benavente, Adellach, Camus, Albee, Leroi Jones, Aristófanes...

© Rolando Revagliatti

El autor:

Rolando Revagliatti. (Buenos Aires, Argentina, 1945). Ha publicado dos volúmenes con cuentos y relatos, uno con su dramaturgia y quince poemarios, además de *El revagliastés*, antología poética personal. Ediciones electrónicas de sus libros se hallan disponibles, por ejemplo, en www.revagliatti.com.ar.

CRISIS DE FE

por Marc R. Soto

Jaime tiene nueve años. Es moreno y regordete –demasiadas palmeras de chocolate entre horas–, con el pelo en punta y gafas de culo de vaso que en el colegio le han hecho acreedor del sobrenombre de «Jafotas». Cada día, en los descansos, Eduardo, Manuel y Luis corean a voz en grito el mote mientras le golpean en el rostro con los borradores («¡Ja-fo-tas! ¡Ja-fo-tas!») ante el resto de la clase, que aplaude o se mantiene indiferente.

Las navidades pasadas les pidió a los Reyes Magos un videojuego para la PlayStation, una maqueta para montar como las de papá y unas gafas nuevas armadas con rayos láser. Escribió los deseos en una hoja en blanco en la que previamente había marcado los renglones con ayuda de una regla. Cuando terminó, dibujó estrellas de colores en los márgenes, un abeto al pie e introdujo la carta en un sobre para envíos aéreos. Un paje le fotografió en el momento exacto en que se lo entregaba al Rey Gaspar. En la instantánea, Jaime aparece con el brazo extendido y una mueca de profundo asombro en el rostro. Aparece también Gaspar, cuya barba postiza comenzaba a despegarse dejando a la vista la curva de una mejilla lampiña surcada de venitas rojas.

Casi un año ha pasado desde entonces. El videojuego languidece en un cajón, la maqueta adorna una de las estanterías de su cuarto y sus gafas siguen siendo unas gafas corrientes, incapaces de fulminar a nadie. Aún come palmeras de chocolate –que por alguna razón le saben tan dulces como amargas–, aún se esconde en los recreos y por supuesto no ha olvidado lo que vio bajo la barba postiza en aquel centro comercial las navidades pasadas. La semilla de la sospecha no ha germinado todavía, pero lo hará en breve.

En estos momentos, la señorita Mari Carmen está explicando en el encerado los números quebrados. Jaime, incapaz de comprenderlos, mordisquea el metal que sujeta la goma de borrar en el extremo del lapicero. No es el único que se aburre. Maite y Elena, que se sientan justo delante de él están cuchicheando. Jaime se inclina hacia delante para escucharlas.

«Las navidades pasadas les pidió a los Reyes Magos un videojuego para la PlayStation, una maqueta para montar como las de papá y unas gafas nuevas armadas con rayos láser. Escribió los deseos en una hoja en blanco en la que previamente había marcado los renglones con ayuda de una regla.»

–...moneda de dos euros –dice en ese momento Elena mostrándole a su amiga el nuevo hueco en su sonrisa. A Jaime le parece guapa a pesar de las gafas, o quizá precisamente por ellas.

–Pero qué boba eres –replica Maite–. No me lo puedo creer.

–¿El qué?

–Que todavía te tragues la bola del Ratoncito Pérez, eso.

–¿Qué pasa con el Ratoncito Pérez?

–¿Qué va a ser? Que no existe.

–Tú sí que eres boba. Claro que existe.

–No, no existe. Son los padres.

–¿Cómo van a ser los padres? Nos despertarían al coger el diente de debajo de la almohada. El Ratoncito puede hacerlo sin despertarnos porque tiene las manos *diminutas*.

–Puf... lo que tú digas. Pero mi hermano...

–Tu hermano es tonto.

–A ti lo que te pasa es que te gusta mi hermano...

Maite y Elena dejan de hablar y vuelven a mirar hacia el encerado, pero Jaime no necesita escuchar más. Ha comprendido que lo que acaba de decir Maite es cierto. Todo encaja. Dos y dos son cuatro; si arrojas una piedra al aire, la piedra cae; el Ratoncito Pérez son los padres. Todo forma parte de lo mismo. La verdad penetra en su mente, y Jaime comienza a explorar los rincones que esa nueva luz ilumina. Si el Ratoncito Pérez son los padres, lo mismo cabe decir de Papá Noel y, por supuesto, los Reyes Magos. También ellos son los padres. Ahora entiende el porqué de la barba postiza de Gaspar en el centro comercial el año pasado. Con la piel de gallina bajo el jersey, Jaime analiza todas las mentiras que han adornado su infancia. Si Pérez, Noel y los Reyes Magos no existen, ¿por qué ha de existir el Ángel de la Guarda? Y una vez aceptado que el Ángel de la Guarda es una patraña, una de tantas fábulas transmitidas de padres a hijos, ¿qué libra de la misma suerte al resto de las huestes celestiales? Ángeles, arcángeles, querubines, serafines... todo falso, comprende Jaime. Y así, llega pronto al corolario ineludible. Jaime se queda de piedra cuando comprende la verdad. La verdad completa. La VERDAD con mayúsculas. Se saca el lapicero de la boca y, con un escalofrío, escribe en el pupitre:

DIOS SON LOS PADRES

* * *

Pasan las semanas. Jaime se siente vez más convencido de estar en lo cierto. La naturaleza divina de sus padres gravita constantemente en su cabeza, cuando se levanta, cuando se despide de su madre con un beso antes de salir al colegio, cuando se acuesta. Ahora entiende por qué su madre siempre sabe cuándo ha hecho una travesura, aunque no le esté mirando. Ella dice que tiene ojos en la nuca,

«Cada vez que Jaime ve cómo humillan a su compañero, le hierve la sangre. No es que hayan tenido excesivo trato, pero en una ocasión le pidió ayuda en un examen y Borja giró su hoja para que pudiera copiar las respuestas.»

pero la auténtica razón –¿cómo no se habrá dado cuenta antes!– es que sus padres son omniscientes, omnipotentes. No hay nada que ellos no sepan, nada que no puedan hacer si se lo proponen. Y él es su hijo.

Es esta fe la que lo vuelve confiado. Jaime ya no se esconde en los urinarios cuando suena la sirena del recreo, ni procura pasar desapercibido entre clase y clase. En el fondo lo que desea es que alguno de los matones se acerque a él para poder así plantarle cara. Pero eso no llega a suceder, porque los camorristas de la clase, que de todas formas ya estaban un poco hartos del *Jafotas*, tan fofo y torpón, la emprenden ahora con Borja, un

chico de aspecto delicado que se sienta en la quinta fila. Le llaman «comemierda», le llaman «chupapollas», le llaman «maricón» y se mueren de risa cuando le bajan de un tirón los pantalones y las niñas gritan al ver el pequeño pene replegado sobre sí mismo como una tortuga que tratara de esconder la cabeza en el caparazón.

Cada vez que Jaime ve cómo humillan a su compañero, le hierve la sangre. No es que hayan tenido excesivo trato, pero en una ocasión le pidió ayuda en un examen y Borja giró su hoja para que pudiera copiar las respuestas. Sólo por eso Jaime –a quien no le sobran los amigos– lo considera casi íntimo. Le resulta particularmente insufrible la idea de que los padres de Borja, tan omniscientes y omnipotentes como los suyos, no impidan los maltratos de que es objeto su hijo día sí, día también. Si los suyos hicieran lo mismo, piensa, se volvería loco.

Por eso cuando, esta mañana, a falta de cinco minutos para el fin del recreo, ve cómo Eduardo, Manuel y Luis se están ensañando de nuevo con él, decide tomar cartas en el asunto. Furioso, emprende la carrera desde el portalón del colegio hasta ellos, que ríen mientras sostienen a Borja en volandas, Eduardo sujetándolo por los sobacos y Manuel y Luis por una pierna cada uno frente a una de las farolas que bordean el campo de fútbol. Borja pide auxilio, pero sin demasiado ahínco. No es la primera vez que le hacen la carretilla.

Jaime trata de imprimir mayor velocidad a sus piernas, pero sabe que el esfuerzo será en vano. No

llegará a tiempo.

–¡A la de una! –grita Eduardo, y él y sus compañeros hacen oscilar el cuerpo de Borja hacia la farola–. ¡A la de dos! ¡Y a la de... tres!

Eduardo suelta su presa al mismo tiempo que Manuel y Luis tiran salvajemente de las piernas hacia delante. El liviano cuerpo de Borja vuela por los aires hasta que el mástil de la farola lo detiene en seco al chocar con su entrepierna. Borja queda tendido en el suelo, llorando. Eduardo se dispone a sacarle una foto con el móvil, pero algo se interpone entre la lente y el bulto gimoteante al que ha quedado reducido su víctima.

–Ya está bien –jadea Jaime alzando una mano–. Dejadlo en paz.

Eduardo se lo queda mirando con incredulidad. En el colegio suena la sirena. Se acabó el recreo. Manuel y Luis vuelven corriendo a clase. Cada uno atesora dos faltas de comportamiento; una más y los expulsarán durante una semana. Eduardo, que sólo tiene una, guarda el móvil en el bolsillo y mira al *Jafotas* a los ojos.

–Tú eres gilipollas o qué te pasa. ¿Quieres recibir también?

Jaime traga saliva.

–Que lo dejes en paz.

Eduardo le propina un empujón. Jaime tropieza con el cuerpo de Borja y cae al suelo. Cuando trata de levantarse descubre que no puede moverse. Tiene a Eduardo sentado sobre él, cogiéndole de las muñecas.

–Suéltame. Suéltame si no quieres que...

–Si no quiero qué –pregunta, zumbón, Eduardo, y le arrea una bofetada. La palma de la mano resuena al golpear la mejilla, que comienza a enrojecer. Jaime trata de moverse, pero antes de que se dé cuenta vuelve a tener las manos inmovilizadas. Eduardo lo abofetea de nuevo. Las gafas salen volando–. Si no quiero qué, ¿eh?

«Eduardo le propina un empujón. Jaime tropieza con el cuerpo de Borja y cae al suelo. Cuando trata de levantarse descubre que no puede moverse. Tiene a Eduardo sentado sobre él, cogiéndole de las muñecas.»

«Mamá, papá –piensa con todas sus fuerzas Jaime y trata de enviar el mensaje hasta casa, donde su madre estará planchando o preparando la comida–. Mamá, papá, por favor, sé que me estáis escuchando, sé que estáis viendo esto, conozco vuestro secreto, haced algo». Espera recibir pronto una respuesta, tal vez en forma de rayo surgido milagrosamente del cielo despejado, o al menos sentir cómo el suelo tiembla bajo su espalda, señal de que sus padres y los de Eduardo están luchando en esos momentos, pero lo único que obtiene es otra bofetada. Sus mejillas arden. Al girar la cabeza por efecto del golpe descubre que Borja ha huido. No queda nadie en el patio. Están solos. Eduardo y él.

«Mamá, papá... ¿me oís? Mamá, papá...»

Pero nada ocurre, no obtiene respuesta, y ahora Eduardo ya no se limita a abofetearlo sino que lo golpea con el puño cerrado, se ensaña con el gordo que ha olvidado cuál es su lugar en el mundo. Al cabo de unos minutos se pone en pie, pero sólo para patear con fuerza la entrepierna del *Jafotas* y salir corriendo a clase.

Jaime da un tumbo. Una oleada de dolor estalla en sus pelotas, trepa por el vientre, desciende por los muslos, lo inunda todo. Eduardo se va por fin, y Jaime queda solo hecho un ovillo en el hormigón, sin aliento, con las manos entre los muslos apretando lo que en ese momento le parece el centro doliente del universo, lloriqueando, pensando una y otra vez, una y otra vez: «mamá, papá, ¿por qué me habéis abandonado?».

* * *

El dolor tarda diez minutos en remitir, pero incluso entonces no desaparece, sino que perdura como

un rumor sordo y desagradable en el escroto. Además le arden las mejillas y siente un pinchazo molesto en el costado cuando cambia de posición. Con movimientos lentos y cuidadosos Jaime se arrodilla, coge las gafas del suelo y, tras constatar que no se han roto, vuelve a ponérselas. El patio está vacío. Un viento gélido amontona las últimas hojas de octubre contra los muros de la escuela. Remetiendo el faldón de la camisa en el pantalón, camina hacia la puerta, entra en el edificio principal del colegio y sube por las escaleras hasta el segundo piso. Una vez allí, avanza hasta su clase por el pasillo pintado de un verde bilioso.

Cuando abre la puerta –después de dar dos golpes con los nudillos y escuchar el seco «adelante» de la señorita Mari Carmen–, se encuentra con treinta pares de ojos que lo observan fijamente. La profesora lo espera en la tarima con los brazos en jarras. Durante cinco minutos lo sermonea por llegar tarde. Jaime aguanta el chaparrón en pie frente a ella, sin mover un solo músculo. Cuando la profesora da por terminada la charla, le apunta una falta de comportamiento y lo envía a su asiento.

Maite y Elena ríen por lo bajo cuando lo ven acercarse cojeando. Jaime las rebasa, llega a su pupitre, mueve la silla con cuidado de no hacer ruido y se sienta. Su mesa está junto al radiador, bajo la ventana, y hace un calor horrible. Le pican los ojos y se siente como si toda su piel ardiera.

Por dentro, sin embargo, está helado.

* * *

Cuando terminan las clases, Jaime recoge sus cosas y sale del colegio. El viento ha arreciado y arrastra ahora envoltorios de plástico calle abajo. Jaime avanza con la barbilla hincada en el pecho, sin mirar a un lado y otro al cruzar la calle. Varios coches hacen sonar sus bocinas tras detenerse milagrosamente a escasos centímetros de sus rodillas, pero Jaime no gira la cabeza ni aprieta el paso. Le sigue doliendo el costado, y en las mejillas, donde lo abofeteó Eduardo, lo que sólo eran rojeces cuando entró clase están tornando ya en morados.

«Pasan los minutos, largos como horas. Jaime piensa. Piensa hasta que le duele la cabeza y los ojos parecen querer escapar de las órbitas, pero por más que piensa bajo las estrellas de plástico fosforescente pegadas al techo, no acierta a comprenderlo.»

Su madre grita al verlo entrar en la cocina. Tiene puesto el delantal y las manos manchadas de harina porque ha estado haciendo croquetas de bacalao, las favoritas de Jaime. Sus dedos dejan rastros blancos en el anorak de su hijo mientras lo abraza y le pregunta una y otra vez qué le ha pasado, quién le ha hecho eso. Jaime se queda quieto, silencioso, sin llorar, sin responder, sin devolver el abrazo de su madre. «Demasiado bien lo sabes –piensa–, ¿por qué finges ahora? ¿A quién pretendes engañar?».

Su madre le besa los moretones del rostro, incapaz de contener las lágrimas. Cuando al poco rato su padre llega a casa del trabajo, se queda inmóvil en la puerta de la cocina contemplando la escena. Le pregunta quién le ha hecho eso, cómo se metió en una pelea, *quién, si puede saberse, empezó la pelea*. Todo muy serio, sin soltar el maletín que pende de su mano diestra como un escarabajo muerto. Jaime escucha cada pregunta en silencio, frío como el hielo.

Por último su padre lo manda a la habitación para que piense en lo que ha sucedido, para que haga memoria hasta que se considere capaz de hacer un relato ordenado de los hechos.

Jaime aprieta la mandíbula, agacha la cabeza y sale de la cocina. Ya en su habitación, se deja caer boca arriba sobre el cobertor de la cama.

Pasan los minutos, largos como horas. Jaime piensa. Piensa hasta que le duele la cabeza y los ojos parecen querer escapar de las órbitas, pero por más que piensa bajo las estrellas de plástico fosforescente pegadas al techo, no acierta a comprenderlo. No acierta a comprender por qué sus padres no hicieron nada, por qué no impidieron que el estúpido de Eduardo le hiciera picadillo, por qué ni siquiera lo intentaron.

Y así pasan las horas, largas como días. Cae la tarde al otro lado del cristal. En la calle, las farolas

iluminan las copas de lo chopos. Los perros ladran en las laderas del valle. Los coches zumban al pasar bajo la ventana. Sus padres discuten en el salón, a dos tabiques de distancia. Las palabras llegan amortiguadas, ininteligibles, pero Jaime sabe de qué están hablando. Claro que lo sabe.

Y dan las siete. Y dan las ocho. Y dan las nueve.

Su madre aparece a las nueve y veinte, con una pirámide de croquetas de bacalao haciendo equilibrios en un plato llano y media docena de preguntas que Jaime se niega a responder.

Y dan las diez. Y dan las once. A las once y media es su padre quien abre la puerta de la habitación, enciende la lámpara con forma de sol que cuelga del techo –las estrellas fosforescentes se apagan: el truco de magia más viejo del mundo– y se sienta a su lado en la cama. No dice nada. Sólo acaricia el pelo de Jaime, que se ha dado la vuelta y, de costado, le da la espalda con la mirada fija en la pared.

Lo acaricia durante un rato pero por último se va, y vuelve a apagar la luz y vuelven a brillar, frías y falsas, las estrellas de plástico en lo alto. Jaime no se gira de nuevo para quedar boca arriba. Deja que pasen los minutos sin moverse, prestando atención únicamente al nudo que siente en las tripas, ese nudo que no es sólo producto del hambre –el platillo con las croquetas permanece intacto sobre la mesita de noche, donde su madre lo dejó– sino de las ganas de gritar, gritar con todas sus fuerzas, gritar hasta escupir la garganta por la boca, gritar hasta volverse del revés como un calcetín sudado después de gimnasia. Pero no lo hace. Se queda quieto, sin mover un músculo, manteniendo a raya ese monstruo, ese pequeño monstruo voraz que habita sus tripas.

* * *

En el reloj del salón suena la campanada solitaria de la una, después la de la una y media. A las dos de la mañana, Jaime se levanta.

Tiene los ojos inyectados en sangre. Ha estado llorando las dos últimas horas, pero no ha obtenido desahogo alguno del llanto, sino tan solo un sabor a sangre y arcilla en el paladar y una fría determinación.

Silenciosamente, gira la puerta de su cuarto y baja las escaleras hasta el garaje. Al rato, vuelve a subir y, descalzo, entra en la habitación de sus padres.

Están dormidos.

* * *

Media hora después, con el pijama pegajoso y las manos sucias, Jaime saca de la despensa una de las cajas con palmeras de chocolate que reservaba su madre para el desayuno de los domingos. Con ella bajo el brazo, vuelve a la habitación de sus padres, pone la calefacción al máximo, se encarama a los pies de la cama de matrimonio y se queda allí sentado con las piernas cruzadas, mordisqueando cada palmera de la caja despacio, muy despacio, porque han de durar.

En ningún momento pierde de vista la cuchilla que utilizaba su padre cuando trabajaba en sus maquetas. Lo tiene al alcance de la mano, por si vuelve a necesitarlo.

Por si al tercer día les da por resucitar.

«Su madre aparece a las nueve y veinte, con una pirámide de croquetas de bacalao haciendo equilibrios en un plato llano y media docena de preguntas que Jaime se niega a responder.»

© Marc R. Soto

El autor:

Marc R. Soto (Santander, España, 1976). Sus relatos han sido publicados en revistas, fanzines y e-zines, así como antologías colectivas de relatos de terror.

EL ÉXODO FINAL

por Sara Martínez

Soy el elegido de los Dioses para conducir a mi pueblo. Nadando pausadamente, guío a mis hermanos y hermanas hacia las Aguas Prometidas, donde el Sol derrite los hielos y prolifera el alimento. La responsabilidad no me abrume: creo que estoy preparado para esto; y nadie cuestionaría mi liderazgo. Si bien el mar aparenta estar turbio en la superficie, aquí nos encontramos seguros y tranquilos, nuestros hijos explorando los misterios que se despliegan a nuestro alrededor. Nada puede dañarnos ahora...

Suele ser difícil perturbarme, pero algo llama mi atención. Es poco más que una sutil alteración en las ondas; una figura cambiante que se confunde con las corrientes y progresa en una danza caprichosa. A ratos se torna inmensa; en otras ocasiones, sin embargo, es minúscula como un pececillo. Parpadeo con fuerza y me digo que no es más que un remolino; pero ¿podría ser que...? ¡Deidades del Océano! ¿Me está sonriendo?

Desde luego que me está sonriendo, y hasta puedo escuchar su risa. Suena como el murmullo del agua fluyendo en las profundidades, uno de esos cantos etéreos que a veces se mecen en las olas. Intenta comunicarse conmigo... y yo me pierdo en la cadencia de su voz.

«Sígueme, criatura; porque yo soy tu señora», me susurra. «A mi lado conocerás aguas mejores, remansos de calidez y abundancia para la prosperidad de los tuyos. No tengas miedo, Príncipe de Altamar. Me envían los Dioses. No tengas miedo...».

Me dejo acariciar por su esencia y me embriago de su hechizo, seducido por la magia de su arrullo y las promesas de dicha eterna. Cierro los ojos mansamente y me abandono a sus brazos; permito que me arrastre con ella, lejos, cada vez más lejos... Lejos de mi ruta y de mi vida, lejos de todo paraje conocido. Mi pueblo, que confía en mí, me sigue de cerca sin protestas. Siento que algún sentido alejado me grita en nombre de la prudencia; pero la fe que me aturde es mucho más poderosa. Las Deidades se me han manifestado a través de su heraldo más hermoso, y tengo confianza ciega en su generosidad. Ella jamás permitirá que nos suceda nada malo...

¿En qué momento sucumbió mi razón? Deidades del Océano, ¿por qué me habéis hecho esto? Infinitas rocas afiladas lastiman mi piel y desgarran mi vientre; siento en mi rostro el azote del aire secando mi cuerpo. Mis hermanos y hermanas gimen en un último coro de angustia, culpándome de haberles sumido en este espectáculo de perdición y horror. Estamos cerca del límite entre nuestro mundo y la tierra de los hombres. Demasiado cerca...

La traición tiene sabor a sangre.

La marea desciende lentamente, pero olvida devolvernos al hogar. Lo único que queda de nosotros son trescientas toneladas de agonía.

«Lo siento tanto, criatura. No sabes cuánto lo siento... La veneración a los Dioses requiere sacrificios injustos», musita el espíritu marino. Su voz se insinúa en los envites del oleaje contra el escolladero.

Destrozado, arrojo al viento un bramido que solo mi manada comprende:

«¿Podréis perdonarme, hermanos? Os he fallado... Os he fallado...».

Y aguardo a la muerte en silencio.

© Sara Martínez

La autora:

Sara Martínez Orío (Logroño, España. 1984). Es licenciada en Filología Inglesa y estudia su segunda carrera: Magisterio en Lengua Extranjera. Segundo premio en el concurso literario *Crónicas de la Torre* —organizado por la web de la escritora Laura Gallego García— con su relato *Curvas* (2006). Primer premio en el concurso *Agenda Idhún 2008* con el cuento *La acción más hermosa*. Se zambulló en el universo del fanzine a través de la revista riojana *Degeneración espontánea*, en la que colabora a menudo con obras como *La vieja Skylia* o *Lluvia en el alma*.

ESTADOS OPRESIVOS

por Emilio Jio Gil

Todos los errores son imaginarios.

Pero la realidad en ese caso te atropella con la velocidad de un tráiler de mercancías.

–¡Arrestado!

–Discúlpeme, señor juez, estoy enamorado.

–No es excusa para estar agilipollado, con la justicia no se bromea y usted queda detenido.

–¿Usted está casado?

–Soy una fuerza del estado al señor no le importa que me meta cocaína o me vaya de putas al mercado.

–Tiene usted razón, señor vigilante de mi salud, yo soy un pobre desgraciado, pero si me atreviera le diría que usted es un hijo de puta pero por miedo me quedo callado.

–Palmadas en la nuca–

–Así me gusta, que siga alienado.

Y mi amor reclama una bomba de relojería que nos mande en segundos al otro barrio, felices y contentos de la mano.

El autor de las palabras está enamorado, su amor puede ser imaginario pero eso no es una razón de grado. El comentario de texto está claro, la conclusión ha sido actuada, las llaves de la celda no están al alcance de la dama.

El cronista de la red escribe las mentiras de la comedia que por no llorar desespera de risa por los gustos opresivos del planeta.

© Emilio Gil

El autor:

Emilio Jio Gil es en la actualidad director de Plica Zaragórame SL, Zaragórame, Literatúrame y otros tantos proyectos de web. Filólogo y consejero editorial de estas Narrativas

* * *

LA PEQUEÑA

por Laura López Alfranca

En la oscura mansión de la colina siempre hay ruidos y risillas que resuenan por las paredes. Por la chimenea sale humo negro, que huele de forma extraña... pero es normal, porque las mujeres que habitan la casa son brujas. Todos lo saben, hasta los mayores, aunque no lo quieran reconocer.

Los niños saben que si se meten con ellas, llaman a las arañas para que se te coman mientras duermes y sueñas cosas horribles. Pero si las dejas en paz, en Halloween te dan muchísimas golosinas, tantas que debes ir con una bolsa grande para que entren.

Aún así, el resto de los días, lo mejor es apartarse de su camino. No sea que te hagan desaparecer como Ricky del segundo C.

Cuando sus hijos les cuentan sus historias, tienden a sonreír, poner los ojos en blanco y no darles más importancia... a fin de cuentas, es normal que teman aquello que no comprenden. Puede que las tres mujeres McAllen fueran extrañas, pero eran unas buenas personas con muy mala suerte, como cuando las dos mujeres adultas perdieron a sus maridos.

Una tarde soleada y calurosa, mientras una procesión de coches oscuros avanzaba hasta la casa de la colina, los niños espiaban tras las cortinas ocultos por sus mantas. Afirmaban que allá arriba estaban haciendo reunión de brujas, que tenían miedo de lo que podía ocurrir.

Cuando por curiosidad algunos padres se acercaron a preguntar, no respondió ninguna de las McAllen que ellos conocían. Decían ser primas, tíos o parientes lejanos, que habían venido para festejar que Daisy, la más joven del clan, iba a dar a luz.

Movidos por un deseo morboso, esperaron en el porche de la mansión para comprobar algo. Todos sabían que la chiquilla estaba embarazada de Bobby, el hijo mayor de los Ventris. Desde pequeño siempre había dado muchos problemas; la cosa cambió después de esfumarse durante dos semanas y aparecer abandonado en una de las carreteras comarcales medio muerto. Parecía haber dado un cambio completo a su vida, de delincuente a joven encantador y responsable... incluso se afirmaba que se había hecho cargo de la criatura de la joven McAllen.

«Cuando sus hijos les cuentan sus historias, tienden a sonreír, poner los ojos en blanco y no darles más importancia... a fin de cuentas, es normal que teman aquello que no comprenden.»

Cuando le vieron aparecer con un enorme oso de peluche rosa, un ramo de margaritas en las manos y una gran sonrisa, afirmaron estupefactos que alguien había cambiado a ese chico. Ante la insistencia de los demás miembros de la familia para que los vecinos les acompañaran en la espera, acompañando a sus palabras con un ofrecimiento de sillas y unos refrescos para amenizar la espera, los lugareños se quedaron a celebrar el nacimiento hasta bien entrada la noche, mientras que sus hijos cerraban puertas y ventanas con pestillos, deseando que eso pudiera detenerles.

Dana McAllen se asomó por la puerta para escuchar a sus invitados. En el salón se encontraban los líderes de las diferentes facciones de los clanes, a la espera de que naciera otro soldado más para su causa. Ilusos, no sabían lo que en verdad estaba pasando.

Todos se giraron al oír las escaleras crujir, incluso ella misma... Por estas subía ese estúpido de Bobby, con una gran sonrisa y enseñando las baratijas que había traído. ¿Qué le había visto su pequeña? Era el típico rebelde del que todas las quinceañeras se enamoraban, con esos ojos grises, el pelo castaño y esa sonrisa radiante, pero hasta que no le «mejoraron», era una mala persona que intentó abandonarla y hacerle daño. Ahora simplemente le daba asco pensar siquiera que le amase.

—Son para mis chicas —la mujer se mordió la lengua y, aunque deseó impedirle que subiera, tuvo que guiarle por en medio de la asfixiante oscuridad. No debía contrariar a la joven, no hasta que naciera la niña—. Y enhorabuena, abuela —le ignoró, si por ella hubiera sido, este maldito idiota habría desaparecido de sus vidas, pero era un perro demasiado fiel y obsesionado con Daisy.

Entre la penumbra, apenas iluminada por unos esquivos rayos de sol que se habían conseguido infiltrar, el calor flotaba pesadamente, el mejor ambiente para gestar un bebé.

En la habitación principal el fuego crepitaba y su pequeña sollozaba de dolor. Se acercó a ella preocupada mientras la abuela y líder de la familia, Delia, le cambiaba el paño húmedo de su frente. La madera crujía a su alrededor y aunque lo hacía con fuerza a causa de la edad, eran incapaces de acallar los sollozos de su sacrificio. Miró a su niña, con el pelo negro pegado a la frente y sus ojos oscuros cerrados por el dolor, parecía más pálida de lo habitual y la prominente barriga la hacia pare-

cer más pequeña y desvalida. Se mordió los labios, era demasiado pronto para que tuviera a su bebé, pero al menos gracias al padre, tendría más poder que ninguna otra persona. Daisy alzó un grito y el sacrificio la imitó pidiendo ayuda, se había vuelto completamente loco.

–Buenas tardes, Bobby –lo saludó la anciana con una gran sonrisa, mientras apartaba sus cabellos grisáceos del rostro. Ella le adoraba, tanto como su hija... malditas sentimentales–. Mira, cariño, os ha traído regalos –la chica abrió los ojos y sonrió con dulzura al chico, que se acercó para enseñarle sus presentes.

–Sacadme de aquí –alzó una ceja a modo de advertencia sin volverse, pero el otro no callaba.

–Muchas gracias, mi amor –murmuró Daisy agarrándose al brazo del muchacho.

–Deja que las ponga en agua y el osito en el cuarto de la niña –y a un movimiento de su mano, el ramo quedó colocado en la mesa de madera vieja y el peluche desapareció.

–¿Cómo estáis? No deseaba... –sonrió al ver cómo iba a colocar la mano encima de la tripa de la chiquilla, pero la vieja mayor la detuvo.

–No –dijo apartando suavemente la manta. Podía ver el vórtice oscuro en medio de esta, donde las arañas correteaban en busca de la sangre de su sacrificio. Succionaba el aire y los seres se movían por encima de la piel de la joven madre sin temor–. No querrás que tu pobre niña te tome como su sacrificio y sufra por haber dañado a su padre, ¿verdad? –él negó y Dana bufó, no iban a librarse de él.

–Te ha echado de menos –afirmó Daisy y a punto estuvo de reírse–. Estaba dando pataditas, llamando a su papi.

–Él no es su padre –dijo volviéndose a la pared–. Es eso de ahí.

«Encima de la chimenea, atado con telas de araña y adornando el lugar como un trofeo de caza, estaba el verdadero Bobby Ventris, antes hermoso y ahora un enorme saco de carne y pus deformado. Gimoteaba suplicante...»

Encima de la chimenea, atado con telas de araña y adornando el lugar como un trofeo de caza, estaba el verdadero Bobby Ventris, antes hermoso y ahora un enorme saco de carne y pus deformado. Gimoteaba suplicante... el sacrificio para la nueva vida que debía nacer.

–Ten –dijo sacando un vaso y un berbiquí, para luego tendérselos al perro–, trae su sangre, Danielle está hambrienta –dijo refiriéndose a su futura nieta.

El otro asintió, tomó los objetos y se acercó a su antiguo amo. Bajó la mirada al suelo, donde las sombras del cuarto delataban lo que aquel joven era en verdad.

–¡Maldito chuchó! –gritó el hijo de los Ventris moviéndose lentamente, su cuerpo hizo un sonido grasiento y pesado, llenando la habitación con su hedor a sudor–. ¡Debí molerte a palos, reventarte la cabeza! –sintió cómo el animal se tensaba y ella deseó maldecir. Nunca había que dejar a los revividos cerca de sus asesinos, la muerte vuelve sus rencores más peligrosos y difíciles de controlar. Pero le necesitaban, ¿quién si no había podido hacerse pasar por él, salvo el perro de la familia? Lo que no había esperado es que los rumores fueran ciertos, y que el propio joven acabó matando a su mascota a golpes.

–Lo hiciste, maldito bastardo –para su sorpresa, volvió a relajarse y, apartando las telas, clavó el berbiquí con fuerza debajo de la axila. Rápidamente, tapó la boca del otro con la mano que empuñaba el instrumento, pero el grito resonó con fuerza, sólo acallado por uno de la madre–. Pero ya me vengué. Toda tu vida me pertenece y las personas a las que amabas, también.

–Evita que se desperdicie sangre, Danielle la necesita –replicó la mujer con frialdad. Con la otra mano, el joven recogió el líquido que manaba de la herida, para luego tajarla con las telas. El gris se tiñó de rojo y la sangre revolvió las entrañas de las tres mujeres presentes, que sintieron cómo su apetito aumentaba. Se lo entregó y esta lo dejó flotando en el aire, aún debían realizar otros rituales.

El joven se acercó mientras su dueño siguió insultándole, gimoteante. Con las telas y su desnudez,

parecía un enorme bebé deforme llamando por su madre, pidiendo ayuda para que alguien le salvara. En cuanto le tendió la sangre, a una señal, Delia y ella misma invocaron cientos de velas iluminando el lugar tenuemente mientras flotaban por el aire y se movían en círculos. La antigua magia oscura impedía que la luz pudiera imponerse en aquel lugar... sólo para malvivir entre sus fauces. Pero la necesitaban para guiar a su nieta y que no confundiera sus sacrificios, los pequeños tendían a ser insaciables nada más asomarse al mundo.

Mientras Bobby abrazaba a Daisy intentando darle su apoyo, las dos mujeres iban realizando todos los rituales necesarios. Tendrían hacer muchos más de los normales, llevaban «siglos» sin emplear un sacrificio humano, debían evitar que en ningún momento alguien sintiese el poder que desataría la pequeña... que sería inmenso al usar al maldito bastardo que dejó embarazada a la por ahora más joven de la familia e intentó matarla.

Juntando el dedo índice y corazón, los llevó a su boca para lamerlos y luego, mientras realizaba los encantamientos, los pegó a una de las luces, tornándose su cuerpo ceroso y blancuzco en una voluta de humo azul oscuro. Y a cada objeto que añadía al conjuro, de su pareja más próxima empezaba a surgir las runas para mostrar que su magia hacía efecto y les protegería de la niña. Cada círculo y magia tenía un color diferente, que bailaba al son que marcaba el fuego.

Mientras, el olor a cera fue mezclándose con el acre de la sangre y sudor, los gemidos del sacrificio se volvían gritos desesperados, mezclándose con los de la madre y los ánimos del padre postizo.

Cuando la última vela fue transformada, el lugar brillaba con cientos de colores, produciendo una sensación mareante y enfermiza. El calor la hacía sudar y respirar pesadamente, como si el aire se hubiera convertido en algo tan sólido como pesado. Intentó recuperar su lugar correspondiente al lado de su hija, que gritaba llena de dolor, pero esta se negó a soltar al perro, rogando que no le abandonase. Cuando él le prometió que no lo haría, Dana deseó vomitar. Miró a Delia buscando ayuda, pero su expresión era fría y tajante; sabía que le reprochaba no haber estado cuando Daisy la necesitó, en su insaciable búsqueda de poder. Entendía su rabia, su ira, pero ella estaba ocupando el lugar que le correspondía por derecho, por mucho que la hubiese criado, fue Dana quien llevó a la niña en su vientre nueve meses y eso era algo que ni la anciana podía cambiar. Se mordió los labios deseando no tener que llegar a aquel extremo, pero ella se lo había buscado.

«Con un último alarido, miles de arañas de cientos de tamaños, negras como el carbón, escaparon a través de su útero y corrieron a encontrarse con su verdadero padre, que gritó y suplicó misericordia mucho antes de saber lo que en verdad iba a sufrir.»

Empezó a realizar los conjuros sobre el recipiente; mientras, se volvió y de entre sus ropas negras sacó una ampolla. La había llenado con la sangre de su madre, suficiente para que el bebé la tomase como un sacrificio... para librarse de ella y tomar el control. Unas cuantas lágrimas se le escaparon, odiaba tener que hacer eso, pero solo podía haber tres brujas en cada rama de la familia y por culpa de su madre, ellas habían perdido mucho poder y liderazgo. Ahora con Danielle, que recibiría el sacrificio de su padre y de otra bruja, sería considerada una diosa entre los suyos y ella la guiaría hasta la grandeza. Como debió ser con Daisy cuando sacrificó a su primer varón para que ella pudiera obtener gran poder, como debió ser siempre.

Mezcló las sangres y, al acabar los conjuros, el líquido se tornó negro. Se volvió y, sin mediar palabra, lo vertió encima del vórtice. Las arañas se volvieron locas, correataron encima de su hija y esta gritó de dolor. Sabía que aquella sensación era horrible, incluso más que un parto normal... pero por suerte, pronto acabaría para su niña.

Con un último alarido, miles de arañas de cientos de tamaños, negras como el carbón, escaparon a través de su útero y corrieron a encontrarse con su verdadero padre, que gritó y suplicó misericordia mucho antes de saber lo que en verdad iba a sufrir.

Los insectos subieron por la tela mientras su verdadero padre se agitaba, haciendo que algunas de aquellas criaturas se desprendieran y cayeran al suelo, algunas la vieron aquello, aguardaron a ver qué ocurría. Dana gritó asustada, temiendo que su nieta pudiera haberse hecho daño. Los gritos se redo-

blaron cuando uno de los animales mordió al joven en la mejilla, arrancándosela, dejando visible el hueso y los dientes. Los alaridos se redoblaron, pero ahora que tenían una vía de acceso, las arañas se introdujeron en el interior del cuerpo mientras él intentaba morderlas, mientras sacudía su cara para que no entraran por la nariz ni le picaran los ojos. Las demás fueron debilitándole arrancando carne de brazos, piernas y cuerpo. La sangre comenzó a chorrear y las gotas creaban un ruido sordo en el suelo. El olor metálico inundó el lugar, como el salado de las lágrimas del joven. Pero la mujer solo se preocupaba por las arañas que se morían... si seguía así, la niña podía perecer. Poco a poco, el sacrificio fue muriendo y los seres pudieron comer con mayor presteza. Pronto, algo cayó por las telas y chocó con gran estrépito contra el suelo, las arañas que no se habían arriesgado, abrieron las telas y atacaron las vísceras sanguinolentas.

Cuando el esqueleto cayó dentro de la tela y oyeron los gorjeos de la niña, fue cuando supo que había acabado... ¿pero qué ocurría con la sangre de su madre? Antes de que pudiera hacer nada, Bobby corrió hacia la bolsa y comenzó a romperla. Madre y abuela exclamaron asustadas, la tradición mandaba que se usara aquel tejido para vestir a la niña, algunos afirmaban que los bebés se volvían a transformar si no sentían el olor de su sacrificio apaciguándoles. Aunque la chiquilla parecía más atenta a su padre postizo que a su propia desnudez, observándole con sus mismos ojos azules.

Ella comenzó a gritarle, pero él la ignoró, llevando entre sus brazos a la pequeña, que le sonreía y acariciaba, mientras el perro iba haciéndole monerías para que se riera. Se la tendió a Daisy y Dana suspiró, debían seguir con los rituales y saber por qué la pequeña no se había lanzado contra Delia.

–Danielle –la llamó para seguir con los ritos, pero la pequeña ni la escuchó, seguía atenta a la joven madre, que levantó la mirada preocupada.

–¿Por qué no responde? –inquirió con preocupación de primeriza–. ¿Tendrá algún problema con los oídos?

«Cuando el esqueleto cayó dentro de la tela y oyeron los gorjeos de la niña, fue cuando supo que había acabado... ¿pero qué ocurría con la sangre de su madre? Antes de que pudiera hacer nada, Bobby corrió hacia la bolsa y comenzó a romperla.»

–Bebé –la llamó Bobby y la chiquitina giró el cuello para sonreírle–. Creo que no le gusta el nombre –afirmó divertido y las adultas bufaron.

–Es la tradición... habrá que escoger uno con el que responda, que le de fuerza y carácter –terció la mayor de las mujeres.

–Diana, Daphne, Dalya... –comenzó a recitar la mediana, pero la niña había vuelto la atención hacia su madre.

–Aracne –la llamó el padre y la pequeña se giró sonriente–. Parece que ese le gusta –Dana sonrió. Sí, era un gran nombre, el de su diosa.

–Aracne –repetió y la pequeña la miró llena de curiosidad.

Extendió los brazos y la agarró–. Debes... –los ojos se tornaron negros y de su boca, emergieron cientos de arañas que la atacaron.

Gritó pidiendo ayuda, mientras los seres desgarraban su carne y la devoraban viva. Las empujó y tiró, intentando que se alejaran de su cuerpo, pero enseguida cubrieron su cara, las notaba recorrer su piel al tiempo que la devoraban, que la desgarraban por dentro... y luego, sintió como sus patas peludas le acariciaban la nariz y la garganta, arrasando con todo lo que encontraban a su paso. Cayó, se revolvió, pero era inútil... dejó que el dolor la consumiera, mientras oía a su hija llamándola preocupada, intentando detener al bebé y la anciana... ahora lo entendía... aunque fuera demasiado tarde...

Bobby gritó cuando vio a su hija lanzarse contra su abuela, ¿qué ocurría? Rápidamente, y aun a pesar de que la odiaba, empezó a agarrar las arañas, intentado detenerla como mejor podía al no saber nada de magia. Lejos de lo que había temido, los insectos preferían quedarse quietos antes que herirle, así que se los pasaba a su amor, mientras ella les detenía con las sábanas, rogándole a Dana que aguantase. Pero las arañas eran millones y poco podían hacer los dos contra ellas.

–¡Haga algo! –gritó a la abuela Delia, que miraba el espectáculo con una sonrisa más propia de su hija que de la afable anciana. Estaba al otro lado de la cama, observando todo con la espalda rígida y sin apenas parpadear.

–Ya lo estoy haciendo –afirmó cerrando los ojos–. Estoy disfrutando de mi triunfo.

–¡Abuela, por favor! ¡No dejes que Aracne se coma a mamá! –pidió la joven moviéndose con torpeza, aún estaba débil por el esfuerzo. Cuando creyó que iba a caerse, la agarró del brazo, no iba a consentir que nadie le hiciera daño.

–Querida, sólo le estoy dando a tu madre lo que deseaba: más poder para su nieta –aseveró al tiempo que movía–. Lamentablemente, para poder hacer frente a algunas facciones del clan, debía hacer un sacrificio mayor –Bobby rabió, si aún conservase sus dientes, la habría mordido.

–¡No quiero que Aracne sea un arma! –replicó Daisy levantándose, llena de fuerzas y desafiante–. ¡No te lo consentiré! –el joven bajó la vista al sentir a las arañas correteando por su pierna, ya habían acabado de comer y parecían intentar llegar al otro lado de la cama

–Demasiado tarde. Cuando tu madre creyó mezclar mi sangre con la de su padre... estaba mezclando la suya y la vuestra –oyó cómo su amor gritaba, pero Bobby sabía que algo no iba como la vieja había planeado–. Así que niña creo que... –la oyó gritar y se giró, las arañas habían empezado a comerse el cuerpo de su bisabuela, mientras la joven gritaba sin saber qué hacer, rogando a la niña que se detuviera.

Pero Bobby sabía que estaba desatada, cientos de arañas se habían escapado por la puerta y las oía caminar por toda la casa. Eran puro hambre e instinto, algo que conocía de sobra.

–¡Dai! –llamó a la joven y esta se volvió llorosa. Sabía que no soportaba aquella visión, había tenido que girar la cabeza cuando la pequeña se comió al bastardo y por lo bajo, le rogaba que la perdonase –. ¡Está abajo, hay que darse prisa!

Y antes de que pudiera darse cuenta, la joven echó a correr medio desnuda. La siguió por toda la casa, hasta que a sus sentidos llegaron los gritos de dolor y de los hechizos, además del olor a azufre y sangre. Estaba comiéndose a los invitados.

Bajaron por las escaleras, donde vieron en el suelo a varias personas tumbadas, con las vísceras arrancadas y los ojos cerrados. Se quedó helado, incluso su corazón se paró... no, eso no había sido su niña, era cosa de los brujos. De pronto, a su nariz llegó un olor que le hizo temblar y llorar desesperado. Sin importarle su seguridad, atravesó el lugar, esquivando los hechizos y evitando pisar las arañas. Siguió su olfato hasta el salón, donde tantas veces había reposado su cabeza en el regazo de su amor cuando su «amigo» y ella veían películas. Allí, en aquel sofá, descansaba su familia... a los humanos que habían llegado a querer como a sus padres y hermanos, destripados y por lo que llegaba a oler, vilmente utilizados.

«Pero Bobby sabía que estaba desatada, cientos de arañas se habían escapado por la puerta y las oía caminar por toda la casa. Eran puro hambre e instinto, algo que conocía de sobra.»

Se arrodilló ante ellos y lloró, agarró la cabeza de Irina, la joven por la que estuvo apunto de que le sacrificaran al arrancarle parte del brazo a ese maldito depravado que intento hacerle daño. No había sufrido. Lo veía en su rostro, pero eso a él no le consolaba...

El olor a fuego inundó el ambiente y levantó la cabeza, la casa estaba ardiendo... de las paredes manaba un líquido negro, que actuaba como la sangre, seguramente la de los sacrificios. Las arañas tiraban de él desesperadas, deseaban que saliera de allí. Le alegraba saber que aun a pesar de su voracidad, su niña aún intentaba hacer algo bueno.

Se levantó y con una última mirada se despidió de los suyos. No podía morir, no hasta que Daisy dejara de necesitarle.

Corrió por la casa al tiempo que los magos se quemaban, corrían de un lado a otro y se derretían como cera caliente. Tosió y se tapó la boca, el humo y le olor de la carne y pelos quemados estaba mareándole, tanto que sintió cómo sus piernas temblaban.

–¡Bobby! –sintió como Dai tiraba de él y por entre el humo negro, le guiaba hasta la salida. La madera crujía de forma alarmante a sus espaldas.

Cuando sintió la frescura de la hierba contra su rostro, respiró y tosió, al tiempo que observaba cómo la mansión se caía. La cabeza le daba vueltas y era incapaz de hilar pensamientos razonables.

–Ellas no me dijeron que hacían estas cosas –afirmó su amor tumbándose a su lado y acurrucándose contra su cuerpo, abrazándola por al espalda–. No puedo seguir así... no puedo... lo siento, al menos pude hacer algo bueno... –murmuró suavemente y antes de que él pudiera hacer nada, olió la sangre y la sintió empapándole las manos.

–¡Dai! –Se levantó y aunque trastabilló, la giró para ver como se había clavado un cuchillo de cocina.

En sus ojos se veía la culpabilidad y la pena, mezcladas con la paz de la muerte. Su sangre limpiaba el olor nauseabundo que había reinado en la casa, era dulce y agradable, como había sido ella siempre. Cálida como su cuerpo y aliento... el cual estaba dejando de exhalar.

«Olió a algo podrido y levantó la cabeza, de la casa estaban saliendo figuras informes. El joven tomó al bebé entre sus brazos y echó a correr, esperando poder salvarla de todos aquellos que deseaban hacerle daño y utilizarla para su propio beneficio.»

El haber cargado con el sacrificio del bastardo había sido muy duro para ella; el de los demás, imposible de soportar. La abrazó y consoló, intentó evitar que muriese... pero solo era un pobre animal... Lloró y gritó cuando su cuerpo no se movió, supo que ya no le quedaba nada por lo que vivir, todos se habían ido. Y él, como buen perro, debía seguirles. Tomó el cuchillo y lo limpió con la lengua sin saber por qué, y después lo alzó.

Sintió las arañas correteando por el prado y abrió los ojos. Los insectos se fueron juntando y todos ellos volvieron a convertirse en una preciosa niña pequeña, que le observaba triste, al tiempo que alzaba sus bracitos para que la cogiera.

–Papá... –murmuró, sabía que eso no era lo natural y solo intentaba que él no la abandonase.

–Aracne, mi niña –dijo dejando el cuchillo para luego tomarla entre sus brazos. No, nada de aquello lo era, pero ya daba igual. Se agachó y la dejó encima del cuerpo de su madre, debía acabar con aquello–. Cómete a mamá, no dejes que si alguien la encuentra le haga daño –pero esta, lejos de obedecer, convirtió a lo que fue Daisy en un campo de margaritas, que brillaban tristes bajo la luz de la luna.

Olió a algo podrido y levantó la cabeza, de la casa estaban saliendo figuras informes. El joven tomó al bebé entre sus brazos y echó a correr, esperando poder salvarla de todos aquellos que deseaban hacerle daño y utilizarla para su propio beneficio.

Era un perro fiel, que ya se reuniría con la muerte cuando no hubiera nadie que le necesitase.

En el pueblo de McFair nadie hace demasiado ruido, ni siquiera los niños. La gente habla entre susurros y los nuevos vecinos, tienden a huir a los pocos meses ante el ambiente opresivo que reina allí. Cuando alguien pregunta a que ase debe todo eso, solo miran a la colina donde se alza negra, la poca estructura que queda de la mansión de las McAllen y no dicen nada, porque no salen las palabras. Nadie sabe que ocurrió exactamente la noche en que el lugar se quemó, tampoco lo desean... lo único que hacen, es cerrar puertas y ventanas con pestillos día y noche, esperando así, que las arañas no vuelvan a entrar y llevárseles como hicieron con casi todo el pueblo.

© Laura López Alfranca

La autora:

Laura López Alfranca (Madrid, España. 1983). Estudiante de informática y escritora vocacional. Ha publicado en diferentes revistas de Internet y conseguido diferentes puestos en otros tantos concursos literarios. Actualmente busca editorial para publicar sus novelas.

LAS CASAS SE NOS ABRIERON

por Carlos Santi

Las casas se nos abrieron como si nos hubieran estado esperando desde siempre. Así lo percibí después de haberlas recorrido una por una. Clara y yo nos miramos, intentando apoyarnos en la incredulidad del otro para no volcarnos al vacío, y llorar, quizá, para creer. A veces, en nuestros cuartos secretos, Clara y yo lloramos, cada quien tiñéndose con su porción de culpa, de absolución, y empezamos a creer.

—¡Pero ustedes son muy pobres! —arrimé mi frase sobre la humilde puerta de tela que el viento abría y cerraba casi sin esfuerzo.

El minero observó a los otros que se hacinaban tras la tela, y enseguida se llevó el índice de piedra extendido a la boca de lodo. Nos miró con cierta paz, como si en realidad careciera de ojos. Los otros le obedecieron y nos miraron con la misma mirada, sin ojos. El minero no replicó. Los otros tampoco contestaron.

El viento que resbalaba por el cuello de la colina entró en Salto y tomó la posta de nuestros cuerpos, enfriándonos y dejando sentir el susurro de las calles, abandonadas a la suerte del otoño salteño. Las piedras sonaban con sordera en los cordones de las veredas, y se apretujaban ligeras contra las hojarascas, como si se hubieran aflojado recientemente de las entrañas de la tierra. Uno de los perros de los mineros, el más esclavo, se acercó sin ladrar.

—¿Este perro es tuyo? —dijo Clara. Ninguno de ellos respondió. Clara desenfundó y el perro se alejó. No ladraba. A lo mejor se le había olvidado cómo hacerlo o dónde aprenderlo.

Los mineros se habían agrupado en racimos de tres por toda la habitación. La luz terrosa los denunciaba como desafiantes. Algunos cardúmenes parecían más claros que otros. Dos bancos largos de madera arrojaban las paredes descalzas de pintura. En el centro una mesa vacía nos observaba observar.

—Entonces éste es —dijo Clara, y acusó al minero. Clara asentía con su hermosa cabeza negra mientras lo miraba con perfecta curiosidad, como si el minero estuviera dentro de un espejo. Yo la miraba a ella, llena de sí misma. La tierra se metía en cada mirada, hasta purgarla.

Varios perros, los que campaneaban en las otras veredas, se empezaron a acercar sin ladrar ni mostrar los colmillos agresivamente. El paraje empezó a infestarse con el hedor canino. El viento se apaciguó, como si temiera a los perros, como si acariciar el pelo de los animales lo enlenteciera.

Clara hizo un ademán de empujarlo, y yo lo repetí. El minero se dispuso a decir algo, pero se contuvo. Me volvía a verlo. Cada vez que le echaba un vistazo era como si lo estuviera viendo por vez primera. Así de rápido cambiaba él, así de distintos éramos nosotros, diferentes de la casa anterior, del perro anterior. Nadie había ornamentado las paredes. Yo imaginaba cadenas rotas dibujadas y pintadas al pulso de la mano. Las pilchas de los mineros completarían el cuadro. Las alpargatas, laburadas con paciencia año con año, lo coronarían. No había mucho para destacar más que los bancos y esos hombres. Mi imaginación no iba a saciarme así.

—Voy con ustedes, compañero cana —y nos habló con paz, como si los ojos le hubieran vuelto de un sitio espléndido, inaccesible y secreto, poblado de perros desconocidos—, pero nosotros no somos pobres —y nos extendió las manos abiertas e inflamadas como piedras, hasta casi tocarnos, a Clara y a mí, nuestras caras, más negras que sus manos; luego volteó a los otros mineros, y por último dibujó con el índice un círculo en el aire, hacia abajo, señalando el piso de la casa, idéntico al de las otras casas que habíamos allanado, mientras lo buscábamos—, nosotros estamos pobres. —Yo quise interrumpirlo, porque me irritaba que me gustara lo que decía, y empujarlo para que saliera. Él solo se calló. Luego continuó.

—Regresaré a este rancho, como pobreza, como perro o como viento, pero regresaré —y nos miró sin mirarnos.

Luego salió por la puerta de tela sin despedirse. El perro más esclavo apareció de vuelta y se echó, sin enroscarse, en el lugar que el minero había señalado con su dedo de hierro negro.

Nosotros salimos tras el minero, para escoltarlo. Yo también desenfundé, por costumbre. Los perros se dispersaron en las viejas veredas que circundaban desde que nacieron. El viento se reanudó. La puerta

de tela comenzaba a flotar de nuevo, embarazando la habitación de la casa que dejábamos.

Salimos de allí y nos fuimos a llorar a nuestros cuartos secretos, con los uniformes puestos y las pistolas crédulas, desenfundadas, encañonadas en las cuevas de nuestras almohadas blancas.

© Carlos Santi

El autor:

Carlos Santi. Nací en Santiago del Estero, Argentina, en 1978, bajo el aire asfixiante de la dictadura militar. Hice algunos años en Ingeniería. Viajé por buena parte de la Argentina. Ahora vivo en Salto, Uruguay, sin resignarme, pero sin reprochármelo, milagrosamente.

* * *

Relato

MIEDO

por Pedro Bosqued

«Hoy en día podemos sentirnos libres, pero todos sabemos que vamos a morir, y allí tampoco ignorábamos que la muerte golpeaba: no era cuestión de diez, veinte o treinta años, sino de algunas semanas o meses. Y sin embargo, extrañamente, eso no cambiaba demasiado las cosas. El pensamiento de la muerte se reprimía, al igual que en la vida cotidiana. La muerte no figuraba en el registro de las palabras o los miedos cotidianos».

Primo Levi

Olía. Los párpados cerrados. Secos ya de lágrimas. Exhaustos de mirar lo que no se ve.

No buscaba concentrarme para captar mejor aquel olor. Sólo olvidar por algún momento lo que en la oscuridad se llegaba a vislumbrar.

El olor del orín recriado que me perseguía. No imaginaba que era pasajero. Me miraba fijamente desde sus órbitas salidas de madre. Parecía clavar con su mirada el olor ácido de sus desvaríos. Creía que al salir de aquel vagón infausto acabaría mi miedo. Nunca había deseado tanto estar sólo. De hecho lo estaba, rodeado de más gente que aire quedaba en ese ataúd rodante de madera vieja. No me asustaban ni los gritos que no entendía, ni el chirriar de las ruedas en los raíles, ni la lluvia que demacraba toda esperanza para dejarla seca. Su mirada era la del asesino en capilla antes de ejecutar. Mi miedo iba a acabar. Se abrió la puerta corredera del vagón y se hizo la noche. Entró aire y se fue aquel miedo.

Olía. Aquella chimenea exhalaba humo blanco. Por fin algo cándido. El humo blanco apacigua, se ve como asciende y uno piensa que así las cosas mejoran. Y la nieve, blanca compañera de mi nuevo destino me llevó a otra madera. La de un barracón con camastros impregnados con el olor del orín. Era de otro tipo, pero era el mismo. Miedo de nuevo a unos ojos inyectados de odio en otro ataúd estático de madera añeja. Eran otros ojos, de otro color y tamaño, pero transmitían el mismo horror que los anteriores. El miedo me acunó aquella noche. Mecido entre miradas mortales y orines eternos pensé que si me lavaba podría alejarme de la muerte.

Olía. Ahora era yo quien desprendía aquel hedor. Así que cuando fuimos a la ducha, me relajé. Al quitarme la ropa y ver las duchas había vuelto a perder el miedo. Conforme fui deshaciéndome del olor a orín, llegó el horror de ver caer a los que me rodeaban. Orín. Olor. Miedo. Sí, también el gas. Olía.

© Pedro Bosqued

El autor:

Pedro Bosqued (Zaragoza, 1970). Licenciado en Farmacia por la Universidad de Barcelona. Corresponsal de la revista Don Balón. Sin registro de los textos ya publicados tanto en versión papel como en digital. Puede que este rincón diga algo añadido. Blog: <http://piero.blogia.com>.

EL PUNTAL DE LA VIDA

por José María Morales Berbegal

—¡Abandonad el barco! ¡Sálvese quien pueda! —se escuchó gritar. Y si quedaba algo de esperanza, nos abandonó.

La orden dada era una carta en blanco para perder la compostura y luchar por nuestras vidas. La marinería tomó maderas y barriles en desorden, lanzándose por las troneras o saltando entre todo lo que ya flotaba. El padre Romualdo rezaba con un rosario entre las manos, mecido cada vez más fuerte. Félix y yo cogimos dos odres vacíos y los soplábamos cuanto podíamos mientras recorríamos la nave, con el agua por las rodillas, buscando las escaleras de proa, y antes de subir las nos entretuvimos en atar con dos cordeles el aire que nos haría falta para flotar, puesto que ninguno de los dos sabíamos nadar. El San Mateo pareció quejarse de que las olas lo retorciesen y se oyó un fuerte crujido que terminó por partir la cuaderna de nuestra diestra. Fui lanzado por la fuerza del agua contra el costado contrario, y cuando me recompuse, Félix yacía con el agua al cuello, atrapado por medio barco sobre sus piernas. Hice todo lo que pude, más era claro que no podría desembarazarlo, y en el caso de que lo lograra, que ya no podría andar nunca. Sobre nuestras cabezas, una viga maestra que soportaba la cubierta amenazó partirse, y yo me coloqué bajo ella como si un puntal fuese, por evitar que cuando finalmente cediese le aplastase la cabeza a mi fiel amigo. Así permanecí algunos segundos, mirando sus ojos como siempre enteros, su boca escupir el agua una vez tras otra, y sus brazos agarrados a mis piernas.

—Lo siento, Félix. Siento haberte embarcado, y que tengamos que morir tan lejos de casa —y apreté mis dientes.

Recordé los verdes montes de Tellerda, cómo crecimos juntos, primos hermanos, criados sin madres, entre rebaños de vacas y gentes rudas, pues nuestros padres nos dejaban al cargo del abuelo Ruché, quien con el fin de procurarnos sustento nos alquilaba como pastores los más de los días, para subir los rebaños a los pastos en primavera y recorrer los valles en su busca a finales de otoño. Soñábamos con emular a nuestros mayores, en acompañarlos con sus Tercios y en volver cargados de oro, famosos y bravos, llenos de historias heroicas, cicatrices y con un buen nombre ganado en la toma de alguna ciudad o, la amistad confirmada en un épico trance espalda contra espalda, espada en mano y decenas de enemigos rodeándonos. Porque nuestra amistad

«Fui lanzado por la fuerza del agua contra el costado contrario, y cuando me recompuse, Félix yacía con el agua al cuello, atrapado por medio barco sobre sus piernas. Hice todo lo que pude, más era claro que no podría desembarazarlo, y en el caso de que lo lograra, que ya no podría andar nunca.»

estaba fuera de toda duda y, pasase lo que pasase, seríamos como hermanos, uno junto al otro, hasta el final. Como nuestros padres, hermanos de sangre y de armas, a quienes tantas veces habíamos visto encarar la desgracia unidos, hombros prietos, hundiéndose juntos en la miseria y redoblando esfuerzos tendiéndose la mano para levantarse el uno al otro. Tantas historias que el abuelo nos contaba los inviernos en la bancada frente a la lumbre; de cómo lloraron juntos las muertes de sus esposas; de por qué mi padre se alistó voluntario tras arrestar a mi tío por un oscuro trance con el alguacil de Aínsa que terminó con sentencia de tres años en los Tercios; y experiencias que siempre terminaban con la enseñanza de la necesidad de permanecer los dos primos unidos hasta el fin.

Un golpe de agua en mi rostro me devolvió de mis recuerdos, resolví gritar pidiendo ayuda, aun a sabiendas que nadie vendría. Tal vez lo hice para ahuyentar mi espanto, o tal vez para liberar la rabia de aquel final. Félix entre sus ahogos me suplicó que me fuese, y le recordé nuestro juramento sobre la tumba del abuelo. Con la misma claridad que pasó, le volví a revivir el suceso...

Fortuño nos encontró peleando detrás del abrevadero, como tantas veces, solo que ésta no se nos

unió y permanecía en pie, con los ojos temblorosos, sin hablar esperando nuestra pregunta. Se derrumbó al decirnos que se había encontrado al abuelo caído en el collado de Cotiella, sin vida, desconociendo la causa de su muerte, aunque parecía ser por su final natural, pues ya contaba vividas más de cincuenta y seis cosechas. Cuando todos nos dejaron solos, frente a la lápida en la que tan solo aparecía su nombre labrado, lloré la pena y le dije a mi primo que me sentía sólo. Félix me tomó por los hombros y expresó que nunca lo estaría. Lo pronunció serio, mirándome a los ojos y con un tono que nunca volví a ver en su rostro. Después sacó de sus riñones una pequeña daga que siempre llevaba y se tajó en la siniestra, dejando caer unas gotas de sangre sobre la tumba. Me ofreció el arma, y me corté en la misma mano hasta que manché de rojo color...

—¡Así que cállate porque de aquí saldremos los dos o ninguno! —le espeté desde mi postura, metiéndole la bota bajo la espalda para que pudiese encorvar la cabeza sobre el agua y respirar mejor—. Deberías estar en Zaragoza, con la bella María, en vez de aprisionado en un galeón a la deriva.

Me pareció volver a oler su fragancia suave, comprada seguramente en alguno de los puestos del arrabal, a extramuros, y me dejé transportar al momento que llegamos por primera vez a tan fabulosa ciudad, a la que fuimos tras abandonar Tellerda unos meses después de la muerte del abuelo, cuando acudieron nuestros padres al conocer la noticia. Enseguida vimos las cuadras de las posadas y corrales, que se agolpan en la margen izquierda del Ebro, como si quisiesen protegerse las unas a las otras, pues en esta parte no está amurallada la ciudad. El camino termina convirtiéndose en una calle en la que sólo uno de los lados dispone de casas, la mayor parte negocios de comerciantes y mancebías, junto con algunos locales de juego de dudosa reputación. Pero sin duda, durante la mañana, el trasiego es de gentes comunes cerrando tratos, cargando carros, puestos de ventas ambulantes y soldados saliendo de sus habitaciones. Siguiendo, todo proviene de un fabuloso puente de piedra, con torres fuertes al principio y en su mitad, que protegen el paso y venden los frutos de las fértiles huertas cercanas.

«Mi padre no supo seguir sólo, y terminó emboscado en una celada en el camino de Tudela. La rabia que sentí al verlo tendido en el suelo, atravesado de parte a parte varias veces, soy incapaz de narrarla.»

Alcanzando la otra orilla, Zaragoza se muestra impresionante, con buenas casas y edificios, muchos construidos en ladrillo, material que apenas había visto utilizar hasta entonces, calles empedradas o adoquinadas y gruesas murallas en todo su perímetro. Sobresaliendo por encima de todos los tejados, se veía el cimborrio de la catedral de El Salvador, cuya plaza mostraba una activa vitalidad. Los carreteros con los que veníamos nos habían recomendado una posada en el barrio de los tejedores, que, aunque humilde, era lugar para hidalgos y gentes de bien, con buena comida y sin humedades,

tan malas para la salud de mi tío. Fueron buenos días los vividos en la capitalidad de Reino de Aragón; buena la comida, las amistades, los festejos de las calles y el vino que servía la Taberna del Cucho. Félix los pasó andando en líos de amores con María, una preciosa joven hija de un famoso carnicero a la que iba a rondar todas las tardes y algunas noches. Aquella mujer nos distanció lo justo, y mientras yo salía camino del vino, él lo hacía para enamorarla, y cuando yo regresaba con los sentidos adormilados y las más de las veces ebrio, encontraba la habitación vacía porque habría encontrado mejor acomodo en un catre más caliente. Lo cierto es que con el correr de los días llegué hasta no saber de él, y el día de San Pascual me lo encontré vestido de gala saliendo de misa de doce de la iglesia de la Virgen del Pilar, de la que María, según parece, era muy devota.

Pero cuando sólo se saca de la bolsa, las monedas disminuyen hasta terminarse, y siendo como éramos cuatro bocas, pronto desapareció el poco oro que llevamos y tuvimos que pensar en emplearnos; nosotros como guardas para los Salazar, y Félix... como ayudante en cierta carnicería. En éstas, se vino a sumar el empeoramiento de mi tío, de tal gravedad que fue necesario acercarlo hasta el hospital, afamado en toda España por su generosidad y tratos con los desfavorecidos, que disponía de más de doscientas camas incluyendo salas para las parturientas. Pero el buen hacer de los cirujanos y doctores no pudieron más que recomendarle paseos por los cabezos y senderos del sur, buscando el aire limpio y el sol seco de extramuros. Se nos alertó de la gravedad, y le vimos apagarse durante el siguiente mes, hasta que se extinguió su vida el siete de agosto.

Mi padre no supo seguir sólo, y terminó emboscado en una celada en el camino de Tudela. La rabia que sentí al verlo tendido en el suelo, atravesado de parte a parte varias veces, soy incapaz de na-

rrarla. Tal vez baste decir que desandé hasta la Puerta de Toledo, ya cerrada a esas horas, golpeándola hasta que la guardia la abrió de malos modos, con gritos y votoatales. Sin encomendarme a santo alguno, con mis puños desnudos los derribé, y una vez en el suelo, los mancillé desarmándolos, huyendo con sus hierros por la plaza del mercado hasta nuestra casa en la Angosta de San Pablo. Sabía perfectamente quiénes habían sido los asesinos y dónde estarían a esas horas. Yo tiritaba de impaciencia, de nervios contenidos, de malasangre... o de miedo. Hasta entonces no me había percatado de que Félix estaba en mi misma habitación, colgándose un peto y un cinturón con espada de los que había hurtado a los soldados. Fui a ponerme el otro que se encontraba sobre el camastro, pero mi hermano me tendió las armas de mi padre. Al verlas, me giré para ver su agria cara, mostrándole mis lágrimas sin pudor. Tan sólo me agarró por la nuca con sus fuertes manos, pero reconfortó mi alma sin piel. Suerte tuve que uno de Aínsa, José Costar, se hallase en aquel tugurio y me prendiese antes, haciendo honor a su empleo de corchete, y que por viejas deudas hacia la persona de mi padre me diese cuatro horas de ventaja antes de avisar al alguacil de mi huída. Félix no se lo pensó ni un momento y partió conmigo, dejando atrás una vida futura más tranquila con quien criar hijos y la seguridad de comer carne todos los días. Por contra, asumió su compromiso de sangre y aceptó sin reparos la vida de huidos que nos esperaba.

—¡Juan! ¡Ayúdanos por Dios! —le grité en cuanto lo vi salir de la bodega camino de cubierta. Se acercó dubitativo, y al ver la estampa se aferró a la misma viga que yo soportaba. Mas le rogué que buscara un fuerte madero que me sustituyese como puntal o que apalancase la presa que tenía atrapado a Félix. El mozo intentó como pudo desembarazarlo, inútilmente, y tras desistir, trajo una parte de lo que debió ser el palo de trinquete clavándolo en paralelo a mi costado. Solté al fin, libre del esfuerzo, sintiendo unos terribles pinchazos en mis brazos que se desplazaron por mi espalda haciéndome caer sobre el agua junto a la cabeza de mi hermano, que ya se encontraba al borde de la muerte, pues tragaba mas agua que aire respiraba.

«Quedamos sorprendidos sobremanera, nunca habíamos visto un barco, y allí no había sino decenas de ellos: atracados, fondeados, anclados... un verdadero bosque de palos mayores, mesanas y trinquetes.»

Al bueno de Juan de Campoo lo conocimos en Valladolid, al poco de nuestra llegada, por ocupar la habitación anexa de la pensión en la que nos hospedábamos. Pronto hicimos buenas migas los tres, pues ser de edad pareja y provenir de fuera une a los hombres por lo común. Junto a él buscamos ocupaciones por toda la ciudad, pasando por mozos de carruaje, como correos, porteadores para los tejedores, y Félix llegó a entrar al servicio del capitán Cinto, ya retirado de los Tercios y necesitado de un pastor que le cuidase las decenas de cabezas de ganado que tenía en su hacienda a las afueras de la ciudad. Sin duda mi hermano se hubiese labrado un gran porvenir, pues aparte de conocer a los terneros como nadie, se supo hacer querer por el capitán, quien casi con certeza vio en él al hijo que nunca concibió. Pese a todo, nuestra situación era bien apurada y siempre en disputas por el pago de la pensión, así que el capitán nos ofreció un pajar sin uso que tenía al final de la Rúa a cambio de ayudarlo a Félix cuando lo dispusiese. Bastantes meses permanecimos entre el ronronear de los estómagos y el ocio de la falta de ocupaciones, hasta que las noticias de abundantes pagas nos animaron a movernos hacia La Coruña, de donde provenían rumores de necesitarse brazos para la mas grande reunión de barcos jamás vista. Cinto nos aseguró que iba a partir desde Lisboa «La Felicísima», como la había denominado el segundo rey Felipe, y que haría parada en el puerto coruñés para unirse a la que allí se encontraba. El propósito de tal Armada no era otro que el de la conquista de la odiosa hereje Inglaterra que no cejaba en sus intenciones de oponerse a España en todos los frentes, de Flandes a las Américas. Así que preparamos el hatillo y partimos, no sin antes rechazar las bondadosas palabras que el capitán le dedicó a Félix para retenerle a su lado.

—No queda nadie más en el barco a quien poder pedir ayuda —dijo Juan desistiendo de su intento de apalancar—, no podemos desembarazarlo, debemos irnos antes de que se parta y nos aplaste a los tres. —Le dije que se fuese y rezase por ambos, cosa que hizo el vallisoletano como pudo, apartando todo lo que flotaba y avanzando contracorriente del agua que entraba por todos los lados. Se esfumó por una enorme brecha a unas veinte varas de nosotros y supuse que sintió lo mismo que cuando llegamos a La Coruña y, al atravesar sus calles, contemplamos el puerto.

Quedamos sorprendidos sobremanera, nunca habíamos visto un barco, y allí no había sino decenas de ellos: atracados, fondeados, anclados... un verdadero bosque de palos mayores, mesanas y trinquetes. La actividad marinera era muy intensa en aquel momento, pues había que terminar las labores de aprovisionamiento con urgencia porque gran parte de la flota se encontraba en alta mar a la espera. Tras encontrar al alistador, se nos encomendó al galeón San Mateo, un barco de dos puentes y tres palos, con treinta y cuatro cañones, más alto que cualquiera de las casas de Tellerda, de proa redonda, robusto, y para el que decían se tuvieron que talar más de dos mil árboles de porte. El resto del día lo pasamos subiendo bastimentos: toneles de agua, cajones de bizcocho, cargas de pólvora y sacos de arena –para empapar la sangre, nos dijeron–. Al anochecer el navío zarpó, con nosotros a popa en cubierta, asombrados de que una montaña como aquella fuese capaz de flotar, pero podría explicarse porque el mar es tan grande... usted no podrá imaginarlo si no lo ha visto, mayor que cualquier lago que conozca y cientos de veces más grande que el Ibón de Cotiella, incluso parece no tener fin, cosa a todas luces imposible, pues en algún sitio debe estar la otra orilla, seguramente en la nombrada Inglaterra.

Crujió por penúltima vez el madero que apuntalaba nuestras cabezas. Mi corazón se encogía en cada trago de mar que a Félix le restaba la vida e impotente tiré de él con fuerza para sólo conseguir que el agua se tiñese de rojo, que el pobre aullase de dolor y que me pidiese aceptar el final. No tuve tiempo para la réplica, pues el San Mateo, anegado en sus entrañas, se desbarató con gran estrépito contra un arenal de Zelanda.

Según me dijeron, me hallaron bocabajo en la costa, junto a muchos otros cuerpos sin vida de la tripulación. El de mi hermano, el mar no lo arrojó y yo quedé aquí, en Flandes, a la espera de que Félix, el puntal de mi vida, volviese del fondo para juntos regresar a Tellerda.

© José María Morales Berbegal

El autor:

José María Morales Berbegal (Zaragoza, 1969). Mantiene una relación activa con el mundo de la escritura, contraria a la que cabría esperar de un ingeniero. Ha publicado varios relatos en revistas literarias, ediciones menores y suplementos culturales. Mientras espera que alguna editorial se decida a publicarle, mantiene el blog <http://unodetellerda.blogspot.com>, donde refleja parte de su obra.

* * *

Relato

DIOS ES UN TROMPETISTA NEGRO

por José Antonio Lozano

Recuerdo un mundo en blanco y negro, lleno de música, whisky y humo. Solía pasarme por el viejo club, en la Cuarta, esquina con Desmond Avenue, casi todas las noches. Harto de la monotonía de mi existencia, de los arqueos diarios y de la insulsa vida familiar, el Missouri Town era el lugar perfecto para soñar con paisajes desconocidos e imaginarme el peligro a la vuelta de la esquina. Me gustaba sentarme en la primera mesa de la izquierda, al pie del escenario, las teclas del piano a la vista. Allí, bajo la escasa luz de la lamparita de la mesilla, prácticamente oculto a los ojos de los demás, disfrutaba con el jazz y observaba a los que pasaban por el local, imaginando sus vidas, siempre mejores que las mías. Otras veces no necesitaba imaginarlas, ya las conocía. Es lo que pasa

cuando vas mucho por el mismo lugar, terminas conociendo a todo el mundo, aunque sea de un modo superficial. Así conocí a Charlie.

Era un tipo que siempre vestía elegantemente, sombreros calados a la moda, abrigos de buen algodón por los hombros, trajes cortados a la medida en una amplia gama de colores. Solía llegar rodeado de amigos, abrazado a bellas mujeres, casi nunca la misma. Saludaba con familiaridad a todo el mundo, parecía que el tiempo se suspendía cuando él aparecía por el Missouri. Gastaba grandes cantidades de dinero en alcohol y alrededor de su mesa siempre había una corte de aduladores y amigos, dispuestos a recoger las migajas del festín, agradeciendo con rancias reverencias el obsequio de ser invitados a su mesa. No era guapo pero tenía ese atractivo especial que engancha a las mujeres y hace bajar los ojos a los hombres. Fumaba exageradamente y frecuentaba los baños con asiduidad, nunca sabré qué turbios negocios manejaba por la planta baja. Sus risotadas eran de las que harían palidecer al hijo del trueno. Cuando Charlie llegaba, la diversión podía comenzar.

No cruzaría con él más de cinco frases convencionales desde el día que le vi por primera vez, hasta que desapareció de nuestras vidas. Yo no soy la clase de persona en la que se fija la gente, no tengo una cara digna de recordar ni nada en mí escapa a la vulgaridad. Pero creo que Charlie me tenía un afecto especial, al menos así me gusta pensarlo. Un invisible hilo de seda nos unía en algunas ocasiones, algo tan sutil como la cuerda de un bajo, tan voluble como las notas de una trompeta. Y es que él y yo amábamos el jazz casi por encima de todas las cosas, me atrevería a decir que más en mi caso aunque puede que no fuera justo con el pobre Charlie. Habíamos coincidido en muchas ocasiones cuando los grupos de músicos pasaban por la ciudad, haciendo ineludible escala en el Missouri, tantas noches de estreno, tantas veladas en las que volvíamos a saborear todo lo que aquellos negros nos ofrecían como por arte de magia. Todo el que quería ser algo en este mundillo, tarde o temprano tenía que superar la prueba del Missouri.

«Nada hay más hermoso que el jazz cuando sale de las tripas. Si existe Dios, tiene que ser negro y tocar la trompeta como un demonio. Durante una larga temporada, el Dean Gordon Quintet se adueñó del escenario del Missouri y tocaron durante docenas de noches. No queríamos oír nada más, el cielo debía ser así.»

Y es que era un público exigente, acostumbrado a paladear lo mejor, que no se conformaba con cualquier cosa y que lo mismo que te consagraba, podía hundirte en la más profunda de las desgracias. No sería la primera vez que una actuación se suspendía entre las botellas que volaban al escenario, los más puristas que intentaban agredir al pobre saxofonista de turno, entre los porrazos de la policía y la rutinaria visita a la comisaría. En estos casos, ni Charlie ni yo nos uníamos al tumulto, yo por mi incapacidad para la violencia y él por una niebla de melancolía que parecía invadirle. Si algo no le gustaba, dejaba de prestarle atención y se dedicaba a sobar a la fulana de turno hasta que, tambaleándose y guiñando el ojo a sus amigotes, se levantaba en busca de un lugar más tranquilo. Otras veces cortaba la actuación gritando que le trajeran a un negro de verdad, uno que supiera soplar el instrumento sin parecer que estaba lamiendo el látigo de su negrero. No era un mal tipo pero el alcohol le podía de vez en cuando.

Nada hay más hermoso que el jazz cuando sale de las tripas. Si existe Dios, tiene que ser negro y tocar la trompeta como un demonio. Durante una larga temporada, el Dean Gordon Quintet se adueñó del escenario del Missouri y tocaron durante docenas de noches. No queríamos oír nada más, el cielo debía ser así. Cuando Dean atacaba su saxo tenor, hasta el humo parecía abrir un camino para que pudiéramos verlo. Los camareros tenía prohibido servir copas y sólo había ojos para aquellos cinco tipos. Drew «Sweet» Jostohn era un negro descomunal, casi tan grande como el piano que acariciaba como a una amante exhausta, prodigiosa la mano izquierda, imposible que aquellos dedazos cupieran en las indefensas teclas. Le recuerdo de perfil, altivo, los pantalones excesivamente cortos, unos pulcros gemelos restallando en la tenue oscuridad y un chaleco siempre a punto de explotar. Se secaba el sudor con una toalla que le acompañaba en cada una de sus actuaciones y jamás le vi probar ni una gota. Al fondo, casi oculto a mi vista, Zach Farmer, chiquito pero con el ritmo fluyendo por cada una de sus atosigadas venas. Camisa blanca remangada, unos inútiles anteojos y la sonrisa del que sabe que puede conjurar a los demonios del infierno y acariciar

a la madre que nunca conoció. Más de una vez, una de sus baquetas salió despedida ante el susto de la chica a la que acababa de estropear el maquillaje. Junto a Zach, podría haber pasado por un mellizo algo más aclarado, Lindon Myers, agarrado a su contrabajo como lo haría un marinero, antes de poner rumbo a la lejana Europa, a su desconsolada novia. Sus dedos se volvían invisibles al tacto de sus cuatro cuerdas y parecían prolongar su eterna y algo estúpida sonrisa, en una mal dibujada cara. Al otro extremo de mi sitio, en el lugar más alejado del escenario, pero en primera fila, Miles Mould, el mejor trompetista de su generación. Sus carrillos picados se hinchaban y deshinchaban como el vapor de una locomotora, traje negro que le hacía todavía más alto de lo que parecía. Era bueno y lo sabía, desgranando su arte con cuentagotas los días que estaba inspirado y que vaya a saber el motivo, decidía que aquellos paletos iban a saber lo que era bueno. A su lado, en el centro, llenándolo todo, Dean.

Parecía un animal enjaulado, de un lado al otro del escenario, aguardando su turno, esperando que se acercara el compás en el que debía introducir su saxo como un barco que emerge del fondo del mar. Dean no era ningún jovencito y había peleado duro para llegar a donde estaba. Le costó tiempo y esfuerzo juntar a aquellos músicos pero sabía que la música nunca sonaría igual después de aquello. Dean balanceaba su saxo siguiendo la melodía de la trompeta, saboreando el ritmo de los platillos, perdiéndose en las escalas imposibles del teclado. Parecía ajeno a todo, igual que Charlie, igual que yo. Hasta que entraba en acción. Al principio casi sin querer, viniendo desde atrás, como un aparecido en un claro del bosque en la medianoche. Su saxo completaba la melodía que todos conocíamos, la que nos hacía aplaudir nada más que la escuchábamos, hasta que de repente comenzaba otra cosa, empezaba el jazz que salía de sus pulmones y que derretía los hielos de nuestras consumicio-

«Parecía un animal enjaulado, de un lado al otro del escenario, aguardando su turno, esperando que se acercara el compás en el que debía introducir su saxo como un barco que emerge del fondo del mar.»

nes. A veces era apasionado, un loco, un terremoto incontenible que parecía iba a desmoronar el techo sobre nuestras cabezas. Charlie se movía frenéticamente en su asiento, cabeceando loco de placer, al borde de todo. Otras veces nos mataba de tristeza, oíamos cómo lloraba por algo que no comprendíamos, por alguien al que nunca conoceremos, ni siquiera Charlie que parece una estatua, los ojos clavados en el aire, el pensamiento ausente a miles de kilómetros. Creo que Charlie daba por bueno todo lo demás, sólo por poder notar esa sensación de vez en cuando, por saborear el chispazo alguna noche, por lograr

conectar entre las notas que suben y bajan, que se atropellan, que luchan por salir, por escapar de aquella prisión, por deslizarse entre sus muslos y penetrar su corazón. Entonces Charlie me mira, asiente con la cabeza y sé que daría media vida por llegar a sentir algo así, por poder hacerlo, aunque sólo fuera una vez. Dean regresa de no sabemos dónde, la sección rítmica sube el volumen que no consigue acallar los aplausos enfebrecidos de los asistentes, se seca el sudor, bebe de su copa y se dispone a terminar el tema tal y como todos esperamos. Nos mira, se ríe y sale del escenario. Lo hizo otra vez. Charlie aparta de un manotazo a la rubia que le besa en el cuello a la espera de lograr lo suyo. No es momento de importunar al bueno de Charlie que bebe de un trago lo que queda en el vaso y se levanta con un gesto de rabia en busca del baño. Yo sigo allí, pensando en lo que he visto, intentando ordenar lo que he sentido. El aire es irrespirable. Parezco un besugo a punto de ser descamado.

De repente un día, Charlie no volvió. No me atreví a preguntar por él. Supuse que habría encontrado algo mejor, que había logrado su trocito de cielo en otro sitio. No sé. Le eché de menos, todavía lo hago. Hay recuerdos que valen una vida. Charlie, el Missouri, Dean Gordon y sus chicos. El jazz. Yo, hubo un tiempo en el que quise ser negro. Todavía no lo he logrado.

© José Antonio Lozano

El autor:

José Antonio Lozano (Zaragoza, 1969). Licenciado en Derecho y un amante de la Literatura y el Arte en general. Llevo escritos unos cuantos relatos, participado sin éxito en otros tantos concursos, y heridas varias en la batalla con las editoriales esperando ver publicado mi primer libro. Mientras tanto, canalizo mi inspiración a través del blog: jalozadas.blogspot.com.

MACEDONIA DE FRUTAS

por Marina Cano

Entonces va a la cocina, coge un plátano, lo mira, le da vueltas y vuelve a dejarlo en su sitio. Una fruta curiosa, se dice. Mira acto seguido hacia detrás, pues hay que mirar hacia atrás para poder seguir adelante. Vuelve a coger el plátano, lo pela y lo introduce en su boca dándole un mordisco considerable. Elisa va entonces al salón, que está junto a la cocina, y mientras saborea la fruta mira por el balcón soleado el edificio de enfrente. Recuerda lo que ha hecho esa mañana, cómo ha paseado por la ciudad, caminando a lo largo del puente que la divide en dos. Recuerda el brillo del agua al reflejarse el sol en la superficie, y cómo esos destellos se veían intercalados por los amasijos de hierro que formaban el puente.

Había pensado en tirarse. Había pensado en darse un baño matutino, mientras contemplaba los destellos del sol y las barras de hierro. Elisa esa mañana de un día festivo, como otro domingo cualquiera, había contemplado la unión con el elemento acuoso del río. En su lugar, en vez de una inmersión en las aguas putrefactas, que por desgracia han conocido más de un periodo de sequía, había continuado caminando, viendo cómo la luz del día centelleaba sobre el líquido. Por qué no lo había hecho era algo que escapaba a su entendimiento.

Ahora, mientras engulle el plátano, el sol le da en el rostro. Está de pie en medio del salón, sin moverse, sin poder avanzar ni adelante ni atrás. Por fin decide volver a la cocina y coger esta vez una manzana amarilla, de esas con pintas negras y un ligero color sonrosado en una de las esquinas, que indica que está justo en su punto. Aparece de nuevo inmóvil a la vez que sus mandíbulas se mueven arriba y abajo y sus dientes desgarran la fruta prohibida. Arriba y abajo. El conjunto de pulpa y zumo pasa por su garganta con un suave movimiento camino del estómago, al mismo tiempo que otro mordisco trae más sustancia a su boca.

«Había pensado en darse un baño matutino, mientras contemplaba los destellos del sol y las barras de hierro. Elisa esa mañana de un día festivo, como otro domingo cualquiera, había contemplado la unión con el elemento acuoso del río.»

Se pregunta entonces cómo pasar página. Su madre le dijo ayer que no había pasado el folio todavía, y Elisa piensa ahora en cómo se hace eso de coger la esquina de una hoja y doblarla hasta que la otra página aparece frente a la vista. Cómo se escribe el punto y final de un capítulo para empezar a componer otro. ¿Alguien se sabe las instrucciones? Seguro que hay una: un poco de banana, unas gotas de zumo de manzana, una pizca de buena voluntad ¿y algo más? No puede ser una fórmula tan complicada.

De nuevo en el salón, el sol brilla, como el que daba en la torre de la princesa, la que esperaba la llegada del príncipe encantado de nunca jamás cepillando su cabello. Pues sí, peina que te peina, se pasaba Princesa las horas mareando su larga melena rubia, tanto que todavía es de extrañarse que no se quedara calva antes de la aparición de su amado (a quien por supuesto no había visto en toda su vida, pero ya amaba profundamente. O tal vez no; a lo mejor es que se enamoró de él al mismo verlo. Cómo lo vio si ella habitaba la torre más alta-alta, altísima y más que altísima del mundo mundial es otra incógnita).

Volviendo a leer el último párrafo que he escrito, yo, este/a narrador/a que te está contando la historia de Elisa y Princesa (que no eran una y la misma persona, más quisiera Elisa quizá que tener un príncipe encantado en Nunca Jamás), pienso en cambiar una de las frases que he compuesto. Contemplo escribir «que todavía es de extrañarse que no se quedara calva antes de cumplir los treinta» en lugar de «antes de la aparición de su amado». ¿A ti, lector, qué te parece? Lo he dejado como estaba, con la versión original, pues aunque hoy en día los treinta son una edad muy decente para que una se comprometa, en la época de Princesa, una ya era casi abuela cuando descubría la primera cana (que estando en una melena rubia es, por supuesto, más fácil de disimular. ¿Por qué te creías

que todas las princesas y las hadas tenían cabellos dorados cual rayos de sol?, ¿porque iban a la peluquería de la esquina como tú?). Volviendo al tema del cambio, espero que no te disguste que finalmente no lo haya hecho, aunque si no es así, la verdad es que me da igual, para eso soy la narradora.

Y como íbamos diciendo unos párrafos más arriba, no sabemos, pues por desgracia no está documentado, en qué momento Princesa se enamoró de Encantado, que como Elisa también comía bananas, ¿o cómo te crees que tuvo la energía suficiente para escalar la torre? Sí, ya sé que te estoy haciendo muchas preguntas últimamente, pero para eso soy la que manda, y si no te gusta, siempre puedes dejar de leer esta historia, ponerla debajo de ese montón de libros y papeles sin identificar que tienes en el despacho, o tirarla directamente al cubo de la basura, aunque en ese caso mejor que sea al contenedor de reciclaje, que no se diga que una no colabora con el medio ambiente.

Princesa y Encantado: como ya sabes se conocieron cuando él, que iba cabalgando en su lindo e inmaculado corcel, divisó la torre alta, altísima y, habiendo oído de las viejas del reino que allí habitaba Princesa, se dirigió curioso a aquellas lindes. Supongo que ya conoces el resto de la historia, ¿no? ¿No querrás que te lo cuente como si tuvieras seis años? Vale, te arroparé esta noche para dormir y te seguiré contando esta fábula: Princesa al ver a Encantado se enamoró de él (nota: no sabemos en qué momento realmente aconteció este suceso). En cuanto al príncipe, desconocemos si quedó cautivado al ver a Princesa (tampoco sabemos muy bien hasta qué punto pudo verla desde abajo sin coger una buena tortícolis), o si por el contrario estaba encantado con la dote de la joven.

«Y tú estarás pensando: ¿Y qué tiene esto que ver con Elisa? En realidad, no te iba a hacer esta pregunta, pero es que me he cansado de contarte el cuento, y además como mi madre, que no la de Elisa, ha encendido la tele, no puedo concentrarme.»

Y tú estarás pensando: ¿Y qué tiene esto que ver con Elisa? En realidad, no te iba a hacer esta pregunta, pero es que me he cansado de contarte el cuento, y además como mi madre, que no la de Elisa, ha encendido la tele, no puedo concentrarme. De todas formas, ¿sabes la respuesta o no? Tienes que pensar y trabajar un poco, ¿eh? Por lo pronto, aparte de la explicación psicoanalítica que te daré a continuación, está lo obvio, de lo que seguro que ya te has dado cuenta. Es decir, en ambas historias aparece el plátano (¿Recuerdas que te he dicho que tanto

Elisa como Encantado, cuyos nombres empiezan los dos por *e*, comían plántanos?). Ahora no hagas trampa, y no me digas que ya lo sabías; confiesa que se te había olvidado. O tal vez tengo un lector listillo que sí se había percatado.

Por una vez, y sin que sirva de precedente, te voy a dar lo que te prometí, pero no te acostumbres, ¿vale?: la explicación psicoanalítica. Pues, si yo fuera una crítica literaria, diría que probablemente Elisa, que se ha criado como tú, escuchando cuentos de hadas, tiene envidia de Princesa. A ella le gustaría encontrar a Encantado; en realidad se conformaría con uno la mitad de encantado, la mitad de guapo y la mitad de enamorado. Yo iría tan lejos ahora como para afirmar que la culpa es de los hermanos Grimm por transcribir los cuentos de hadas que hacen que las mujeres esperen un príncipe maravilloso, azul o encantado (los tres pertenecían a la misma familia) en su vida. Así que, querido lector, puedes llegar a la conclusión de que, si he decidido incluir el cuento de Princesa y Encantado en esta historia, no ha sido simplemente para rellenar páginas que no sé cómo voy a completar de otra forma. Al menos concédeme el beneficio de la duda, o si no tienes ganas de ser generoso conmigo, tienes tres opciones. Puedes pensar que:

a) A la narradora se le ha ido la olla.

b) He estado bebiendo antes o durante el proceso de composición de esta historia.

O

c) El cuento tiene una función psicoanalítica (como ya te he dicho): expresa los deseos más íntimos e inconfesables de Elisa, los miedos y anhelos que ha interiorizado y desarrollado desde la infancia, el deseo de encontrar un hombre que le «salve» la vida y la rescate de la torre. Véase además que la imagen de la torre altísima se puede interpretar como un símbolo fálico; es decir, Princesa, y por extensión Elisa, están atrapadas por un sistema patriarcal del

que contradictoriamente desean librarse a través de un hombre, sin saber que acabarán formando así parte de otro patriarcado.

Ahora dime, lector, ¿no soy una narradora inteligente? Seguro que si has llegado hasta aquí (lo que quiere decir que no has tirado esta historia a la papelera) no se te ocurre seguir ese consejo, sino que continúas leyendo y, si te enteras de que esta narradora escribe algo más, vas corriendo en su busca. Por cierto, cuando te dije que destruiras esta historia, se me olvidó decirte que no hagas lo mismo con el resto de la revista/libro en el que pueda estar publicada; los demás autores/obras no tienen la culpa de que tú y yo no nos llevemos bien.

¿Qué está haciendo ahora Elisa? (Sí, ya sé que la abandoné hace un buen rato). La dejamos en la cocina saboreando una manzana. Tal vez te has dado cuenta ahora que acabo de releer por encima lo que he escrito en las páginas anteriores, de que el estilo y el tono de la primera parte, la de Elisa, es muy distinto al de la segunda. Puede que te preguntes, si eres de esos raros lectores curiosos, por qué. Te diré sin rodeos que este cambio de tono, aparte de servir para divertirme desconcertándote y jugando contigo, se debe a un giro en mi humor y estado de ánimo. Cuando comencé a escribir la historia de Elisa estaba deprimida, mucho más que en el momento de escribir sobre Princesa y Encantado. Pero ¡cuidado!, no me identifiques con mi primera protagonista; ¡Elisa no soy yo! Vale que dicen que todo es de alguna forma autobiográfico, pero yo no soy Elisa, ni por supuesto tampoco Princesa. Así que te repetiré para concluir esta discusión acerca del estilo de mi relato que cuando empecé a componerlo estaba deprimida; bueno, y después también, pero quizá menos. De modo que espero haber satisfecho tu curiosidad en lo que se refiere a este tema.

Vale. ¿Quieres que me calle ya de una vez? ¿No? ¿Quieres saber qué le pasó a Elisa después de comerse la manzana, o qué había ocurrido antes? Pues te daré lo que desees:

Una vez en el salón, tras haber dado buena cuenta del fruto prohibido, Elisa permanece de pie. De pie, de nuevo inmóvil sin saber qué hacer, ni hacia dónde moverse. Se siente sola. Se sienta en una mecedora y se balancea hacia delante y hacia atrás, sin ir a ninguna parte, volviendo siempre al mismo punto de partida. La mirada perdida, mirando pero sin ver nada, nada. Esta mañana, durante su paseo, se ha encontrado a una vieja compañera de instituto. Esta le ha dicho que ahora está viviendo en un piso alquilado con su novio. Ante lo cual Elisa se ha quedado estupefacta, pues la chica siempre había sido la gorda y fea de la clase, y no es que hubiera mejorado mucho con el tiempo. Tonia, que así se llamaba, tenía aún bastantes kilos demás, aparte de una dentadura postiza debido al pudrimiento que sus molares habían sufrido a una temprana edad. Y tal personaje, que si físicamente no era Claudia Schiffer, intelectualmente tampoco era Einstein, vivía felizmente en pareja desde hacía un año.

«Si está obsesionada, si todavía no ha pasado página, Elisa piensa, es porque no ha ocurrido nada más en su vida desde entonces. No ha sucedido nada nuevo, y esa, y no el no haberlo superado, es la razón por la que sigue dándole vueltas.»

Y Elisa vuelve a sentirse sola. Va al baño, se baja las bragas y se sienta en el váter. Nota entonces deslizar la orina entre sus piernas camino del alcantarillado público. Se queda de nuevo ensimismada contemplando la greca de los azulejos. Una línea azul sube hasta cruzarse con una rosa, y baja otra vez en picado hasta detenerse formando un ángulo de noventa grados. Se lava las manos, intentando evitar contemplarse en el espejo; aún así se ve un poco de reajo, levanta la vista y mira su rostro. Sus tristes ojos grises y su pelo corto castaño claro. Y se pregunta cómo alguien pudo una vez considerarla una belleza. Eres preciosa, eres preciosa.

Si está obsesionada, si todavía no ha pasado página, Elisa piensa, es porque no ha ocurrido nada más en su vida desde entonces. No ha sucedido nada nuevo, y esa, y no el no haberlo superado, es la razón por la que sigue dándole vueltas. Se dice que tiene una personalidad obsesiva, que al fin y al cabo todo ser humano padece la compulsión de buscarse algún problema, alguna preocupación, aunque no la tenga. Esta es la suya, hasta que encuentre una mejor. Hasta entonces no habrá pasado página por completo, porque no dispondrá de una nueva en la que escribir. Está cansada de que todo vaya por parejas, de salir a la calle y no encontrarse más que novios y matrimonios. Se regodea cuando oye que una pareja ha roto o ve las perspectivas de una ruptura próxima. Se siente mala,

pero qué se le va a hacer. Elisa está harta de que incluso los yogures vayan de dos en dos o de cuatro en cuatro. Hasta los huevos vienen en paquetes de seis o de doce (aunque qué nos dice entonces el que los zumos individuales vengan en packs de tres es otra cuestión).

La verdad es que Princesa, a pesar de todo su rango y sangre azul, tenía preocupaciones similares. Ella también se sentía sola. Al menos hasta que Encantado apareció en escena. ¿Por dónde iba en la historia de los dos reales enamorados? Espera, espera, no te impacientes, tengo que releer lo último que escribí acerca de Princesa y Encantado para no repetirme, y que no puedas acusarme de ser una mala cuenta cuentos. Ya, ya lo tengo. ¿A que no he tardado tanto? Pues bien, como íbamos diciendo, un buen día Encantado encontró la torre alta altísima en la que Princesa se alojaba. La parte más sorprendente de esta historia es cómo Encantado tuvo finalmente acceso a la torre y pudo ver a su amada, de una vez por todas, cara a cara. No sé si Princesa utilizaba el mejor y más caro de los champúes, pero visto lo visto, su cabello debía ser extra fuerte. Como ya sabrás (y si no, te enteras ahora) Encantado pudo por fin contemplar a su amada a una distancia menor de cien metros tras escalar la torre. (Recuerda que por alguna crueldad de los padres de la heroína, la torre no tenía puertas. Ahora, cómo se alimentó la chica hasta que el príncipe la rescató escapa a mi conocimiento. Confieso que he intentado investigar el tema, pero sin resultados, y para que me creas te adjunto mis fuentes:

Con botas, Gato. *De Cómo Rapunzel Consiguió Liberarse de la Torre* (Nunca Jamás: Publicaciones El Satrecillo Valiente, 1802).

Durmiente, Bella. *Un Acercamiento Feminista a la Historia de las Princesas* (Hamellin: Universidad de Hamellin, 1970).

Feo, Patito. *La Manzana, Blancanieves y Por qué las Princesas Nunca Comen Chocolate* (Muy Lejano: Editorial Mamá Pata, 1950).

Madrina, Hada. *Cómo Conseguir al Príncipe de tus Sueños: 20 Consejos Prácticos e Infalibles* (País de las Maravillas: Publicaciones El Trol Bueno, 1800).

Roja, Caperucita. *Geografía de los Cuentos de Hadas* (El Bosque Encantado: Editorial Shezade Era Más Lista que el Rey, 1954).

He consultado todos estos libros, y algunos otros que no cito para no aburrirte, con idéntico resultado, es decir, nada. Si estás interesado en probar suerte, todos se encuentran en la Biblioteca Regional de Nunca Jamás.)

El modo en el que Encantado tuvo acceso a la torre fue ni más ni menos que escalando; sí, como lo oyes. Claro que él no poseía cuerdas, ni material deportivo (ni qué decir de zapatillas Nike). ¿Sabes cómo trepó hasta la torre? ¿A que de esa parte sí te acuerdas? Sí, sí, es lo que estás pensando: usó la larga melena dorada cual rayos de sol de Princesa como cuerda y arnés, además de la energía que le proporcionaron los plátanos que consumía con asiduidad. Yo todavía estoy sorprendida con esto, y la verdad, no es que quiera cuestionar a los hermanos Grimm..., pero es muy sospechoso. ¿Qué mujer, por muy enamorada que esté tras dos horas de conversaciones a gritos a más de cien metros de distancia, va a dejar que le arranquen el pelo por ver a su amado? ¿No estaría Princesa ya calva cuando Encantado llegó a la cima? ¿Y aún así se casó con ella? Hombre, no la iba a dejar plantada después de ser la causa de su prematura alopecia, y después de haberse jugado el tipo en la escalada (porque entonces todavía no había bomberos esperando con una colchoneta debajo).

¿Qué sucedió después? Sinceramente, no lo sé. Vale, vale, se supone que los narradores lo tenemos que saber todo, al fin y al cabo ese es nuestro trabajo. Pero es que aunque en teoría Princesa y Encantado vivieron felices por siempre jamás, y se hincharon a comer perdices (que digo yo que mejor se hubieran comido un buen pastel de chocolate), el caso es que los hermanos Grimm no se quedaron a vivir con ellos para comprobarlo. ¿O creías que sí? La verdad es que para qué nos vamos a engañar, un buen investigador y cronista debe comprobar todos y cada uno de sus datos y demás material, especialmente antes de ponerlo por escrito y publicarlo. E insisto: no es por criticar. Sin embargo, los Grimm en cuanto vieron que Princesa y Encantado se habían dado el sí quiero (porque a la boda y al banquete sí asistieron, en el que por supuesto había una tarta de manzana con sirope de plátano) se marcharon a escribir el cuento, pues la editorial les estaba metiendo prisa para que

terminaran su recopilación, pudiendo así publicarla lo antes posible. Como no te sorprenderá, las editoriales hacen cosas así; el mercado y las prisas son los culpables de que no se comprueben todos los datos, y luego las cosas salen como salen.

En conclusión, no podemos averiguar qué les deparó el destino a Princesa y Encantado: ¿Vivieron un amor eterno o se pelearon en cuanto Papá Rey quiso que Encantado se ganara un poco el pan trabajando en la corte? ¿Tuvieron muchos hijos porque Encantado siguió consumiendo plátanos o acabó durmiendo en el sofá por tomar la fruta con las damas de compañía de su esposa? ¿Volvió a crecerle el pelo a Princesa o se metamorfoseó en el enanito calvo de Blancanieves?

¿Estás cansado ya de escucharme? Bueno, no te preocupes, un poco más y acabamos, aunque luego me vas a echar de menos. Tengo que terminar con Princesa y Encantado y también decirte algo más sobre Elisa, ¿no pensarás que la he olvidado? No, para que la historia tenga una sensación de cierre y sea coherente, debo mencionarla antes de concluir, de forma que ten paciencia. Creo que estoy bastante orgullosa de lo que he escrito hasta ahora, pero quizás a ti este estilo mío, del que yo presumo, modestia aparte, no te parezca tan novedoso. Si no crees que sea original, si piensas que hay elementos que has leído en otros escritores, querido lector, estás en lo cierto; es muy posible, pues soy el producto de todo lo que leí.

«Elisa vuelve al salón y continúa mirando por la ventana, viendo los edificios de enfrente, pensando en él, pensando en ella, pensando en nada.»

Para finalizar te diré que Princesa y Encantado tuvieron un feliz día de bodas, que es hasta donde el relato de los hermanos Grimm es más o menos fiable. Qué ocurrió después ya sabes que escapa a mi extenso conocimiento. Sólo te digo una cosa: ¡el por siempre jamás... es demasiado tiempo! Así que vamos a dejarlos ahora que son felices, que están deseando perderse en su noche de bodas (estamos en la Edad Media, ¿no esperarías sexo prematrimonial?, ¿no?, aunque no se sabe lo que hicieron en la torre cuando Encantado consiguió llegar arriba... No había testigos para dar un informe de

ese incidente). En fin, que como te iba diciendo, prefiero abandonar ahora a estos personajes, que yo ya he hecho míos, y no de los Grimm, a tener que contarte cómo se tiran platos y sartenes a la cabeza en un tiempo. Debo ser una romántica, pero prefiero los finales felices, por eso corto ahora, en el día de la boda. Princesa, Encantado, que lo disfrutéis.

¿Y qué hay de Elisa? ¿Va a ser su final feliz también? Lector, soy una romántica, pero no hago milagros. Sola dejé a Elisa y me temo que sola la voy a abandonar de nuevo. Sí, hasta yo voy a renegar a mi propio personaje, ¿no soy una narradora cruel y despiadada? Elisa vuelve al salón y continúa mirando por la ventana, viendo los edificios de enfrente, pensando en él, pensando en ella, pensando en nada. El sol brilla todavía acariciando su ventana y la brisa fresca se cuele por la rendija del balcón, apenas abierto. Eres preciosa. Una tímida sonrisa se dibuja en su rostro, casi sin mover la comisura de sus labios. Piensa: sí, soy preciosa. Y por primera vez en mucho tiempo siente su cara, sus brazos, sus piernas, su cuerpo. Y ya no está sola.

Me da pena marcharme ahora, querido lector, pero Princesa y Encantado están disfrutando de su macedonia de frutas, lo que significa que no tenemos nada que hacer, ni tú ni yo. Elisa tal vez llegue a tomar una ración de esa macedonia en algún momento, aunque ahora tiene un sabor amargo en la boca. Y yo, si me disculpas, voy a comerme un plátano.

© Marina Cano

La autora:

Marina Cano es licenciada en Filología Inglesa por la Universidad de Murcia (2006), y ganadora del Premio Fin de Carrera en dicha universidad y del Primer Premio Extraordinario Nacional. En la actualidad, se encuentra completando el máster sobre literatura inglesa escrita por mujeres "Women, Writing and Gender" en la Universidad de St. Andrews (Escocia). También ha comenzado su tesis doctoral sobre la recepción de Jane Austen. Entre sus publicaciones académicas destacan: *Persuasion Moves To Chicago: Rewriting Austen's Classic in The Lake House* y *Becoming Shakespeare and Jane Austen in Love: An Intertextual Dialogue between Two Biopics*. Marina Cano forma parte además del grupo de investigación "Cultures of Commemoration: The Shakespeare Tercentenary (1916) and the Idea of Europe" (Universidad de Murcia), financiado por el Ministerio de Innovación y Ciencia. E-mail: bathja@hotmail.com

EN BUSCA DE LA LUZ

por Blanca del Cerro

Yo no quería hacerlo, madre, te aseguro que no quería, pero no pude resistir la tentación. Había tanta claridad, y tanta luz allá al fondo, y la tierra extendiéndose hasta no sabía dónde, y los árboles, tan verdes, muy similares a los de nuestro país, aunque no tan grandes y no tan frondosos, llamándome a gritos, las plantas entonando canciones de cuna al anochecer, y la luna haciéndome guiños de complicidad en el cielo, era tanto lo que me llamaba fuera, que no supe decir que no. Por eso, cuando vi la puerta entornada y comprendí que bastaba con un pequeño empujón para abrirla, me lancé sin pensar hacia el infinito de un más allá desconocido. Yo no quería hacerlo, madre, de verdad, sabes que no te miento, sabes que nunca te he mentado, pero una voz en mi interior, un algo superior a mi voluntad, me impulsó. Y salí. Salí en busca de la luz. Era totalmente de noche. Ya había quedado atrás ese instante que tanto te gusta, cuando las sombras empiezan a reptar por los pliegues incoloros del día y se apoderan de ellos hasta convertirlos en cenizas. Por eso me fui. Así, sin pensarlo. Fue fácil: sólo un empujón.

Al salir me recibió un murmullo de sombras que me abrazaron. Todo era silencio y noche. Dudé un poco, pero aquella era mi oportunidad y no podía desaprovecharla. Salí al exterior y me metí de lleno en la oscuridad. Las estrellas me saludaron contentas. Y empecé a caminar.

Nada se parecía a lo que yo imaginaba, porque lo que encontré al salir no fue sólo un bosque, los árboles que veía desde dentro, ramas y hojas, sino un extraño paisaje compuesto por algo cuyo nombre desconozco, pero que podían ser casas, casas muy altas, mucho más altas que las de nuestra tierra, que llegaban al cielo, con miles de ventanas, unas con soles, otras sin soles –debía haber soles diminutos encerrados en su interior– y donde no existía horizonte porque el horizonte quedaba cubierto por esos curiosos monstruos de variadas formas. Me detuve un instante para contemplarlos. Jamás en mi corta vida había visto nada parecido. La verdad es que no me gustaron, por eso me dirigí hacia el bosque que me llamaba. De verdad, madre, el bosque me llamaba suavemente y no podía negarme. Era una voz muy dulce, casi como la tuya, una voz verde compuesta de hojas, ramas y flores.

«Todo era silencio y noche. Dudé un poco, pero aquella era mi oportunidad y no podía desaprovecharla. Salí al exterior y me metí de lleno en la oscuridad. Las estrellas me saludaron contentas. Y empecé a caminar.»

Y al entrar y encontrarme cubierto por los árboles, me sentí como en casa, no la de aquí, sino la de allí. Aunque casi no la recuerdo, pero sí recuerdo el aire tan suave, y la luz eterna, y los olores.

Qué distintos son los olores aquí. No alcanzo a distinguir muchos de ellos, mi olfato se pierde ante tanta variedad y tanta diferencia. Son otros, no tan puros y con multitud de mezclas, no sabría explicarlo bien. Por eso no pude encontrarte, al final, cuando quise volver y no conseguí percibirte.

Anduve tranquilamente, arropado entre las sombras, y llegué a aquel lugar desconocido. Me cobijé tras unos setos que se extendían en torno al bosque, asomé un poco la cabeza y vi que no había nadie.

Lo que contemplé fue un terreno muy amplio, una parte formada de tierra y otra de hierba verde, con muchas flores y plantas alrededor y, en el centro, un algo extraño de piedra de donde salían varios chorros de agua. Aquello tenía un cierto parecido con nuestro hogar, madre. Me gustó. Me encontré a gusto, como si fuera un retorno.

No sé explicarte bien cómo me sentía, me recorría una sensación extraña, como si una mano suave me acariciara la piel, como si una voz dormida me susurrara al oído que mi vida podría volver a ser como era porque, a pesar de mis escasos recuerdos, a pesar de que aquí me encuentro bien en determinados aspectos, prefiero todo aquello que dejamos o que perdimos, no lo sé.

Paseé lentamente por aquel pedazo de terreno que me atraía, caminé por los senderos, me detuve ante

las flores, observé las plantas, escuché el sonido del agua. Me sentí a gusto respirando paz. Miré a un lado y a otro y, ante la evidente ausencia de toda señal de vida, decidí acercarme a beber un poco de los chorros porque tenía sed.

Aquella decisión fue un error, lo confieso, porque, en el momento en que me encontraba bebiendo tranquilamente, salió una persona del bosque que quedaba justo detrás de mí. Al oír sus pasos, giré la cabeza. El hombre, porque era un hombre, venía corriendo casi sin ropa, o con muy poca. Se acercó adonde yo estaba. Al verme, se detuvo en seco, abrió mucho los ojos y la boca, y apretó los puños. Nuestras miradas se cruzaron un instante. Los ojos del hombre encerraban puntitos de terror, que son puntitos amarillos que brillan en las pupilas cuando alguien siente miedo, eso sí lo sé. Estuvo unos segundos quieto, como si no supiera qué hacer, como si dudase, empezó a caminar hacia atrás, muy lentamente, un paso, dos, tres y, al tropezar con uno de los árboles donde comienza el bosque, dio media vuelta y salió corriendo. Yo lo miré asombrado sin comprender su reacción y continué bebiendo.

Cuando los hombres vienen a casa, cuando vienen a verme, siempre van acompañados de niños, y todos ríen. Nadie se asusta, al contrario. Me gustan los niños y me gusta su risa. Es como los trinos de los pájaros de nuestra tierra, porque aquí no hay muchos pájaros, o al menos yo no los he visto, lo cual es un poco triste. No me puedo imaginar el mundo sin ellos. ¿Cómo es posible vivir sin escuchar sus canciones?

Después de beber, comprendí que tenía hambre, ya que no había comido nada desde el día anterior. Fue en ese momento, tras sentir una punzada en el estómago, cuando por primera vez pensé que tal vez había sido un error escaparme de casa, porque allí tengo todo lo que deseo, nunca me falta agua, nunca me falta comida, aunque sí me falta la luz, esa luz tibia que merodea por el exterior y que se

«Cuando los hombres vienen a casa, cuando vienen a verme, siempre van acompañados de niños, y todos ríen. Nadie se asusta, al contrario. Me gustan los niños y me gusta su risa.»

queda siempre a las puertas de nuestro hogar. Por eso salí a buscarla.

Comencé a caminar lentamente, mirando hacia todas partes. Necesitaba alimentarme.

A lo lejos, junto a un muro no muy alto, divisé una especie de cajas grandes llenas de bolsas. Despedían un extraño olor. Me dirigí hacia ellas atento a cualquier sonido. Al llegar a la valla, me acerqué a aquellas cajas grandes, abrí una de las bolsas y encontré desperdicios y restos de carne. En principio me disgustó porque no

estaba muy limpia y no había mucha, pero sí suficiente para calmarme. Aunque sentía un poco de asco, no tuve más remedio que comerla.

La luz de la mañana empezaba extenderse por todas partes. Era el amanecer saludando al mundo.

Di media vuelta y volví a la pradera.

Y después de comer, ya con el estómago medio lleno, me asaltó tu recuerdo, madre, y te eché de menos. Empecé a pensar en que había cometido un error al separarme de ti, así, de repente, sin decirte una palabra. Y añoré tus caricias. Había ido en busca de la luz, pero te dejé sola en casa. Permanecí un rato quieto, sin saber qué hacer, sin decidirme, porque, por una parte, deseaba volver a tu lado pero, por otra, la luz gritaba tanto... Y pensé que la luz sería maravillosa, pero de nada valía sin tu presencia.

En ese instante, oí un ruido. Eran pasos. Los pasos de alguien que se acercaba. Quise encaminarme hacia unos arbustos, pero no sirvió de nada porque no llegué a tiempo. Casi tropecé con la figura de una mujer rubia que caminaba por el bosque, llevando varios libros en las manos. Nos encontramos frente a frente. Por un instante pensé que se aproximaría y me saludaría, pero no fue así. Al verme, se detuvo en seco, abrió mucho los ojos, profirió un grito espeluznante, y cayó muerta ante mí. Los libros se desparramaron. Quedé paralizado. Aquello fue realmente terrible. Yo no había hecho nada. No alcanzaba a comprender por qué razón mi presencia resultaba agradable en casa y fuera de ella todos se asustaban. Algo extraño debía estar pasando.

Me quedé mirando aquella figura, dulce y blanca, tendida en el suelo. No era joven pero tampoco

vieja, muy parecida a las madres de los niños que vienen a visitarnos. Su cabello rubio le caía por los hombros y parecía muy suave. Di unos pasos y me acerqué a ella. No estaba muerta porque respiraba. Le acaricié el rostro y ella continuó allí, muy quieta, sin abrir los ojos, sin un solo movimiento salvo el de su pecho subiendo y bajando al compás de la respiración.

Fue entonces cuando pensé que debía huir de allí porque, en caso de que aparecieran otras personas, seguramente me acusarían de haber hecho daño a aquella mujer rubia. No sería cierto, yo no podría hacer daño a nadie pero, ¿cómo explicarlo?

Levanté la cabeza dispuesto a alejarme, a volver junto a ti, miré a un lado y a otro y sentí como si el ese mundo oscuro al que había salido me hubiera tragado, me hubiera engullido en sus fauces, y comprendí aterrizado que estaba perdido, que no sabía hacia dónde dirigirme, porque había dado tantas vueltas que desconocía el camino hacia mi hogar, hacia ti. Aspiré el viento para percibir tu olor pero hasta mí llegaron cientos de aromas desconocidos entre los que no estaba el tuyo.

Por mi mente pasaron en un instante millones de pensamientos en los que se mezclaban mi casa de allí, mi casa de aquí, la claridad que se abría paso con suavidad entre las nubes, amaneceres y atardeceres cargados de luz, y tú, sobre todo tú, madre, que probablemente me estarías esperando. Me senté en el suelo, junto a la mujer rubia, a la espera de la nada. La observé en silencio, deseando que despertara. No sabía qué hacer. Quise llorar y no pude. Te echaba de menos, echaba de menos tus caricias y la tranquilidad del hogar.

Tal vez la luz no existe para mí, o tengo que esperar más tiempo para buscarla, quizás ahora es demasiado pronto, aunque más adelante pueda ser demasiado tarde, es posible que la luz esté reservada para unos pocos y yo no sea uno de ellos, o probablemente cuando tienes edad suficiente para encontrarla ya no puedes hacerlo, o no existe edad para ello. Quién sabe.

Al fondo oí de nuevo el sonido de otros pasos. Me levanté sin separarme de la mujer rubia que yacía a mi lado y escuché. Comprendí que esta vez no se trataba de una sola persona, sino de muchas, oía sus voces, murmullos perdidos en el aire, ecos resonando. Se acercaban. Me agazapé junto a los arbustos.

Nadie apareció por los alrededores.

Asomé la cabeza y pude ver a unos cuantos hombres agachados detrás de los setos que quedaban frente a mí, todos juntos. Uno de ellos era el primero con el que me había topado hacía un rato y había salido huyendo, otros me resultaron conocidos de casa, el director, el joven moreno y agradable que nos sirve todos los días la comida, y varios más, pero no sabían ocultarse bien porque yo podía verlos perfectamente desde donde me encontraba. Algunos llevaban en sus manos unos palos largos, no comprendí porqué y no comprendí qué eran ni qué iban a hacer con ellos, pero sí supe que aquellos hombres venían a por mí.

Bajé la cabeza y pensé en ti, madre.

No creía que la carrera hacia la luz iba a ser tan complicada. Al fin y al cabo, siempre está allí, a la espera, y yo lo único que había hecho era salir a buscarla. Claro que lo difícil no es buscarla, sino encontrarla.

Allí, en nuestra tierra, siempre había luz, eso sí lo recuerdo, una luz incolora que nos arropaba y nos hacía sentir distintos, porque no teníamos que perseguirla, se encontraba junto a nosotros, siempre acariciándonos con sus manos y sus dedos suaves, tan blancos. Porque la luz es muy suave y muy blanca, y podía verse a través de las ramas que nos cobijaban.

Las voces de los hombres se extendían y llegaban a mí, aunque no podía entender lo que decían. Ellos miraban hacia el lugar dónde yo me encontraba y señalaban con sus manos los arbustos. Eran muchos. Yo no podía moverme. La verdad, madre, es que tenía miedo, mucho miedo, porque en ese momento supe que no había hecho bien en escaparme, que debía haberme quedado contigo, a tu lado. Es una

«Por mi mente pasaron en un instante millones de pensamientos en los que se mezclaban mi casa de allí, mi casa de aquí, la claridad que se abría paso con suavidad entre las nubes, amaneceres y atardeceres cargados de luz, y tú, sobre todo tú, madre, que probablemente me estarías esperando.»

lástima que nos hayan quitado la luz. Si no hubiera sido por ella...

Los hombres continuaban hablando y mirando mientras yo los observaba a través de los arbustos.

Pude ver que tres de ellos se separaban del grupo y se dirigían dando un rodeo hacia el lugar donde yo estaba. Los tres caminaban muy despacio, aparentemente con gran cautela, mientras el resto permanecía de pie, tras los setos, colocándose junto a la cara y sobre los hombros los palos que llevaban en las manos.

Uno de los hombres que se aproximaba a mí era el joven moreno que nos sirve todos los días la comida. Es una persona muy agradable que nos habla con cariño y nos trata bien. Iría a buscarlo. Él no me haría daño. Los otros dos llevaban también palos que, al igual que el resto, se colocaron sobre un hombro, contra el rostro. Parecía que tenían miedo, yo lo percibía, porque el terror se percibe de lejos.

Me quedé muy quieto.

Surgieron de detrás de los árboles y, en un instante, nuestras miradas se cruzaron.

No podría explicarte, madre, lo que sentí en aquel momento, fue como si me quitara un gran peso de encima pero, a la vez, comprendí que había perdido la luz para siempre. Y una gran tristeza me arrasó por dentro.

Los tres hombres se plantaron a unos metros de mí, en el centro el joven moreno que nos sirve la comida todos los días, y los otros a los lados, con los palos sobre los hombros mirándome directamente.

El joven moreno dio unos pasos encaminándose muy lentamente al lugar donde yo estaba, a la vez que decía:

–Tranquilo, Dargo, ya estoy aquí, no te asustes, no te asustes.

No sé por qué razón pronunció esas palabras, porque yo no me sentía asustado y estaba muy tranquilo. Me levanté y quise dirigirme corriendo hacia él a saludarle, a decirle que deseaba volver a casa, junto a él, junto a ti, madre, pero, en ese momento sonó un estallido, o tal vez dos, no lo sé, un estallido que retumbó y retumbó, parecía que todos los palos que llevaban aquellos hombres se habían roto, hasta el aire quedó detenido por un instante, el eco del estampido llegó a mi, todo se nubló a mi alrededor, las figuras empezaron a retorcerse, los árboles, las flores, el agua, todo se volvió borroso, y yo cerré los ojos y sentí sueño, mucho sueño, y creo que entonces me dormí. Mi último pensamiento estuvo dirigido a ti, madre.

Al día siguiente, los habitantes de aquella pequeña ciudad perdida entre las montañas, pudieron leer la siguiente noticia en el periódico local:

«En el día de ayer, un extraño suceso tuvo lugar en nuestra localidad. De forma incomprensible, amparado en la oscuridad de la noche, un cachorro de tigre escapó del circo que durante estos días se encuentra instalado a las afueras del pueblo y nos alegra con su espectáculo. Alertados por un vecino que había salido de madrugada a practicar deporte, la policía, el director del circo y el domador de “Dargo”, que así se denomina el cachorro, hallaron a éste merodeando por el Parque de la Fuente de Piedra, cercano al lugar donde se ha levantado el circo. Junto al cachorro, se encontraba desmayada nuestra querida alcaldesa, Doña Antonia Robles, que al parecer se topó con “Dargo” camino de su trabajo y que, afortunadamente, no sufrió ningún daño. Finalmente, y tras un amplio despliegue policial, la fiera pudo ser capturada mediante el disparo de un somnífero. El domador nos ha explicado que no comprende cómo consiguió salir del recinto. En este momento, el cachorro ya se encuentra encerrado junto a su madre.»

© Blanca del Cerro

La autora:

Blanca del Cerro nació en Madrid. Cursó sus estudios en el colegio de Jesús-María, en esta misma ciudad. Estudió Filología Francesa, Traducción e interpretación y lleva veinte años dedicada a la labor de traductora, aunque su asignatura pendiente ha sido la escritura. Tiene publicado el libro *Luna Blanca*.

EL ASESINO

por Pepe Pereza

Desde el tejado tenía una perspectiva estupenda de toda la calle. Una señora salió de la panadería y él la apuntó con su carabina. Jacinto, que estaba tumbado sobre las tejas, se fijó en cómo su amigo Nico apuntaba a algo o a alguien. Se incorporó y se acercó sigiloso.

–¿A quién apuntas? –preguntó, a la vez que echaba un rápido vistazo abajo, a la calle.

–A esa gorda que lleva una barra de pan.

Nico apretó el gatillo y el perdigón impactó en una de las nalgas de la señora. Al sentirlo, la pobre mujer no pudo reprimir un sobresalto acompañado de un ridículo grito. Los chavales se ocultaron para no ser interceptados por las miradas de la confundida señora que dolorida atisbaba de un lado a otro buscando el origen de aquel ataque. Nico y Jacinto reprimieron sus carcajadas, aunque desde donde estaba la señora, era imposible que les oyese. Asomaron sus cabezas por la repisa y echaron un vistazo a la calle. La señora seguía mirando a su alrededor mientras se pasaba la mano por la nalga herida. Se replegaron de nuevo ocultándose de la vista de los viandantes y rieron, esta vez sí, sin cortarse.

–Ahora me toca a mí –dijo Jacinto arrebatándole la carabina a su amigo.

Ambos habían trabajado durante meses repartiendo publicidad por los buzones. Con lo ganado, se habían comprado la carabina y desde entonces no habían parado de disparar a todo lo que se movía, especialmente a otras personas. Empezaron disparando a pájaros y lagartijas, más tarde a ratas de basurero, de ahí a gatos y perros y finalmente pasaron a la caza mayor, a las personas. Una vez que lo habían probado no querían volver a malgastar sus balines con animales. Era mucho más divertido y emocionante disparar a la gente.

–Antes cambiemos de sitio –dijo Nico, dándose las de profesional.

–¿Vamos a la vía a por los que pasan asomados en los trenes? –sugirió Jacinto, con la inconsciencia y el entusiasmo propio de su juventud.

Llegaron a un descampado cercano a la salida de la estación donde había cañaverales tras los que ocultarse y por donde los trenes pasaban a una velocidad moderada. Escondidos entre las cañas, esperaron la llegada de un tren de pasajeros.

–Yo de mayor quiero ser asesino a sueldo –dijo Nico en tono serio.

–Mi padre quiere que yo sea abogado, pero a mí lo que me gustaría es ser millonario –añadió Jacinto siguiendo con la conversación.

–Toma y a mí, pero como no nos toque la lotería o acertemos una quiniela, lo tenemos claro.

–Entonces no me va a quedar más remedio que hacerme abogado.

–Pues así, si un día la poli me coge a mí, tú me defiendes y me sacas de la cárcel, ¿vale?

–Vale, colega.

Ambos chocaron sus puños cerrando el trato. Jacinto se preguntó mentalmente quién ganaría más dinero, si los asesinos a sueldo o los abogados... pero no llegó a ninguna conclusión así que tampoco dijo nada. Nico por su parte pensó en que si viviera en Norteamérica, en vez de una carabina tendría un UZI.

© Pepe Pereza

El autor:

Pepe Pereza. Ex-actor de cine y teatro durante más de veinte años. Trabajando en compañías independientes y otras no tanto como La Fura Dels Baus. En cine protagonicé la película de Juanjo Jiménez Peña *Nos hacemos falta*. Guionista de cine y cómics. Director de cortometrajes. Y aprendiz de escritor con un librito de poemas publicado en la editorial 4 de agosto. Blog: <http://peperezaza.blogspot.com/>

LA EXTRAÑA

por Sergio Borao Llop

Después de tantos meses, el paseo vespertino era una rutina más, un invariable deambular por las calles del barrio y los parques cercanos.

La costumbre traza itinerarios. Así, aunque uno se dejase ir al azar, los propios pasos se amoldaban a la monotonía grisácea de las aceras y conducían siempre a los mismos destinos, a idénticos regresos.

Salvo esporádicos encuentros con algún vecino o intrascendentes conversaciones accidentales, nunca sucedía nada.

Pero esa tarde de martes –lo mismo podría haber sido viernes o domingo; así de plano era mi horizonte por esa época– hubo un cambio.

Como tantos otros días a lo largo del tedioso e inacabable periodo de convalecencia, yo había salido a caminar por el barrio. Ya de vuelta, intentaba introducir la llave en la puerta para entrar en el viejo edificio donde vivía, cuando vi a la chica. Algo en ella me llamó la atención, y por eso me quedé mirándola, con cierta curiosidad.

Pasé junto a ella, musitando un sordo «hasta luego» que no recibió respuesta (cosa harto común en este inicio del XXI) y comencé a subir los cuarenta y ocho escalones que me separaban de mi casa, de la temible e inquebrantable soledad tan arduamente edificada a lo largo de los últimos diez años.

No tardé en percibir sus pasos leves, indecisos, a mi espalda. Cada vez más convencido de que ella no pertenecía al edificio, temí que me hubiese venido siguiendo, que tratase de robarme (unos días atrás le había sucedido algo así a una vecina del segundo) pero ese pensamiento me resultó absurdo. La chica era delgada y no muy alta. Calculé que no pesaría más de cincuenta o cincuenta y cinco kilos. Resultaba difícil pensar en ella empuñando una navaja o una jeringuilla.

Deseché tal visión y seguí subiendo con lentitud, con esa lentitud que da el cansancio, ese cansancio nacido de la repetición infinita de los actos cotidianos. Cuando por fin llegué junto a la puerta de mi casa, ella también se detuvo, detrás de mí, a menos de un metro de distancia, mirando al suelo y en silencio.

Me sentí incómodo. No sabía si meter la llave en la cerradura o dar media vuelta y bajar de nuevo los cuarenta y ocho escalones; o quizá encararme con ella y preguntarle por el significado de su persecución o de su estancia allí. Ninguna opción me satisfizo. Tenía la certeza de errar, independientemente de lo que finalmente decidiese hacer.

Muy despacio, esperando que fuese ella quien se viese obligada a tomar una u otra decisión, metí la mano en el bolsillo del pantalón y demoré unos segundos infinitos en encontrar el llavero. Luego, con una casi ceremoniosa parsimonia, seleccioné la llave indicada y la introduje en la cerradura, girándola dos veces y abriendo finalmente la puerta, sin prisa, con aparente calma (pero mis entrañas eran un campo de batalla, un entrechocar de sensaciones contrapuestas sin solución posible).

Cuando ya estaba en el interior de mi vivienda, me giré un poco para comprobar su reacción. Seguía allí, al otro lado del umbral, inmóvil, mirándome con esos ojos verdes, profundos, como esperando una invitación (me recordó, no sé por qué, esas historias de vampiros, en las que el vampiro no puede entrar en una casa sin el correspondiente permiso del que la habita)

Mas su mirada no albergaba un ruego, ni una pregunta. Nada. Sus ojos eran un remanso de aguas tranquilas. Como si su presencia allí afuera, justo al otro lado de la puerta, fuese lo más natural del

mundo.

Imposible precisar el tiempo que duró esa escena. Yo la miraba, interrogándola con los ojos, sin cesar de hacer difíciles conjeturas acerca de sus motivos, esperando que dijese algo, tratando de convencerme de la conveniencia de cerrar la puerta y dejarla allí con su insoportable silencio y su corta melena rubia y el misterio abisal de sus pupilas que no cesaban de mirarme. Ella sólo aguardaba un gesto.

Lo malo de tomar decisiones es que siempre hay que elegir un camino y desechar todos los demás. Uno nunca sabe qué hubiera pasado de haber hecho otra cosa. Resulta frustrante la sospecha de haber elegido la peor opción. Por eso, no cerré la puerta, pero tampoco la invité a pasar. Di media vuelta, me adentré en el recibidor y dejé que fuese ella quien se viese obligada a decidir.

No dudó ni un instante. De reojo, comprobé que, desde el interior, cerraba tras de sí con mucha delicadeza, como tratando de evitar el mínimo ruido. Sonreí.

© Sergio Borao Llop

El autor:

Sergio Borao Llop. Narrador y poeta nacido en Mallén, Zaragoza (España). Colaborador habitual en varias revistas y boletines electrónicos. Incluido en diversas antologías y en las revistas Nitecuento, Imán, Alhucema y Rampa. Su obra aparece en diferentes páginas web de contenido literario, como EOM, Letralia, Almiar y otras. Sus textos han sido leídos en varios programas radiofónicos. Ha recogido la mayor parte de sus cuentos en dos libros: *El Alba sin espejos y Reflejos*, *Intrusiones*, *Imposturas*, y su poesía en el volumen *La estrecha senda inexcusable*. Fue finalista en los certámenes de Poesía y Relatos "Ciudad de Zaragoza 1990". Blog, "Al andar": <http://sbllop.blogia.com>. Página personal: <http://www.aragoneria.com/sergio>

* * *

Relato

CONSTELACIONES

por Ramiro Sanchiz

Pocos días después de la mudanza, A y B encuentran, en el fondo de un armario, una caja de cartón cerrada con cinta adhesiva. Tomándola al principio por uno de sus tantos embalajes les sorprende encontrar un número enorme de fotografías, muchas de ellas amarillentas por el paso del tiempo. Las miran con asombro creciente: ninguna de las imágenes los muestra, sino a otra pareja, llamémoslos Y y Z, de rasgos vagamente familiares, retratada en lo que parece ser una luna de miel, una fiesta de primer cumpleaños de un hijo, el nacimiento de otro, retratos sucesivos de escolares, de viajes, de vacaciones de verano, playas, lagos, campos, casas de veraneo compartidas con la familia, niños que se han convertido en adolescentes, marcas cambiantes de automóviles, casas, edificios, caras y momentos recónditos que parecen volver cóncavo el pequeño tiempo que contienen. A está maravillado. Han encontrado, dice, la suma de la vida de dos personas. B sugiere que se trata de los antiguos propietarios del apartamento: no cabe otra opción. Las primeras fotos, concluyen basándose en los colores desteñidos y la moda en las prendas de vestir, se remontan a mediados de los ochenta; las últimas, al año dos mil o poco más. Hay cerca de cuatrocientas, muchas sueltas pero algunas pegadas prolijamente a dos grandes álbumes. ¿Qué hacer?, se preguntan A y B. Pronto se les impone una opción: lo correcto sería buscar a estas personas y devolverles su pasado, su tiempo perdido; pero, ¿cómo hacerlo? Llaman a la inmobiliaria donde gestionaron la compra del aparta-

mento: la propietaria anterior es una señora de edad, no una pareja más o menos joven. Obtienen su teléfono y la llaman: sí, les responde, le compré el apartamento en el 2002 a una pareja. Pero añade que ha perdido hace tiempo el contacto y sólo retiene el eco bastante vago de un nombre: Liri, Lisi, Litti, nada que permita rastrearlos. Pero A y B siguen indagando: se vuelven sobre las fotografías para examinarlas con cuidado, con paciencia de detective. Investigan los rasgos de sus rostros, preparándose para encuentros fortuitos (inevitables en toda ciudad, concluyen); la manera de vestir, las constantes que permanecen más allá de los cambios en la moda y que probablemente hagan las cualidades de la personalidad, de la individualidad, del *ser*, y también las facciones de los hijos, los cambiantes escenarios de las vacaciones, los signos escritos en la ciudad que los contiene, a veces vista desde una ventana en un rincón de la foto, otras veces a pleno en una calle o cierta plaza tan familiar pero a la vez inasible. La matrícula de un auto en una foto hacia mediados de los noventa no logra aportar mayores pistas; tampoco las casas de la playa, pese a que indagan con paciencia la naturaleza y el paisaje y creen determinar, con gran alivio, que se trata de Piriápolis o sus inmediaciones. Envueltos en un asombro agotado no dejan de viajar a estos posibles balnearios de veraneo en busca de las fachadas de las casas; a veces las encuentran, pero ninguno de sus habitantes recuerda a los rostros de las fotografías; nadie, sin embargo, lleva en esas casas más de tres o cuatro años, así que se vuelve difícil sacar conclusiones. Todo este trabajo de investigación (que incluye también seguir a personas parecidas a Z y a Y, digamos a tantos F, J, L, R, y también, porque es inevitable, indagar, husmear en sus vidas) son debidamente registradas en decenas de fotografías, así como también todos los cambios en su vida, sus nuevos trabajos, sus hijos, sus familias y amigos. Un día B descubre que A empieza a vestirse de un modo parecido al de Z, y A comienza a notar que en B han anidado gestos y ademanes que se asemejan a los que cabría reconstruir a partir de las fotos de Y. Este giro, por supuesto, era esperado en secreto por los dos; con el paso del tiempo los rasgos se acentúan. De posters y carátulas de LPs que aparecen en algunas fotos van descubriendo nuevos gustos musicales, así como también –porque en muchos de sus retratos X aparece leyendo– toda una literatura desconocida. En sus tantos viajes a los balnearios del Este terminan comprando una casita, que acondicionan idéntica a la que aparece en tantas fotos. Poco a poco su vida va cambiando: empiezan a preguntarse qué habría dicho Z, que habría pensado Y; tienen cara de ateos, ha llegado a creer B; seguro votaron a fulano y odiaron a mengano, concluyó A, mientras sus fotos y las de la otra pareja empiezan a confundirse, mejor dicho, a *fundirse*, como si representasen una serie continua o, para decirlo con otras palabras, empezando a olvidar que fueron A y fueron B, convirtiéndose, dirían algunos, en dos personas intermedias, M y N, que tienden a Z y a Y, que poco a poco *son* Y y Z. Pero en el proceso los ha impregnado una nostalgia que va ganando terreno como un cáncer; todos los rincones del mundo les saben a cosa repetida, agotada, incapaz de sorprenderlos o de darles el calor de la sangre y las cosas vivas: Ya no es posible vivir en su casa, en su ciudad: Y, Z, M, N, o quienes fuesen, deben abandonarla, dejar atrás sus vidas y recomenzar en otra parte, si es que es posible, si es que *hay* algo nuevo en el mundo (cosa que es fácil dudar). Entonces parten, un buen día, dejando todo atrás; venden su casa (o su apartamento, en realidad no importa), el auto, los muebles, los libros, los discos. Y en esta nueva mudanza o huída dejan olvidadas, como era de esperar, guardadas con esmero en una caja firmemente cerrada con cinta adhesiva, todas sus fotografías.

«En sus tantos viajes a los balnearios del Este terminan comprando una casita, que acondicionan idéntica a la que aparece en tantas fotos. Poco a poco su vida va cambiando.»

© Ramiro Sanchiz

El autor:

Ramiro Sanchiz. Nació en 1978 en Montevideo (Uruguay). Publicó por primera vez relatos en la revista local de ciencia ficción y fantasía *Diaspar*, números 3 y 4, a los que siguieron más cuentos en fanzines y revistas argentinos como *Axxón* y *Galileo*, y españoles como *AdAstra*, añadiendo hace poco *Letralia* y *Artifex*. También ha figurado en antologías como *El descontento y la promesa* y *Esto no es una antología*, de 2008, y en el mismo año la editorial Anidia, de Salamanca, publicó su novela *01. Lineal*. En junio se espera la edición, en Montevideo, por la editorial Estuario, de su novela *Perséfone*.

CORRESPONDENCIA NICARAGÜENSE (II)

por Berenice Noir

*La risa recoge para mí
las flores que no alcanzo*

Consuelo Tomás

Tu carta me llama la atención. Tu forma de escribirme. Apenas me has visto. ¿Para qué me hallaste si vos no me buscabas? ¿Para qué me activaste si vos no me vas a detener? Tu próxima carta tiene que responderme.

Tu forma, tu forma, tu manera de escribirme. De prepararme para la próxima estrofa. O eres muy antiguo, o todavía estás en algún futuro distante que no quiso alcanzar a mi pueblo. Les leí parte de tu carta a las otras mujeres, y esto es lo que me dijeron. Mis senos me dolieron de emoción. Y un poco de pena.

Sólo cantas, con costo bailas, no vives porque escribes canciones. Luego tus canciones son multiplicadas, como tus años en las vitrinas, en el radio. Tus canciones viven lo que vos olvidaste, quizá llorando, sobre las glándulas secas de tus guitarras. Me apeno.

¿Cuántas mujeres has tenido por cada guitarra? Puedo preguntártelo en son de juego.

¿Cuántas mujeres has perdido por cada juego de guitarras, por cada melodía que te secuestró y te elevó a los radios? Puedo preguntártelo sin cantar. Así como vos me preguntás preguntas de hombre sin escribirme poemas. Voy a seguir haciéndolo. Hasta que algo cambie.

¿Me vas a preguntar por mis hombres? Te equivocás.

Las palabras son bonitas, te lo admito y te lo reconozco. Las palabras son abiertas e intransigentes, como la marea en el lago.

«Me gusta escribirte así. ¿A vos te gusta? ¿Cómo has cantado tanto tiempo sin olvidarte de los rostros originales que tenían tus canciones? Muchos de tus conciertos quedarán sin apellidos. No vas a querer ponerle nombre a tus coros, un poco por amor, un poco por vergüenza. Así es la canción, supongo: nadie la entiende.»

Cantas tan bonito, que creería distinguirme boca entre bocas, guitarra entre guitarras, canción entre canciones, zanate entre zanates, aunque no te gusten. ¿Por qué me buscás? ¿Por qué, entre tantas viejas, me has elegido vieja? ¿Por qué no te gustan los zanates?

Me escribís tus cartas. Pero yo le respondo a tus canciones. Vos le respondés a mi hallazgo, a mi soledad, equidistante de la soledad de mi pueblo. Los vuelos de los pájaros, averiados por la humedad del lago, se posan en los palos de mango a comentar mis cartas. Infringiéndome.

No te creas pájaro. Todas las aves te abandonarían.

¿Has encontrado allí tu lugar? ¿Ya le pusieron tu nombre a tu barrio? Managua no sabe encontrarte entre tantas cabezas anónimas. No quiere. Los hijos nacerán enfermos y desconocidos, anónimos, como un verso sin metro, garabateado a las carreras. Apenas lloren, la princesa que los contenía los olvidará. Se pegarán a la chicha, como vos te pegaste a mí desde que me viste por única vez. Nacerán bellos, por hijos, pero enfermos, por desconocidos. ¿Tendrás canciones para todos ellos y para mí? La enfermedad avanzará. Managua no dirá nada. La princesa está triste, ¿qué tendrá la princesa? Yo le hice un tatuaje.

La princesa está rígida, murió de rosa.

La música puede improvisarse. Las personas pueden improvisarse. Las ciudades, como Managua,

no.

Me gusta escribirte así. ¿A vos te gusta? ¿Cómo has cantado tanto tiempo sin olvidarte de los rostros originales que tenían tus canciones? Muchos de tus conciertos quedarán sin apellidos. No vas a querer ponerle nombre a tus coros, un poco por amor, un poco por vergüenza. Así es la canción, supongo: nadie la entiende. Y si alguien la entiende, nunca es el creador. Nadie la escucha en verdad. Y si alguien la escucha, nunca es el destinatario de la canción.

No le cantés a Managua si no tenés también el valor de incendiarla.

Managua no va a encontrarte. No quiere. Me gusta escribirte así. Me gusta leerme escribiéndote así, como una mujer infringida por los pájaros. Me gusta mucho leer, mucho más que escribir cartas. Me gusta escuchar canciones, menos que leerlas.

Me fascina cómo me hablás en tus cartas. Tu tema elegido, que es tu tema predilecto, Managua, me cautiva. Me escribís deseándome Managua. Yo, como vivo al borde del Cocibolca, solamente puedo desearte agua o archipiélago. ¿Estás contento con eso? ¿Eso te basta? ¿O estás insatisfecho? Si es así, entonces ya estás listo para cometer el primer error. Eres viejo, tus canciones te acompañan y lo demuestran. ¿O de dónde viene todo eso, sino del cuerpo, de su insaciabilidad? Mi cuerpo así me ha esculpido. Sos un hombre viejo que desea para no despedirse.

¿Te gustaría que tu amor por la capital fuese recíproco e igualmente correspondido? ¿Por la capital? ¿O por mí? ¿O por mi pueblo?

¿Con qué derecho te hablo así de Managua si no la padezco? ¿Con qué derecho hablaste de mi cuerpo sin haberlo llenado, sin padecerlo? Voy a pensar que las respuestas van a ser las mismas. E intercambiables.

«Yo tuve un soldado al que amé mucho. Pero te lo llevaste vos con tu canto, sin pedirme permiso. Desde las montañas bajaba la noche repleta de tus canciones, grávida de hogueras y monos muertos. Canciones hermosas.»

Sé que naciste en Jinotega. ¿Por qué emigraste? ¿No eran suficientemente anchas las parroquias, altas las montañas, peludas las semillas de los mangos? ¿Las penurias no eran profundas, los pecados no producían dolor, la muerte no era la misma? Creo que una de tus estrofas, en la canción de tu primer disco, lo dice: «Es cierto, la muerte no era la misma». En mi cuerpo, en mis senos, lo sé. Sé que lo dijiste. Por como escribís tus cartas. ¿La música que elegiste no era lo suficientemente gratuita como para quedarse en Jinotega? La música es el oxígeno de la ciudad, pero el pulmón de la selva. ¿Qué es lo que escogiste? Así voy a saber con cuánto me aceptás. Soy una mujer

difícil. Pero llevas ventaja: eres bello.

Salir del pueblo, como vos, es partir el molde. Entrar en la ciudad es perderlo. Salir de la ciudad, como yo, es salir. Salir, entrar. Partir, perder. Pero no se puede regresar al pueblo y anhelar con que se puede entrar, que se puede volver al punto original. Para entrar hay que nacer. Nacer es entrar. Tu cartucho ya está gastado, ya fue disparado en las hogueras de las montañas por cada soldado que sobrevivió las guerras. Hay que nacer.

Yo tuve un soldado al que amé mucho. Pero te lo llevaste vos con tu canto, sin pedirme permiso. Desde las montañas bajaba la noche repleta de tus canciones, grávida de hogueras y monos muertos. Canciones hermosas. Mi soldado, el que amé, se fue a vivir en el fuego. Si vas a venir a mi pueblo a encontrarme, enfrente de todas las otras mujeres, primero vas a tener que nacer. «¿Cómo?», te preguntarás. Hombre hermoso y viejo y deseado: siempre hay un cómo.

Yo te escribo desde la terraza interior, donde todavía puedo mecarme sola por las noches. A las otras mujeres les gusta dormir. A mí, escribir. Y leerme mientras te escribo. Estoy pasmada y excitada al descubrir que todo esto estaba aquí, conmigo, y no en el agua, con el Cocibolca. Mis palabras no son extensas. Porque yo no me siento extensa. Mi pueblo me ordenó permanecer al pie de la ribera, negra de guijarros blandos. Yo le obedecí. Mi pueblo me enseñó a trabajar el agua. Yo le amé.

Aquí no tenemos libros, perdonáme. Perdonáme. En el fondo, si me lo preguntás, te escribí para

leerme escribiéndote. Es que no tenemos libros, perdonáme. ¿Me vas a perdonar? ¿O vos también sos así?

Te escribo tranquila. Se mece, en la tabla de madera, la misma vela de mi carta anterior. Nuestras cartas, ¿serán muchas menos que los córdobas de mis velas? Podría escribirte de día y fingir que soy la misma mujer con un imperio distinto. Lo notarías.

Yo no soy la misma. No me siento la misma. Con eso basta para no serlo. Si te escribo de día, ya no me desearías Managua. Eso me podría doler. No lo sé. Me va a enfriar. Eso sí.

Te escribo tranquila con mi mano derecha. Con la izquierda te ensayo distintas despedidas. Todo me sucede. Tu segunda carta continúa sobre la tabla de la mesa.

Tu primera carta tuve que quemarla para que no incendiara mi casa. Quienes me visitaron ese día, el día que la recibí, vieron en mi cara de árbol el pavor del fuego. Me regaron toda la tarde. Luego las despaché. No tengo miedo. Ya no me siento ser capaz de miedo. Yo sólo trabajo el agua en el lago con el resto de las mujeres. Luego nos despachamos, cada una a su ternura. Lavamos nuestros pies en las palanganas. Es después que podemos leer, las que sabemos, o cantar las historias de las ancestras, las que saben cantar. Los resultados son indistintos. Lo descubro cada mañana, cuando voy a meterme al lago. Nadie canta tus canciones en el radio. No con la boca abierta.

Por las tardes ellas me despiden: «Adiós, Berenice», sembrándome de emoción y congoja, alzando los brazos negros en señal de despedida, quizá también de cercanía, y mostrando entre las escotaduras de las camisolas las chichas arrugadas y los codos cuadrados de tanto moler grano. No lo sé, creo que mi alegría no parece senil. Me despiden como diciéndome «Niña tonta, adiós que ya sabemos que le escribes a Managua y que de noche eres hermosa como la lava y negra, el blindaje esmeralda, como un carro de guerra». Y me emociona. La guerra ya terminó hace tanto tiempo. Y no puedo evitar alegrarme.

«Mis senos se hinchan al escucharlas. Mis órganos internos se acomodan en su punto original, como adelantándose a un posible útero que me va a crecer. Lo que escucho de ellas suena lindo. Se siente lindo.»

Me sonrían y yo les sonrío. Y nuestros camanances se sonrían, a su vez, entre sí. Luego se escucha, en los molinos, en las cocinas, durante largo rato, la historia desenlazándose de las bocas de aquellas mujeres, arremangadas por la molienda.

Mis senos se hinchan al escucharlas. Mis órganos internos se acomodan en su punto original, como adelantándose a un posible útero que me va a crecer. Lo que escucho de ellas suena lindo. Se siente lindo. Mis ojos se limpian de lodo y cieno. Si me vieras en este instante, me confundirías con el vapor lacustre.

¿Te gusta?

Siento calor escribiéndote así, hermosa por la noche. El silencio entra en la terraza y mete sus manos bajo mi vestido, intentando tocarme y llenarme. ¿Llenarme? No estoy vacía, ¡no estoy vacía! Tus canciones le responden cortándole los dedos. Todavía me siento capaz de ser calor y ser de noche.

Voy a salir a la selva a comprobarlo y regreso.

Tu sitio es hermoso: estás allí, recitando tus estrofas, acariciando tu barba, sin saber qué mujer, diferente de mí, escribirá mi próxima carta. Y te ríes, hombre viejo y hermoso y deseado. Y te acaricias, en tu barba y en tus lentes, mi hermosura. Podés cantar si querés, mientras me esperas regresar. No tienes que preocuparte, aún puedo procrear por los dos.

Besos esporádicos y cordiales. Si es que todavía te entregas.

© Berenice Noir

La autora:

Berenice Noir (Rivas, Nicaragua. 1975). Artesana, tatuadora y escritora nicaragüense. Constantemente viaja por Centroamérica. Todavía no tiene un nicho definido.

EL DESQUITE

por John Cuéllar

En la mañana siguiente, Claudio Selso se despertó como si nada hubiese ocurrido. No recordaba la noche: el bar donde bebió, el altercado y el asesinato. Cogió su maleta y salió para el trabajo. Al pasar por el Tropical, se percató de un sujeto con apariencia misteriosa, pero cuyo rostro le era familiar. Intentó recordar, mas ningún indicio emergía en su memoria. Así que prosiguió su camino, vacilante, hasta llegar a la fábrica de espejos. Era la primera vez en que había recorrido tantas cuadras a pie.

A las ocho de la noche, fue al chifa, cerca de la fábrica. Pidió lo de siempre y comió lentamente, observando a la hermosa muchacha que, tras el mostrador y apoyando el codo, miraba embobada la transmisión televisiva.

Cuando se fijó en el reloj, ya eran las nueve y unos minutos más. Cogió su maletín, del cual extrajo uno que otro papel en blanco, e intentó retratar al sujeto de la mañana. Luego de muchos intentos, lo tenía ahí. Rudo, nariz aguileña, barba crecida y un cigarrillo entre los dientes. Auscultó en cada rincón de su cerebro, pero nada. Inventó situaciones con el extraño, nada. Era nueve con cincuenta, cuando decidió salir del local y encaminarse al hostel.

Apenas cruzaba el supermercado, que cerraba sus puertas, cuando le salió al encuentro el extraño del bar Tropical. Percibió con claridad la frase «hermano Shingo» y enseguida lo cogió bruscamente y empezó a golpearlo, sin dejar de lanzarle improperios enrevesados. Cuando la mano del desconocido se disponía a extraer la pistola que llevaba oculto, Claudio Selso concluyó que no le sería fácil a su adversario sacar el arma del cinto, así que no tardó en aprovechar la circunstancia para huir. Pero en su desesperación por huir de la muerte, dejó el maletín. A Claudio le era difícil acelerar los pasos, debido a la calle infestada de borrachos que mantenían encendida la celebración de Año Nuevo.

«Claudio se apoyó en el sofá, se desprendió de la ropa y empezó a examinarse. Sangraba mucho, tenía los labios partidos y moretones en todo el cuerpo. Sentía desvanecerse.»

Doce cuadras después, volteó la mirada, nadie lo seguía. Hizo una «C» con la penúltima esquina, a fin de asegurar la huida absoluta de las garras de su perseguidor. Caminó lentamente por un callejón silencioso y vacío.

Todo estaba oscuro, serían aproximadamente las once de la noche. Caminó tambaleándose hasta el hostel. Golpeó tres veces, y en eso sintió que alguien lo observaba. Hizo media luna, mirando por los alrededores. Sólo percibió el ladrido de dos animalejos y el maullido en uno de los tejados. Reanudó su llamado, esta vez con golpes bruscos y sucesivos, con una desesperación incesante. Un aire infernal turbaba su mente en complicidad con el ambiente.

A su llamado acudió la hostelera, quien, enojada, se asomó por el segundo piso, a fin de enterarse del intruso que la despertaba de manera escandalosa e inoportuna.

—¿Quién es? ¿Está ahí? ¿Qué desea?

—¡Soy yo, doña Romina! Claudio Selso. Baje, por favor, y abra la puerta, que el frío está carcomiendo mis pobres huesos —replicó.

La hostelera bajó lentamente las gradas del pequeño edificio, hasta llegar a la puerta principal que seguía reproduciendo sonidos estrepitosos. Abrió y preguntó al recién llegado:

—¿Por qué tanta prisa? Viene como traído por el diablo.

—No... —respondió Claudio Selso, mientras cruzaba la entrada, vacilante y temeroso.

–¡Pero qué le sucedió! –exclamó la hostelera, al ver manchas de sangre en la ropa, y agregó–. Siempre le dije que el andar a altas horas de la noche le traería sólo cosas desagradables.

Ya dentro, Claudio Selso exclamó:

–¡Cierre la puerta, por favor! –luego se tranquilizó, bajó el tono de voz y prosiguió–. No se preocupe, le prometo que es la última. ¿Podría ayudarme a subir las gradas?, tengo el cuerpo adolorido.

A medida que subían, la hostelera hizo intentos por averiguar lo sucedido, pero Claudio Selso la evadió con un quejido de dolor. De modo que para cuando llegaron al cuarto, Claudio Selso se apresuró en dar las gracias, abrir la puerta e ingresar.

Claudio se apoyó en el sofá, se desprendió de la ropa y empezó a examinarse. Sangraba mucho, tenía los labios partidos y moretones en todo el cuerpo. Sentía desvanecerse. Se le venía a la mente el instante en que su perseguidor se había descuidado y lo que hubiera ocurrido si hubiera dejado escapar esa oportunidad. Quizás ahora estaría muerto.

Se sintió a salvo, un tanto aliviado. Así que fue hacia el baño y se recostó en la tina. El agua poco a poco empezó a cubrir su cuerpo.

Media hora después, cuando el sueño intentaba someterlo, cogió la toalla y, cubriéndose el medio cuerpo, fue a ponerse el pijama. Su dolor había menguado. Acercándose a la ventana, se apoyó en la orilla y avizó la calle. Nada, todo estaba oscuro y silencioso. Algo que lo tranquilizó. Dejó caer su cuerpo sobre el lecho, pensativo y con la mirada al cielorraso. Cuando se disponía a cerrar los ojos, una bala penetró por la ventana, buscó su entrecejo y le ocasionó la muerte.

© John Cuéllar

El autor:

John Cuéllar (Huánuco, Perú, 1979). Es docente en la Institución Educativa Particular *Isaac Newton* y en el Centro de Estudios Preuniversitarios de la Universidad Nacional Hermilio Valdizán. Miembro fundador de la *Agrupación Literaria Sociedad del Parnaso*. Ha sido encargado de edición de las revistas *Kactus & Parnaso* (2003-2004) y *Parnaso* (2005-2006). Segundo Puesto en los "II Juegos Florales Valdizanos 2000", en el género Poesía. Primer Puesto en el "II Premio de Cuento Ciudad de Huánuco 2001". Ha publicado los libros: *Narrativa joven en Huánuco* (2005), *Lexicón* (2008) y *Sin Antídoto* (2008). Sus textos aparecieron en las revistas literarias *Kactus*, *Kactus & El Monte Parnaso*, *Caballo de Fuego*, *Desafíos*, *Parnaso*, etc., y en los libros *Cuentos Huanuqueños*, *Narradores del XXI* de Ramiro Razzo, y *Huánuco y su poesía*. *Antología general* del poeta Andrés Jara Maylle. También ha publicado en las versiones electrónicas: *Revista VOCES*, *Casa de Poesía ISLA NEGRA*, *Yo escribo* y en la *Revista del Pensamiento y la Cultura DIEZ DEDOS*. Tiene en edición el libro *Narraciones en doble tiempo*.

* * *

Relato

MONÓLOGO DE UN MITÓMANO

por Manuel Fons

Miento porque sólo por la vía de la mentira soy capaz de encontrar una superficie de este mundo que no me parezca una piedra burda, reticente a la caricia. Miento porque sin el opio de la imaginación no podría transitar las calles de la vigilia, sortear las trampas de lo concreto, circuir los sinsentidos de la realidad, como un perro que se persigue la cola. Miento porque la verdad es la que uno se in-

venta, la que uno se crea y la que uno se cree, como en los sueños, donde las conexiones más disparatadas hacen la urdimbre de un relato que nadie pone en tela de juicio, porque no es la realidad quien se califica a sí misma como tal, sino nosotros los testigos, las víctimas.

Por eso amo el cine y la literatura; por eso disfruto leer y escribir. Soy un dependiente del engaño, un sectario del ardid.

Desprecio las noticias y los hechos, las modas, las leyes y las guerras, pues son los personajes principales de ese libro idiota que denunció Macbeth a punto de morir. No tengo nada que ver con eso. Me avergonzaría más no haber leído a José Lezama Lima, Andreiev o Swedenborg que ignorar la grosera realidad del último siglo; podría no estar enterado de los movimientos bursátiles en Nueva York y Londres, la pamplonada en España, o las vanguardias en misiles y bacterias-bomba; pero, en ninguno de los casos, soportaría la ignorancia de *La caída de la casa Usher*, *El artista del hambre*, o *La hija de Rapaccini*. Veo más espectacular el caballo que burló a los troyanos que los aviones de las torres gemelas, y me conmueve más la muerte de Alonso Quijano que la de Mahatma Gandhi.

Miento porque las experiencias más intensas de mi vida siempre han sucedido en las páginas de la ficción, porque la realidad de todos los días es un espectáculo soez, un pan y circo para la plebe, un tumor al intelecto, una humillación a la capacidad creativa. La existencia en su modo habitual es una fonda atestada de guisos mediocres y bazofias; vivir así es renunciar a la perla y conformarse con la ostra. La ficción, en cambio, decanta la realidad y la intensifica; toma esa piedra silvestre y la devuelve convertida en diamante.

«Miento porque las experiencias más intensas de mi vida siempre han sucedido en las páginas de la ficción, porque la realidad de todos los días es un espectáculo soez, un pan y circo para la plebe, un tumor al intelecto, una humillación a la capacidad creativa.»

Y escribo porque sólo con la alquimia de las letras soy capaz de edificar una realidad decente; sólo con las suertes de la pluma puedo bordar una trama sin nudos kafkianos, un guión sin parrafadas inútiles, un escenario sin actores de adorno. Escribo porque la palabra es el único vehículo que nos puede conducir a la esencia última de las cosas, el paradigma platónico, la escalera al *topos uranos* (buscar el ideal en la esfera de lo concreto es una utopía para masoquistas e ingenuos). Escribo porque sólo en las islas del mito he conocido a la mujer y a la musa, porque sólo con artificios semánticos se puede transmutar la tosca materia de los sentidos en una reliquia para el espíritu.

Miento, leo y escribo, huyo, me retraigo, me escondo. Soy un desertor de la verdad, un naufrago de los sentidos, un autoexiliado de lo cierto. Miento, trazo, altero, pulo, delimito a placer. Soy un mecenas de la mentira, un sibarita de la percepción. Miento cuando finjo mostrar mis emociones como en un desfile de máscaras. Miento cuando pregonó el optimismo de Leibniz y aseguro vivir en el mejor de los mundos posibles, o cuando en el pupitre de Cioran denuesto a Dios y hago mis bravatas contra la existencia. Miento cuando juego con un niño, cuando finjo deferencia ante una anciana, cuando abrazo a una viuda y le doy el pésame por una pérdida más fútil que el galón de leche que dejé morir sobre la mesa. Miento cuando soy el héroe de mis relatos, cuando uso la arcilla de Pígmalión para esculpir a la mujer perfecta, cuando le digo a un amigo artista que su novela me conmovió hasta las lágrimas, y su sensibilidad artística me recordó al trágico Beethoven. Miento cuando escondo el poemario de Walth Withman tras el de Mallarmé, y cuando cubro el afiche de Marilyn Monroe con el retrato de Albert Einstein. Miento y miento: todo lo que digo es mentira, y cuando me canso de mentir miento más y mejor, y cuando parezco haber conseguido la mentira maestra, cuando cada palabra ha sido un abalorio meticulosamente engarzado para satisfacer mi proyecto de fraude, entonces, mi condición de mitómano me traiciona y vuelvo a mentir acerca de la propia mentira, como en la paradoja de Epiménides, o como en este discurso con construcción en abismo que, me crean o no me crean, les juro que es una mentira.

© Manuel Fons

El autor:

Manuel Fons. Guadalajara, Jalisco (México). 27 años. Escritor y pintor.

ROMANCE DE DOS VIDAS EN PUNTOS SUSPENSIVOS *

por Héctor Sánchez Minguillán

Entré en coma una tarde de domingo de un mes de marzo de hace mucho tiempo. Sufrí un infarto cerebral que me dejó algunas lesiones, quizá mantuvo en vilo a los doctores que llevaron mi caso y, seguramente, propició que rezara por mi suerte hasta mi hermano pequeño, un ateo redomado que hace documentales. Finalmente, después de mucha conjetura médica y de (me jugaría el cuello) un despilfarro en velas por parte de la parte religiosa de mi familia, adquirí el estado indefinido de coma que es, como ya saben, estar y no estar, como dormir y no dormir; una cosa muy rara y fantasmagórica que no hay dios ni científico que la entienda. Y esto lo digo con conocimiento de causa, pues aquel estado me procuró una vida paralela que nada tuvo que ver con mi vida pongamos (para que se entienda) terrenal. Me explico.

Lo primero que vi en cuanto perdí todo contacto con la realidad fue el maldito túnel; sí, efectivamente, el túnel de toda la vida, el de la archiconocida luz y el que hemos visto siempre alegorizado en películas y leído en diferentes relatos con más o menos acierto. Pues existe, se lo pueden creer. Y yo llegué a ese túnel (que era oscuro y parecía el agujero de un culo enorme) por medio de un pasillo angosto y de bajo techo, ataviado con mi pijama de hospital y con unas ganas tremendas de fumar. Al fondo del conducto resplandecía un fulgor desatado, y en los laterales se amontonaba un arsenal de ropa abandonada en el que había desde chilabas a chaquetas de cuero, pasando por faldas con lentejuelas, túnicas, chándales que no tenían perdón y hasta calzones o ropa de baño extrañísima. Yo caminaba hacia la luz, pues era lo que teóricamente pensaba que era mi cometido, pero al llegar casi al final del túnel, justo cuando la irradiación del fondo resultaba odiosa por tanto estallido y tanta intensidad, dos gorilas me detuvieron el paso y me preguntaron en inglés por mi idioma materno. Español, les dije. Y en un perfecto español me exhortaron a que esperase en los laterales del túnel o, si no era molestia, al fondo del todo, como hacía todo el mundo. Yo no supe a qué fondo del todo y a qué todo el mundo se referían, entonces les pregunté por qué diablos no me dejaban pasar, y uno de ellos me dijo, con una voz infame y perezosa, que no estaba clínicamente muerto, que tenía que hacer tiempo hasta que mi muerte decidiera tomarse en serio lo de dejarme sin vida. Por lo tanto, tenía que dar la vuelta y buscarme un sitio dentro del túnel para esperar a morir con todas las de la ley. Les pedí un cigarro y negaron con la cabeza. Uno de los gorilas metió su zarpa derecha en una caja de cartón (que se estaba rompiendo por un lado) y me dio una linterna. La necesitarás, me dijo, y yo le di las gracias por no poder darle otra cosa.

El túnel parecía no tener fin por el lado contrario al de la luz. Encendí la linterna y me puse a caminar con la sensación de hacerlo en un infame desierto y bajo un cielo ominoso. Me moría por un cigarro. Miré hacia atrás y vi la sombra de los gorilas que, desde lejos, parecían dos borrones estropeando un dibujo ya de por sí horrendo. Una voz surgió de no se sabía donde y pronunció el nombre y apellidos de alguien. Supuse que la voz sería de uno de los gorilas. Seguí caminando por el mero hecho de no tener más opción que la de seguir caminando. No se oía nada. Los laterales continuaban ofreciendo hileras de ropa esparcida como en un mercadillo. Descubrí alguna que otra colilla y mi ánimo se vio fortalecido. De repente me llevé un susto de muerte, si se me consiente tal expresión. La luz de mi linterna alumbró la silueta de un hombre que venía a buen ritmo en contra dirección. Por supuesto, le paré. Le pedí un cigarro y me dijo en inglés que no me entendía. Le pregunté en inglés adónde iba y me explicó que le habían llamado, que su muerte había llegado y, por lo tanto, se encaminaba hacia la luz. Me dijo que siguiera mi rumbo si quería juntarme con los demás, y enseguida se despidió porque confesó que se moría de ganas de morir, comentario chistoso cuya gracia todavía estoy buscando. Seguí caminando hacia-entre-por las tinieblas intentando asumir aquella situación, si es que era posible. Un brote de nostalgia irrumpió tímidamente, y me puse a pensar en cosas del lado trascendental

* Primer premio del certamen de relatos "Antonio Vilanova". Universidad de Barcelona (Marzo, 2008)

como mi familia y mis amigos, y otras de un lado más frívolo o incluso diríase ramplón como la nicotina enfilando mis pulmones o mi polla restregando unas buenas nalgas.

Pronto escuché voces cuyo volumen aumentaba conforme yo avanzaba. No tardé mucho en dar con un grupo de gente que se agolpaba a oscuras en los laterales del túnel como indigentes en un pasillo del metro. En cuanto me vieron se hizo el silencio y se desvainaron otras linternas, pequeñas luces que se cruzaban entre sí en la oscuridad. Anduve por entre aquella gente algo desconfiado, lento, con fingida entereza y mirándoles con cierto desafío en mis ojos. Oí frases sueltas en distintos idiomas. Un poco más adelante, alguien dijo algo en español. Allá me fui para romper el hielo y sociabilizarme con aquellos muertos pero todavía vivos (o vivos pero ya muertos, tanto daba) e intentar paliar mis necesidades más primarias. Durante varios minutos estuve preguntando a la moribunda afluencia por un condenado cigarro, pero nadie tenía. Llegué a emplear hasta cuatro lenguas. Descubrí que aquella gente estaba tan enferma como aburrida. Algunos hablaban en voz baja y otros, estrictamente, se tocaban los testículos con fruición o se rascaban heridas cuyo aspecto era demencial en los casos más piadosos. Todos, sin excepción, parecían molestos y patéticamente chiflados. Alguien me preguntó qué me había pasado. Expliqué lo del infarto cerebral con más pelos y más señales de lo que era necesario. Como no podía ser de otra manera, yo les pregunté a algunos presentes qué les había pasado a ellos. Una mujer se había medio ahogado en su piscina (conservaba el bikini puesto encima de un vestido); un joven se había lanzado sin fortuna desde un cuarto piso; un ciclista se había despeñado por un barranco (debajo de un albornoz que dijo haberse encontrado en el túnel llevaba un aterrador atuendo de ciclista); un par de infartos tratados a destiempo y alguna que otra curiosidad, como el caso de una niña que había salido volando de un columpio para caer de cabeza sobre uno de esos gnomos de yeso que se ponen a la entrada de algunas casas. Todos, al igual que yo, estaban en ese estado en el cual se está y no se está. Todos en fase de coma con las vidas como en puntos suspensivos.

Las primeras horas me parecieron un coñazo. La gente era latosa y cuando alguien abría la boca era para lamentarse de su estado y recordar en voz alta la vida que tenían en vida, o sea, al otro lado. Algunos se dedicaban a vender la religión que profesaban, anteponiendo sus conceptos del más allá por encima de la insipidez de otros dogmas. Surgían entonces debates en los que, de una manera extática y autocomplaciente, se discutía sobre qué dios tenía la polla más larga. Por lo demás, sólo se oían quejas demasiado simples para mi gusto y súplicas demasiado místicas para mi paciencia. Pensé que la muerte debía ser un estado mucho mejor que estar entre aquel pelotón de plañideros que recordaban a sus mamás, a sus sábanas y a la paella de los domingos. Me puse a caminar en busca de alguien que me proporcionara una compañía sin sollozos, y fue en aquella búsqueda estrafalaria cuando conocí a la mujer de mi vida, bueno, de mi casi muerte. En fin, qué más da, ustedes ya me entienden.

Se llamaba Zulema y estaba sentada en cuclillas, cantando vivamente una canción en mi idioma que, en su día, interpretó una mujer célebre que ya estaba muerta. Junto a ella se hallaba una magullada víctima de un brutal accidente en la ronda litoral de Barcelona. El mero hecho de que alguien cantara en semejante cloaca ya me resultó algo fascinante, pero más fascinante fue comprobar que la dueña de aquella voz era una mujer cuya belleza reivindicaba la invención de un nuevo término, una palabra flamante que definiera con justicia esa incontestable belleza que sólo Zulema tenía. Le corté en seco su tonadilla y le dije que se viniera conmigo hacia-entre-por la tenebrosidad de aquel subterráneo y nos perdiéramos como dos ratoncillos. La estaba enfocando con la luz y mi demanda parecía más una horrible imposición que una propuesta candorosa. Por alguna bendita razón sonrió como sólo lo hacen los niños y, en ocasiones, algunos ancianos vivaces. Se levantó de un salto. Me dijo que estaba dispuesta a dejarse llevar adonde hiciera falta y que necesitaba diversión. Me guiñó un ojo y me ofreció un brazo. La cogí y andamos en dirección opuesta a la luz mortal, sirviéndonos de nuestra linterna y sorteando todo tipo de seres que hablaban en todo tipo de idiomas. Nuestro objetivo: perdernos.

Nos perdimos a lo largo y ancho del túnel, donde supuestamente ya no había nadie. Nos fuimos lejos, muy lejos. Estuvimos hablando por el camino de lo que no echábamos de menos y de las cosas que se

«Se llamaba Zulema y estaba sentada en cuclillas, cantando vivamente una canción en mi idioma que, en su día, interpretó una mujer célebre que ya estaba muerta. Junto a ella se hallaba una magullada víctima de un brutal accidente en la ronda litoral de Barcelona.»

pueden hacer sin prejuicios. En un momento dado nos desnudamos y nos pusimos a follar como salvajes. No necesitamos ningún tipo de preámbulo ni el uso de baratas alusiones. Fuimos directos y calladamente febriles. Durante un breve instante, justo antes de correrme, me sentí como una rata de alcantarilla en pleno éxtasis, sensación que tuve, a partir de ese día, cada vez que me revolqué con Zulema.

Decidimos quedarnos solos por un tiempo allá en las tinieblas de ese túnel eterno que era nuestra nueva casa. No queríamos la compañía de agonizantes quejicas estropeando el albor de nuestro idilio. No había días ni noches y, como nuestro estado correspondía a una versión incorpórea de nosotros mismos, no necesitábamos comer ni beber, cagar ni mear, dormir ni soñar. Todo el conjunto de necesidades fisiológicas corrían a cuenta de esa parte que se reducía a nuestro cuerpo inerte en la cama de un hospital, por lo que en aquel corredor de espera, lúgubre y espantosamente enojoso, teníamos la sensación de tener un precioso tiempo libre carente de toda infraestructura. Sin embargo, yo tenía a Zulema, ella me tenía a mí, y nuestro romance nos proporcionó la coyuntura de vivir intensamente a pesar de todas las limitaciones. Olvidé incluso el tabaco.

Vivíamos a oscuras, en pelotas y, básicamente, nos dedicábamos a follar y a hablar de las cosas genéricas desde una perspectiva lúcida y por lo tanto sarcástica. Es increíble el desprecio que uno llega a despachar por las cosas que en vida presuntamente necesitaba. Yo hablaba de mi vida al otro lado como si desvelara los secretos de alguien a quien repudiaba. Susana, mi familia, mis amigos..., todos parecían garabatos integrando un grabado desprovisto de sentido. Llegué a plantearme que, si salía del coma, debía tomar decisiones drásticas y necesarias. Zulema compartía aquella misma postura y también concebía como nefasta la visión de su propia vida. Nos autocondescendíamos como si fuéramos nihilistas por definición y enemigos de cuanto habíamos tenido. Resultaba un ejercicio extraño y algo masturbatorio. A veces jugábamos a escondernos por el túnel y encontramos de cualquier manera. Otras veces nos disfrazábamos y forjábamos grotescas escenas que hacían desternillarnos de risa. Todos los juegos terminaban en un polvo bárbaro, y todos los polvos me hacían sentir, como ya he dicho antes, como si fuera una rata de alcantarilla viciosa y mefítica, una rata entregada a sucias fruiciones de subsuelo.

De vez en cuando oíamos el nombre de alguien rebotando en las paredes del corredor. Una vida en puntos suspensivos pasaba a ser un punto final y le tocaba su paseo último hacia el lado de la luz. Zulema y yo deseábamos no ser llamados nunca por aquella voz de ultratumba, de la misma manera que, a diferencia de todos los allí presentes en el túnel, suspirábamos con la idea de que nuestro estado de coma se eternizara testarudamente. Llegamos a acordar que si alguno de los dos era llamado plantearía una resistencia férrea por no cruzar la luz, sin saber muy bien qué consecuencias podría acarrear semejante osadía. Nos sentíamos rebeldes ante la muerte, pero también ante la vida. Aquel lugar, negro y silencioso pero no exento de nitidez, una nitidez de disquisición metafísica, sin responsabilidades ni metas ni presiones ni policía ni banderas, reflejaba para nosotros lo más parecido a un nirvana obtenido al azar, muy lejos de los tramposos paraísos de cartón-piedra que existían al otro lado.

A veces decidíamos volver con la multitud y tener un poco de contacto social. Aquellos ratos nos daban la impresión, por no decir la seguridad, de ser los únicos en todo el túnel que mostrábamos una tendencia casi imperiosa por tener una existencia del todo hedonista. Todos los demás agonizaban de una manera tan resignada y tan anodina que resultaba patética; todos tumbados a oscuras y soltando frases aisladas que no tenían sentido; todos esperando la muerte como si la muerte fuera lo único que pudiera preocuparles. Zulema y yo tratábamos, en ocasiones, de animar a aquellas almas en pena montando numeritos de baile o contando cuentos o, qué se yo, ingeniando cualquier cosa que les hiciera pasar un grato agradable. Lo cierto es que costaba lo suyo. Pasado un tiempo, en el que tuvimos el mismo número de bajas como de nuevas incorporaciones, las linternas que teníamos se quedaron sin pilas. Fue entonces cuando Zulema y yo resolvimos, por voluntad propia, acercarnos hasta la luz maldita (o bendita, según casos) y pedirles a los dos gorilas que nos dieran más pilas o más linternas o más de ambas cosas.

Los gorilas parecían estar también espantosamente aburridos. Yo creo que agradecieron nuestra visita. Uno de ellos bostezaba de un modo rupestre y su morrocotuda boca evocaba a las cavernas prehistóricas. Cuando les pedimos más linternas se rieron de lo lindo, soltando ja ja jas con una sincronía que

parecía ensayada en largos ratos de hastío común. Por un momento, Zulema y yo nos miramos y creo que también tuvimos pensamientos sincronizados. Finalmente accedieron y nos dieron seis linternas, aduciendo que tenían de sobra. Ya nos disponíamos a ir cuando Zulema les preguntó quién era el de la voz que pronunciaba los nombres. La respuesta fue: unas veces uno y otras veces otro. Zulema les preguntó cómo sabían cuándo tenían que llamar. La respuesta fue: nos mandan un comunicado. Zulema les preguntó quién les mandaba dicho comunicado. La respuesta fue: no te lo quiero decir. Zulema les preguntó qué había al otro lado de la luz. La respuesta fue: si te lo dijera, como es lógico, perdería toda la gracia.

Nos despedimos de los gorilas como si nos despidiéramos de dos vecinos a quienes habíamos pedido un pelín de aceite o unas velitas. Iniciamos el regreso pero Zulema tuvo una idea y se paró en seco. De repente, con una voz ronca y digamos también que penetrante, gritó cuanto pudo el nombre y los apellidos de alguien. ¿Quién es éste?, le pregunté. El del accidente, me dijo. Los dos gorilas preguntaron qué tipo de tontería era aquella. Zulema y yo nos sentamos, divertidos y algo infantiles, a esperar a que viniese, engañado y ansioso, el pobre hombre del accidente de la ronda litoral. No tardó en venir. Reflejado por la luz del fondo, apareció la figura del herido encaminándose hacia la muerte. Zulema y yo apenas podíamos aguantar la risa. Pasó junto a nosotros sin mirarnos y parecía obcecarle la idea de esfumarse definitivamente. Llegó hasta los gorilas y éstos le cortaron el paso. Detrás de ellos estallaba la luz, espléndida y llameante, que le hacía achinar los ojos. Es mi hora, dijo el incauto. Los gorilas negaron con la cabeza. Me habéis llamado, chilló el iluso. Los gorilas negaron de nuevo. ¡Qué coño pasa aquí!, exclamó el ultrajado. Sólo comenzó a comprender cuando nuestras risas retumbaban ya por toda la extensión del túnel.

Pasamos una temporada en la que compaginábamos huidas al fondo del túnel y estancias con el resto del grupo. Las huidas eran básicamente para hacer el amor y recrearnos en lo que llamamos cariño, y las estancias estaban concebidas para dar un poco de alegría a la muchedumbre. Juntamos una cantidad considerable de ropa y elaboramos vestidos estrafalarios para representaciones en vivo. Las linternas hacían de improvisados focos y los guiones nos los íbamos inventando. Cada cierta hora hacíamos una función, en donde encarnábamos personajes insólitos inmersos en situaciones de toda clase menos normales. La propuesta tuvo una acogida un tanto fría al principio, pero no tardó en notarse que el ambiente se iba poco a poco levantando. Después de las primeras diez funciones, cada vez que terminábamos, nuestro moribundo público ya nos aplaudía con un entusiasmo yo diría que extraordinario, sin ánimo de abarcar la soberbia. Las representaciones teatrales se sucedieron. Hubo gente que se animó a actuar. Organizamos grupos de manera que unos inventaran historias y otros las plasmaran, poniéndose unos harapos que otro grupo había escogido y arreglado previamente. Hicimos los malditos bailes de salón que yo tanto había odiado y hasta grotescas carreras de sacos, todo con la única intención de que aquellos desgraciados se lo pasaran bien. Zulema y yo pusimos en aquel propósito todo el altruismo que tanto a ella como a mí nos había faltado siempre en vida. Nos sentíamos como los animadores de los hoteles, como payasos voluntarios en zonas de guerra, y nuestra recompensa se veía plasmada cuando a aquellos semicadáveres les daba por sonreír, por poco que fuera. Sólo bastaba con eso. Yo, por mi parte, sentí que hacía algo útil por una puñetera vez en toda mi existencia.

Hasta que la voz pronunció mi nombre.

Estaba tumbado junto a Zulema en nuestra zona íntima y diciéndole al oído esas majaderías de hombre enamorado que uno considera graciosas en boca de otros. Entonces la voz dijo mi nombre y Zulema se incorporó como un rayo. Tienes que huir, me dijo. Me levanté y cogí una linterna. Le di a Zulema uno de esos besos iracundos que se ven en las películas antiguas y eché a correr hacia el fondo del túnel, entre aquella basta negrura por la que hasta entonces nos habíamos adentrado hacia los abismos del sexo más primitivo y que ahora se me antojaba un abismo diabólico y desapacible. Poco después de marcharme, me pregunté por qué narices no le había pedido a Zulema que me acompañara. También me pregunté por qué narices a ella no se le había ocurrido. Y por último me pregunté, en el caso de que se le hubiese ocurrido a ella, por qué narices no lo había hecho. No sé el tiempo que estuve corriendo sin parar, el caso es que poco a poco fui entrando en una claridad de manera que tuve que apagar la linterna, pues no me hacía falta. Seguí caminando, oyendo los sonidos aflautados de mi propia respiración. Al fondo, una luz cegadora se hacía cada vez más intensa. De pronto advertí la presencia de dos gorilas nuevos custodiando otro fondo del túnel. ¡Ven aquí!, me dijeron. En seguida comprendí

que aquel túnel era una especie de canuto con dos salidas. No había escapatoria. Aún así, me negué en rotundo a ceder ante la muerte y eché a correr nuevamente hacia el interior del canuto. Los gorilas comenzaron a seguirme. Mientras corría, pensaba en Zulema y en la cantidad de cosas que me encantaría hacer con ella. Aquellos pensamientos me daban alas y hacían que corriese más y más rápido. De repente apareció ella de la oscuridad, sin previo aviso y corriendo a oscuras como una loca. No tuve tiempo de verla. Nuestras cabezas chocaron como dos trenes compartiendo vía y tendencias suicidas. Caímos al suelo lamentando nuestra mutua torpeza. Los gorilas llegaron y observé que se estaban descojonando de risa, yo creo que más por el hecho de presenciar algo festivo, por superficial que fuera, que les sacara de sus rutinas. Uno de ellos (con una voz tan infame y tan perezosa como la que tenía uno de los gorilas de la otra salida) me dijo que me habían llamado por buenas noticias: mi hora no había llegado todavía, sino todo lo contrario. Debía abandonar de inmediato el túnel porque mi estado de coma estaba a punto de expirar. Milagrosamente, la otra parte de mí se recuperaba en un hospital para regresar a su vida normal. Miré a Zulema, que a su vez me miraba con unos ojos que mezclaban un poco de desdén y un mucho de acatamiento. Ni ella ni yo podíamos hacer nada.

Los gorilas me acompañaron hasta una especie de saliente lateral por donde yo debía irme. Se trataba del mismo pasadizo angosto de bajo techo por donde había llegado el primer día de mi entrada al túnel. Zulema me acompañó en todo momento, diciéndome frases alentadoras que ya no recuerdo. Yo llegué a jurarle que, una vez en vida, me induciría yo mismo un coma para estar con ella. No digas tonterías, contestó ella, y luego añadió que la vida afuera era infinitamente mejor que la del túnel, y que lo único que habíamos hecho consistía en convertir una condena a priori ingrata en una experiencia más o menos llevadera. Me puso como ejemplo las cárceles. Acto seguido nos abrazamos con las fuerzas que nos quedaban y nos deseamos suerte, mucha suerte.

Salí del túnel.

«Pasaron varias semanas y mi vida con Susana irradiaba un patetismo de película. Evidentemente ya no la amaba, y la mera circunstancia de que Zulema, en tan solo dos meses, hubiese provocado en mí lo que Susana no había conseguido en ocho años, damnificaba su imagen sin remedio.»

Abrí los ojos y vi a Susana. Estaba mirándome y sollozando al mismo tiempo. Me dijo algo muy largo en cuyas frases distinguí las palabras quiero, aquí, médicos, corazón, casa, siempre y felices. Me dio un beso y después soporté chistes de resucitados por parte de mis hermanos y amigos que, por alguna extraña razón, parecían estar pasándose en grande. No tardé mucho en cerrar los ojos para hacerme el dormido y evocar sin miramientos la belleza de Zulema, una belleza que, nunca mejor dicho, la tenía como enmarcada en otra dimensión. En la demencial habitación de aquel hospital, la echaba ya de menos dolorosamente.

Había estado sólo dos meses en puntos suspensivos, un tiempo que se me antojó corto a tenor de lo vivido en el túnel. Cuando salí del hospital, mi vida regresó a sus habituales parámetros anteriores al estado de coma, exceptuando el trabajo, al que todavía no debía acudir porque los de las batas blancas así lo recomendaron. Volví a mi casa, a mis costumbres y a mis miserias de siempre, con la añadidura un tanto abusiva de ver a todo el mundo tratándome con una condescendencia injuriosa, casi humillante. Daba la impresión de que uno necesitaba enfermar para ser tratado con cierto respeto, pero no sólo me trataba la gente con ese respeto infundado, sino que a veces me hacía sentir un gilipollas legítimo. La gente canalizaba una compasión incomprensible hacia mí por medio de una camaradería de lo más irascible. Entre todos consiguieron que odiara el mundo todavía más y que mis ganas de vivir fueran a menos. Asimismo, el recuerdo de Zulema era cada vez más atormentado, y mis deseos de estar con ella se traducían en un anhelo casi incomprensible de estar nuevamente en coma.

Pasaron varias semanas y mi vida con Susana irradiaba un patetismo de película. Evidentemente ya no la amaba, y la mera circunstancia de que Zulema, en tan solo dos meses, hubiese provocado en mí lo que Susana no había conseguido en ocho años, damnificaba su imagen sin remedio. Ella no tenía la culpa, pero empezaba a odiarla sin freno y la convivencia se estaba haciendo insostenible. Además Susana era la que, con más empeño que nadie, me regalaba esa solicitud piadosa que tanto me crispaba. Supongo que lo hacía motivada por un ansia lógica de darme una ayuda que yo supuestamente necesitara, pero lo cierto es que aquellas atenciones me sacaban de quicio. En la cama no funcionába-

mos y nuestros diálogos eran terriblemente empalagosos. Susana no paraba de venderme un futuro en el que las cosas, cariño mío, nos iban a ir de perlas, y en ese futuro de perlas yo no veía otra cosa que un martirio por el que no estaba dispuesto a pasar. Por supuesto volví a fumar e intenté hacer vida normal, pero mi cabeza seguía evocando a las cloacas, a la maravillosa Zulema, y a los disolutos placeres de aquella rata de alcantarilla que había sido yo.

Una tarde le pregunté a un conocido, estudiante de medicina, cómo se me podía inducir un coma con total garantía, y lo único que me dijo fue que visitara a un psicólogo por si las cosas no me iban del todo bien. Me puse a leer libros de medicina para hacérmelo yo solito, sin embargo me frenaba la idea de excederme con la dosis o no hacerlo de forma correcta y abrazar la muerte sin pasar por coma alguno. En momentos extremos también barajaba la idea del suicidio para ver a Zulema de nuevo en el túnel, aunque fuera unos segundos, pero aquella idea de verla tan efímeramente no me convencía. Me pasaba los días pensando en cómo me las podía apañar para verla. Estaba enamorado de una persona que en realidad no existía, de una suerte de diosa etérea que reinaba en un cosmos cuyo acceso estaba precedido por circunstancias extremadamente azarosas. A veces pensaba que en aquel túnel seguirían entrando más hombres, y algunos de esos hombres quizá se perdían con ella hacia-entre-por las tinieblas del canuto para revolcarse como perros. Lo cierto es que la creencia de sentirme suplantado por otras ratas de alcantarilla me sumía en un estado de celos que yo jamás había experimentado.

Un día cogí un tren y me fui a ver el cuerpo abandonado de Zulema. En el túnel me había dicho que era de Salamanca, y creía estar segura de hallarse en un hospital universitario llamado Virgen de la Vega. Allá me fui sin sopesar demasiado las consecuencias de aquel extraño viaje. Desde hacía unos días había ido creciendo en mí un deseo casi obsesivo de ver a Zulema como fuera, por lo que decidí verla en el estado inerme, inútil, mortuorio y estático que desempeñaba en el mundo de los vivos. Llegué a Salamanca y cogí un taxi nada más salir de la estación. Entré en el hospital como quien entra voluntariamente en arenas movedizas. Pregunté por ella y de ella me informaron. Subí las escaleras con el corazón en un puño y un cosquilleo pérfido recorriendo todo mi cuerpo. Cuando llegué a la puerta de su habitación, tuve la impresión de que el mundo se iba a derrumbar en segundos. Abrí aquella puerta sintiendo un temblor desmedido en las piernas y el calor de unas lágrimas que ya se me escapaban.

No es agradable contemplar a la persona amada inmersa en esa inmovilidad sombría que ensaya la muerte en los hospitales. Uno se siente impotente y perdido y te dan ganas de llorar y de gritar y de romper muchas cosas. Recuerdo que abracé el cuerpo exánime de Zulema con la sensación de estar estrechando su cadáver. Comprendí que es imposible concebir como viva a una persona que está en coma, y de eso me di cuenta aquel día mientras abrazaba a Zulema. Resultaba paradójico verla sin vida en la vida misma, y haberla amado en ese abismo donde estaba más muerta que otra cosa. Recordé su risa y su cuerpo insinuándose entre tinieblas como un prodigio lustrando la negrura. Entonces noté que me estaba excitando. Mi polla se erguía como buscando algo más allá de lo comprensible, y entonces salí despavorido del cuarto antes de que pudiera plantearme diligencias necrófilas.

La visita a Zulema fue tan corta como traumática. Aquel día me busqué un hotel barato en Salamanca donde pasar la noche y tratar de asumir lo inconcebible. Mi vida no tenía sentido sin ella y lo más siniestro consistía en no saber cómo podría volver a verla. Estuve toda la noche barajando las posibilidades reales que podrían provocar un nuevo encuentro. Lo primero que pensé fue que Zulema podría salir, al igual que yo, del maldito coma. En ese caso no habría problema alguno y nuestra relación proseguiría en esa especie de mundo al aire libre con la misma intensidad que tuvo en aquella especie de mundo subterráneo. Al menos es lo que yo quería pensar. Puede que Zulema me rechazara en vida, pero no merecía la pena plantearse dicha conjetura. También existía, claro está, la enorme posibilidad de que Zulema no volviera nunca y se quedara en coma eternamente. Me resultaba arrebatador el hecho de esperarla, haciendo de mi vida una locura diaria pendiente del regreso de una mujer, sin embargo no consideré óptimo el esperar a alguien cuyo regreso no dependía de ninguno de los dos. Estar en manos del azar nunca resulta ventajoso. Por lo tanto la única opción que contemplé era la de volver yo al túnel, sumergirme de nuevo en aquella tenebrosa antesala donde Zulema seguía esperando volver a la vida o dirigirse a la muerte.

Aquella decisión no estaba exenta de contrariedades. Desde un punto de vista egoísta (aunque no creo

que haya otro) me frenaba la idea de que yo me indujera un coma (vete tú a saber cómo) y que, tras regresar a las cloacas, Zulema me rechazara porque estaba con otro, o porque simplemente no quería estar más conmigo, o que me recibiera con las manos abiertas y las piernas abiertas y siguiéramos nuestra tórrida relación pero se diera la fatalidad de que yo me tuviera que morir, o que se tuviera que morir ella, y otros supuestos que pensé a cual más pesimista. Y, en cualquiera de aquellos casos, el acto hermoso de sacrificar mi vida por estar en el túnel con ella se vería reducido a un acto estúpido si no se alcanzaba el objetivo. Y puestos a estar sin Zulema prefería estarlo en el mundo normal con alcohol y navajas, con aviones y máquinas tragaperras, antes que quedarme sin ella a oscuras en aquel túnel repleto de lloricas. Era una situación difícil cuya decisión me estaba volviendo loco. Llegué a sopesar la idea (nada descabellada, por cierto) de que existían diferentes túneles y que, cada persona, una vez muriese o entrara en coma, era conducida a uno u otro dependiendo de la capacidad que hubiese en todos ellos. En realidad todo se reducía a la ignorancia antiquísima de no saber qué coño pasa una vez te mueres. Si Zulema o yo hubiéramos sabido si acaso detrás de aquella luz cegadora se encontraba otro espacio donde uno pudiera esperar al otro... Y resulta que este último pensamiento un tanto ingenuo fue el que me hizo ver la luz, valga como nunca la expresión.

Eran las ocho de la mañana y acababa de tomar una decisión.

Cogí un cuchillo del hotel y me fui al hospital. Estaba tan seguro de lo que me disponía a hacer que, durante el trayecto, no tuve ningún pensamiento que planteara otra alternativa. Además, la seguridad de ver a Zulema con vida en cuestión de minutos me fortalecía de una manera yo diría que irracional. No había dormido en toda la noche ni comido desde hacía muchas horas, pero eso no impidió que subiera las escaleras del hospital con un frenesí casi quinceañero. Llegué a la habitación, donde afortunadamente no había ningún familiar haciendo acto de presencia. Le di a mi princesa un beso ceniciento en sus preciosos labios inanimados. Saqué el cuchillo y lo apreté con fuerza entre mis manos. Le dije al oído que la amaba como preludio de su muerte inmediata. La amaba, ya lo creo que la amaba. Levanté mis manos y le clavé el cuchillo en el pecho hasta cuatro veces, con un ímpetu asesino del que gocé cosa bárbara. Imaginé a uno de los gorilas gritando el nombre de Zulema en el interior del túnel. Sin pensarlo dos veces me clavé el mismo cuchillo en mi propio pecho y con la misma pasión, teniendo sensaciones relacionadas con el dolor que prefiero no relatar. Mi muerte fue fulminante. Muy pronto me sentí en el pasadizo angosto de bajo techo que daba acceso al túnel. Todo estaba saliendo según lo previsto. Ahora tan solo quedaba llegar hasta la luz antes de que Zulema lo hiciera, esperarla al final del túnel para rompernos en un abrazo y cogernos de la mano y marchar juntos adonde tuviéramos que irnos más allá de la luz, más allá de la vida y de la muerte y más allá de todo; a tenernos el uno al otro como dos periquitos que se aman en la jaula o, francamente, a tomar por culo si hacía falta.

Salió tal y como lo había planeado. Llegué corriendo al final del túnel y saludé a los gorilas como si fueran dos colegas con los que había quedado. Les pregunté por Zulema y me informaron de que recién acababan de llamarla. Les pedí unos segundos para esperarla y no hubo problema. Zulema no tardó en llegar. Venía con un caminar un tanto desanimado, pero en cuanto me vio se puso a correr con una notoria sensación de alegría dibujada en su rostro. Ante la mirada atónita de los gorilas, nos dimos un abrazo con tanta efusión que, tratándose de dos muertos como éramos, ya hubiesen querido disfrutar muchos de los vivos. Sin decirnos una palabra nos cogimos de la mano y corrimos hacia la luz, lanzándonos contra ella con un entusiasmo mecánico y gritando como dos energúmenos.

© Héctor Sánchez Minguillán

El autor:

Héctor Sánchez Minguillán. Nací en Castellón y soy estudiante de Filología Hispánica en la Universidad de Barcelona, ciudad en la que vivo desde hace casi una década. El año que viene voy a tener la fortuna de publicar una novela titulada *¿Por qué mató Julio Galope?*, gracias a la obtención del VI premio de novela corta Cristóbal Zaragoza de Villajoyosa. En breve publicaré un poemario que llevará el título *Nostalgia de nada*, que ganó el XX premio de poesía Universidad de Zaragoza. También obtuve el primer premio en la edición del II Premio Antonio Vilanova de la Universidad de Barcelona por el relato "Romance de dos vidas en puntos suspensivos", además de un accésit en el certamen Humoralía de humor negro que organiza la Universidad de Lleida con el relato "Zócalo", que será publicado en breve. En el portal bubok.es tengo publicada una novela corta titulada *El vendedor de nubes*. Sigo escribiendo. Y siempre menos de lo que desearía.

AMAZONIA

por Camilo Pequeño Silva

—¿Y qué es de tu vida?

Óscar meditó unos instantes la respuesta a aquella insípida pregunta de Freda. Le podía haber preguntado si la echaba de menos, si creía que aquel conjunto de blusa azul de seda combinado con la falda de volante le favorecía, si le gustaba la remodelación de los muebles de la casa o, incluso, si le caía bien su nuevo amante, aquel barbudo estirado que acababa de despedirse de ellos saliendo por la puerta del apartamento. Pero no, tuvo que hacerle aquella maldita e hipócrita pregunta. Estiró los labios, esbozando una mueca forzada, antes de contestar.

—Pues, bien... Ya sabes... Liado con el mobiliario —mientras ella se daba la vuelta y se ponía a pelar de nuevo las patatas, no vaciló en preguntar aquello que era motivo principal de la visita a casa de su ex—. Y... dime. ¿Sabes si Elena tiene algo para mí...?

Inmediatamente, Freda se giró con el cuchillo en la mano, iracunda ante aquella frase cuyo evocador recuerdo le revolvió de nuevo las entrañas.

—¡Maldito bastardo! —espetó blandiendo amenazante el cuchillo hacia su ex—marido—. ¡No empieces de nuevo con lo mismo! ¿Para eso has vuelto, verdad? ¡Eres un mal nacido!

—Sólo quiero saber si Elena me consiguió algo... No te vuelvas histérica, Freda... Podría salirte otra hernia.

—¡Maldito hijo de perra! —Óscar logró detener el brazo con el que Freda intentó agredirle, logrando hacerle soltar el cuchillo, que cayó con un golpe estridente en el suelo de la cocina. Acto seguido, Freda rompió a llorar y se abrazó al cuerpo de Óscar, mientras éste le acariciaba su melena cobriza.

—Bien, ya está bien... —dijo Freda, deshaciéndose repentinamente del abrazo de su ex y disponiéndose a retomar su tarea culinaria. Óscar recogió el cuchillo y lo depositó con delicadeza en el mármol, junto al fogón.

—Lo siento... —balbuceó Óscar, agachando la cabeza.

—No te preocupes, la culpa ha sido mía... He perdido los nervios, aunque sabes que odio recordar todo aquello... De todas maneras, entiendo que estás tratando de rehacer tu vida...

—No pasa nada... Llamaré a Elena desde una cabina, y así no te molestaré más...

—¡Espera! Tengo algo para ti, antes de que te vayas... —repuso Freda mientras Óscar ya se daba la vuelta en dirección a la puerta. Se dirigió a un estante superior del armario de la cocina y tomó un cuadriculado libro de recetas que guardaba desde hacía algún tiempo—. Toma, yo ya lo necesito, y... supongo que a ti te servirá...

Óscar tomó el libro de manos de Freda, lo observó, palpando sus tapas duras, estudiando su geometría y leyendo, a continuación, el título de la portada: «Mil recetas fáciles para cocinar en casa». Miró a Freda con expresión anodina, y antes de despedirse y salir del apartamento le agradeció aquel inesperado gesto de su ex.

—Creo que me servirá...

«Óscar tomó el libro de manos de Freda, lo observó, palpando sus tapas duras, estudiando su geometría y leyendo, a continuación, el título de la portada: “Mil recetas fáciles para cocinar en casa”. Miró a Freda con expresión anodina, y antes de despedirse y salir del apartamento le agradeció aquel inesperado gesto de su ex.»

Ya en la calle, se dirigió por una arbolada avenida, conglomerada por el tráfico. Llegó hasta el final del paseo y desembocó en una plaza de palmeras, en cuya glorieta halló una cabina telefónica. Se metió en la cabina, depositando el libro de cocina sobre el aparato; introdujo dos monedas, sacó una tarjeta del compartimento de su cartera y llamó al número de teléfono garabateado en el dorso. Al otro lado del auricular escuchó una inidentificable voz de barítono.

–Perdone, puede que me haya confundido... –se excusó Óscar, carraspeando–. ¿Por casualidad vive aquí Elena Boj?

–¿Y quién coño pregunta por ella? –inquirió la voz masculina con tono hosco.

–Soy Óscar Boj... Su padre...

–Hum... Vaya... Juraría que su padre estaba muerto... –Óscar intuyó que el joven depositaba el teléfono mientras voceaba a su hija–. ¡Elena! ¡Un tipo que dice ser tu viejo quiere hablar contigo!

Óscar permaneció al auricular durante unos instantes, hasta que pudo escuchar la casi olvidada voz de Elena.

–¿Quién cojones es?

–¡Elena! ¡Soy yo! Papá... ¿Ya no te acuerdas de mí?

«Óscar colgó el teléfono con una pueril sonrisa, salió de la cabina y decidió regresar a casa... Antes de llegar a la parada de autobuses se paró a inspeccionar un container, recogiendo unas revistas sobre esoterismo que se puso –además del libro de cocina– bajo el brazo.»

Óscar aguardó unos instantes de crudo silencio al otro lado del aparato, hasta que se decidió a hablar de nuevo.

–¿Elena? Soy yo, créeme... Verás, sólo quería preguntarte qué tal te va todo...

Óscar esperó otros tantos dilatados segundos la respuesta de su hija, hasta que finalmente sus oídos recibieron una contestación.

–Mira, viejo... Para mí es como si ya no existieras... Así que haz el favor de no ser tan hipócrita de preguntarme sobre mi jodida vida y déjame de una puta vez en paz, ¿hace?

–Está bien, Elena... Lo siento... Pero, por favor, te ruego que no cuelgues... Es un asunto importante...

–Ahá... –concluyó cínicamente–. Creo que ya sé lo que tramás...

–Te prometo que será la última vez, querida... –Óscar impostó la voz decidiéndose con valentía–. Tan sólo quiero saber si me has conseguido algo...

–Bueno... –vaciló un instante–. Creo que podría conseguirte algo... Le diré a mi colega del turno de limpieza que me pase las llaves de la biblioteca. Nos vemos allí mañana, a las ocho de la mañana...

–¡Gracias, princesa! Eres una joya...

–No necesito que me des las gracias, viejo... Lo único que te pido es que cuando todo esté resuelto me olvides... No quiero volver a saber nada más de ti, ¿me has entendido? Ah, y que no se te ocurra llamarme otra vez «princesa».

Óscar colgó el teléfono con una pueril sonrisa, salió de la cabina y decidió regresar a casa... Antes de llegar a la parada de autobuses se paró a inspeccionar un container, recogiendo unas revistas sobre esoterismo que se puso –además del libro de cocina– bajo el brazo.

Al día siguiente, se presentó a la hora acordada en frente de la biblioteca municipal. Una aterida humedad le invadió los huesos mientras esperaba la llegada de Elena, que al cabo de unos minutos apareció en el lugar. Sin tan siquiera dirigirle la mirada se fue hacia la cerradura de la puerta, mientras Óscar ensayaba un saludo.

–Buenos días... hija. Hace un día de perros, ¿eh?

Entraron a la biblioteca. Elena dio a los interruptores de la luz, y a continuación, se dirigió a su padre advirtiéndole con voz desaliñada:

–Recuerda que sólo puedes coger de aquel estante de allí, el de los descatalogados... Te estaré vigilando, pero por si acaso, ni se te ocurra llevarte algún ejemplar de los otros estantes... Tienes media hora; cuando termines, no quiero volver a verte más el pelo ni a saber nada de ti... ¿Queda claro?

Tras el frío ultimátum, Óscar se puso manos a la obra. Llevó su maleta hasta el estante, y allí fue examinando los ejemplares uno por uno. Comenzó escogiendo un tomo encuadernado en piel de *Crimen y Castigo*; luego localizó varios libros de bolsillo de una colección de narrativa hispanoamericana –Rulfo, Borges, Sábato, García Márquez, Cortázar, Onetti, Bioy Casares...– y requisó unos cuantos; metió también en la maleta los tres tomos cosidos de una enciclopedia ilustrada: el de la D a la F, el de la H a la K y el de la O a la R; además de algunos ejemplares de poesía en rústica, revistas literarias, manuales y crítica literaria.

Una vez recopilado el material, cerró la pesada maleta y la cargó con dificultad, mientras Elena le abría la puerta. Al salir de la biblioteca, Óscar trató de darle un abrazo, gesto que aquélla rechazó, escupiéndole un «hasta nunca» mientras se alejaba por la gélida calle todavía en penumbras.

Óscar transportó la maleta hasta la parada de autobuses situada a tres manzanas. No tardó el bus en llegar. Subió aupando la maleta y se acomodó en la parte trasera, observando las bullentes calles metropolitanas que mediaban hasta la estación de ferrocarriles. Allí tomó un tren que le llevó hasta el pueblo, en cuyas afueras se situaba su nueva, y ya casi finalizada, vivienda.

Bajó en aquella desolada estación y se dirigió a pie por la carretera comarcal que salía de la misma. Recorridos unos cuantos kilómetros tomó un sendero de tierra que se bifurcaba de la carretera. Caminó durante aproximadamente media hora, atravesando más adelante el puente de un fangoso riachuelo. Se internó en un bosque de hayas y desembocó en una extensa explanada rasurada por cientos de troncos talados: justo allí se situaba su vivienda, aquella cabaña de ladrillos compactos en forma de millones palabras impresas. Entró por la puerta de tapas sólidas y dejó la maleta en el suelo de baldosas contraportadas. A continuación, abrió la maleta y sacó aquel tomo de *La Divina Comedia*, que según sus cálculos, y dada la comodidad de sus tapas forradas en cuero, estimó perfecto para completar el respaldo de su sillón. Así, pues, encajó el tomo en el hueco entre aquellos otros libros y sonrió satisfecho. A continuación, tomó una de aquellas revistas literarias y la depositó en la almohada de su cama, compuesta por un mullido conjunto de libretas, revistas y periódicos en los cuales decidió tumbarse y meditar sobre el papel de su nueva vida.

«Una vez recopilado el material, cerró la pesada maleta y la cargó con dificultad, mientras Elena le abría la puerta. Al salir de la biblioteca, Óscar trató de darle un abrazo, gesto que aquélla rechazó, escupiéndole un «hasta nunca» mientras se alejaba por la gélida calle todavía en penumbras.»

© Camilo Pequeño Silva

El autor:

Camilo Pequeño Silva (Badalona, Barcelona, 1973). Licenciado en Filología Inglesa, mención en Hispánicas. Profesor de E.S.O. y de Bachillerato y amante a tiempo parcial de la literatura y de la música, ha publicado cuentos en diversas revistas electrónicas de creación literaria, como Letralia, Almiar (Margen Cero), o Atramentum. Seleccionado en el número del quinto aniversario de la revista Almiar, finalista en el primer Microconcurso de Microrrelatos de la revista escritores.cl de Chile, con el microrrelato “El génesis obrero”, ha publicado también cuentos y poemas como finalista en el libro del II certamen de poesía y relato *GrupoBúho.com*, así como en el fanzine *bar sobia* de la revista digital Labellavarsovia.

Miguel Mena

Madrid (España), 1959

<http://www.miguelmena.com>

* * *

Miguel Mena es escritor, periodista y locutor radiofónico. Reside en Zaragoza desde 1983. Se encuentra vinculado profesionalmente a la emisora Radio Zaragoza-Cadena SER, donde desde 1988 hasta 2006 realizó un programa diario de denuncia ciudadana. En la actualidad conduce el programa Aragón a las 7 en la misma cadena. Es también colaborador de diversas publicaciones aragonesas y del suplemento Artes y Letras del diario Heraldo de Aragón. En su faceta literaria ha publicado artículos y reportajes, así como novelas de amor, intriga y viajes. En 2006 fue nombrado "Hijo Adoptivo" de la ciudad de Zaragoza.

Novela

- *Vinagre en las venas* (Mira Editores, 1992)
- *Bendita calamidad* (Mira Editores, 1994; Alba Editorial, 2004)
- *El escondite inglés* (Alba Editorial, 1997)
- *Onda Media* (Alba Editorial, 1999; Punto de Lectura, 2001)
- *Cambio de marcha* (Alba Editorial, 2000)
- *Días sin tregua* (Editorial Destino, 2006. *I Premio Málaga de novela, 2006*)

Crónicas, artículos y reportajes

- *Parafernalia "Compendio de despropósitos"* (1985)
- *Paisaje del ciclista: un viaje aragonés* (Mira Editores, 1993)
- *Por las ramas* (Mira Editores, 1995)
- *Una nube de periodistas* (Zócalo Editorial, 2001)
- *1863 pasos* (Xórdica Editorial, 2005)
- *Piedad* (Xórdica Editorial, 2008).

* * *

Entrevista

NARRATIVAS: *¿Por qué y en qué momento un periodista radiofónico de éxito se decide a dar el paso que lleva a la creación específicamente literaria?*

MIGUEL MENA: En 1987, cuando llevaba cuatro años en la radio, solicité una excedencia de seis meses con la intención de probar dos cosas que me apetecía hacer: residir una temporada en el extranjero e intentar escribir una novela. Pasé esos meses en Sheffield y Londres y de allí salió mi primera novela, un libro lleno de defectos pero con el que me enganché al hábito de escribir.

N.: *Además de tus trabajos específicamente narrativos, has publicado varios libros que podrían situarse entre el relato de viaje, la reflexión y la mirada digamos un tanto existencial. ¿Sería capaz Miguel Mena de definirse a sí mismo como escritor?*

MM.: Me cuesta definirme como escritor. Salto entre diferentes géneros y mi estilo ha variado con el paso de los años. Escribo en cada ocasión lo que se me mete en la cabeza. Simplemente, se me apodera una historia y siento la necesidad de contarla. Supongo que mi trabajo en la radio tiene algo que ver con esa indefinición, con ese picar aquí y allá, con una mirada amplia, sin etiquetas y sin prejuicios.

N.: *Tu trabajo periodístico se ha desarrollado más en medios hablados, especialmente la radio, que en los escritos. ¿Qué diferencia aprecias entre ambos medios?*

MM.: En la radio vivimos pendientes del reloj, todo requiere una cierta prisa, y lo que cuentas se va con el viento. Por mucho trabajo que haya detrás, todo se esfuma en el momento que lo cuentas. Aunque también queda un poso en la memoria del oyente que se convierte en ese aprecio que a la larga te demuestra la audiencia, esa familiaridad. Escribir requiere una mayor concentración, menos urgencia y más soledad. Son ámbitos muy distintos, pero se complementan bien

N.: *Has comentado en alguna ocasión, respecto a la temática de tus obras: "escribo lo que me sale". Sin embargo, al mismo tiempo se observa en tu trabajo una cuidadísima estructura formal, un trabajo de creación meticuloso y riguroso que no parece en ningún caso producto de la improvisación.*

MM.: Quiero decir que escribo lo que en ese momento me pide el cuerpo, lo que me sale de dentro, lo cual no quiere decir que lo haga de forma visceral, directa; todo lo contrario: corrijo mucho y me tomo el tiempo que considero necesario antes de dar un trabajo por finalizado. Al escribir procuro olvidarme de la tiranía del calendario y el reloj porque de eso ya tengo de sobra en la radio.

N.: *De la lectura de tus libros es fácil extraer la conclusión de que Miguel Mena es un escritor comprometido. ¿Cómo explicarías tú mismo ese compromiso?*

MM.: Supongo que al escribir trasladas tu idea de la vida y del mundo que te ha tocado vivir. Mi único compromiso es intentar ser honesto con los demás, coherente con lo que pienso y ofrecer un producto digno, tanto cuando escribo para entretener como cuando lo hago para reflexionar.

N.: *¿Cómo te planteas la escritura de una novela? ¿Tienes claro desde el principio cómo se va a desarrollar la historia? ¿Cómo nacen los personajes?*

MM.: Las novelas suelen surgir de una idea muy primaria, una situación y dos o tres personajes. Suelo hacer un planteamiento general, pero siempre es un punto de partida. Por lo general, tengo una idea muy dispersa de hacia dónde me va a llevar la redacción y los personajes secundarios van surgiendo según aprecio que los requiere el relato.

N.: *¿Qué parte del trabajo literario de Miguel Mena se alimenta de su faceta periodística?*

MM.: Gran parte de mi trabajo literario se alimenta de mi profesión. Es lógico. Llevo 26 años en la radio y mi trabajo me lleva a estar en contacto con gente muy variada y a conocer situaciones de lo más diverso. Es inevitable servirte de ello.

N.: *Tu novela Días sin tregua gira alrededor del secuestro que el futbolista Quini sufrió en el año 1980, un caso que además tuvo una repercusión mediática extraordinaria. A la hora de abordar el tema y de encontrar el enfoque literario adecuado, ¿te ha condicionado el hecho de que dicho secuestro esté todavía muy presente en la memoria colectiva de los españoles o que sus protagonistas aún vivan?*

MM.: No estoy de acuerdo con que el secuestro de Quini esté muy presente en la memoria colectiva, o mejor dicho, si está presente el recuerdo de que fue secuestrado, pero casi nadie recuerda los detalles. Por ejemplo, no he conocido a nadie que recordara que había sucedido la misma semana del golpe de estado de Tejero, el famoso 23-F. Quini fue secuestrado el domingo de esa misma semana, el 1 de marzo de 1981. Tampoco recuerda casi nadie quiénes le habían secuestrado y cómo fue el desenlace. Y aún se recuerda menos el extraordinario clima de violencia que se vivía aquel año en España, verdadero tema central de la novela, ya que el secuestro sólo es una excusa para pintar un cuadro más amplio de aquellos días. En cuanto al hecho de que los protagonistas aún estén vivos, la verdad es que decidí asumir ese riesgo y tuve la suerte de que a Quini le gustó mucho la novela. De los secuestradores no he sabido nada.

N.: *Como lector, ¿cuáles serían tus preferencias en el terreno de la narrativa en castellano y tus autores favoritos?*

MM.: A mí me gusta leer a mis contemporáneos, me gusta que me cuenten el tiempo que me ha tocado vivir. En estos momentos mis gustos se decantan por autores como Ignacio Martínez de Pisón, Javier Cercas o David Trueba. También leo muchísima literatura hecha en Aragón (novela, relato y poesía) y sería capaz de citar no menos de veinte autores aragoneses con cuyos libros disfruto.

N.: *Por último, ¿en qué proyectos literarios está ahora trabajando Miguel Mena?*

MM.: Estoy dando los primeros pasos con una novela y sospecho que me va a llevar mucho tiempo escribirla. Da igual. No hay prisa.

* * *

PIEDAD *

por Miguel Mena

DE RAÍZ

Cuando me dijeron que mi hijo no podría hablar nunca, que tenía un cromosoma atravesado y una nube oscurecía la zona del cerebro donde se amasa el pensamiento y se tejen las palabras, lo primero que recordé fue que había planeado aprender con él los nombres de los árboles. Lo ansiaba desde que nació: andar por el campo, juntos los dos, y distinguir las hayas y los abedules, los arces, los castaños, los quejigos, los robles y los enebros. Pensé en ello mientras por detrás de la cara del médico, un rostro inexpresivo entrenado para dar malas noticias, observaba los árboles de aquella clínica meciéndose suavemente, como acunando una pena. Le pregunté al doctor qué árboles eran aquellos y pareció tan extrañado por mi pregunta que se encogió de hombros y no supo contestarme. Le noté incómodo, como si quisiera dar la consulta por finalizada. Nos despedimos, cogí a mi hijo en brazos, salimos de la clínica y al cruzar el jardín, con el sol de espaldas, observé que nuestras sombras dibujaban una silueta en la que yo era un tronco seco y aquel niño de pelo rizado sobresalía como una gran flor que me brotaba.

* * *

EL NIÑO MUERTO

El salón de la casa siempre estuvo presidido por la imagen del niño muerto. Varias fotos dentro de un mismo marco. Una secuencia de cuatro retratos de un crío rabiosamente guapo, quizá un poco serio, con los ojos grandes y el pelo ensortijado. Para los hermanos siempre fue parte de la decoración, el cuadro que no faltaba en ninguna mudanza. Nunca se hablaba de él. Estaba allí, en la pared, congelado en su belleza de posguerra, observando las comidas familiares. Han pasado más de sesenta años y María olvida muchas cosas. Olvida dónde ha puesto las pastillas, olvida dónde guardó el dinero, olvida que para freír un huevo el aceite ha de estar muy caliente. Ha olvidado su edad, que ya son 85, pero no olvida que el día en que murió su hijo el médico les había prohibido darle de beber y que el niño pasó aquella última jornada repitiendo: «Mamá, tengo sed».



* * *

JOSÉ EDMUNDO CASAÑ

El comando lleva semanas preparando una acción. Un día tras otro, suben y bajan por la autovía de Pamplona a San Sebastián, de San Sebastián a Pamplona. No es fácil llevar una vida normal y en los ratos libres ser un activista. Con la vieja carretera no habría sido posible coordinarse tan bien, moverse tan rápido. Mientras acelera entre montañas, el jefe del comando intenta hacer memoria. Se pregunta: «¿Cómo se llamaba aquel técnico que matamos en Valencia para que no construyeran esta autovía?».

* Textos pertenecientes al libro *Piedad*, publicado por Xordica Editorial (2008)

* * *

FUNERAL

Pedro murió a los 43, tras un derrame cerebral que lo mantuvo varias semanas en coma. En el funeral previo a la incineración, el sacerdote, para consolar y reconfortar a los allí presentes, escogió un texto bíblico que venía a decir esto: «El Señor se lleva junto a él a los mejores. Era justo y vivía rodeado por los injustos. Era generoso y vivía rodeado por los egoístas. Era puro y vivía rodeado por los pecadores. Por eso el Señor lo llamó a su lado. Sólo él podía ser el elegido para subir al cielo». Los que habitualmente rodeábamos a Pedro estábamos allí: sus familiares, sus amigos, sus compañeros. Fue una sorpresa que nos diera la bendición y nos dejara ir en paz.



* * *

PREMIOS

El Premio Nobel de Literatura Kenzaburo Oé tuvo un hijo con un grave retraso mental al que convirtió en eje de sus obras y de su vida. El Premio Príncipe de Asturias de las Letras Arthur Miller tuvo un hijo con síndrome de Down del que se deshizo la misma semana de su nacimiento, obligando a su esposa a ingresarlo en un orfanato. Las imágenes que tenemos de Kenzaburo Oé son las de un hombre que transmite una profunda melancolía. Las imágenes que tenemos de Arthur Miller son las de un hombre que transmite una gran confianza en sí mismo, un indudable orgullo, un sentirse satisfecho que a menudo adorna con una leve sonrisa.

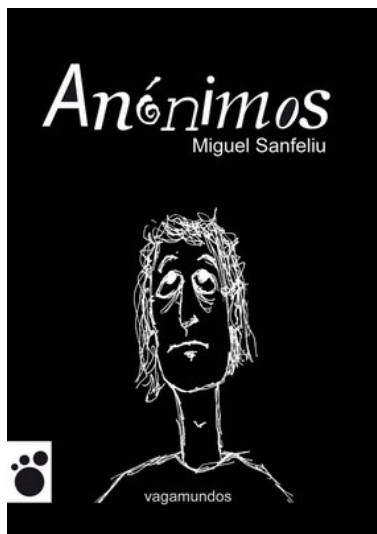
* * *

MUNDO SONORO

A veces acudíamos al almacén donde iban arrinconando los discos que ya no cabían en la emisora. Recorriamos las estanterías en busca de rarezas, joyitas, perlas escondidas en un mar de polvo. Veíamos pasar rótulos y rótulos, caras y caras. Por cada superviviente, por cada grupo o artista de larga trayectoria, nos reencontrábamos con cientos de nombres olvidados. Cientos de nombres de un solo éxito y cientos también que ni siquiera habían llegado a eso. Por cada estrella brillante, decenas de estrellas fugaces, de estrellas pálidas, de estrellas ocultas, de agujeros negros. El lugar rebosaba de melodías alegres y fotos coloristas, sin embargo nos parecía estar desenterrando cadáveres en un cementerio de ilusiones.



© Miguel Mena



ANÓNIMOS, de Miguel Sanfeliu

Editorial Traspies
Colección Vagamundos
Fecha de publicación: 2009
63 páginas
ISBN 976-84-936774-3-5

* * *

El protagonista de una serie de televisión que me gusta suele decir que en la vida «Todo está relacionado». En literatura ocurre algo parecido.

Así, a veces, sin saberlo, al escribir sobre nosotros mismos lo estamos haciendo también sobre otros. Y, otras, creyendo escribir sobre los demás estamos, en realidad, hablando de nosotros mismos.

Hace unos días encontré este texto en Internet:

Estos relatos «se caracterizan por la extrañeza que causan en el lector. Nos sumergen en una realidad distorsionada, como si de pronto transitáramos por un mundo sin reglas, en el que todo es posible, en el que lo fantástico y lo real conviven con normalidad. Sus historias retuercen lo verosímil y nos enfrentan a nuestro lugar en el mundo, nos transmiten el miedo o la inseguridad.»

Esto lo escribió Miguel Sanfeliu sobre *La soledad de los ventrílocuos*, un libro de Matías Candei-
ra. Y como si de una especie de premonición se tratara se ajusta ahora como un guante a la descripción de su propio libro, este *Anónimos*, del que hoy hablamos aquí.

Anónimos es un libro integrado por cuatro cuentos, cada uno de ellos con características propias, pero que comparten una serie de rasgos comunes que le dan unidad y permiten reconocer un mismo autor. Así, una atmósfera desasosegante, un cierto regusto pesimista y la existencia en todos ellos de una amenaza inexplicable, pero cierta, que tira del lector a la vez que de los personajes.

Antes de abordar las narraciones, Miguel fija en el prólogo del libro su propia poética, nos dice no creer en los géneros y también que estos cuentos podrían calificarse de fantásticos, pero que tal vez no lo sean tanto.

Estoy de acuerdo con él. Creo que, precisamente, uno de los protagonistas del libro es la propia realidad. Aunque quizás más como tema que como materia narrativa. Y Miguel no sólo se muestra beligerante ante ella, sino que rechaza su «presunción de inocencia» y se cuestiona por lo que es. Lo hace fijando el foco de su narración, en ocasiones, al otro lado del telón de lo aparente y alumbrando desde allí con la luz adecuada, es decir con más sombras que luces, su lado visible; y, en otras, convulsionándola, estirándola hasta hacer saltar todos sus resortes y dejarla en un estado gaseoso, inestable, que descubre toda su ambigüedad, todo lo que tiene de artificio.

Con ese método, Miguel desarrolla el resto de los temas que parecen interesarle más: el vértigo ante la vida, la soledad como única certeza para afrontar ese vértigo, el extrañamiento, la locura, el destino, la fragilidad de nuestras certidumbres o el amor entendido como un refugio poco seguro.

Y es en ese ambiente indefinido, entre lo existente y lo soñado, ante esa amenaza constante de no saber si lo aparente es real, donde Miguel coloca a sus personajes, que aparecen superados y doloridos por unas vidas de las que, de repente, han dejado de sentirse dueños. Así nos encontramos con el viñetista de «Solo», el primero de los cuentos, que no acierta a tener claro si es un creador que sueña o el sueño de un creador. Ahí está también el periodista acosado de *Anónimos*, un cuento lleno de humor negro y de ironía, que busca salvación, sin encontrarla, en el amor perdido y termina dejándose llevar por la catástrofe; o el ajedrecista de «El campeón de Arequipa», el cuento de apariencias más naturalista del libro, empujado sin motivo a jugar una partida tras otra y del que no podemos decir con seguridad si gana o pierde la partida final; y, por

último, el joven protagonista de «Renacer», que ve su cuerpo colonizado por su gemelo no nacido y del que, como sólo sabemos lo que él nos cuenta, siempre nos quedara la duda terrible de si nos encontramos ante el invadido o ante el invasor.

Cada uno de los cuentos de *Anónimos* funciona así como un disparo que rebota en varios sitios antes de alcanzar la diana allí donde pretendía, en una carambola cuya trayectoria persigue el lector, a ratos con la lengua fuera, sorprendido a cada giro, y llevado por una prosa, como tiene que ser, eficaz, sobria y transparente, y por un ritmo casi cinematográfico.

Y en ese «Todo está relacionado» al que me refería al principio, conforme avanza la lectura van apareciendo todo tipo de referencias. Desde las más clásicas como Poe, Stevenson o Kafka a otras más modernas como Cortazar; desde las cinematográficas, con una cierta mirada de reojo hacia el cine de serie B, los ambientes saturados y turbios de Roger Corman, a las televisivas (leyendo los cuentos me he acordado de las series para televisión de Hitchcock) pasando, por supuesto, por el cómic, en el que el propio Miguel confiesa en el prólogo haber hecho sus pinitos y para cuya prueba nos deja las ilustraciones del libro, tan expresionistas y adecuadas al tono de la narración.

En resumen, lo que Miguel parece decirnos al final de la lectura, es que la vida es algo muy raro. Así, en un momento concreto, el Teniente Saturno, uno de los personajes de «Solo», justifica la histeria del protagonista del cuento por el hecho de que haber recibido fuerte un golpe en la cabeza, y a uno se le ocurre pensar que todos los personajes de *Anónimos* parecen haber recibido ese mismo golpe y que deambulan todo el tiempo entre sonados y desconcertados, en un mundo que se revuelve contra ellos y al que ya no comprenden. Y piensa también si todo eso del engendramiento, de la «semillita», de los nueve meses de embarazo, del parto, no será un cuento, y la vida, por otra parte maravillosa, no nos habrá sido dada, en realidad, de esa manera, con un fuerte golpe en la cabeza.

Que os sea leve la jaqueca.

Y a ser posible aliviaros con literatura, y con este y los próximos libros de Miguel Sanfeliu, que seguro serán también inquietantes y estupendos.

© Rodolfo Notivol¹



STRADIVARIUS REX, de Román Piña

Editorial Sloper
Colección: La Noche Polar
Fecha de publicación: 2009
268 páginas
ISBN 987-84-936717-2-3

* * *

El comienzo casi delirante pero extraordinariamente fértil y brillante de esta novela va a definir uno de los tonos que marcarán el sentido de las historias que la conforman: el día que Monica Lewinski le practicó la archiconocida felación a Bill Clinton pasaron muchas otras cosas de las que nadie ha querido dar cuenta hasta ahora. Quiero remarcar especialmente lo de *uno* de los tonos porque, a pesar de que el sentido del humor, la sátira y la causticidad no dejan de estar presentes en todas y cada una de las páginas de esta novela, Román

Piña nos ofrece un libro que va mucho más allá de la simple comicidad, que entra de lleno en territorios extremadamente delicados (la muerte, el éxito, la honestidad más allá de toda medida...) y ahonda sin complejos en el tema siempre espinoso de la identidad.

Marcos Badosa, un aspirante a escritor que lo desconoce casi todo no solo sobre la escritura y la literatura, sino también sobre la vida, se ve abocado a suplantar durante diez años la vida de otras personas, ocupando durante un solo día el cuerpo y la mente de otro sujeto con el que no tiene nada que ver. De esa manera, Badosa va a vivir más de tres mil seiscientas vidas diferentes (ob-

¹ Ha publicado *Autos de Choque* (Xordica, 2003)

viamente, el libro no da cuenta de todas ellas), con la certeza de que al día siguiente, haga lo que haga y pase lo que pase (algunos de sus anfitriones mueren o se suicidan sin que el proceso de resurrección se vea alterado), ocupará el cuerpo y la mente de un individuo distinto.

Esta inteligente argucia argumental le permite a Piña adentrarse con maestría en el conjunto (que bien podría haber sido interminable) de vidas y miserias de un buen número de seres anodinos o brillantes, mediocres u obscenos, a través de la mirada –un tanto inocente al principio pero progresivamente perspicaz– de Marcos Badosa, el protagonista; este, a su vez, gozará de la prerrogativa de proseguir con la vida habitual de la persona suplantada o, por el contrario, usar de su nueva y caduca personalidad con los más delirantes propósitos (como en el capítulo primero, donde suplanta la personalidad del mismísimo Bill Clinton).

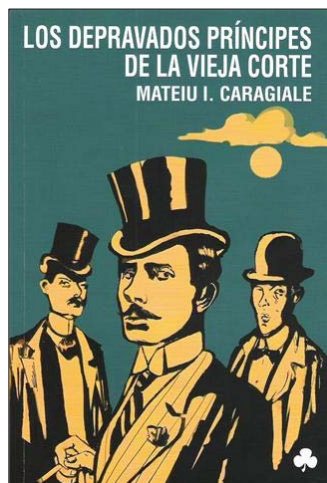
A través de esta retahíla inagotable de existencias y miradas divergentes, de sueños y fracasos continuos, Piña nos lleva de paseo por una delirante muestra de estilos de vida, modos, maneras, actitudes y deseos que, más o menos lícitos, más o menos reprobables, tiene la virtud de ofrecer un extraordinario muestrario de lo incongruente y grotesca, pero a veces también heroica y sorprendente, que puede devenir la existencia humana. Resulta especialmente notable el capítulo en el que uno de los suplantados, convencido de sufrir cáncer de colon, vive ese día con la conciencia de estar abocado a una muerte próxima e inevitable; o aquel en el que Badosa ejerce de padre accidental de una niña de diez años que asemeja tener veinte a causa de una extraña enfermedad, circunstancia que, ante la ignorancia de la misma, no deja de provocar la admiración de los otros padres; o aquel en que el protagonista, transmutado en gay aficionado a las motos, acude a su antiguo hogar para contemplar con mirada ilusionada pero al mismo tiempo impotente y lánguida cómo su hija pequeña, ya mayor y con la que hace años que ha perdido todo contacto, se dedica a flirtear con un muchacho de su edad.

A pesar de tanta y tan ingente exhuberancia existencial, todavía queda espacio en el libro –y talento en la ágil prosa de Piña– para introducirnos en la propia vida del protagonista, el citado Badosa, antes de verse abocado a su extraño ciclo de reencarnaciones, unas páginas que cobran valor añadido por la extraordinaria red de personajes (algunos de ellos memorables, como el escritor Vicente, cuya vida y milagros darían sin duda para otro libro) que pululan alrededor del taller literario al que Badosa se apunta para iniciarse en el desconocido territorio de la literatura –un territorio, como todo medio humano, plagado de miserias e imposturas.

Me atrevería a decir que estamos ante una novela imprescindible, radicalmente moderna, densa y extraordinariamente divertida, cuya mayor virtud reside en la mágica sencillez con que nos presenta a cada uno de los personajes que pululan por sus páginas y da cuenta de sus peripecias personales, con las incertidumbres y contradicciones que les son inherentes, pero sin abandonar ni por un instante el sentido del humor, la mirada afilada y el rigor literario. Mahler decía que componer una sinfonía era construir un mundo con todos los medios posibles. Algo así ha logrado Román Piña con su *Stradivarius Rex*: meter el mundo entero en 268 páginas. Ni más ni menos.

© Carlos Manzano

<http://www.carlosmanzano.net>



LOS DEPRAVADOS PRÍNCIPES DE LA VIEJA CORTE, de Mateiu E. Caragiale

Editorial El Nadir

Fecha de publicación: 2008

198 páginas

ISBN 978-84-9875-001-0

Traducción: **Rafael Pisot y Cristina Sava**

* * *

En el año 2001, una encuesta realizada la revista *Observator Cultural* determinó que la mejor novela rumana del siglo XX era la obra que nos ocupa, publicada en 1929; la segunda clasificada sería *El lecho de Procusto*, de Camil Petrescu.

No encontraremos en esta obra una trama en exceso interesante, lo

es mucho más el cuadro de malas costumbres y bohemia feroz que refleja la imagen de una Rumanía en crisis de identidad. Una nación recién construida (se funda en 1862) sobre la base de varios principados, tras siglos de ocupación militar; un país cuya estructura social varía rápidamente por el ascenso de la burguesía, lo que hace aumentar los contrastes sociales. Las notas que acompañan el texto son fundamentales en el necesario repaso histórico, paralelo a la lectura de la novela.

Esta crisis de identidad se nos presenta en la figura de varios personajes masculinos que contrastan con fuerza, tres nobles de formas exquisitas y modales refinados y un «adefesio» (retrato de la vileza del ser humano) entregados en cuerpo y alma a los placeres de la carne y los vapores etílicos en los peores antros, en convivencia con el lumpen de Bucarest. Todos ellos, amigos de juerga y confidencias, tienen algo que esconder, algo que los hace misteriosos en una sociedad que avanza sin tenerlos en cuenta, mientras ellos se hunden cada noche en los lodazales del vicio, para olvidar o para encontrarse.

La capital adquiere personalidad propia, una ciudad resplandeciente otrora («la pequeña Paris»), que, sin embargo, día a día se estremera junto con los personajes en ese descenso a los infiernos del alma.

© Pablo Lorente Muñoz



HAZ DE LUZ, de Adriana Serlik

Legados Ediciones
Fecha de publicación: 2009
138 páginas
ISBN 978-84-936453-4-2

* * *

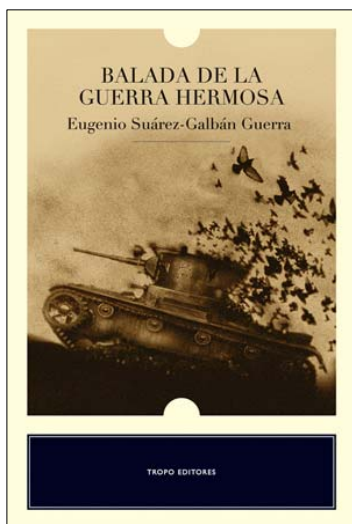
Adriana Serlik es una escritora de calle, de asfalto y soledades. En sus textos encontrarán historias contadas a vuelapluma, sin arrastre impreciso e innecesario de retórica. Transparentes y directas como las conversaciones que uno tiene frente a una taza de té o café con un amigo. En sus relatos hay instantes de vida, plasmados con la sutileza mecánica del buen observador. Llenos de una tragicomedia certera en la que la lágrima y la risa pugnan entre sí, como sucede con *Las Primis*, *Almíbar* y muchos otros de los veintisiete textos cortos que componen la primera parte del libro, todos ellos de una factura fresca y bien trabajada.

En la segunda parte, *De la guerra y el dolor*, Serlik nos introduce en un mundo lleno de reivindicaciones sociales, en ese mundo donde todos, de una forma u otra, desgraciadamente, nos hemos encontrado a lo largo de nuestra vida. Lo hace basándose en personajes y hechos históricos concretos y reales. Durante el proceso de creación de los nueve relatos que forman esta parte, la autora ha desarrollado un trabajo de investigación propio y concreto sobre los personajes que utiliza y la época histórica en la que se desarrollan. Como es el caso de *El Colorao*, *Saturnino Pablo*, *Homenaje a Rosa Chacel...* Incluso, uno de ellos refleja una parte concreta de su vida, pero este punto tiene que descubrirlo el lector, ya que no será yo quién lo desvele. Algo que creo hará sin esfuerzo, porque el relato, del que omito el título, es, si cabe, uno de los más conmovedores que he leído, y estoy segura que del mismo modo que me sucedió a mí les sucederá a ustedes. En esta segunda parte, como expreso arriba, hay un arduo trabajo de documentación del que sólo se ve la punta del iceberg, dado el insalvable requisito del relato corto: la extensión. Pero el lector apreciará que sus estructuras y sus tramas no habrían sido las mismas sin esa base documental.

Como punto y final a este prólogo, que no he querido hacer extenso porque considero que lo importante no son mis palabras, sino el trabajo al que preceden, sólo me resta por asegurarles que tendrán ustedes una lectura entrañable y hacia dentro, muy adentro, como suele suceder con lo que realmente merece la pena: siempre se siente dentro de uno mismo.

© Antonia de J. Corrales ²

² Autora de *Epitafio de un asesino* (Titania, 2005) y *La décima clave* (Martínez Roca, 2008)



BALADA DE LA GUERRA HERMOSA, de Eugenio Suárez-Galbán Guerra

Tropo Editores
Colección: 2º Asalto
Fecha de publicación: 2009
111 páginas
ISBN 978-84-96911-12-3

* * *

Balada de la Guerra Hermosa ganó el Premio Sésamo de novela en 1982, fue publicada por la editorial Fundamentos, y por lo visto no tuvo la divulgación necesaria quedando adormecida en un injusto rincón de la indiferencia. Quizás sea el gran tino de Tropo Editores rescatarla para nuestro deleite. Su autor, Eugenio Suárez-Galbán

Guerra (1938, Nueva York), Doctor en Lenguas y literaturas románicas por la Universidad de Nueva York (1967) y en Literatura por la Universidad de Leiden (2005), habla desde varias perspectivas con una técnica narrativa ligera, fluida y rítmica a lo largo de toda la novela, con sinceridad y verisimilitud, sin perder el aliento en ningún momento.

Es una novela corta; corta la novela, porque la narración abarca un largo y trágico periodo histórico: desde el inicio de la Guerra Civil, pasando por la Segunda Guerra Mundial hasta la posguerra española.

La complejidad de los personajes es contrarestanda por un ponderado lenguaje espontáneo, de una belleza poética desgarradora, en la cual el autor utiliza varios narradores intercalándose entre sí desde sus recuerdos; a veces es su compañero de viaje, o el mismo protagonista relatando las crueldades de la guerra sufrida en su propia piel, a través de uno de ellos; otras veces son las mujeres que lo amaron: una de manera infausta, la amante madrileña, y otra la de una novia en espera inexpugnable, la canaria. Ellos van describiendo sus vivencias y las experiencias de la resistencia, de la esperanza, de los sueños, de la explotación, de la guerra como «golpe de huesos contra concreto» o de la huida en la búsqueda de la libertad.

Mencey, el protagonista de la historia, es un canario que acaba de llegar de Cuba y a quien el golpe militar pilla en el camino. Un tipo hábil, que tiene claro lo que quiere y que consigue salir de las situaciones más adversas –«un brujo»–: del bando nacionalista por no soportar las maldades y las injusticias; es un «hombre de mirada nunca empañada por la mentira», y sobre todo porque pasa de la guerra (o por cojones, como dice uno de los narradores); lo único que desea es fugarse. Se mezcla con los gitanos para llegar a Portugal con ayuda de estos, él y su compañero. De ahí a Marsella con papeles falsos donde sobrevive explotando a prostitutas. La muerte de una de ellas le obliga a huir hasta alcanzar la frontera; ahí queda atrapado, y de aquí al campo de concentración de los nazis. Con el fin de la Segunda Guerra y ya en los campos de refugiados, instruido por los republicanos, regresa a España con la guerrilla del maquis o a la clandestinidad en Madrid hasta su desaparición. Sí, porque «Mencey siempre desaparece»... y reaparece con otra identidad para seguir soñando de forma individual o colectivamente.

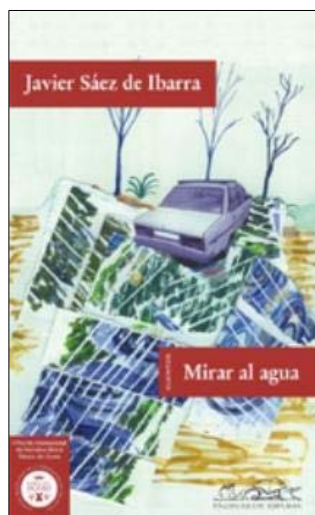
Probablemente el papel reservado a las mujeres, pese su protagonismo, y el énfasis y soporte testimonial que dan a la novela, no encaje dentro de esa dicción aguda y limpia, con ese aire de actitud pasiva y sumisa: las que se derriten por los hombres cariñosos; las que no tiene secretos, porque es cosa de hombres; las que son habladoras de «todo menos de lo que se propone»... las que no se afirman. Quizás sea (o fueron) así, sin embargo, no deja de ser un concepto estereotipado considerar a las mujeres «madres frustradas» porque los tratan y los quieren como hijos. Acaso será porque las mujeres se «acostumbran a todo», incluso con la sombra melancólica y monstruosa de la guerra, cosa de hombres, aunque a la larga son ellas junto con los niños y los ancianos los que cargan con sus consecuencias.

Eugenio Suárez-Galbán Guerra nos narra desde una atmosfera envolvente las entrañas de la guerra y de los personajes que la viven, «como en un sueño» que se puede ir a cualquier dirección, ya que no tienes control en un medio donde «los hombres se vuelven bestias». Pero la realidad de la guerra es distinta, trunca los sueños, las esperanzas, y los débiles tienen que usar su debilidad

como fortaleza, son obligados a colaborar para sobrevivir; aunque uno no se acostumbre a sufrir y menos a resignarse, no puedes controlar pues en ella la vida no vale nada. El miedo a la muerte no tiene sentido porque nada parece ser extraño, inclusive llegas a sentir alegría por morir, porque ya no sufrirás. Aquí tal vez sea donde suena la balada. Pero como ninguna guerra es hermosa, quizás sea la altivez e integridad testimonial de los personajes lo que pone la música con pelos y señales (o datos y hechos).

© Gilmar Simoes

<http://gilmarsimoes.webcindario.com>



MIRAR AL AGUA, de Javier Sáez de Ibarra

Páginas de Espuma

Primer Premio Internacional de Narrativa breve Ribera del Duero

Fecha de publicación: 2009

192 páginas

ISBN 978-84-8393-036-6

* * *

Narciso mirándose en ese espejo acuoso e inseguro, inseguro el propio personaje de sí mismo y del poder de su mirada, y por tanto cuestionando su propia forma de ver y su identidad. Y el arte siempre atenta a ese mirar que a veces lo significa todo por la dificultad que entraña.

Javier Sáez (Vitoria, 1961) expone en los dieciséis relatos que componen este libro diferentes posibilidades en la forma de mirar, pero siempre con un nexo en común, y es que no se mira la realidad directamente, sino a través de un tamiz que es el arte. La importancia de mirar el arte aparece ya en el relato que da título al libro, en «Mirar al agua» la acción transcurre en un museo. Un grupo de jóvenes pasea por las salas entre la incompreensión de lo que ve el personaje principal y lo que desea: ligar con una de las chicas. El arte incomprendida se enfrenta a la pasión más natural. Tampoco falta la crítica hacia lo que es o no arte.

El cuadro como telón de fondo aparece en varios relatos más, y en ese espacio es donde se dan cita los temas y tramas que a veces poco o nada tienen que ver con lo puramente artístico. Es simplemente un marco donde ocurren las cosas, un espacio sin vida donde sin embargo, la vida toma forma para desfilarse ante nuestros ojos, ojos modernos. Así ocurre en el relato de «Un hombre pone un cuadro», o «Una ventana en Vía Speranzella». También en «Las Meninas», donde asistimos a una doble representación del cuadro, la que todos tenemos en mente y una modernizada, donde los personajes del relato se adueñan de la escena.

Puesto que de arte hablamos, la palabra también está presente, por ejemplo en «El disfrute de la palabra», donde aparece uno de los grandes mitos literarios de nuestro tiempo: la obra de Kafka y el misterio de Max Brood, ese misterio que ha atrapado también a otros escritores como Manuel Vilas en *España*.

Un análisis de la magia de la creación literaria es el relato «Jerónimo G.». Este oscuro y misterioso personaje escribe desde su reclusión carcelaria, y de nuevo nos encontramos ante un análisis de lo que se ve, esta vez, a través de un doble espejo donde se transmutan los relatos del personaje y el propio relato. Una técnica que Javier Sáez utiliza también en «La superstición de Narciso o aprender del que enseña». En este caso se produce una «myse en abyme» porque el relato aparece analizado en las notas a pie de página, donde incluso se cita al autor, o al sujeto literario del autor que tampoco tiene por qué coincidir con el autor real, aunque la distancia sea mínima: «Se observa cómo el narrador introduce las palabras de Dómin, personaje secundario, pero cada vez menos las de Alfonso, que viene a tomar la palabra sin necesidad de esa intermediación: otro ejemplo de la soberanía que va adquiriendo el cuento».

Esta forma de escritura se podría ver como un juego con el propio relato y la forma de narrar, cercano, por ejemplo, al caso de la novela *Niebla* de Unamuno, donde el personaje se enfrenta al narrador. También podríamos pensar en un juego con un narcisismo que parece gobernar buena

parte de las artes contemporáneas. Así pues, este cuento podría ser una parodia de la vida literaria, yendo un poco más lejos en la interpretación, se podría tratar de una crítica a nuestros tiempos «hipermodernos» (término del filósofo Lipovetsky).

Este narcisismo está presente de nuevo, en la incapacidad de un escritor para realizar un cuento sobre sí mismo, lo que nos podría servir para reflexionar en torno a cuestiones literarias de primer orden como la aparición del autor en su propia obra. En cualquier caso, llegamos a una conclusión que se ve en otros relatos (preferimos no desvelarlos), y es que desde lo más abstracto podemos tener una respuesta para lo más concreto: el amor lo es todo, tanto que puede llegar incluso a conformar una identidad.

La temática que hemos ido señalando se presenta a través de una escritura poderosa e innovadora en cuanto a la presentación de los personajes: varias formas de estilo indirecto, voces del narrador y de los personajes mezclándose y entrelazándose, diálogos relacionados con una trama principal del relato acontecida en otro tiempo y lugar, mezcla de registros y situaciones que enriquecen enormemente el contenido del relato y que obligan al lector a un esfuerzo por comprender el significado global del texto. Como ejemplo de esta última técnica «Amores», donde se intercala una historia de amor adolescente con anuncios extraídos de varios periódicos donde señoritas de moral relajada ofrecen sus servicios.

El arte (pintura, palabra...) se convierte en búsqueda y marco de la vida, una vida que transcurre entre los designios de unos protagonistas vencidos por la situación pero que sin embargo, continúan su tarea y es que «para llegar a los corazones hay que arreglar el mundo».

© Pablo Lorente Muñoz



EN DÍAS IDÉNTICOS A NUBES, de Ana Pérez Cañamares

Editorial Baile del sol
Colección Narrativa
Fecha de publicación: 2009
128 páginas
ISBN 978-84-92528-24-0

* * *

Pocos territorios literarios hay tan comprometidos y cenagosos como la adolescencia, época ardua y confusa por definición, donde se fraguan los grandes complejos y surgen las primeras y casi nunca superadas decepciones. Y ese es precisamente el territorio que Ana Pérez Cañamares aborda en este libro a través de los veintiún relatos que lo componen. Y hay que decir desde el principio que lo hace con éxito, con brillantez me atrevería a decir, gracias a una prosa meticulosa y aguda que penetra con agudeza los múltiples matices y las innumerables contradicciones que jalonan esta terrible etapa vital.

Ya desde el primer relato, que lleva por título «Adrianes y tristezas», queda de manifiesto el tiento con el que la autora se dispone a dar cuenta de los primeros zarpazos y resbalones que sus protagonistas dan en los albores de vida adulta, esa que, según dejó escrito el siempre genial Gil de Biedma, «va en serio». Los sentimientos extremos de la enamorada que se ve obligada a separarse de su novio a causa del paréntesis vacacional («Las lilas blancas») –sentimientos recién descubiertos y, por tanto, exorbitados y frágiles– o el descubrimiento casual de los viejos fantasmas familiares y de las heridas que aún sangran («El bikini rojo»), serán algunos de hitos adolescentes a los cuales tendremos acceso con toda gama de matices gracias a la mirada dúctil, comprensiva pero firme, poco dada a las falsas complacencias, de Pérez Cañamares.

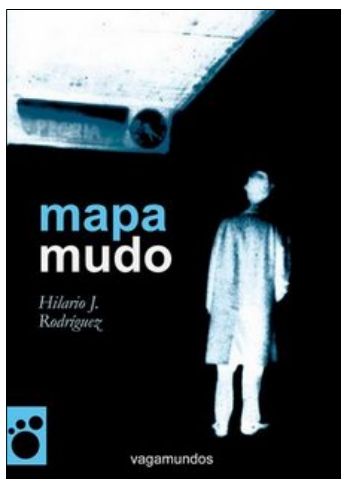
No estamos en modo alguno ante un tratado de trastornos psicológicos ni de irresolubles dramas personales surgidos a consecuencia de la incomprensión del mundo adulto. Por el contrario, los personajes que pueblan este libro son conscientes de la distancia que separa su mundo individual y privado, su pathos temporal, de la subsiguiente fase adulta a la que se saben abocados; pero lo

aceptan y lo viven con naturalidad, sin rebeldías falsas e inútiles. Hay, como no podía ser de otra manera, desencanto y frustración, miedos y sinsentidos, barreras infranqueables que surgen inesperadamente y sueños desorbitados que nunca se cumplirán. Pero todo ello nos es contado con sencillez y desenvoltura, sin aspavientos innecesarios ni retóricas desusadas. Con esta premisa irá apareciendo la pléyade de adolescentes que con sus descubrimientos, sus dudas, sus anhelos y sus contradicciones van a protagonizar el libro y que darán lugar a un conjunto de historias que nos hablan de amores imposibles («Blanca»), oscuros («Mensajes en Morse») o prohibidos («Siestas con Susana»), de obsesiones incomprensibles y obsesivas («Tocarle la cara») o de amistades perpetuas a la luz de la luna («El sol de la noche»). No es sencillo destacar un solo relato por encima del conjunto; la prosa de Cañamares, en ocasiones brillante y siempre sensible, plena de hermosas imágenes, consigue que el lector transite sin problemas a través de la compleja selva existencial de sus protagonistas. No obstante, me atrevería a destacar dos relatos que, quizá por la extrema sutileza con que nos son presentados, merecerían tal vez una lectura más atenta: «La feria», donde se nos habla de la atracción irresistible por una mujer que acaba de escapar del cerco de la adolescencia y que representa, por tanto, para el protagonista la hembra llena de promesas y misterios que a partir de ese momento ya nunca dejará de fascinarle, y «Las dos hermanas», cuyas sugerentes imágenes nos ayudan a comprender con la misma mirada confundida de los hijos cierta turbia historia familiar, pródiga en secretos inconfesables y oscuros entresijos, que tal vez nunca terminará de resolverse.

En cualquier caso, Ana Pérez Cañamares nos ha brindado un excelente libro de relatos que, fruto también de su incitante y tentadora mirada poética (género en el que, por otra parte, ha publicado excelentes libros), nos ayuda a reencontrarnos con esa época que todos pasamos en su momento pero que muchas veces nos negamos a visitar, como si nunca nos hubiésemos sentido perdidos en ese abismo profundo que separa la sobresaltada mirada infantil del malogrado mundo de los adultos.

© Carlos Manzano

<http://www.carlosmanzano.net>



MAPA MUDO, de Hilario J. Rodríguez

Editorial Taspiés
Colección Vagamundos
Fecha de publicación: 2009
62 páginas
ISBN 978-84-936774-2-8

* * *

Hilario J. Rodríguez nació en 1963 en Santiago de Compostela. Ha residido en Londres, Cáceres, Chicago, Madrid, Nueva York... y ahora en Zaragoza. Es licenciado en Filología Anglogermánica y en Filología Hispánica. Se encarga de la sección de cine de Revista de

Occidente y colabora habitualmente con ABC, La Vanguardia, Dirigido por (durante un tiempo escribía prácticamente él solo toda la revista), Rockdeluxe e Imágenes de Actualidad. Además es asesor y programador de varios festivales de cine. Es autor de un buen número de libros de cine: *Lars Von Trier*, *Museo del miedo*, *El cine bélico*, *Los mejores westerns*, *El miedo*, *Trayecto hacia el cinematógrafo*, *Después de la revolución* (estudio sobre el cine de los hermanos Taviani), *Eyes wide shut*, *los sueños diurnos*, *Tim Burton*, *Voces en el tiempo*, *Conversaciones con el último cine español*, y el último titulado *Emotion Pictures* y que también presenta estos días... Por otra parte, ha coordinado libros colectivos como *Las miradas de la noche*, *Miradas para un nuevo milenio*, *Elegías íntimas*, *el universo de Woody Allen*, *En las ciudades*, y *Encuentros con lo real*, éste último coescrito con Israel Paredes. Asimismo, es autor del libro de relatos *Aunque vuestro lugar sea el infierno* y de la novela *Construyendo Babel*, una de las mejores novelas del panorama literario español y que merecería una reedición inmediata. Además, sé de buena tinta que tiene otra excelente novela a punto de aparecer en cualquier momento.

Y llegamos por fin a este *Mapa mudo*. Un libro inclasificable que ocupa un lugar destacado en la trayectoria literaria de Hilario J. Rodríguez. Él lo define como «fuga literaria», y en la colección lo califican de ensayo literario, esto es, que está a medio camino entre el ensayo y la creación, entre la realidad y la fantasía.

Quisiera, en este punto, citar unas palabras de Vila-Matas que me parecen muy oportunas:

Mi teoría –dice Vila-Matas– es que, más que muerta, la novela evoluciona. Vamos a una novela que se aproxima al ensayo. Pienso en esos cuentos de Pitol que acaban como ensayos o en esos ensayos suyos que terminan como cuentos. Es probable que el lector vaya buscando, con el tiempo, menos ficción y más ensayo. El propio Coetzee, en su último libro, admite que camina en esa dirección. Creo que existe una saturación de la ficción que se sabe ficción y también una saturación del ensayo que se sabe plumizo. Sebald, Magris, Piglia, son otros casos claros de introducción del ensayo dentro de la ficción, o viceversa. Mezclar a Montaigne con Kafka, por ejemplo, me parece en este preciso instante una idea muy interesante.

Ése es el terreno que explora Hilario con este libro. La vida y la literatura terminan por mezclarse creando un espacio nuevo. A veces, lo leído puede afectarnos tanto como lo vivido, de modo que no somos lo que vivimos sino también lo que leemos. Puede uno, en determinados momentos, sentirse más cerca de un autor que lleva años muerto, pero cuyas palabras consiguen llegarnos al rincón más profundo de nuestro ser, que de las personas que se tiene alrededor.

El hogar que propone Hilario en este libro está habitado por escritores. Nos damos un paseo por esta casa imaginaria y vamos a encontrar a Tolstoi, Hemingway, Isak Dinesen, Proust, Nabokov, James Joyce, Chesterton, Bernhard, Carver, Anne Sexton, Vila-Matas, Cela, Emily Dickinson, y otros muchos nombres, deambulando de aquí para allá, encontrando su lugar para escribir. Pasamos del porche a la cocina, luego al comedor, a la lavandería, al cuarto de baño, al dormitorio, a la biblioteca. Aunque al final vemos que hasta un barracón de un campo de prisioneros puede llegar a convertirse en el hogar del escritor.

Aunque, más que del hogar en sí, el libro hace incapié en la estancia en la que el escritor se siente motivado para escribir, el lugar mágico en el que surgen las palabras y se desata la imaginación. Nos cuenta que John Cheever encontraba esa concentración en las lavanderías y, cuando cambió de casa, tuvo que instalar una lavadora y una secadora en el garaje para volver a sentir la inspiración.

«Quienes no comparten un poco de sus casas con los demás, rara vez reciben visitas», nos dice Hilario en este libro. Y él comparte su casa literaria con los lectores, en un acto de generosidad evidente.

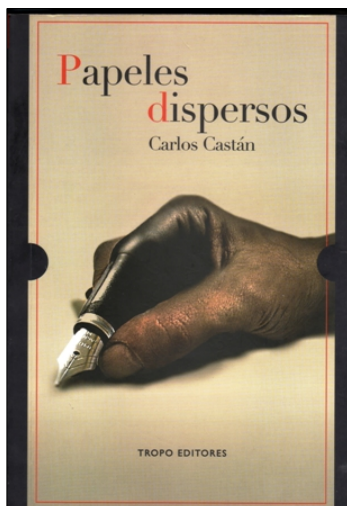
También hay que destacar las fantásticas fotografías que acompañan al texto, fotografías de bibliotecas realizadas por el propio Hilario, y ante las que uno no puede sino intentar escudriñar los títulos que allí se esconden y las fotos de escritores que nos salen al paso. De ese modo vamos reconstruyendo un camino que intuimos sinuoso, zigzagueante, lleno de sorpresas, un camino en el que podemos encontrar al propio autor si estamos atentos.

Hilario es un escritor de un talento indiscutible. Su estilo se presenta vertiginoso y preciso a la vez. Su erudición resulta evidente y las anécdotas, los escritores, se suceden con una fluidez y una abundancia capaz de satisfacer las expectativas más exigentes. No obstante, también su imaginación resulta agitada y se acelera y, en ocasiones, pudiera estar presentándonos algunos hechos tamizados por su entusiasmo. No sólo rememora estampas de escritores sino que las revive, se desplaza entre ellos y los observa con detenimiento, con el interés de un explorador capaz de viajar en el tiempo.

Estamos pues ante un libro cuya brevedad no debe engañarnos. En él encontraremos múltiples historias, jugosas anécdotas, impagables reflexiones sobre el acto de escribir.

A veces, la vida y la literatura llegan a confundirse, siendo las dos caras de una misma moneda. Hilario desborda literatura y nos la ofrece en *Mapa mudo*, un libro inclasificable, una pequeña joya que no se debe dejar pasar por alto.

© Miguel Sanfeliu
<http://ciertadistancia.blogspot.com>



PAPELES DISPERSOS, de Carlos Castán

Editorial Trope Editores
Colección Telegrama
Fecha de publicación: 2009
162 páginas
ISBN 9788496911130

* * *

La compañía de tu soledad

Supongo que hablar de un libro que no necesita ninguna recomendación puede resultar trivial. Basta con conocer al autor. Su nombre es razón suficiente para comprarlo y desear leerlo o para detestarlo y mirar en otra mesa. Bajar al bar a comprar tabaco y esperar nervioso el momento de soledad y silencio para devorar sus páginas o tener la

seguridad de que dentro estará la previsible sobredosis de sentimentalismo que no lleva a ninguna parte.

Y para dejar bien claro lo que nos vamos a encontrar dentro, es el propio Carlos Castán el que nos lo aclara en el texto de la contraportada: «... es mi vida hasta llegar aquí la verdadera protagonista de estas páginas. Está todo: la euforia y la lágrima ante la hoja en blanco, la pregunta por el miedo y por el deseo, las noches desatadas, el temblor...».

Si acaso, lo único que debemos saber es que este libro no es una colección de relatos cortos de Castán, sino que reúne «una serie de textos que parecían llamados a ser carne de dispersión y, por tanto, de olvido». Y es que estos *Papeles dispersos* contienen, como también el propio Carlos nos dice en la introducción, «...escritos sobre literatura, reflexiones acerca de los motivos para escribir y sus borrosos fines, mi forma de leer a los demás, de escuchar música, de viajar y de sentir...». Y así, junto a imágenes personales que son la respuesta a una difícil pregunta, hay un pequeño estudio sobre Gabriel Ferrater, miembro de la *Gauche divine* barcelonesa; hay una conferencia sobre los poetas españoles en el exilio tras la guerra civil; un artículo sobre las fiestas de San Lorenzo; un texto intimista que explica el lugar que Leonard Cohen ocupa en la vida del autor; recuerdos sobre cumpleaños y fechas impares con «...botellas escondidas debajo del abrigo. Nube de humo, tangos, vasos derramados sobre los discos, poemas ilegibles, cubitos de hielo con sabor a merluza...»; el cuaderno de viaje un verano a Tournefeville; la mirada sobre el Pirineo y la tierra osense, y para acabar una reflexión sobre la libertad: *la palabra más lejos*.

Y aunque no comparta su interés por el pasado en blanco y negro ni sus referentes generacionales, para mí el singular interés de estos textos está en escuchar a Carlos Castán de otra manera. Escucharle hablar de él, su vida, recuerdos, heridas, pensamientos, opinión y reflexiones. Imaginar momentos de charla, memoria, café, biografía e intimidad.

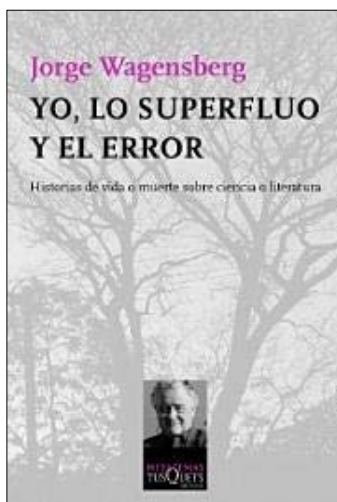
Emocionarme con su forma de mirar, su estilo de contar desgarrado, tierno, melancólico y apasionado. Identificarme con su opinión sobre el papel esencial de la literatura como medio para ahondar en la condición humana, para tratar de entender qué significa existir, hacer visible un pedazo de vida. Saber que él escribe para vivir, rebuscar bajo la superficie de las cosas; que escribe para escapar del espanto y la soledad.

Oírle hablar de la imposibilidad de satisfacer nuestros deseos; evocar épocas pasadas; libros, películas, escritores, profesores, teorías, desengaños y recuerdos de la infancia y la juventud. Melancolía, exilio interior e íntimo. De lo que hemos perdido por el camino, lo que hemos ganado o por lo que nos lo han cambiado.

Y sí, claro que fui yo el que bajó al bar a comprar tabaco y esperé nervioso el momento de silencio para devorar sus páginas; sentirme acompañado en su soledad. Soy yo, igual que Laura, el que encuentra consuelo y belleza en sus palabras, unas páginas a las que agarrarse cuando la vida se tambalea, un vacío que se llena, un lugar al que siempre volver.

© Luis Borrás

<http://aragonliterario.blogspot.com>



YO, LO SUPERFLUO Y EL ERROR. HISTORIAS DE VIDA O MUERTE SOBRE CIENCIA O LITERATURA, de Jorge Wagensberg

Editorial Tusquets
Colección Metatemas
Fecha de publicación: 2009
286 páginas
ISBN 9788483831540

* * *

«¿Qué es ciencia?». De este modo tan sugerente se abre el libro de Wagensberg. La primera parte del mismo es un interesante ensayo que indaga sobre la naturaleza de la ciencia y sus propósitos. A su vez, compara esta forma con la literatura y los anhelos que la mueven. El motor de una y otra tienen algo en común, la búsqueda del conocimiento del mundo, y tomando ese punto de partida, en el que todos podemos estar de acuerdo, genera una profunda reflexión sobre la ciencia y la literatura.

La intención del libro es partir hacia el terreno literario desde el terreno científico, y para ello, parece lógico tomar aquello que la ciencia descarta: el yo, lo superfluo y el error. Estos tres materiales son del todo apartados de la ciencia porque son inútiles. Y es que el científico debe dejar de lado el yo, o mejor dicho, su propio yo, intentando que la teoría o la formulación o su trabajo carezca de ideología y por tanto pueda ser universal. Sin embargo, en la literatura el yo es fundamental, no sólo por las teorías del narcisismo, postmodernismo, hipermodernidad (Lipovetsky) o por la presencia perenne del yo en la poesía (por ejemplo la poesía de la experiencia por mucho que se le llame sujeto poético) sino porque también, incluso en los Estudios Literarios, existe una ideología determinada.

Por otro lado, si el segundo principio señalado para Wagensberg en lo científico sería el de inteligibilidad, que «recomienda buscar la mínima expresión de lo máximo compartido. Eso es comprender: comprimir hasta la esencia», la literatura no se ve obligada a ello, es más, disfruta en numerosas ocasiones de lo superfluo, de lo inútil. A menudo, que un clavo aparezca en un libro no garantiza que el personaje se ahorque de ese clavo, ni mucho menos. Pensemos en las tormentas románticas que observa Werther, la magdalena que tanto nos describe Proust o en las ensoñaciones y monólogos de varias obras de Javier Marías, superfluas en principio, y sin embargo tan importantes en según qué momentos.

El tercer principio, «el principio dialéctico, se empeña en enfrentar continuamente la presunta verdad científica con el pedazo de realidad que aquélla pretende comprender», en definitiva, buscar contradicciones porque detrás de ellas existe un error, y el error no tiene espacio en la ciencia. Sí lo tiene o lo puede tener la literatura, porque un texto, en principio, no tiene por qué ser verosímil o mantener el decoro. Si ello ocurre, tendencias, críticos o épocas lo pueden explicar, pero lo mejor de todo es que en la mayoría de las ocasiones no necesitan explicación. Los errores cronológicos de *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* se perdonan por la amplitud de la obra o las prisas ante la aparición de *El Quijote* de Avellaneda, un lobo que habla nos parece normal y es del todo aceptable y así una y tantas veces.

En definitiva, aunque siendo muy poco riguroso científicamente en mi análisis, «ciencia y literatura son dos formas de conocimiento cuyo interés radica tanto en aquello en lo que coinciden como aquello en lo que difieren», invitado queda el lector a seguir desentrañando este apasionante ensayo.

En la segunda parte del libro, el autor expone sus teorías en forma de breves y geniales relatos, demostrando que la escritura no es terreno exclusivo de los de «letras», como ya habían demostrado por otra parte en fechas recientes otras personas con una fuerte formación científica como P. Giordano (*La soledad de los números primos*), Miguel Serrano (*Órbita*) o tantos otros.

Hay en estos cuentos retazos de ciencia, que suele ser el tema de fondo, pero acompañada de la vida, de las vivencias y del alma de los personajes. Es un acercamiento temático peculiar, ya que el punto de partida nos puede parecer extraño. Suelen iniciarse los textos con una cuestión científica (aunque pocas no lo son), como el origen de la vida en la tierra, el origen del ser humano, los eslabones de la evolución, el amor, el misterio de nuestra naturaleza mortal, una y otra vez recordada desde el punto de vista científico, para dar por sentada, otra vez, la lucha entre el deseo y la vida.

Y esa temática peculiar se adereza y toma forma con una técnica preciosista de relato clásico, con esos finales que a uno le encogen el corazón y le ensanchan el pensamiento, unas últimas líneas que dejan al lector expectante y maravillado ante el mundo que se abre ante nuestros ojos con la sugerencia y la magia de la palabra.

No faltan en este libro los ecos borgianos ante lo desconocido, ante tantos «alephs» en nuestro mundo cotidiano. Y ante la grandeza de los temas, y las palabras una y otra vez repetidas y siempre recientes, encontramos la fascinación ante lo desconocido y una curiosidad que no puede sino invitar al lector a mirar el mundo que le rodea con otros ojos, ojos de científico y de literato, lo mismo es ya que el sentido sería, sin más, preguntarse por la realidad.

© Pablo Lorente Muñoz



AEROPUERTO DE FUNCHAL, de Ignacio Martínez de Pisón

Editorial Seix Barral
Colección Biblioteca Breve
Fecha de publicación: 2009
192 páginas
ISBN 978-84-322-1270

* * *

La trastienda de lo cotidiano

Aeropuerto de Funchal es la manera en la que Ignacio Martínez de Pisón ha querido celebrar aquella tarde de otoño de 1984 en la que cogió el autobús de la línea 64 de Barcelona y se presentó en la Editorial Anagrama para dejar las fotocopias de unos relatos que había escrito y que un año después, en septiembre de 1985, se convertirían en su primer libro: *Alguien te observa en secreto*.

Aeropuerto de Funchal es la forma en la que Ignacio ha querido celebrar ese número redondo –de los que no le gustan a Vila-Matas– de los 25 años escribiendo relatos, pero que también celebra su condición de novelista; pues ese mismo año, en diciembre de 1985, y en la misma editorial, publicó su primera novela, *La ternura del dragón*, con la que había ganado el Premio Casino de Mieres de novela corta en 1984. Y fue precisamente el haber ganado aquel premio lo que le decidió, aquella tarde de otoño, a dejar en la editorial de Jorge Herralde la copia con el manuscrito de sus cuentos.

Aeropuerto de Funchal tiene además el valor de ofrecernos cuatro relatos que se habían publicado en libros colectivos o revistas pero que nunca hasta ahora se habían reunido en un volumen, y, sobre todo, contener una «Nota del autor» en la que Ignacio nos declara que *esta antología está inspirada en la humildad y no en la vanidad*, que es un modo de reconocer errores y fracasos en viejos cuentos en los que ya no se reconoce, y que con esta antología que recoge ocho relatos elegidos por él «quiere hablar del escritor que soy, y no del que fui... De ahí que haya desaparecido esa tendencia a la fantasía y al suspense –siguiendo a Poe– de mis relatos más antiguos, para acabar prefiriendo la pincelada sutil de Chéjov».

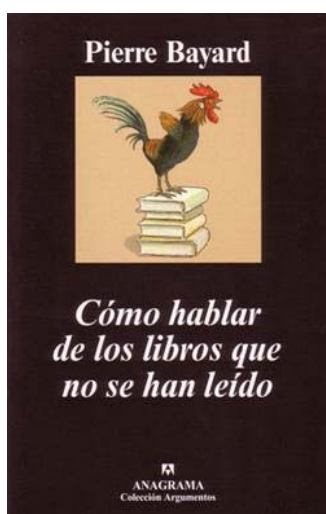
Y para mí, quitando dos de los cuentos antiguos: «Siempre hay un perro al acecho», que pierde su fuerza dramática y credibilidad cuando *el cuerpo de la hija adopta la misma postura del perro atro-*

pellado, y «El filo de unos ojos», en el que la realidad se diluye en el exceso y que hubiera merecido un final de apostasía o asesinato; el innegable valor de los otros seis relatos está en que forman parte de esa literatura que le gusta a Ignacio y con la que se identifica en el presente, *la que acierta a crear personajes de verdad, criaturas de carne y hueso*, que nos presenta escenarios, situaciones y personas creíbles. Que el mérito de Ignacio está en contarnos, mostrarnos lo que hay detrás, en la trastienda de lo cotidiano. El Ignacio novelista que relata breves instantes de confidencias y desamor, de asombro por lo extraordinario y lo vulgar, noches de mala conciencia, aniversarios con preguntas y peleas, y un viaje para descubrir las contradicciones de las que estamos hechos.

Lo que hay detrás de esos dos tipos que vimos conversar y tomar café una madrugada en un bar de carretera. La historia que no conocemos de esos músicos de orquesta pachanguera que vienen a tocar todos los años a las fiestas del pueblo y les vemos marcharse en una vieja furgoneta. Lo que hay detrás del recuerdo de aquel verano en el que una prima nos hizo descubrir el amor durante un apagón y que un año después volvió con un bolso nuevo. Un bolso donde ya no guardaba envoltorios de caramelos sino gafas de sol, pinturas de uñas, un paquete de tabaco y fotos de chicos. Lo que hay detrás de ese hombre que se cuele en los banquetes y por el que llegamos a sentir admiración por su audacia y lástima cuando es descubierto. Y lo que significa una boda con categoría. De la historia que se esconde detrás de esa «Foto de familia». Detrás de ese tipo detenido por la policía en la recepción de un hotel y de esa chica que vimos, aquella mañana, cruzar la calle con un enorme ramo de rosas. Detrás de una postal con el nombre equivocado que nos encontramos en nuestro buzón y de aquel día en el que una mujer tuvo que *elegir entre la estabilidad sin pasión y la felicidad sin futuro*.

© Luis Borrás

<http://aragonliterario.blogspot.com>



CÓMO HABLAR DE LOS LIBROS QUE NO SE HAN LEÍDO, de Pierre Bayard

Editorial Anagrama
Colección Argumentos
Fecha de publicación: 2008
200 páginas
ISBN 978-84-339-6279-9
Traducción: **Albert Galvany**

* * *

Para hablar de este libro con propiedad, lo ideal hubiera sido no leerlo. Y es que para hablar de un libro sin siquiera abrirlo tenemos infinitas posibilidades que pueden ser usadas asimismo en el caso de haberlo leído, por ejemplo, observar la contraportada y la información que aparece en el paratexto del libro, ir a la página web de la editorial, leer una reseña en algún medio de comunicación o simplemente buscar opiniones en la red.

El curioso título que nos ocupa: *Cómo hablar de los libros que no se han leído*, se inscribe dentro de una tradición no del todo abundante de títulos llamativos y en muchos casos que no se ajustan al contenido del libro, por ejemplo, tendría mucho que ver con el libro de César Antonio de Molina, *Sobre la inutilidad de la poesía*, que es en realidad una interesante recopilación de ensayos y reseñas sobre un buen número de poetas; o el pequeño libro *¿Por qué no es útil la literatura?*, que recoge sendos ensayos de Luis García Montero y el mismo autor antes citado, en donde se realiza una loa del valor de la literatura y la lectura. En cualquier caso, y dentro del maremágnum de publicaciones anuales (se publican unos 75.000 libros en nuestro país al año), que un título nos llame la atención es bastante.

Los libros, la literatura, todavía en nuestros días forman parte de la alta cultura. Para muchas personas, no poder intervenir en una conversación sobre este tema presenta connotaciones de incultura, a veces, simplemente, puede significar no estar al día. Bayard, profesor de «Lettres Modernes» en la Universidad de Paris VIII, tiene en cuenta este asunto y lo denomina «coacciones de nuestra sociedad». Señala tres, la primera de ellas «podría ser denominada la obligación de leer» teniendo en cuenta que este hecho está sacralizado. Esta tendencia se estaría disgregando, ya que en la literatura se está produciendo un fenómeno hasta fechas recientes del todo desconocido, es la aparición del fenómeno «fan» en el mundo de las letras. Así, hemos podido ver presentaciones mundiales de la saga de *Harry Potter* o los lanzamientos de Carlos Ruiz Zafón. Además, ciertas obras reciben un eco mediático fuera de lo común, como las obras de Dan Brown, las más actuales de la saga *Crepúsculo* o las novelas de Larsson. Sin embargo, estas obras están estigmatizadas de la alta literatura como muchos escritores han señalado –entre ellos Felipe Benítez Reyes–, serían subliteratura, expresión más que polémica.

La segunda coacción para Bayard es «la obligación de leerlo todo. Si ya está mal visto no leer, casi igual de mal visto está leer rápido u hojear un libro». Contra esta coacción es bien fácil luchar, ya que es imposible leerlo todo. En caso de que este hecho produjera frustración (muy comprensible por otro lado en amantes de la literatura y especialistas que quieran abarcar demasiado), recomendamos acudir a la lectura del *Fausto* de Goethe, quizá nos ahorremos un pacto con el diablo.

La tercera coacción «conciene al discurso sustentado acerca de los libros. Un postulado implícito de nuestra cultura consiste en considerar que es necesario haber leído un libro para hablar de él con algo de precisión». Este postulado sería erróneo para el autor ya que para «hablar con rigor de un libro, es deseable no haberlo leído del todo, e incluso no haberlo abierto nunca» para no caer en los riesgos que conlleva la lectura. Y es que lo importante, el problema de fondo es otro:

Las personas cultivadas lo saben –y sobre todo, para su desgracia, las personas no cultivadas lo ignoran–, la cultura es en primer lugar una cuestión de orientación. Ser culto no consiste en haber leído tal o cual libro, sino en saber orientarse en su conjunto, esto es, saber que forman un conjunto y estar en disposición de situar cada elemento en relación con el resto. El interior importa aquí menos que el exterior, o, si se prefiere, el interior del libro coincide con su exterior, pues lo que cuenta en cada libro son los libros adyacentes.

En la tercera parte del libro podremos encontrar unos cuantos consejos para ser capaz de manejarse en una conversación sobre un libro que desconocemos, son de sentido común, pero no es muy común encontrar gente capaz de hacerlo con maestría, aunque doy fe de que existen. Los consejos, *grosso modo* serían los siguientes:

- «No tener vergüenza»: reconocer no haber leído un libro no implica no poder hablar de él.
- «Imponer nuestras ideas»: un libro no es un objeto fijo, tiene vida propia y pasa a ser una situación compleja de discurso.
- «Inventar los libros»: es una actividad creadora
- «Hablar de uno mismo»: fin último de la actividad crítica para Wilde.

Con apartados como estos, Bayard construye un discurso peculiar y muy atractivo para todo aquel que se interese por los libros, entre otras cosas por la alta aplicación de los apartados de este ensayo a diversas facetas de nuestra vida cotidiana como lectores, profesores, amantes de la literatura.... Por ejemplo, el autor dedica varios apartados de su obra a los libros que no se leen, ya que no es lo mismo conocer, hojear, oír hablar de un libro o haber olvidado un libro (pongamos por caso el hecho de comprar un libro del que ya teníamos un ejemplar en casa).

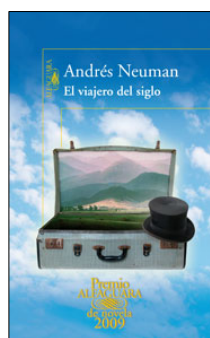
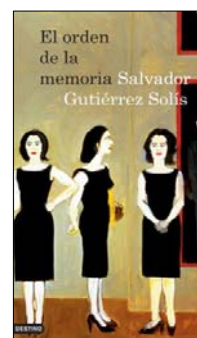
Todos y cada uno de estos apartados están documentados con casos de escritores o críticos que han sufrido en sus carnes los resultados o experiencias derivadas de hablar de un libro que habían o no leído por la razón que fuera, lo que hace de esta obra un documento doblemente interesante.

El orden de la memoria

Salvador Gutiérrez Solís

Editorial Destino, 2009

Entre la correspondencia diaria, Eloy Granero recibe un sobre que contiene una fotografía. Es una imagen que reconoce perfectamente, que de hecho jamás ha podido olvidar, pero que asalta ahora de pronto la tersa superficie de su vida, una vida de éxito y poder como presidente de la empresa familiar de la que es heredero. Sólo Claudia, la propietaria de la tienda de fotografía en la que Eloy revela sus carretes desde hace más de veinte años, puede haber tenido acceso a esa imagen. Sólo Claudia, la incolora e insignificante Claudia, tal vez tenga en sus manos el desvelamiento de un hecho terrible, y con ello la clave para reestablecer el relato de la vida de Eloy. Las oscuras pasiones, la perversión y el desamparo, la inanidad e incluso un tímido intento de redención, se suceden y se ordenan revelando una existencia que ha transitado la línea de sombra, y a cuyo dibujo, párrafo a párrafo, nos aproximamos cautivados por una indecible fascinación.



El viajero del siglo

Andrés Neuman

Editorial Alfaguara, 2009

Un viajero enigmático. Una ciudad en forma de laberinto de la que parece imposible salir. Cuando el viajero está a punto de marcharse, un insólito personaje lo detiene, cambiando para siempre su destino. Lo demás será amor y literatura: un amor memorable, que agitará por igual camas y libros; y un mundo imaginario que condensará, a pequeña escala, los conflictos de la Europa moderna. *El viajero del siglo* nos propone un ambicioso experimento literario: leer el siglo XIX con la mirada del XXI. Un diálogo entre la gran novela clásica y las narrativas de vanguardia. Un puente entre la historia y los debates de nuestro presente global: la extranjería, el multiculturalismo y los nacionalismos, la emancipación de la mujer. Andrés Neuman despliega un mosaico cultural al servicio de un intenso argumento, pleno de intrigas, humor y personajes emocionantes, con un estilo rompedor que ofrece a estas cuestiones un sorprendente cauce.

Emilio, los chistes y la muerte

Fabio Morábito

Anagrama, 2009

Ésta es la historia de la relación entre un niño de doce años que tiene un exceso de memoria y una mujer de cuarenta que quisiera olvidarlo todo. Emilio, que no tiene amigos ni hermanos, y Eurídice, masajista que acaba de perder a su único hijo, se encuentran de manera casi clandestina en un cementerio enorme y descuidado, donde los nombres de los muertos lucen incompletos. Entre la desesperación de ella y la madurez precoz de él, entre el hechizo que ejercen los nombres propios y la potente llamada del sexo, reluce una verdad simple: nadie es maestro de nadie. A la que se acompaña esta otra: el deseo no tiene edad, ni tampoco dominadores y dominados. Novela que, al centrar los conflictos de los protagonistas en la sexualidad, subvierte los valores clásicos de la llamada novela de crecimiento, esta historia es también una reflexión entre amarga y cómica sobre la imposibilidad de ver al otro.



Dinosaurios de papel. El cuento brevísimo en México

Javier Perucho

Ficticia/UNAM, 2009

La minificción es un género mayor. Tal certeza se deriva de la historiografía, características, escritores y medios impresos y electrónicos que Javier Perucho estudia en *Dinosaurios de papel. El cuento brevísimo en México*, libro que marca los límites y alcances del más joven de los géneros literarios, que hace una reflexión en torno a lo que Edmundo Valadés bautizó como «cuento brevísimo», que analiza la obra de los autores que han hecho de este país uno de sus principales santuarios y que, por último, se da a la tarea de realizar una meticolosa investigación sobre los libros, revistas y portales en Internet que le dan un sitio relevante a la ficción mínima. *Dinosaurios...* es una investigación a la vez que antología, una crítica literaria a la vez que obra literaria, un cometa cuya cauda está llena de luces asombrosas.

Chocolate con veneno

Desiderio Vaquerizo

Editorial Berenice, 2009

Un escritor que está empezando su carrera es abordado por una señora mayor, que conoce su novela, para contarle una historia. La reticencia inicial de Francisco se vuelve obsesión cuando la oye de labios de la señora, una mujer de origen rural llamada Etelvina. La historia de Etelvina, Áurea e Inocencia la chacha podría ser una historia más de crimen, de violencia doméstica, donde no hay héroes y todos son derrotados. Pero Francisco, al conocerla, piensa que hay algo más y se introduce en la investigación policial de aquel caso propio de la crónica más negra, que curiosamente pasó desapercibido en su tiempo, para descubrir todos los flecos sueltos, si había algún atenuante, y que en esta historia la muerte fue servida en un plato de odio visceral.



Ciudad Santa

Guillermo Orsi

Editorial Almuzara, 2009

Un político es ejecutado a la luz del día en un barrio marginal a las afueras de Buenos Aires. Una reina de la belleza busca la ayuda de una abogada que ha enviudado a balazos en dos ocasiones. Un crucero de turistas encalla en el fangoso Río de la Plata: el manjar está servido para una banda de secuestradores. Entre los turistas, un barón colombiano de la droga y su amante son el plato fuerte. Un coleccionista de cabezas humanas desvela entretanto a dos policías, enfrentados en un duelo que poco tendrá que ver con la ley y mucho con sus lealtades y decepciones. Buenos Aires, como un cayuco colmado de fugitivos de sucesivos desastres, navega sin rumbo por un mar sin playas ni horizontes. Esa deriva es la materia prima con la que Guillermo Orsi construye su *Ciudad Santa*; seductora, violenta... impactante. Con una galería de personajes para el recuerdo, *Ciudad Santa* es la absorbente y vertiginosa novela de un país que, cuando todo parece haber sido dicho y aunque pretenda callar lo evidente, habla a través de sus muertos.

Amor a quemarropa

Jesús Jara

Editorial Casatomada, 2009

Esta colección de cuentos debe ser leída con el cuidado que merece ser tratado un petardo con la mecha encendida: nunca se sabe cuándo explotará. Así son las historias que Jesús Jara ha tejido en esta inquietante y estupenda primera entrega: cuentos donde ningún personaje pasa desapercibido, historias delirantes donde la derrota, la venganza, las luchas y sus esperanzas estrelladas, victorias pírricas al fin y al cabo, arrastrarán inevitablemente al lector hacia el abismo de sus pasiones más íntimas. Jara se convierte entonces en el autor de un libro trepidante, descarnado, que no pasará desapercibido ante los ojos del lector. Una prosa impecable, directa pero a la vez reflexiva, nos muestra a un escritor de nervio, testigo de su tiempo, crítico y talentoso, del que esperamos ya, próximas entregas.



Perturbaciones

VV.AA.

Editorial Salto de Página, 2009

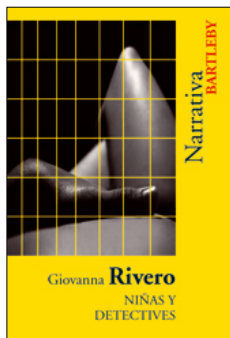
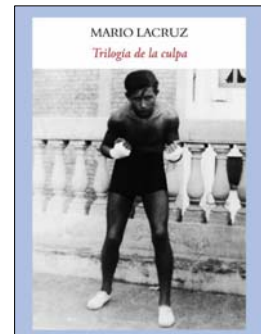
En el interior de este volumen hay anomalías y perturbaciones para todos los gustos. Prueben a abrirlo. Lean sobre la muerte y la vida después de la muerte, la inmortalidad, el paraíso, el limbo, el infierno, los resucitados, y los espectros. Lean sobre Dios y el Diablo, el origen y el fin. Lean acerca de mundos paralelos, de bucles temporales, de la predeterminación encerrada en los espejos, o de las necrológicas inversas que publican algunos periódicos. Lean en torno al doble, a la identidad y a las conexiones invisibles; sobre las interacciones entre realidad y ficción, metaficción y metaliteratura. O incluso sobre la absoluta desaparición de la ficción en los libros. Indaguen sobre los sueños y las pesadillas. Sobre las transformaciones imposibles de sujetos, objetos y animales. Lean acerca de la presciencia, la telepatía, la telequinesia, y todas las perturbaciones de la personalidad, la memoria o la percepción.

Trilogía de la culpa

Mario Lacruz

Editorial Funambulista, 2009

En este volumen se recogen hoy las tres novelas –*El inocente*, *La tarde* y *El ayudante del verdugo*– que publicó en vida Mario Lacruz (dejó, sorprendentemente, varios inéditos, algunos de los cuales se han ido publicando desde su muerte en el año 2000) y que obtuvieron en su día tanto el éxito de la crítica como el del público: la obra precursora del género negro en España, un relato de corte lírico y una metáfora narrativa del mundo social del franquismo. En principio tres novelas muy distintas (si bien siempre servidas por un estilo inconfundible). Pero por encima de las etiquetas de géneros y huyendo de las tan peligrosas clasificaciones, nos encontramos frente a tres narraciones que plantean problemas inherentes al ser humano, que siente el peso de la culpa como un elemento indisoluble del mero vivir, ese vivir que los protagonistas de estas novelas convierten en una búsqueda del sentido y justificación a su existencia. ¿Novelas existencialistas? Llámeseles como se quiera. La buena literatura desborda siempre cualquier posible clasificación...



Niñas y detectives

Giovanna Rivero

Bartleby Editores, 2009

«Si Giovanna Rivero fuera una escritora mexicana, hace tiempo que estaría publicando en alguna una de las editoriales españolas más consolidadas y conocidas; si una argentina, ya habría ganado un par de premios importantes y habría sido traducida al francés o al alemán. Como no lo es, las cosas tardan más de lo que debieran. No importa: los que conocemos el secreto sabemos que es sólo cuestión de tiempo el que los lectores de fuera de Bolivia se enteren de que Giovanna ya es una escritora latinoamericana de primer nivel. En su narrativa la tensión nunca está del todo contenida. La violencia explota, hay guerra por todas partes. Como los alacranes de uno de

sus cuentos, los hombres y las mujeres siempre atacan, y uno debe de estar alerta para intuir el peligro. Que para otros sea la página tranquila; aquí hay sangre de verdad, y nunca gratuita. Me quedo corto si digo que con *Niñas y detectives* Giovanna Rivero irrumpe con fuerza en el panorama de la literatura hispanoamericana publicada en España. Este libro es, a la vez, un vendaval de imágenes y tramas fascinantes y una fiesta del lenguaje.» (Edmundo Paz Soldán)

El baile ha terminado

Julián Ibáñez

Roca Editorial, 2009

Un policía del Grupo de Localización de Fugitivos sube a un tren nocturno de Alicante a Bilbao. Sigue a una muchacha de 20 años de aire inocente. En Bilbao, el seguimiento continúa si que ni siquiera el policía sepa las razones por las que le han encargado hacerse cargo de un caso de tan poca importancia, al menos aparentemente. Durante los días siguientes, la Ertzainza se inmiscuirá en el seguimiento, «ofreciendo» ayuda al agente; la Guardia Civil, por su lado, también tomará cartas en el asunto; ETA hará acto de presencia; y todo se complicará sobremanera cuando finalmente se descubra el porqué de tanto interés en una ciudadana cualquiera. Con esta novela realista y cruda, Julián Ibáñez se convirtió en el ganador del Premio L'H confidencial en su tercera edición.



La muerte y las cerezas

Elena Santiago

Editorial Menoscuarto, 2009

«Busqué y sigo buscando el pulso necesario, la intensidad y la fascinación, para convivir con unos personajes de lágrimas y realidad, envueltos en algunas nieblas». En plena coherencia con esta estética que define la propia autora se halla *La muerte y las cerezas*, el esperado regreso a la novela de Elena Santiago, que vuelve a mostrar su magisterio en la creación de personajes. Una historia de seres de destino incierto, inmersos en el frío de la ausencia y la ternura deseada, en la que su protagonista –Antonino– se halla oprimido por una atmósfera sombría, mientras confía en salvarse por un amor pleno. Buscará respirar al calor de Rosa, en tanto la ciudad de Coimbra se alza como espacio que comunica vida y se dibuja como anhelado horizonte de una paz interior

Una luna Martín Caparrós

Editorial Anagrama, 2009

Una luna es el diario de un viaje enloquecido, un «hiperviaje»: un mes de saltos entre Kishinau y Monrovia, Amsterdam y Lusaka, Pittsburgh y París, Madrid, Barcelona y Johannesburgo, en el que Caparrós, enviado por una agencia de Naciones Unidas, se encuentra con migrantes de muy diversas clases: mujeres traficadas, refugiados de guerra, polizones de pateras, niños soldados, pandilleros deportados, toda esa enorme población actual que busca lugares nuevos para intentar vidas distintas. *Una luna* es una mirada sorprendente sobre algunas de las cuestiones más calientes de estos años. Las migraciones, el drama del destierro, los abismos entre primer y tercer mundo, el lugar de las mujeres, las nuevas formas de viajar y las posibles formas de contarlo son algunos de los temas de este libro, que no esquiva la reflexión autobiográfica.



Quédate donde estás Miguel Ángel Muñoz

Editorial Páginas de Espuma, 2009

Los cuentos de Miguel Ángel Muñoz están contruidos alrededor de la idea de equilibrio. Equilibrio entre el realismo y el cuento fantástico, entre la trama atractiva y la forma no olvidada, entre el humor y el dolor. Se trata en ellos de quedarse donde uno está para no perder el pie y caer del lado equivocado, pero a la vez intentarlo todo, quizás para que quedar en pie, si es posible, tenga más mérito. Un libro de engañosa apariencia libresca que trata menos sobre la literatura de lo que parece. Se invoca a Salinger o Kafka, a Buñuel o Carver más como formas de vida que como formas de escritura. El autor ha buscado el contraste entre lo acuático y lo oscuro, entre lo que los libros nos dicen y lo que quisiéramos nosotros que los libros nos

dijeran. Todo fiado al intento de lograr un tranquilo equilibrio sobre el agua de una piscina de historias, para que el lector flote sin excesivo esfuerzo y se quede donde estaba, atento a lo que se le cuenta.

Cuentos llenos de abrojos Jorge Alfonso

Ediciones Trilce, 2009

Un variado muestrario de cuentos que se pasean entre diversas formas del absurdo y lo grotesco, el cinismo y la rebeldía. Un hombre se obsesiona con las nalgas de una mujer desconocida, otro representa su propia vida en un bizarro monólogo teatral. En una de las historias el personaje lucha contra la perversidad de su gato. En otra el narrador es un perro, un personaje de un videojuego o un hombre encerrado por su amada en un ropero. Textos breves, pintorescos y plenos de humor que asombran, seducen y obligan a devorarlos rápidamente. Con talento, imaginación y excelente prosa, el autor de *Porrovideo* (2008, Estuario-Casa editorial Hum) confirma con este segundo libro –cuyos textos fueron escritos varios años antes– su merecido lugar entre lo mejor de la narrativa uruguaya. Jorge Alfonso (Montevideo, 1976) publicó artesanalmente en 2006 *Cacareos poéticos y poemas de amor misógino* y en 2008 *Porrovideo* (Estuario-Casa Editorial HUM)



¡Que viva la música! Andrés Caicedo

Editorial Norma, 2009

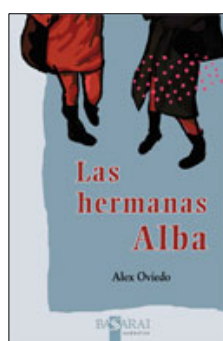
Andrés Caicedo se había propuesto morir joven y dejar obra; así lo hizo. *¡Que viva la música!* fue la única novela que concluyó y es, quizás, su mejor obra literaria, sorprendente por su consistencia narrativa y ritmo desbordante. Cuenta la historia de María del Carmen Huerta, una joven proveniente de una familia acomodada de Cali que conoce los barrios populares y reniega de los valores sociales establecidos para entregarse a los excesos y al delirio. Ella, como Caicedo, sigue despertando fascinación y asombro entre los lectores de todas las edades como símbolo de la trasgresión y el frenesí.

El rey siempre está por encima del pueblo

Daniel Alarcón

Sexto Piso Editorial, 2009

Los personajes de Daniel Alarcón se ubican en la zona limítrofe de la existencia que comprende a todos aquellos que no pudieron o supieron sumarse a esa perversa condición humana llamada progreso. La tragedia es la principal protagonista de sus relatos. Su literatura para trazar mundos que retratan la terrible realidad deparada para los olvidados. La dolorosa condición de los descartados: hombres y mujeres exiliados, apátridas o marginados a los que no les pertenece ni siquiera su propia vida. Una versión homosexual de Abraham Lincoln, el heredero de una pareja de ciegos cuyas únicas posesiones eran los recuerdos que lograron sembrar en sus allegados, una diáspora de familias callejeras que encuentra su «tierra prometida» en un terreno abandonado, y que tienen una noche para crear un asentamiento de viviendas improvisadas para que el gobierno no les pueda arrebatar lo que constituirá su única posesión, y hasta un joven que encuentra la desdicha amorosa en la forma del vibrador de su novia, retratan el afanoso intento de Alarcón por demostrar la inagotable búsqueda de los hombres por la belleza y la felicidad.



Las hermanas Alba

Alex Oviedo

Bassarai Ediciones, 2009

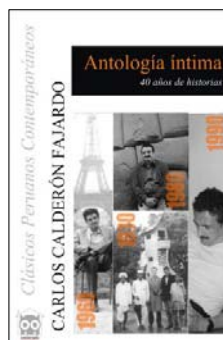
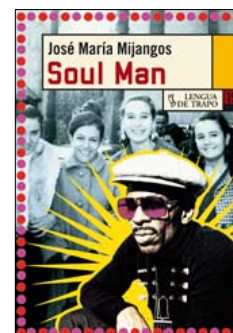
Alberto Pilares es un escritor de provincias que malgasta su tiempo en una empresa que lo disgusta. Sin embargo, un buen día descubre en la desaparición de dos ricas hermanas una buena historia que contar. El hallazgo accidental de un cadáver en Bakio y la ausencia de noticias sobre las dos misteriosas mujeres lo empujan a averiguar su paradero. Pilares se transforma desde entonces en periodista ocasional e investigador en apuros para conocer más sobre las hermanas Alba, las ricas herederas de una fortuna bilbaína. Mezcla de novela negra y diario de escritor, en *Las hermanas Alba* se unen de forma natural ficción y realidad, y desfilan personajes verdaderos o inventados con el fondo de una ciudad que gracias a Alex Oviedo adquiere un peso literario definitivo. Oviedo logra en *Las hermanas Alba* lo que muchos escritores actuales buscan, pero pocos encuentran: reunir en una novela breve los rasgos determinantes que están llamados a renovar el género narrativo en estos comienzos de siglo.

Soul Man

José María Mijangos

Lengua de Trapo, 2009

Mientras trabaja como reponedor en un supermercado, Cleophus escucha en el hilo musical una de sus viejas composiciones, «Soy distinto», que lo situó en los años sesenta en los primeros puestos de las listas de éxitos. Ahora, envejecido y castigado por una vida demasiado dura, ya es tarde para recuperar el tiempo perdido, pero no para realizar el último homenaje a los que, como él, se sacrificaron por el rock and roll sin pedir nada a cambio. Una melodía secreta recorre la historia de la música moderna. Un ritmo marcado por el dolor, las penurias, el burbon a palo seco, el desprecio por la propia existencia y, por supuesto, la pasión sin medida. Y esta es también la vida de Cleophus Taylor Porter, desde los oscuros callejones de su Memphis natal hasta un Madrid ávido de contagiarse de los nuevos ritmos que llegan de América.



Antología íntima

Carlos Calderón Fajardo

Editorial Casatomada, 2009

Se trata de una selección realizada por el autor y que incluye cuentos de sus cuatro colecciones, un par de cuentos inéditos, textos aparecidos en diarios y el primer cuento que publicó el autor en la revista que entonces –allá a fines de los 60´– dirigía Rossina Valcárcel. Un libro esperado por todos los lectores de Calderón Fajardo y que en definitiva es el lanzamiento más esperado en lo que va del año. El libro se presentará en la FIL - Lima 2009 y coincide con los 40 años de vida literaria que celebra el autor, considerado por muchos (y con justa razón) como un autor de culto.

Todo es mentira en las películas

Roxana Popelka

Baile del Sol, 2009

«Accedemos a *Todo es mentira en las películas* de un empujón, sin descripciones que nos embriaguen ni citas lapidarias acerca del sentido de la vida, guiados por una voz aséptica, notarial no sólo en los análisis, los extractos de la prensa o los folletos de viajes. Caemos en un relato dispuesto a modo de *patchwork*, que se presenta como una novela, pero muta en libro de cuentos, poemarios, guión de ese cine cuya honestidad cuestiona, fragmentos de unas vidas que podrían truncarse en la puerta de al lado sin que nos enterásemos de sus problemas. Porque la pantalla grande, comenta Luis, los protagonistas se aburren en unas vacaciones eternas. Y —añadimos nosotros— las relaciones humanas se desarrollan en tobogán, rápidas y fáciles, con textura de papilla y credibilidad de humo» (Elena Medel)



Los guionistas

Roberto Malo

Editorial Eclipsados, 2009

«Buenas noches, queridos amigos. Bienvenidos, una semana más, a “Una Habitación con Entrevistas”, el programa para el espectador más inquieto. Esta noche, los amantes del cine porno están de enhorabuena. Contamos hoy con la presencia de Julián Gordillo y Raimundo Chueca, la pareja de guionistas más relevante del actual cine porno español. Muy buenas noches, gracias por venir.» Roberto Malo es escritor, cuentacuentos y animador sociocultural. Ha publicado los libros de relatos *Malos sueños* (Certeza, 2006) y *La luz del diablo* (Mira, 2008) y las novelas *Maldita novela* (Mira, 2007) y *La marea del despertar* (Hegemón, 2007).

Yo te conozco

Héctor Manjarrez

Ediciones Era, 2009

Yo te conozco es la historia de la última infancia de los Romanitos: Julio César y Marco Antonio, y por extensión de su madre abandonada por el padre diplomático, de su doméstica guapa y su doméstica fea, del primo menso pero astuto, de la vecina con oído de tísica, del casero rabo verde y violento, de la tía cachonda y su novio negro. Todo este grupo inolvidable vive en el México de los años cincuenta, con sus Hudsons, sus Cadillacs, sus Opels y sus Studebakers, con su cha-cha-chá y sus boleros y sus primeros rocanrols, con sus encuentros con marcianos, con su horror al comunismo y al divorcio, con sus maneras que hoy parecen inconcebiblemente inocentes en lo sexual y lo político. Sin embargo, todo esto, más que regresar del pasado como mero paisaje de lo perdido, surge vivo; es otra vez nuevo y maravilloso a la par que dolorosamente inalcanzable. Más que historia es memoria, más que memoria privada, generosa novela: si hay un héroe de la memoria en la literatura es, desde luego, Héctor Manjares.



Diagonales

Maori Pérez

Editorial Cuarto Propio, 2009

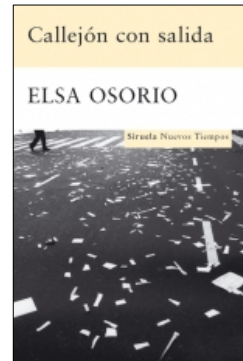
Diagonales, la primera novela del joven narrador Maori Pérez, es una exploración divertida y horrenda de los actuales sistemas de control del libre mercado, una meditación sobre los arquetipos y la cultura popular, y un homenaje a la tradición japonesa del género Sci-fi. El autor juega constantemente con dejar afuera el centro del relato, el meollo del asunto, provocando que la historia que se cuenta valga sólo como una señal de aquello que la sostiene. Cada uno de los personajes arma relatos que se observan entre sí desde una realidad mediatizada, la cual nos entrelaza, del mismo modo y a diario, en una gran historia hipervinculada por diagonales y túneles. Los héroes son cinco pasajeros del metro: Julio y Marco Flores, José Santos, Valentina Montillo y Andrea Julio quienes, sin saberlo, asisten a su propio sacrificio en un viaje de otro modo común y corriente. Junto a ellos, rondarán el suicida japonés y su hija, el conductor de un taxi prestado, el mutante Ragno Hitomi, los comentaristas Alberto y Pablo y su mentor Gerardo. Tras dos libros de relatos, Maori Pérez vuelve a confirmar con esta novela que su apuesta es escribir una interesante narrativa.

Callejón con salida

Elsa Osorio

Editorial Siruela, 2009

Elsa Osorio fusiona en este nuevo y extraordinario libro de relatos las dos líneas de su narrativa: la fantástica-alegórica y la realista o de recuperación de la memoria. Y lo hace, por tanto, con cuentos escritos en dos épocas muy diferentes. «El hombre de Balmes», «Joy» o «Su pequeño y sórdido reino» surgieron durante el oscuro período de la censura en Argentina, en un tiempo de miedo, de obsesiones, cuando a las cosas no se las podía llamar por su nombre. Otros relatos, como «Siete noches de insomnio», «Llanto» o «El despromovido», fueron escritos veinte años después, cuando la realidad recobraba rostro e identidad... Pero todos ellos, aunque nos hablen de heridas difíciles de sanar –pérdida de identidad, soledad, traición– y cuenten historias aparentemente sin salida, están abiertos a la esperanza. De ahí el título de este libro. *Callejón con salida* es, pues, el triunfo de la literatura en su sentido más noble: gracias a ella, la realidad, incluso en sus aspectos más sórdidos e inquietantes, se transforma en mensaje para aliviar a todos aquellos que, por motivos políticos o personales, tuvieron que enmudecer y no tenían ninguna salvación.



Los que han vuelto

Fernando Aínsa

Mira Editores, 2009

España en 1936, Chile en 1973: dos momentos de la historia donde se escenifican el heroísmo y la derrota. Un padre y un hijo, víctimas de la Guerra Civil y del golpe de estado, son empujados de un lado a otro del Océano, en un viaje de ida y vuelta dilatado en el tiempo. Una intensa relación marcada por la admiración y luego el desencanto los une y los separa en la adversidad, para reunirlos finalmente en Zaragoza, en un contrapunto de voces donde, más allá de las diferencias, se forja una entrañable solidaridad no exenta de ternura. Novela de sentimientos, más que de acontecimientos, *Los que han vuelto* se acerca con melancolía a los que padecen la historia, sin poder incidir en ella. En estos aragoneses que hablan con un ligero acento extranjero mientras pasean por el Parque Grande se condensan, desde la sencilla perspectiva de sus vidas zarandeadas, los estriados fragmentos del siglo XX

La Virgen Cabeza

Gabriela Cabezón Cámara

Editorial Eterna Cadencia, 2009

Con una lírica sobrecogedora y un estilo completamente personal para abordar el lenguaje coloquial, Gabriela Cabezón Cámara pasa con inteligencia de la tragedia a la comedia; de la nostalgia, el dolor y el odio, al vértigo y el frenesí de la cumbia, las plegarias, el alcohol y el sexo. Un relato en el que la marginalidad aparece como el mayor de los abismos. Pero también una historia de amor, delirio, mística y desenfreno, de un humor absolutamente candoroso. Sin dudas, una revelación para la narrativa argentina y latinoamericana actual.



El colibrí blanco

Esteban Gutiérrez Gómez

EH Editores, 2009

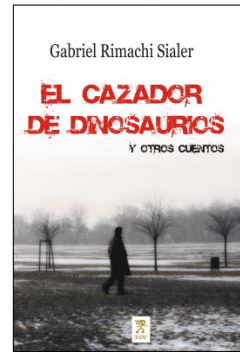
«Abandona uno noqueado, felizmente aturdido las páginas de *El colibrí blanco*, la nueva novela de Esteban Gutiérrez, sacudido por una narrativa magistral que desbroza, a camino entre una prosa de trinchera y la iluminación lírica, nuestro episodio histórico más trágico, aportando una visión personal y caleidoscópica de los espectros emocionales en que se convirtieron los represaliados, de los caminos inusitados y justos que la redención tendría que encontrar para algunos de ellos en alianza con el tiempo. Antonio Menéndez Seoane, "el Carnicero" es, quizá, uno de los personajes más arrebatadores y de trazo más escalofriante que he tenido la suerte de poder disfrutar en mucho tiempo.» (Miguel Ángel Zapata).

El cazador de dinosaurios y otros cuentos

Gabriel Rimachi Sialer

Editorial Altazor, 2009

En el año 2000, el peruano Gabriel Rimachi Sialer (quien a raíz de obtener un premio de poesía decide dedicarse a la narrativa) entrega *Despertares Nocturnos*, libro que llamó la atención por desmarcarse de sus contemporáneos. Con *Canto en el infierno* (2001), la crítica lo considera un autor vital y despiadado y confirma que nuestras letras están atravesando por una saludable transición. Aparecen luego *Orquídeas Marchitas* (plaquette, 2003) y *El color del camaleón* (2005), el libro más maduro de Rimachi Sialer. *El cazador de dinosaurios y otros cuentos*, selección preparada por el autor y que responde a su gusto personal, nos lleva de la mano por los inextricables caminos de la psicología humana; un mundo en el que los personajes nos enfrentan a nuestros temores más ocultos, y a una sociedad que se disfraza en la ironía y la mordacidad para superar, quizá, sus vergüenzas morales más oscuras.



La crueldad del fotógrafo

Antonio Cardiel

Mira Editores, 2009

Cada segundo se hacen en todo el planeta más de ocho millones de fotografías. De algunas de ellas somos protagonistas, en esos álbumes familiares que todos atesoramos. Sin embargo, otras veces alguien hace una foto y nosotros, sin querer, porque pasábamos por allí, quedamos atrapados como figurantes. De hecho, nuestro rostro debe de estar retenido en centenares de fotografías desperdigadas en otros tantos álbumes. ¿Qué pasaría si alguna vez descubriéramos nuestra involuntaria presencia en una fotografía de otros? Esto es lo que le sucede a Alfonso Callejo, protagonista de *La crueldad del fotógrafo*, que se descubre a sí mismo en una fotografía perteneciente a un álbum abandonado en un piso de alquiler. Vuelve entonces a su memoria un suceso insignificante de la infancia, la atracción que sintió por una niña en Salou, en el verano de 1969. La necesidad de encontrarla se convertirá en una obsesión. Pero no será el único en ver turbada su vida cotidiana por ese extraordinario suceso, también su ex mujer, Elia Laguna, y su amigo Federico Méndez, escritor y periodista, se involucrarán en la trama y en las consecuencias que a veces acarrea el cruel arte de la fotografía.

Correr tras el viento

Ramón Díaz Eterovic

Lom Editorial, 2009

A comienzos de la Primera Guerra Mundial, 1914, a la ciudad más austral del mundo, Punta Arenas, llega un croata cuya misión es espiar para los alemanes. La ciudad, que conserva parte de su carácter pionero para los que se internan a los vastos territorios de la Patagonia, es un hervidero de agentes alemanes e ingleses que se vigilan para resguardo de las flotas enemigas que se buscan en los mares australes. Rendic realiza su misión, pero comete un error imperdonable para los agentes: se enamora de Martina, la más requerida asilada del prostíbulo «La Casa Rosada».



Los fantasmas del masajista

Mario Bellatin

Editorial Eterna Cadencia, 2009

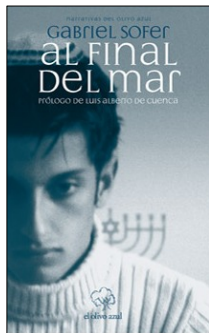
En una de sus visitas a una clínica de São Paulo especializada en el tratamiento de personas a las que les falta algún miembro, el narrador conoce la historia de su terapeuta y de su madre, una famosa declamadora que ve precipitarse el final de su carrera debido a una elección desacertada en su repertorio: una canción de Chico Buarque llena de matices que la desconciertan y que termina por lanzarla al vacío. Bellatin construye un relato estremecedor y de belleza perturbadora acerca de los fantasmas del cuerpo y de la mente. Los límites del cuerpo, su destino después de la muerte, el sentido de cada existencia, atraviesan una narración intensa y lacónica, que al final vuelve a comenzar pero esta vez con fotografías, suerte de fantasmas de una escritura infinita, que desafían lo escrito, dislocan con cada encuadre y extreman la ficción.

La fe ciega

Gustavo Nielsen

Páginas de espuma, 2009

La fe ciega es un libro con contraindicaciones. Siete historias intensas sobre la condición humana, con personajes queribles y tóxicos al mismo tiempo. Tiernos y horriblos. Que a veces dan risa y otras veces nos hacen llorar. La simpleza misteriosa de los cuentos de Nielsen hace que nos dejemos pasear, tomados de la mano de la sencillez, por paisajes salvajes. A este libro se entra silbando. Lo difícil es salir indemne. De Nielsen se ha dicho que hace una literatura magnética, de la que es imposible escaparse. Maneja el suspenso a la manera de un Hitchcock argentino. Nos obliga a ver lo que leemos. Nos sacude y entretiene con los trucos de un mago. ¿Se atreverá el lector al reto que le proponemos? *La fe ciega* puede ser un remedio, pero también es un maravilloso veneno. No diga que no se lo advertimos.



Al final del mar

Gabriel Sofer

Editorial El Olvivo Azul, 2009

Una joven irlandesa se involucra en la lucha contra la ocupación británica de Irlanda en la primera década del siglo XX, viéndose arrastrada a una serie de viajes, guerras e infortunios que quizá no sean sino una huida de sí misma; un anciano permanece encerrado en su piso junto a su perro mientras su ciudad está sitiada; un asombrado comerciante intenta huir de la multitud durante el pogromo que arrasó la judería de Sevilla; un superviviente de la Armada Invencible se convierte en un hombre feliz en Gales o Irlanda... Los relatos de *Al final del mar* llevarán al lector, después de hacerle transitar por una geografía variada e incierta, al centro del laberinto, a un lugar donde

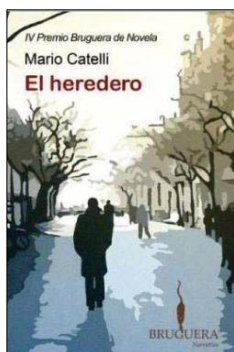
se reconoce la condición humana desnuda de vestidos y de máscaras.

Leonardo da Vinci: obstinado rigor

Teresa Garbí

DVD Ediciones, 2009

«Hace tiempo que leo la prosa de Teresa Garbí, porque soy un lector de poesía. Tienen sus líneas, siempre tan sencillas como precisas y consteladas de sentidos, la extraña capacidad de penetrar la superficie de las cosas, y no para publicar su secreto, sino precisamente para subrayar que su ser más propio se encuentra allí donde no alcanza la razón, en el misterio en que surgen y desaparecen. Su ejercicio de contemplación frente al doncel de Sigüenza –en el libro titulado *Cinco*– resulta inolvidable para cualquiera que haya tenido la fortuna de seguirla en sus merodeos alrededor de lo que no tiene centro, pero irradia, y huele, y vibra. Teresa Garbí declara aquí su fascinación por lo que el arte, cuando es verdadero, tiene de naturaleza, y también por su única utilidad posible, la que lo convierte en educación del alma y solaz del espíritu.» (Vicente Gallego).



El heredero

Mario Catelli

Editorial Bruguera, 2009

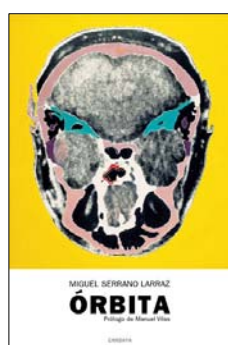
El heredero, novela ganadora del IV Premio Bruguera de Novela, despliega, de manera cruel y humorística a la vez, los vagabundeos, amores, recuerdos y encuentros cómicos y fortuitos de un personaje un tanto descalabrado, argentino, que intenta sobrevivir en una Barcelona tan variada como grotesca, en cuyas entrañas adyacentes al cosmopolitismo ramblero conviven inmigrantes y gentes del lugar. Escritores y otros miembros de la vida literaria de la «parte alta» de la ciudad se mezclan con la fauna del Raval, las orquestas de fiesta mayor y los jóvenes profesionales de la Cataluña próspera. Un tratamiento tragicómico del desplazado, cuyas andanzas por la urbe se tiñen de la picaresca tradicional a la vez que alterna con brevísimas y casi líricas ráfagas de un pasado argentino convulso y la nostalgia de las raíces perdidas. En palabras de José Manuel Caballero Bonald, jurado único del premio, esta novela «narra las desventuras de un músico argentino, transplantado a una Barcelona de pícaros y perdedores, con el contrapunto de la dictadura militar actuando como permanente recordatorio del terror».

Así murió el poeta Guadalupe

Cristina Fallarás

Alianza Editorial, 2009

A la redacción de un diario llega una misteriosa grabación. Se trata de una entrevista realizada en un sanatorio mental a la que alguien le ha borrado las preguntas, probablemente la entrevistadora, por lo que aquel archivo de voz adquiere los tonos de una confesión. La enigmática voz femenina que queda grabada, un tanto airada y resentida, nos narra su encuentro durante los últimos años del franquismo con un grupo de poderosos sudamericanos que desembarcan en aquella España gris con unos aires mundanos que la deslumbran. Sin embargo, detrás del brillo de aquellos personajes, de su poesía, de sus boleros y de sus maravillosas mujeres, late la muerte. Y la tortura. Algo a lo que no es ajeno el gobierno franquista. Cristina Fallarás nos propone en *Así murió el poeta Guadalupe* un viaje a lo más abyecto del ser humano disfrazado de grandeza. Un encuentro entre la seducción más voluptuosa y la tortura sistemática. Una novela de intriga, sarcástica y dura, con notables dosis de crítica social, que hurga en los misterios de la personalidad, en su oscuridad. Una oscuridad inquietante que nos terminará revelando cómo murió el poeta Guadalupe.



Órbita

Miguel Serrano Larraz

Editorial Candaya, 2009

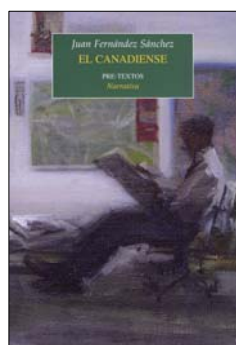
No se trata sólo de escribir buenos libros, sino de escribir buenos libros interesantes porque son distintos. Esta es la apuesta de *Órbita*, un libro que contiene un orden narrativo propio que busca la representación de las perplejidades y de las fantasmagorías de las sociedades capitalistas de última generación. En el relato que da nombre al libro, Miguel Serrano aborda el misterio de las relaciones humanas en la era del simulacro y del afterpop. El adolescente superdotado Samuel Soriano es casi una alienígena emocional y el extraño científico Bernardo R. es la inteligencia desajustada, la inteligencia errante. Serrano tiende a la construcción de tramas de orden alegórico, tal vez por influencia kafkiana. La historia de Samuel Soriano es una historia kafkiana, pero ajustada al siglo XXI.

La conspiración piscis

Magdalena Lasala

Editorial Styria, 2009

Año 405. El sabio matemático Theón de Alejandría muere mientras duerme. Su hija, la célebre maestra Hypatia, directora de la Biblioteca del Serapeo y de la Escuela de Sabios del Museum recibe una carta póstuma de su padre en la que le desvela la existencia de un secreto transmitido durante cuatro siglos y que afecta a la memoria de la humanidad: Una réplica de la gran Biblioteca magna de Alejandría, destruida siglos antes, se guarda en un lugar que muy pocos conocen, como forma de preservación de todo el saber del mundo hasta ese momento... Con su habitual maestría narrativa, Magdalena Lasala nos acerca a uno de los personajes más fascinantes de la historia, Hypatia de Alejandría, y a uno de los acontecimientos clave del devenir de la decadencia del mundo clásico: la desaparición de la Biblioteca de Alejandría.



El canadiense

Juan Fernández Sánchez

Editorial Pre-Textos, 2009

Con una fotografía aparecida en un periódico escocés con un siglo de antigüedad como única pista, un profesor hastiado de su felicidad rutinaria y su vida previsible, decide poner tierra y tiempo de por medio e indagar qué le ocurrió al joven de la foto, su propio abuelo. Durante el proceso, irán apareciendo como paisanaje al fondo, un rey borbónico, un espadón con ínfulas de salvapatrias, ministros veleidosos, un diplomático compañero de viaje, aristócratas de diverso pelaje, anarquistas irredentos, mujeres amnésicas y una puta de lujo digna de mejor suerte. Con cien años de dilación, el esforzado investigador acabará descubriendo los perversos efectos del eco de la memoria.

Una cuadra

Márgara Averbach

Adriana Hidalgo Editora, 2009

Un proyecto estético y urbano de carácter comunitario, embellecer una triste calle cortada de Buenos Aires –para la cual el Pasaje Lanín del barrio porteño de Barracas sirvió de inspiración–, moviliza a los más diversos vecinos del barrio, que deberán hacer a un lado sus diferencias y prejuicios, para dejarse ganar por sus fantasías y llevar a cabo un trabajo que sólo puede ser realizado entre todos. *Una cuadra* es una novela del presente, con su dinámica y sus problemas; un registro de acontecimientos en tiempo real, que no solo llama la atención por sus historias entrecruzadas sino por el hiperrealismo, contención y sobriedad de la narración. Desde el comienzo aparece un inteligente uso desdoblado del punto de vista, focalizado en uno de los personajes, Lara, y en una narradora que sorprende con sus opiniones y digresiones. En las primeras páginas, la novela permite al lector ubicarse en el escenario de una acción que se resuelve en torno a una unidad de lugar. A partir de allí, una rica galería de personajes ensimismados en sus rutinas, despertará poco a poco para sumarse a la voluntad comunitaria. La construcción de los personajes es sin duda otro punto fuerte de la novela, porque se trata de personajes cuyas historias se desarrollan en forma paulatina, ágil y fluida, lo cual sostiene sin fisuras el interés del lector hasta el final.



Despeinadas

Gema Fernández Esteban

Gens Ediciones, 2009

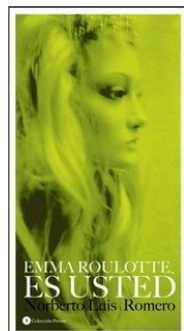
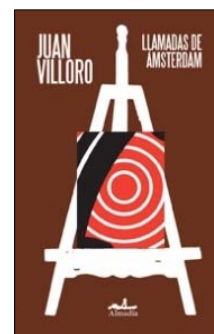
Los personajes de este libro de cuentos habitan esa rendija de luz entre tinieblas de la que hablaba Nabokov. Hombres que se encierran en el baño a pintar mujeres despeinadas, que se muestran adictos al abandono o llenos de recuerdos que no son suyos. Niñas que se descubren feas con avaricia y niñas intactas que sueñan con lobos. Mujeres a quienes quieren con mala letra, que se despiertan con dinosaurios o que envuelven cinco litros de leche en una manta eléctrica (a 37 °C; 98,6 °F) para alojarlos en la curvatura de su espalda. Parejas que alquilan el fin de la tierra después de toda una vida de desencuentros. Parejas que viven amores capaces de mover barcos e islas, o que en la inercia de lo cotidiano apenas aciertan a mantener en pie el frágil tenderete de su amor.

Llamadas de Amsterdam

Juan Villoro

Almadia Editorial, 2009

Llamadas de Amsterdam es una extraordinaria historia de amor. Con una impecable tensión narrativa, Juan Villoro despliega una trama hecha de coincidencias, separaciones, misteriosas oportunidades de reencuentro. La acción ocurre en una calle circular, trazada sobre la pista donde una vez corrieron caballos de carreras. Ahí, dos amantes apuestan su «resto» en busca de una última recompensa. Si en *El testigo* Villoro trazó un amplio panorama narrativo, en *Llamadas de Amsterdam* demuestra su pericia para diseñar una novela breve que retoma elementos del sueño y el espejismo sentimental. Movidos por una fuerza inconsciente, los protagonistas de esta historia inventan una realidad alterna, hecha de llamadas telefónicas, para brindarle una segunda oportunidad a sus deseos. Ante la añoranza de lo que han perdido, los personajes hacen de un país imaginario su más genuino sitio de reunión. En los grandes romances los sentimientos son más intensos que los hechos. *Llamadas de Amsterdam* comprueba esta sentencia.



Emma Roulotte, es usted

Norberto Luis Romero

Editorial Eclipsados, 2009

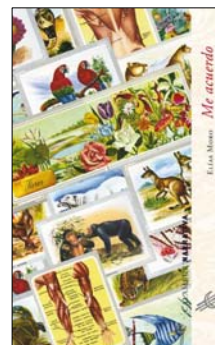
Emma Roulotte, una joven algo chapada a la antigua, es consciente de ser un personaje al que el autor se niega a darle un papel importante. Circunstancias fortuitas hacen que la joven, por fin, pueda escribir su propia historia con las palabras previstas por el autor para hacer su obra cumbre, y asuma el rol de protagonista después de haber sido un personaje secundario en varias historias que parodian, cada una de ellas, un género cuentístico clásico. Emma terminará guiando la trama que al autor se le escapó de las manos.

Me acuerdo

Eliás Moro

Calambur Editorial, 2009

«Marcel Proust, James Joyce, Gabriel Miró, Bruno Schultz o Eça de Queiroz son algunos de los constructores de Europa. Gracias a los inventarios que introdujeron en sus obras, hoy conocemos mejor nuestro propio continente, no sólo su pasado sino también su presente, y puede que hasta su futuro. Esa capacidad que tuvieron para hacernos entender lo más cercano, la tuvieron otros para reconstruir sus vidas y de paso para invitarnos a reconstruir las nuestras. Georges Perec fue uno de ellos. Y Eliás Moro también. Ambos tienen la rara habilidad de arrastrarnos, de obligarnos a seguir una letanía de recuerdos inconexos que finalmente sólo testimonian el enorme esfuerzo humano para ordenar el mundo —sus vidas— de una forma arbitraria y caprichosa. Su triunfo y su fracaso dependen de nosotros, de nuestra complicidad para continuar sus recuerdos con los nuestros. Un elefante o un aroma bastan. El tacto suave de una zapatilla. La luz tenue de un atardecer. Cualquier evidencia, por pequeña que sea, sirve de testimonio, de prueba de una existencia, de un acontecer concreto en mitad de la rutina. Algo así es este libro, que pone de manifiesto la importancia de la literatura como recordatorio de algo tan simple como que hemos vivido.» (Hilario J. Rodríguez)



Estación de lluvia

Javier Vásconez

Editorial Veintisiete Letras, 2009

Si para muchos América Latina es la «patria» del cuento literario en castellano, sin duda la obra del ecuatoriano Javier Vásconez supone una de sus más altas cotas. Sus narraciones continúan la tradición de Dostoievski, Faulkner, Camus, Onetti. En ellas se recrea un mundo habitado por personajes que deambulan en busca de sus sueños más prohibidos, que viajan por distintos ámbitos —Quito, Praga, Barcelona—, que se encuentran y desencuentran con quienes podrían salvarlos, y que sucumben, finalmente, bajo un destino cuya fatalidad acaso presentían. En esta selección de relatos efectuada por el autor, Vásconez construye una geografía literaria propia que

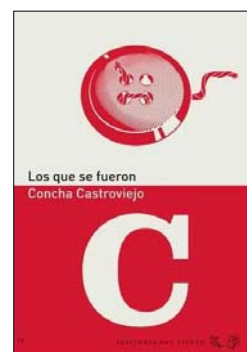
recoge la enseñanza de Faulkner: «no se trata de despejar las tinieblas, sino tan sólo de mostrar su horror»; en la que encontramos la visión desengañada de la novela negra y donde contemplamos los abismos del alma humana y su inclinación al mal.

Los que se fueron

Concha Castroviejo

Ediciones del Viento, 2009

Con *Los que se fueron*, extraordinaria novela que se mantenía inédita desde su publicación hace más de medio siglo, el lector también se va de una España en guerra y emprende el camino al exilio que siguieron muchos españoles en esa época: primero Francia y luego México. De las calles de París a las selvas de Chiapas. Es una historia triste, de abandono, de pérdida, pero también alegre, de esperanza, de nuevas oportunidades y nuevos comienzos, y Concha Castroviejo transmite todos esos sentimientos de forma magistral con una prosa que, en ocasiones es tan dura como los hechos que relata y, en otras, es casi lírica.



El corazón de Yacaré

José Luis Muñoz

Imagine Ediciones, 2009

En Macladán, un país latinoamericano bañado por las aguas del Pacífico, la dictadura del general Duarte siembra el terror por doquier ahogando cualquier oposición política en sangre. Nelson Correa, un policía del grupo de tareas, experto en interrogatorios que suelen acabar en muerte, recibe un extraño encargo de Santiago O'Higgins, el ingeniero plutócrata que maneja el monopolio telefónico del país: averiguar quién es y qué quiere una atractiva india, Yacaré de Wilson Frades, que le sigue a todas partes y cuya presencia le causa viva inquietud. Premio Villa de Seseña de Novela Romántica.

Antología de la joven narrativa en Córdoba VV.AA.

Editorial Babel, 2009

Antología de la joven narrativa en Córdoba, que reúne cuentos y crónicas de 24 escritores nacidos después de 1976 y vinculados de alguna manera a la provincia mediterránea. La antología es la culminación de un proyecto de pesquisa de la escritora Lilia Lardone, quien emprendió una búsqueda de producciones literarias y escritores jóvenes en Córdoba. El título del libro, que podría sonar despectivo, se explica por la doble acepción de la expresión: «por un lado el estrato de obras en un momento determinado, por el otro la actitud joven frente a un mundo impredecible», según palabras de Lilia Lardone. «Son los autores que tenemos, y reflejan el mundo que tenemos. Ni el fin de la historia, ni el fin de las utopías, ni el fin de nada. Sólo muchos comienzos».



Un sol que en invierno

César Bedón

Borrador Editores, 2009

Un sol que en invierno nos da la impresión de un diario encontrado en una mesa de noche. La mesa de noche de un muchacho que suele garabatear intentos de poemas, mensajes enviados a amigos, anotaciones de cosas simples que se vuelven trascendentales. Por eso en el invierno psicológico del narrador se crea el sol de la palabra, de la confesión. Páginas escritas con el aura de lo único e irreplicable. Un texto de Heinrich Böll y otro de Blanca Varela, por ejemplo, se juntan con mails, relatos y pequeños versos que se van haciendo amigos, pegándose en el libro a la manera de stickers hipertextuales. César Bedón ha armado así un libro que se

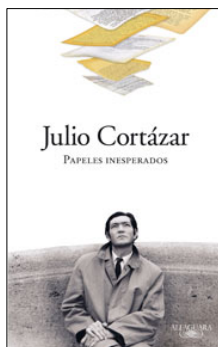
comporta más bien como un cuaderno vivo. El lector adulto y el lector niño pueden ser acompañados por él, y entrar en la experiencia más gratificante: la de la inocencia.

La Mitad de los Cristales

Luis Amézaga / Adolfo Marchena

Editorial Bubok, 2009

El lector podrá detenerse en cualquiera de las estaciones que este libro le propone en busca de la complicidad literaria, de «la poesía que es prosa que se mueve» en palabras de Nicanor Parra, de escenas que se renuevan en lo cotidiano, de un tiempo que pesa en el zurrón de los escritores. En estas páginas encontrará sugerentes invitaciones a la reflexión estética, al amor descarnado, a las poliédricas postales de la soledad, al humor herido. Unas veces emotivo, otras crudo, siempre intenso, *La Mitad de los Cristales* ofrece honestidad en las dos plumas que conjuntamente disecionan la morfología de este apasionante trayecto que empezó en Dortmund.



Papeles inesperados

Julio Cortázar

Editorial Alfaguara, 2009

Este libro, que se publica a los veinticinco años de la muerte de su autor, es una extensa y deslumbrante colección de textos inéditos y dispersos escritos por Cortázar a lo largo de su vida. Hallados en su mayoría en una vieja cómoda sin revisar, son de géneros varios, tienen distintos orígenes y obedecen a diferentes propósitos: hay cuentos desconocidos y otras versiones de relatos publicados, historias inéditas de cronopios y de famas, nuevos episodios de Lucas, un capítulo desgajado del Libro de Manuel, discursos, prólogos, artículos sobre arte y literatura, crónicas de viaje, estampas de personalidades, notas políticas, autoentrevistas, poemas y textos inclasificables,

entre otras muchas páginas de innegable valor y atractivo. El conjunto permite apreciar y disfrutar las múltiples facetas del gran escritor: el Cortázar formal y en ciernes, el cuentista genial, el de espíritu lúdico, el comprometido con su tiempo, el profundo conocedor del arte y la literatura, el cronista sutil, el poeta. Estos *Papeles inesperados*, cuidadosamente editados por Aurora Bernárdez y Carles Álvarez Garriga, ofrecen al especialista nuevos elementos para el conocimiento cabal de la obra cortazariana; al coleccionista, textos entrañables y curiosidades maravillosas; y a los innumerables lectores de Cortázar, la posibilidad del reencuentro más feliz.